

UC-NRLF



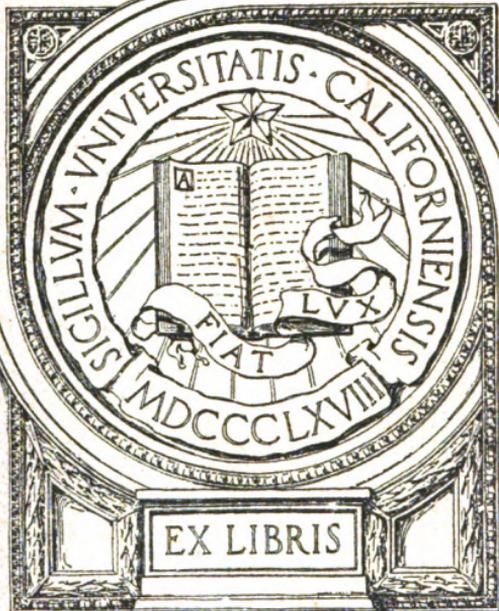
B 3 922 466

B

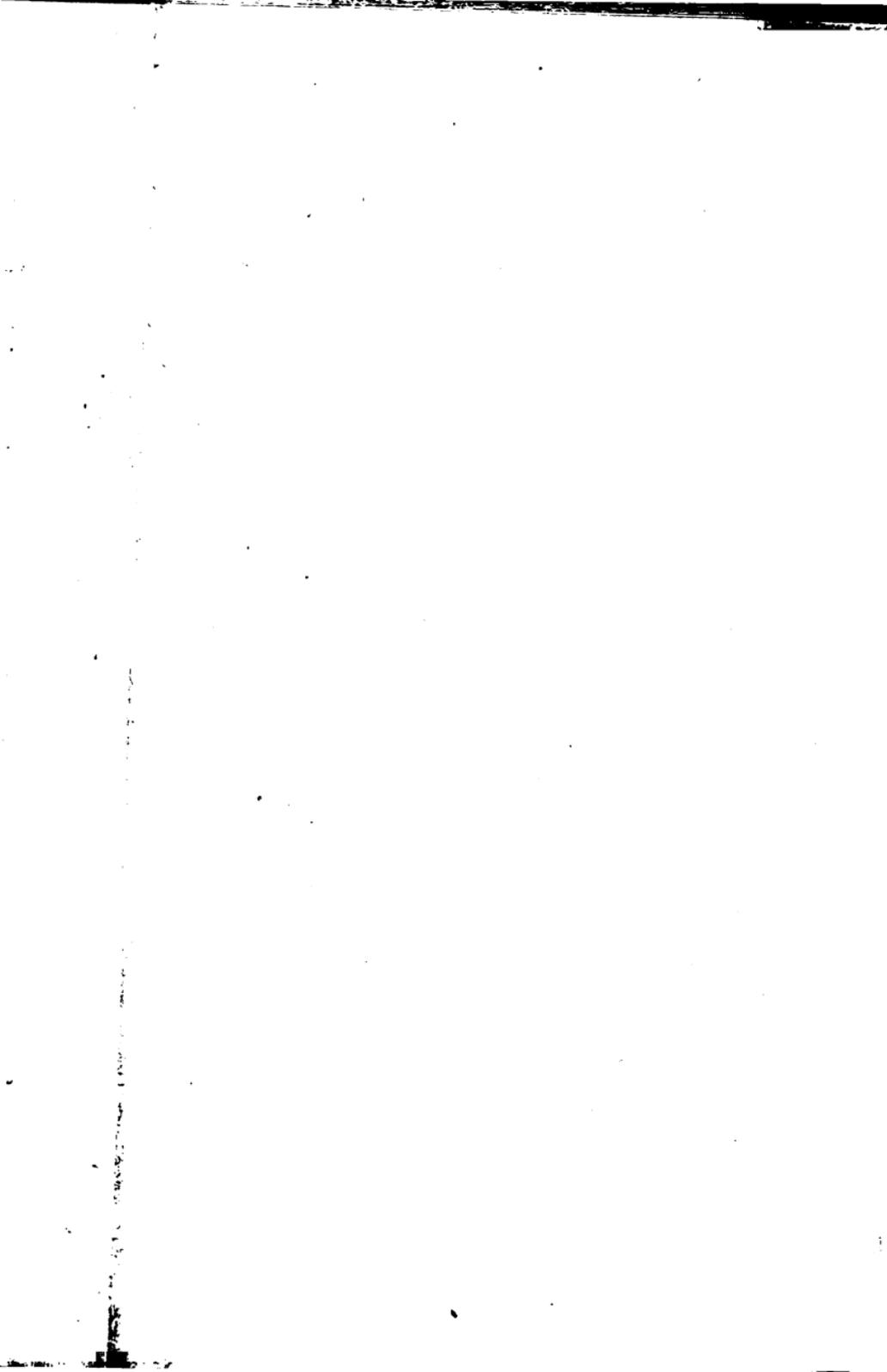
IBLIOTECA

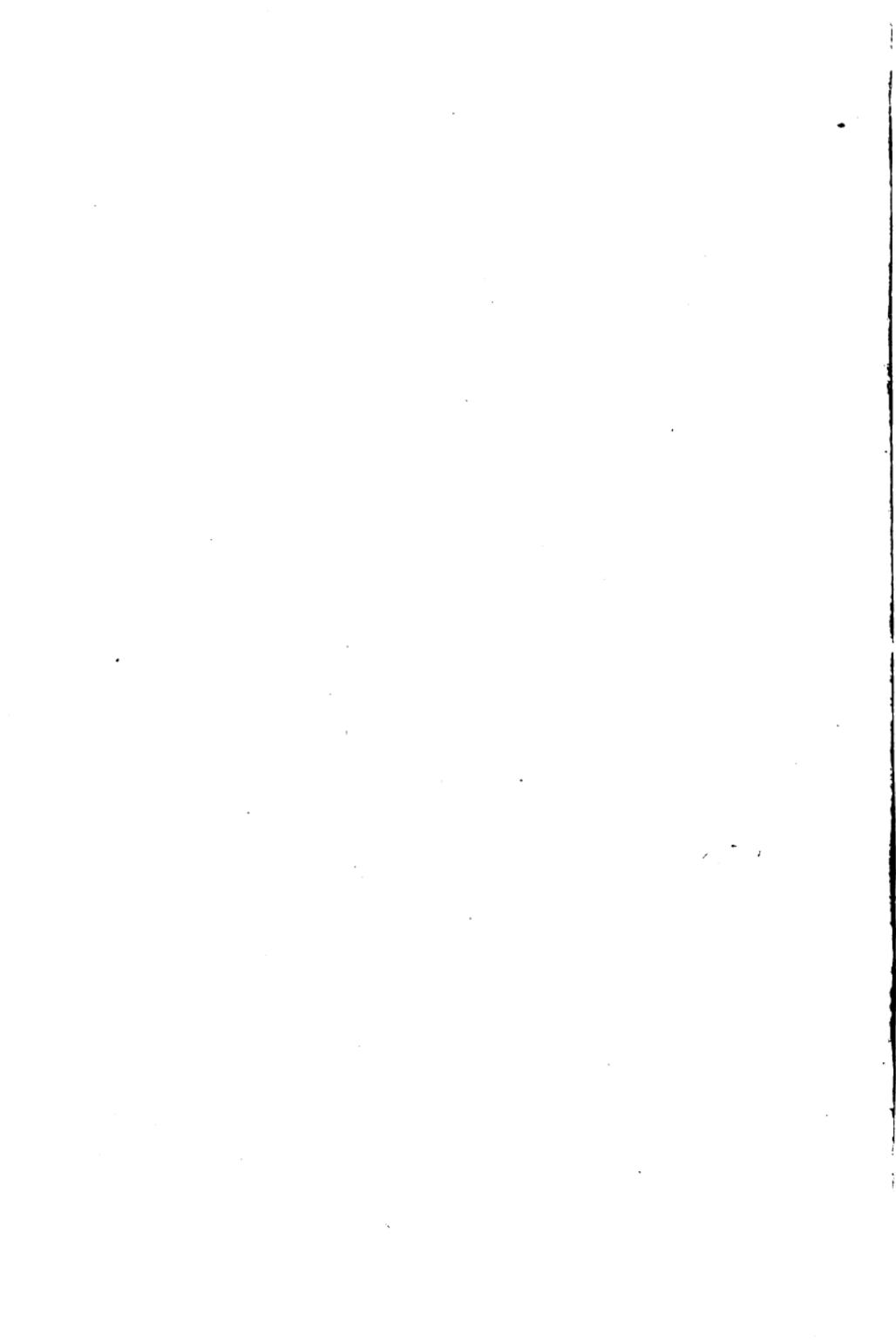
CLÁSICA.

GIFT OF
J. C. Cebrían



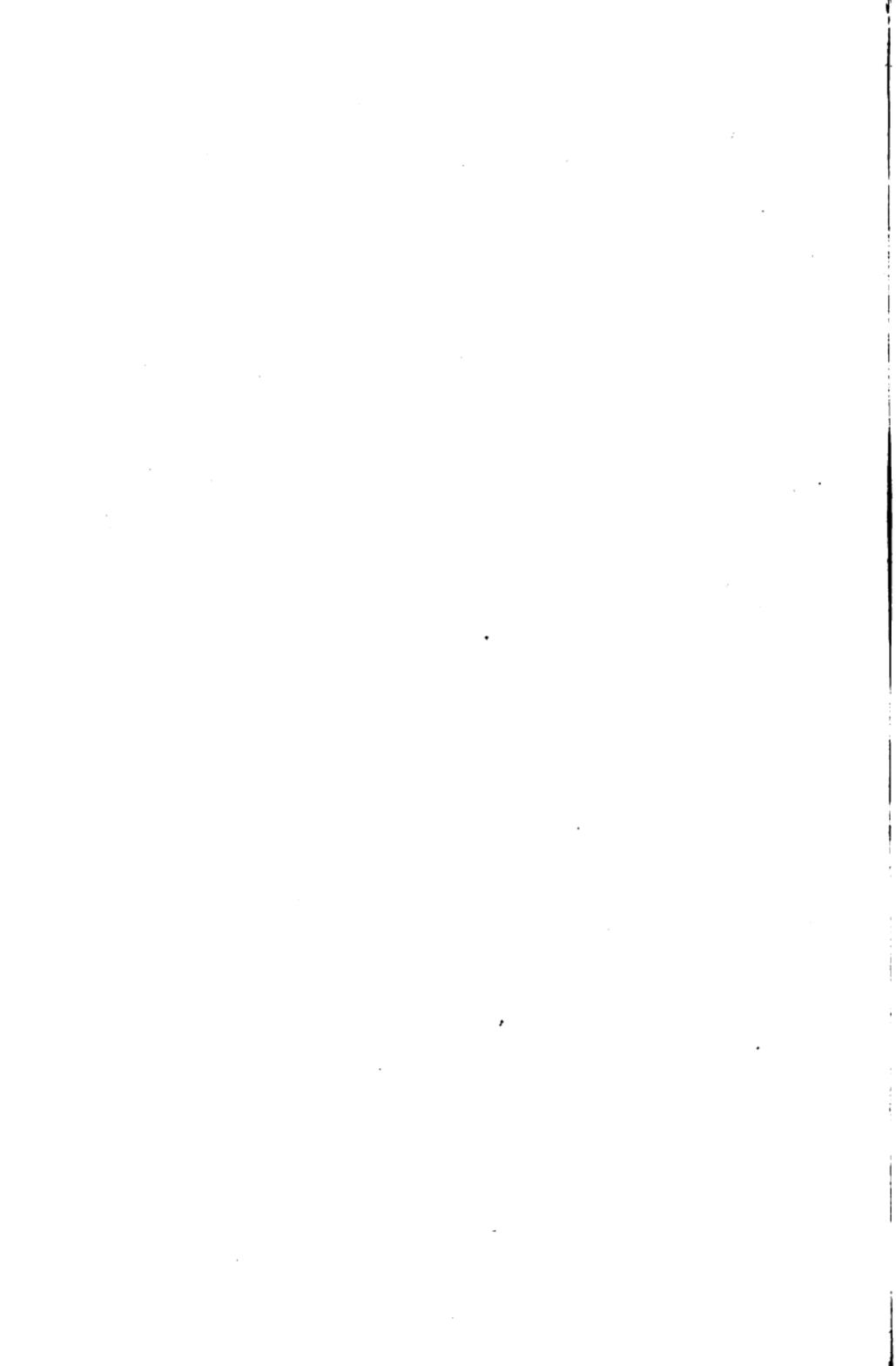
EX LIBRIS





PLATÓN

LA REPÚBLICA



BIBLIOTECA CLASICA
TOMO XCIV

PLATÓN

LA REPÚBLICA

6

COLOQUIOS SOBRE LA JUSTICIA

TRADUCIDOS EN CASTELLANO É ILUSTRADOS CON NOTAS

POR

D. JOSÉ TOMÁS Y GARCÍA

TOMO II

MADRID
LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.^A
(Sucesores de Hernando)
Calle del Arenal, núm. 11.

1912



LA REPÚBLICA

6

COLOQUIOS SOBRE LA JUSTICIA.

COLOQUIO QUINTO.

(CONTINUACIÓN.)

SÓC. Ya es tiempo de que volvamos á nuestra república y veamos si lo que acabamos de decir le conviene mejor que á ninguna otra.

GLAUC. Veámoslo pues.

SÓC. En los otros Estados, así como en el nuestro, ¿no hay magistrados y súbditos?

GLAUC. Sí.

SÓC. ¿Mas todos éstos no se dan recíprocamente unos á otros el nombre de ciudadanos?

GLAUC. Sin duda.

SÓC. Pero sobre este nombre común, ¿qué título particular da el público además á los que le gobiernan?

GLAUC. En los mas, llámalos soberanos; y en las repúblicas, arcontes.

SÓC. Entre nosotros, ¿qué nombre añadirá el pueblo á la cualidad de ciudadanos que da él á sus magistrados?

285048

GLAUC. El de conservadores y defensores de la patria.

SÓC. Mas éstos de su parte, ¿cómo mirarán al pueblo?

GLAUC. Como aquel de quien reciben ellos sus rentas y manutención.

SÓC. En otras partes ¿los que mandan cómo tratan á sus súbditos?

GLAUC. Trátanlos de esclavos.

SÓC. Y los que mandan ¿entre sí cómo se tratan?

GLAUC. De colegas en la actualidad.

SÓC. ¿Y los nuestros?

GLAUC. De concustodios de un mismo rebaño.

SÓC. ¿Podríaisme vos decir, por ventura, si en las otras repúblicas alguno de los magistrados trata á sus compañeros, á unos como deudos, á otros como extranjeros?

GLAUC. No hay cosa más común.

SÓC. Así es que ellos piensan y dicen que los intereses de los unos les son propios, y que los de los otros no les tocan nada.

GLAUC. Es cierto.

SÓC. ¿Pero entre vuestros custodios hay siquiera uno solo que pueda decir ó pensar que alguno de los que velan como él por la seguridad de la patria le es extranjero?

GLAUC. De ninguna manera: porque cada uno de ellos pensará encontrar en los otros un hermano ó una hermana, un padre ó una madre, un hijo ó una hija ó algún pariente en el grado de ascendientes ó descendientes.

SÓC. Vos decís muy bien. Pero decidme aún más: ¿os contentaréis con mandarles que se traten

como parientes solamente de boca? ¿No exigiréis además que las acciones correspondan á las palabras, y que tengan ellos para, con aquellos á quienes dan el nombre de padre, todo el respeto, todas las atenciones, toda la sumisión que la ley prescribe á los hijos para con sus padres? ¿No les declararéis que si faltan ellos á estas obligaciones pecan contra justicia y contra piedad, y que no tienen que esperar sino castigos de parte de los hombres y de los dioses? ¿Todos los ciudadanos harán por suerte resonar en los oídos de los niños otras máximas que éstas tocante á la conducta que ellos deben guardar para con aquellos á quienes se les haga mirar como á sus padres (1) ó á sus parientes?

GLAUC. No, sin duda; porque sería cosa ridícula que tuviesen sin cesar en la boca los nombres de parentesco y afinidad, sin cumplir las obligaciones.

Sóc. Reinará, por consiguiente, entre nuestros ciudadanos una unión desconocida á los de los otros Estados, y, como decíamos poco hace, cuando suceda bien ó mal á alguno de ellos, todos clamarán á una voz: aquél, que es cosa mía, es feliz: el otro, que es cosa mía, es desgraciado.

(1) *Como á sus padres.* Las leyes humanas no pueden mandar ni disponer á su grado de los sentimientos naturales. Podráse hacer enhorabuena que resuenen en los oídos de los niños los dulces nombres de padre y de hermano; pero éstos no serán nada más que nombres vacíos que nunca despertarán en ellos sentimientos que no tienen. Las amenazas y los castigos podrán muy bien sujetarles á ciertas demostraciones exteriores; mas ellos jamás excitarán en su alma aquella ternura, aquella inclinación á un objeto más bien que á otro, que sólo puede plantar allí la misma naturaleza. —Grou.

GLAUC. Decís mucha verdad.

SÓC. ¿No hemos añadido que en consecuencia de esta persuasión y de este modo de hablar, habría entre ellos un comercio recíproco de placeres y de penas?

GLAUC. Y hemos tenido razón.

SÓC. Nuestros ciudadanos, pues, participarán todos en común de los intereses de cada particular, que mirarán ellos como los suyos propios; y en virtud de esta unión se regocijarán y se afligirán todos de unas mismas cosas.

GLAUC. Es muy cierto.

SÓC. ¿Á qué pueden atribuirse tan admirables efectos, sino á la constitución de nuestro gobierno, y particularmente á la comunidad de las mujeres y de los hijos entre nuestros guerreros?

GLAUC. Á ninguna otra causa pueden atribuirse con más motivo.

SÓC. Mas nosotros nos hemos convenido en que esta unión de intereses era el bien más grande de la sociedad, y hemos comparado en este punto una república bien gobernada al cuerpo, cuyos miembros todos se resienten en común del placer y del dolor de un solo miembro.

GLAUC. Y con mucha razón nos hemos convenido.

SÓC. Luego la comunidad de mujeres y de hijos entre nuestros guerreros es causa del bien más grande para nuestra república.

GLAUC. Es legítima la conclusión.

SÓC. Añadid que este punto concuerda bien con lo que hemos establecido más arriba; porque hemos dicho que nuestros guerreros no debían tener cosa propia, ni casas, ni tierras, ni posesiones,

sino recibir de los otros su alimento, como justa recompensa de sus servicios, y hacer vida común, si querían llegar á ser verdaderos custodios.

GLAUC. Muy bien.

SÓC. ¿Mas, por suerte, se puede dudar que lo que nosotros hemos ya dispuesto y lo que acabamos de disponer en orden á ellos, no sea muy á propósito para que, con especialidad, salgan unos verdaderos custodios, y que no hagan por dividir la república, como sucedería si todos no dijesen de las mismas cosas que son tuyas, sino que éste lo dijese de una cosa, aquél de otra (1); si el uno

(1) *Aquel de otra.* No puedo dejar de copiar aquí una reflexión de Domat sobre esta comunidad de todos los bienes de que se había preocupado Platón tan importunamente, y cuyas ventajas expone de un modo capcioso, capaz de seducir á los que no considerando este sistema sino por su bella fachada, podrían dejarse deslumbrar también por el nombre y autoridad grande de este filósofo. «De estos tres modos de suceder, dice Domat, el primero, que reduciría todas las cosas á que fuesen comunes á todos, tendría tantos inconvenientes, que se ve bien claro ser imposible practicarse; porque el amor de la justicia y de la equidad siendo un bien que no se halla comunmente en todos, ni que sea el único principio de la conducta de cada particular, la comunidad universal de todos los bienes sería un sistema cuya ejecución se adaptaría poco á un gran número de asociados tan llenos de amor propio. Sería igualmente injusto é imposible que todas las cosas fuesen siempre comunes á los buenos y á los malos, á los que trabajasen y á los ociosos, á los que supiesen hacer buen uso y justa dispensación de los bienes y á los que no tuviesen la fidelidad necesaria para conservárselos á la sociedad, ni la prudencia para disponer de ellos, y no hiciesen más que consumirlos y disiparlos. De manera que el estado de una comunidad universal, que á la verdad hubiese podido ser justo y tener uso entre hombres perfectamente equitativos y que viviesen en la inocencia y sin pasiones, no podría

tirase para su casa todo lo que pudiese adquirir, sin dar parte á nadie; si el otro hiciese lo mismo por su lado, de modo que cada uno de ellos tuviese aparte sus mujeres y sus hijos, que serían de consiguiente para ellos una fuente de gustos y de penas que nadie sentiría con ellos? En vez que teniendo todos por máxima que el interés de otro no es distinto del suyo, ¿se dirigirán todos al mismo objeto con todo su poder, y experimentarán una alegría y un dolor comunes?

GLAUC. Esto es muy regular.

SÓC. ¿Qué entrada encontrarían además los pleitos y querellas recíprocas de unos contra otros en una sociedad donde, por decirlo así, nadie tendría nada suyo salvo su cuerpo, y donde todo lo demás sería común? Ellos ignorarían, pues, hasta el nombre de alborotos y disensiones, que por lo común nacen entre los hombres con motivo de sus bienes, de sus parientes ó de sus hijos.

GLAUC. Es como preciso que se vieran libres de todos estos males.

SÓC. Ni tampoco se conocerán allí las acciones intentadas por daños ó violencias; porque nosotros

menos de ser injusto, quimérico y lleno de inconvenientes entre hombres formados como nosotros. Ni se oponen á esto, antes lo confirman, los ejemplares de tantas comunidades religiosas que hacen vida común; pues sobre estar reducidas á cierto y determinado número de individuos, en lo general todos ellos se ocupan en abatir el amor propio, entrenar las pasiones y ejercitar la obediencia bajo el gobierno de un superior. De todo esto podemos inferir que Platón como de lejos y en bosquejo tuvo la idea de una sociedad perfecta y capaz de hacer felices á los hombres cuanto pueden serlo en esta vida, pero que erró enormemente en los medios de establecerla.

es diremos que es justo y honesto que los de una misma edad se defiendan los unos á los otros, y les pondremos como una obligación de cuidar mutuamente de sus cuerpos.

GLAUC. Muy bien.

SÓC. Esta ley tendrá, en efecto, esto de bueno: que si alguno en un primer movimiento de cólera maltratase á otro, esta diferencia no pasará á mayores alborotos.

GLAUC. No tiene duda.

SÓC. Porque nosotros daremos á los ciudadanos viejos toda la autoridad sobre los jóvenes, con el derecho de castigarles.

GLAUC. Esto es claro.

SÓC. No es menos evidente, yo así lo pienso, que los jóvenes ciudadanos, según es decoroso, no osarán poner la mano sobre los viejos, ni hacerles especie alguna de violencia sin orden expresa de los magistrados, ni tratarles siquiera con desprecio en ninguna circunstancia; porque dos barreras poderosas, el respeto y el temor, les contendrán; el respeto, mostrándoles un padre en aquel á quien quieren maltratar; el temor, haciéndoles recelar que otros tomen la defensa del ofendido, unos en calidad de hijos, otros en calidad de hermanos, y estotros en la de padres.

GLAUC. Es imposible que la cosa suceda de otro modo.

SÓC. Luego nuestros ciudadanos, en virtud de estas leyes, disfrutarán entre sí de una paz inalterable.

GLAUC. Sumamente grande.

SÓC. Pues si la concordia reina entre ellos, no hay que temer que otra república les ataque ó consiga dividirlos.

GLAUC. Ciertamente que no.

SÓC. Me cuesta trabajo el resolverme á entrar en el pormenor de los males de que se verán exentos, por no merecer la pena. Los pobres no harán allí bajamente la corte á los ricos, ni se experimentarán allí tampoco los embarazos y cuidados que lleva tras sí la educación de los hijos, ni el afán de acumular bienes por la necesidad de mantener un gran número de esclavos, cuando para acudir á estos gastos se ven precisados en ocasiones á buscar á interés gruesas cantidades, otras veces á negar las deudas, casi siempre empleados en adquirir por toda la especie de medios el dinero, cuya disposición dejan después á las mujeres y á los esclavos. ¡Qué debilidades y bajezas en todo esto, mi amado amigo! ¡qué indignidades no tienen que sufrir!

GLAUC. Esto lo conocerá aunque sea un ciego.

SÓC. Al abrigo de todas estas miserias llevarán una vida mil veces más feliz que la de los atletas coronados en los juegos olímpicos (1).

GLAUC. Pues ¿por qué?

SÓC. Porque éstos no tienen sino una pequeña parte de las ventajas que disfrutaban nuestros guerreros. La victoria que consiguen estos últimos es infinitamente más gloriosa, pues que lleva consigo la salud de la república. El público también provee con más abundancia todo lo necesario á su manutención y á la de sus hijos; y mientras viven, la

(1) *Olimpicos*. Estos juegos se celebraban en honor de Júpiter Olímpico, en Olimpia, lugar de la Elida, de donde tomaron el nombre. Entre otros de los privilegios que se concedían á los atletas vencedores, era el de ser mantenidos á costa del Estado, honrados y celebrados en toda la Grecia, como puede verse en las odas de Píndaro.

patria les colma de honores, y después de su muerte les hace funerales dignos de su mérito y de su reconocimiento.

GLAUC. Estas distinciones son, en efecto, muy lisonjeras.

SÓC. Vos os acordaréis de la reprensión que se nos hizo más arriba, de no ocuparnos bastante de la felicidad de nuestros guerreros, á quienes no se les concedía ninguna de tantas comodidades como debían procurar ellos al resto de los ciudadanos. Hemos respondido, á lo que me parece, que nosotros examinaríamos la verdad de esta reconvencción en el instante que se nos proporcionase; que nuestro objeto por entonces era de formar verdaderos custodios, de hacer la república entera lo más feliz que nos fuese posible, y no de trabajar únicamente mirando por la felicidad de uno solo de los órdenes que la componen.

GLAUC. Bien me acuerdo.

SÓC. ¿Y os parece ahora que la condición del zapatero, del labrador ó de cualquier otro artesano, pueda entrar en comparación con la de nuestros guerreros, que acaba de manifestársenos más honrosa y más feliz que la de los atletas que consiguieron el premio en los juegos olímpicos?

GLAUC. Muy distante estoy de pensarlo.

SÓC. Mas con todo, es del caso que yo repita aquí lo que entonces decía: que si el guerrero busca su felicidad á costa de lo que exige su empleo de custodio; si descontento de las ventajas puras y ciertas que, según dijimos, su excelente estado le proporciona, se deja seducir por ideas pueriles y quiméricas de felicidad, y se vale del poder con que nosotros le hemos armado para hacerse dueño de

10
 todo en la república, él conocerá con cuánta razón y sabiduría dijo Hesiodo (1): *que la mitad era más que el todo* (2).

GLAUC. Si él quisiera creerme, se atendería á su clase y condición.

SÓC. ¿Aprobáis, pues, vos que todo sea común entre los hombres y las mujeres, del modo que acabo yo de explicarlo, por lo que hace á la educación; á los hijos y á la guarda de los otros ciudadanos, de suerte que ellas se queden con ellos en la ciudad, que ellas vayan á la guerra con ellos, que ellas partan, como hacen los perros entre sí, los trabajos de la vela y de la caza; en una palabra, que ellas vayan

(1) *Ope. et die.*, v. 40.

(2) *Que el todo.* Enigma proverbial por el cual se recomienda la muy apreciable moderación. Platón le cita también y le expone en el libro III de las Leyes del mismo modo que los intérpretes de Hesiodo, entendiendo que en el todo se significa la superfluidad, y en la mitad la medianía, que es mejor, y de consiguiente más apreciable que aquélla. Suidas atribuye el origen de este proverbio á cierto suceso, que cuenta de este modo: «Éranse dos hermanos, de los cuales murió el uno, dejando á su hermano por tutor y curador de la persona y hacienda de su hijo. Pudo más en el tutor la codicia que la piedad, é intentando apoderarse del patrimonio del pupilo, vino también á perder el suyo. Preguntando después de qué modo podría volver á mejor fortuna, le fué respondido: *El necio no conoce cuánto más apreciable sea la mitad que el todo.*» Por tanto, en tres sentidos puede tomarse el adagio: primero, para ensalzar aquella medianía verdaderamente de oro, sin la cual en las cosas humanas no hay ninguna que sea muy duradera, honesta, deleitable ni digna de alabanza; segundo, para anteponer la igualdad, madre de la amistad, á la desigualdad, fomentadora de discordias; tercero, para abstenerse de agraviar á otros, aunque sea á costa de su propio derecho, no sea que por no perder nada del suyo, venga á perderlo todo.

por mitad, en cuanto sea posible, en todo lo que hagan los guerreros? ¿Convénis vos en que una tal institución es muy provechosa al público, y que no es contraria á la naturaleza del hombre y de la mujer, en lo que ellos tienen de común entre sí?

GLAUC. Convengo en ello.

SÓC. Luego no nos resta que examinar sino si es posible que se establezca entre los hombres esta comunidad que la naturaleza ha establecido entre los otros animales, y por qué medios se pueda conseguir.

GLAUC. Os habéis anticipado á decir lo que yo iba á preguntaros.

SÓC. Por lo que mira á la guerra, no hay necesidad que nos detengamos, porque, en mi sentir, se ve bastante claro de qué modo la harán.

GLAUC. ¿De qué modo, si no lo lleváis á mal?

SÓC. Es evidente que ellos militarán en común, y llevarán consigo aquellos de los hijos que serán bastante fuertes para soportar las fatigas; á fin que éstos, á ejemplo de los hijos de los artesanos, vean desde luego lo que algún día deberán ellos hacer, y que además puedan ayudar á sus padres y á sus madres, y hacerles en todas las cosas pertenecientes á la guerra los servicios que fuesen proporcionados á sus fuerzas. ¿Habéis vos advertido lo que se practica en orden á los otros oficios? ¿Cuánto tiempo, por ejemplo, el hijo del alfarero ayuda á su padre y le ve trabajar antes de echar mano á la rueda?

GLAUC. Ya lo he notado.

SÓC. Mas por ventura nuestros guerreros deben poner menos cuidado y menos tiempo que aquéllos en formar á sus hijos en el arte de la guerra?

GLAUC. Sería una extravagancia decir esto.

SOC. ¿No es cierto también que todo animal combate con más esfuerzo cuando tiene á la vista sus hijuelos?

GLAUC. Es así; pero es de temer mucho, Sócrates, que si llegan á ser vencidos, como puede muy bien suceder, no perezcan en el combate ellos y sus hijos, y que la república no se pueda reparar de semejante pérdida.

SOC. Decís mucha verdad. Pero por de pronto, ¿creéis vos que cualquiera deba vivir siempre tan prevenido, que jamás se exponga á ningún riesgo?

GLAUC. No por cierto.

SOC. Mas si alguna vez debe uno exponerse, ¿no es precisamente cuando se gana mucho saliendo bien?

GLAUC. Esto es claro.

SOC. ¿Pues pensáis vos que ésta sea una pequeña ventaja, y que no merezca exponerse á ningún riesgo el que los hijos que algún día deben llevar las armas asistan ó no á una acción y sean testigos de lo que allí pasa?

GLAUC. Pienso, al contrario, que ésta es una ventaja de la mayor consecuencia.

SOC. Luego se dispondrá que los hijos sean espectadores de los combates, atendiendo al mismo tiempo á su seguridad por medios convenientes, y todo irá bien, ¿no es así?

GLAUC. Sí por cierto.

SOC. Desde luego sus padres, siendo hábiles en el arte de la guerra, preverán, en cuanto es dado á hombres, qué ocasiones son las peligrosas y cuáles no lo son?

GLAUC. Es muy verosímil.

Sóc. Ellos conducirán sus hijos á las unas, y no les expondrán á las otras.

GLAUC. Muy bien.

Sóc. Y les darán por jefes y conductores, no viles esclavos, sino hombres de edad madura y de una experiencia consumada.

GLAUC. Así debè ser.

Sóc. Pero acaso se dirá que á muchos suceden todos los días mil accidentes inesperados.

GLAUC. Y de gran consecuencia.

Sóc. Para preservar, pues, mi amado amigo, á los hijos de toda desgracia, conviene que desde su tierna edad les pongan alas, á fin de que si fuese menester se escapen volando del peligro.

GLAUC. ¿Qué queréis decir con esto?

Sóc. Quiero decir que desde sus primeros años se les ha de enseñar á montar á caballo, y tras esto conducirles á presenciär la acción montados, no sobre caballos de batalla y fogosos, sino sobre caballos ligeros y muy dóciles á las riendas. Así verán mejor lo que ellos tengan que ver, y si aprieta el riesgo se salvarán más fácilmente, huyendo en pos de sus ancianos conductores.

GLAUC. Este arbitrio me parece muy bien pensado.

Sóc. Ahora, ¿qué diremos acerca de la guerra? ¿qué disciplina estableceremos entre nuestros guerreros, y cómo se portarán ellos con sus enemigos? Ved si yo pienso bien ó no sobre estos puntos.

GLAUC. Explicaos.

Sóc. Al que por cobardía dejase la formación, arrojase las armas ó hiciese alguna otra acción indigna de un hombre de esfuerzo, ¿no es debido que

se le degrade y sea desterrado á la clase de artesanos ó labradores?

GLAUC. Así conviene.

Sóc. Pero al que vivo cayese en manos del enemigo, aunque de gracia le quisiese restituir, ¿no se le abandonará para que haga de él lo que quiera?

GLAUC. Sin duda.

Sóc. Y en cuanto al que se aventajase por su esfuerzo, ¿no juzgáis á propósito que desde luego, sobre el campo mismo de batalla, los jóvenes guerreros y muchachos le pongan cada uno de por sí una corona en la cabeza?

GLAUC. Sí por cierto.

Sóc. Pero pienso yo que no consentiréis en lo que voy á decir.

GLAUC. ¿Cómo? ¿qué cosa?

Sóc. Que cada uno de ellos le bese y abrace (1), y sea correspondido por él.

GLAUC. Consiento en ello de todo mi corazón, y añado aún á este reglamento que mientras durase aquella campaña no sea permitido á nadie resistirse á sus abrazos, á fin que esto sirva de estímulo á todos los que amen á alguno, ora sea hombre, ora sea mujer, para animarles á conseguir el premio del valor.

Sóc. Muy bien. Esto concuerda con lo que hemos dicho en otra parte, que era menester facilitar

(1) *Y abrace.* Aunque sea visible que esto no es más que un gracejo de parte de Sócrates, con todo estas expresiones son contrarias á las buenas costumbres, indignas de un hombre honesto, de un sabio, y de tal naturaleza, que ni todo el libertinaje de los Griegos las puede excusar. Platón, poniendo en boca de su maestro semejantes chistes, le deshonró y se deshonró á sí mismo.

más á los valerosos la elección de las mujeres y el derecho de llegarse á ellas con más frecuencia que á los otros, para que su raza se hiciese mucho más numerosa.

GLAUC. En efecto, lo dijimos.

SÓC. Homero quiere aún que se honre de otro modo á los jóvenes guerreros que se distinguan por su esfuerzo. Este poeta dice que después de un combate en que Ajax se había distinguido (1), se le sirvió por honrarle un lomo de buey, todo entero (2), por ser adecuado este honor para un joven y valeroso guerrero, por el cual, junto con la distinción, se le ofrecía un medio de acrecentar sus fuerzas.

GLAUC. Muy bien.

SÓC. Nosotros, pues, seguiremos en este punto la autoridad de Homero. En los sacrificios y en las fiestas, cuanto más nos parezca que se aventajan los buenos guerreros, tanto les honraremos más en los cantares y en las demás cosas referidas, como en darles los asientos primeros y en servirles las viandas y el vino con más abundancia que á los otros, á fin de que con estas distinciones se lisonjeen y

(1) *Ilíada*. VII, v. 321.

(2) *Todo entero*. Dice el P. Grou que Pelonier traduce: «Fué levado sobre los hombros de sus camaradas en triunfo.» Y aunque es cierto que Ajax, conseguida la victoria contra Héctor, fué conducido como en triunfo ante el poderoso Agamenón, no tiene la menor duda que las palabras de Homero citadas por Platón se refieren al v. 321 del cap. VII de la *Ilíada*, donde se describe el banquete que con motivo de esta victoria presentó el mencionado personaje, y la honra con que distinguió á Ajax ofreciéndole el lomo entero de la res por ser lo más apreciable.

enrobustezcan juntamente los esforzados guerreros, así hombres como mujeres.

GLAUC. Apruebo todos estos reglamentos.

SÓC. Ahora bien; en orden á aquellos que habrán muerto generosamente con las armas en la mano, ¿no diremos asimismo que ellos son de la raza de oro?

GLAUC. Sin la menor duda.

SÓC. ¿Y no daremos crédito á lo que asegura Hesiodo, que después de su muerte los de esta raza vienen á convertirse en genios puros, bienhechores, que alejan los males de los mortales hombres, y velan por su conservación?

GLAUC. Sí por cierto.

SÓC. Consultaremos, pues, al oráculo sobre el culto que se deba dar á estos hombres celestiales y divinos, y según lo que respondiese arreglaremos nosotros las ceremonias.

GLAUC. No hay que hacer.

SÓC. Tras esto los honraremos perpetuamente como genios tutelares, y veneraremos sus sepulcros. Los mismos honores se decretarán á los que habiendo muerto de vejez ó de enfermedad tuviesen el concepto de haber pasado su vida en el ejercicio de la más pura virtud (1).

(1) *Pura virtud.* Platón en este pasaje tuvo presentes los tres versos de Hesiodo en el poema de *Las obras y los días* desde el 120 en adelante; donde de los hombres de bien y virtuosos, á quienes llama *hombres de oro*, dice que colmados de placeres y de gloria después de su muerte se convierten en *genios, guardianes amorosos, poderosos protectores, celosos defensores y nuestros libertadores*, según cita dichos versos Theodoreto en el discurso 8 de su *Terapéutica*, sobre los cuales, tales como los citan Platón y Theodoreto, se deben corregir los de la edición de Enrique Estefano,

GLAUC. Esto no tanto es un honor, cuanto una justicia que les haremos.

Sóc. Mas en orden á los enemigos, ¿cómo se portarán nuestros guerreros?

GLAUC. ¿En qué?

Sóc. Primeramente, en lo que mira á la esclavitud, ¿os parece justo que Griegos reduzcan á servidumbre ciudades griegas? ¿No deberían más bien libertarlas en lo posible si algún otro pueblo las amenazase, y hacerse una ley de perdonar á la nación griega, de suerte que no tuviese que temer la esclavitud sino de parte de los bárbaros?

GLAUC. Por todo les tendría mucha cuenta portarse así con los Griegos.

Sóc. De consiguiente, deberán no tener ningún esclavo Griego, y aconsejar á todos los otros Griegos que sigan en esto su ejemplo.

GLAUC. Seguramente; tanto más, que por este medio, en vez de destruirse mutuamente,

en la que se echan menos los nombres de *santos*, *defensores* y *libertadores*. Si, pues, el poeta Hesiodo, continuaré con Theodoro, da todos estos títulos á los que llevaron una vida santa, y si el más celebrado de los filósofos griegos manda que se rindan los respetos más religiosos á los sepulcros que encierran sus huesos y á las urnas que contienen sus cenizas, ¿con qué razón, pregunto yo ahora, podrán los pretendidos filósofos del día reprender las loables prácticas de los cristianos, cuando á los que vivieron en la piedad y ofrecieron su vida en defensa de la religión, les llamamos nuestros santos protectores y caritativos médicos? Es cierto (¡ni lo permita Dios!) que nosotros no los colocamos como hacían los sabios de los gentiles en la clase de los genios, pero los nombramos más honoríficamente amigos de Dios y siervos suyos agradables, intercesores celosísimos nuestros para con Dios, propios para impetrarnos toda especie de gracias.

convertirán todas sus fuerzas contra los bárbaros.

Sóc. ¿Y qué? ¿tenéis por bueno que despojen ellos á los muertos, y que quiten á los enemigos vencidos otra cosa que las armas? ¿No es éste para los cobardes un pretexto de no atacar á los que se defienden aún, como si ellos hiciesen su obligación, quedándose inclinados sobre los cadáveres? Fuera de que esta codicia por los despojos ha sido ya funesta á muchos ejércitos.

GLAUC. Esto es mucha verdad.

Sóc. ¿No os parece que es una bajeza y una sórdida avaricia despojar á un muerto, y una pequeñez de espíritu, que apenas se le perdonaría á una mujer, tratar como enemigo el cadáver de su contrario después que el enemigo se voló, dejando únicamente el instrumento de que se valía para combatir? Obrar de este modo, ¿no es imitar á los perros, que muerden la piedra que les ha herido, dejando libre la mano que la arrojó?

GLAUC. En nada se diferencian.

Sóc. Absténganse, pues, nuestros guerreros de despojar los cuerpos muertos, y no rehusen al enemigo el permiso de llevárselos.

GLAUC. A fe que me conformo.

Sóc. Tampoco llevaremos á los templos las armas de los vencidos, especialmente las de los griegos, como para hacer á Dios una ofrenda, si es que nos ocupamos algún tanto de la benevolencia con los otros Griegos; antes bien, temeríamos manchar los templos adornándolos con los despojos de nuestros prójimos, á menos que el oráculo no dispusiese (1) lo contrario.

(1) *No dispusiese*. Platón pone aquí esta restricción, por

GLAUC. Muy bien.

SÓC. ¿Y qué pensáis vos, cómo se portarán nuestros guerreros con sus enemigos griegos en orden á talar sus campos é incendiar sus casas?

GLAUC. Yo tendría mucho gusto en oír sobre esto vuestro modo de pensar.

SÓC. Mi parecer es que no debe hacerse ni lo uno ni lo otro, sino contentarse con llevar los frutos del año. ¿Y queréis que os diga la causa?

GLAUC. Mucho que lo deseo.

SÓC. Parece que como la guerra y la sedición tienen dos nombres diferentes, también son dos cosas diferentes, que tienen relación á dos diferentes objetos. El uno de estos objetos es lo que nos está unido con los lazos de la sangre y de la amistad; y el otro lo que nos es ajeno y extraño. La enemistad entre los amigos y aliados llámase sedición; entre los extraños se nombra propiamente guerra.

GLAUC. No decís ningún despropósito.

SÓC. Ved si lo que ahora añadido viene también al caso. Digo, pues, que los Griegos son entre sí amigos y aliados, y para con los bárbaros ajenos y extraños.

GLAUC. Decís muy bien.

SÓC. Así, pues, cuando los Griegos tienen alguna diferencia con los bárbaros, ó los bárbaros con los Griegos y vienen á las armas, diremos que son

no chocar abiertamente con los Griegos; siendo la ley que establece directamente contraria al uso recibido de muy antiguo entre ellos. Fácilmente se descubre que tenía razón de condenarle, y que estos trofeos no servían más que para eternizar la rivalidad y los odios entre diferentes pueblos de la Grecia.—*Grou.*

enemigos por naturaleza, y que esta diferencia es una verdadera guerra; pero cuando sobreviniese alguna cosa semejante de Griegos á Griegos, diremos nosotros que por naturaleza son amigos, y que este es una enfermedad que padece la Grecia en esta parte y una sublevación que la perturba, y daremos á esta enemistad el nombre de sedición.

GLAUC. Convengo en llamarla de este modo.

SÓC. Pero si todas las veces que se levanta sedición en una república, los ciudadanos destruyesen los campos é incendiasen las casas los unos de los otros, os ruego que consideréis los funestos efectos que producirían las facciones, y cuán poco sensible se mostraría cada partido á los intereses de la patria. Porque si la mirasen ellos como á su madre y sustentadora, no se atreverían á devastarla; sino que los vencedores creerían hacer bastante daño á los vencidos con llevarles las cosechas, teniendo presente que no los habían de tratar como á enemigos con quienes siempre tuviesen guerra, sino con los que se habían de reconciliar algún día.

GLAUC. Este modo de obrar es mucho más conforme á la humanidad que el primero.

SÓC. Pero qué, ¿no es una república griega la que vos queréis fundar?

GLAUC. Sin duda.

SÓC. ¿Luego los ciudadanos serán humanos y virtuosos?

GLAUC. Por extremo.

SÓC. ¿No serán también ellos amigos de los Griegos? ¿No mirarán á la Grecia como á su patria común? ¿No tendrán ellos la misma religión?

GLAUC. Es muy cierto.

SÓC. Luego sus diferencias con los otros Grie-

gros, como entre cosas propias, las tratarán de sedición, y no les darán el nombre odioso de guerra.

GLAUC. Seguramente que no.

Sóc. Y en caso de rompimiento ¿se portarán con ellos como con quienes se deben componer algún día?

GLAUC. Es así.

Sóc. Ellos les reducirán suavemente á la razón, sin llevar el castigo hasta quitarles la libertad, y mucho menos la vida. Les corregirán como amigos para hacerles prudentes, y no como á enemigos para perderles.

GLAUC. Decís muy bien.

Sóc. Pues que ellos son griegos, no devastarán la Grecia, ni incendiarán las casas, ni tratarán como enemigos á todos los habitantes de una ciudad, hombres, mujeres y niños, sin excepción; sino que mirarán como tales á sólo el pequeño número de autores de la sedición. Por tanto, no arrasarán los campos, ni arruinarán las casas de los más, que son sus amigos; sino que usarán sólo de violencia en cuanto sea preciso, para obligar á que los inocentes afligidos tomen por sí mismos satisfacción de los culpables.

GLAUC. Convengo en que nuestros ciudadanos tengan con los otros Griegos esta condescendencia en sus querellas; mas contra los bárbaros, que usen del encono de que al presente están poseídos los Griegos unos contra otros (1).

(1) *Unos contra otros*. Lo que Platón dice aquí es muy conforme á la humanidad y á la razón. Mas el remedio venía demasiado tarde, después que la larga guerra del Peloponeso había debilitado la Grecia y agotado las fuerzas de Atenas.—*Grou*.

Sóc. Prohibamos también á nuestros guerreros por una ley expresa la devastación de los campos é incendio de las casas.

GLAUC. Prohibámoselo: yo apruebo mucho esta ley y cuantas la preceden. Pero me parece, Sócrates, que si se os deja proseguir, jamás llegaréis al punto esencial, cuya explicación habéis dilatado más arriba, y con cuyo motivo acabáis de decir tantas cosas. Este punto consiste en ver si esta forma de gobierno es posible, y de qué modo lo es; porque yo convengo en que todos estos bienes de que vos acabáis de hacer mención se encontrarían en semejante república, si ella pudiese existir. Añado yo otras ventajas que vos omitís, por ejemplo, que estos guerreros serían invencibles en el combate; porque, conociéndose todos, y dándose mutuamente en la pelea los nombres de hermanos, padres é hijos, de ningún modo se desampararían los unos á los otros. Yo sé también que la presencia de sus mujeres les haría aún más invencibles, ora peleasen ellas en la misma línea, ora se las pudiese en la retaguardia para amedrentar al enemigo, y en caso de necesidad para que sirviesen de auxiliares. Veo que ellos experimentarían durante la paz mil otros bienes de que vos nada habéis dicho. Y para que no os causéis en referir esto por menor, por ser superfluo, estoy de acuerdo con vos en que disfrutarían todos estos bienes y muchísimos otros más, si la ejecución correspondiese al proyecto. Por tanto, mostradnos que este proyecto no es una quimera y el modo como pueda ejecutarse, y os absuelvo de lo demás.

Sóc. ¡Qué irrupción tan repentina habéis hecho sobre mi discurso, sin considerar que estoy ocu-

Part III
 CAP. P.
 XVIII

pado en preparativos de guerra! Tal vez no sabéis que después de haberme escapado de dos olas furiosas, me exponéis vos á una tercera mucho mayor y más terrible. Cuando vos la hayáis visto y oído el ruido, excusaréis mi cobardía y temor, y todos los rodeos que he tomado por no entrar en un tan extraño discurso como el que ahora se trata.

GLAUC. Cuantos más pretextos busquéis para no decir nada, tanto más os instaremos de que nos expliquéis cómo pueda verificarse vuestro sistema de política. Hablad, pues, y no nos tengáis más tiempo suspensos.

SÓC. Sea en buen hora. Mas desde luego es bueno recordaros que lo que nos ha conducido aquí es la averiguación de la naturaleza de la justicia y de la injusticia.

GLAUC. Bueno es, en efecto; pero ¿á qué viene esto para la cuestión presente?

SÓC. Á nada; mas cuando nosotros habremos descubierto la verdadera idea de la justicia, ¿exigiremos acaso del hombre justo que no se aparte siquiera un punto de esta idea, y que tenga con ella una perfecta conformidad? ¿No nos contentaremos en que se acerque todo cuanto le sea posible y que tome de ella más rasgos que el resto de los demás hombres?

GLAUC. Esto nos bastará.

SÓC. No hemos, pues, pretendido otra cosa, buscando la esencia de la justicia y cuál sería el hombre justo, supuesto que existiese, y otro tanto digo de la injusticia y del hombre injusto; sino encontrar dos modelos completos de virtud y de vicio, para dirigir después nuestras miradas sobre el

uno y sobre el otro, con el fin de juzgar de la felicidad ó miseria de su condición, y obligarnos á confesar, respecto de nosotros mismos, que seremos más ó menos felices según que nos asemejemos más al uno que al otro; pero nuestro designio jamás ha sido probar que ni el uno ni el otro de estos modelos pudiese existir.

GLAUC. Esto es mucha verdad.

SÓC. ¿Creéis vos que un pintor fuese menos hábil, si después de haber pintado el más hermoso cuerpo humano que se pudiese ver, y dado á cada rasgo su última perfección, no pudiera probar que la naturaleza puede producir uno semejante?

GLAUC. Por cierto que no.

SÓC. Pues nosotros ¿qué hemos hecho en esta conversación, sino diseñar el modelo de una república perfecta?

GLAUC. Ninguna otra cosa.

SÓC. ¿Será, pues, por ventura, menos bien hablado lo que hemos dicho, porque no estemos en estado de demostrar que puede formarse una sociedad sobre el modelo que se ha trazado?

GLAUC. Nada de eso.

SÓC. Pues lo cierto es lo que acabo de decir; pero, pues que queréis que os haga ver por dónde y hasta qué punto pueda realizarse este proyecto, consiento en ello por daros gusto, con tal que me concedáis de nuevo una cosa que debe servir para mi demostración.

GLAUC. ¿Qué cosa es ésta?

SÓC. ¿Es posible ejecutar siempre una cosa precisamente como se concibe? ¿No hay, al contrario, en la naturaleza cosas cuya ejecución se acerca menos á lo verdadero que la idea, aunque á otros

no les parezca lo mismo? Pero ¿qué es lo que vos pensáis?

GLAUC. Yo soy de vuestro parecer.

SÓC. No exijáis, pues, de mí que realice con rigurosa precisión el plan de república que acabo de diseñar; creed que si yo puedo encontrar el modo cómo pueda ser gobernada una sociedad que más se acerque á lo que llevo dicho, habré probado, conforme á lo que me pedisteis, que nuestra república no es una quimera. Mas, por fortuna, ¿no quedaréis vos contento logrando yo esto? Pues yo, en verdad, me daría por satisfecho.

GLAUC. Y yo también.

SÓC. Procuremos al presente descubrir por qué mal pecado no están hoy día las repúblicas bien gobernadas, y qué pequeña mudanza se debería hacer en el gobierno para hacerle perfecto; no mudemos, si ser puede, más de un solo punto, ó si no, dos, ó á lo más un muy pequeño número y de los menos considerables por sus efectos.

GLAUC. Me parece muy bien.

SÓC. Pues yo encuentro que mudando allí un solo punto, estoy en estado de demostrar que las repúblicas mudarían enteramente de aspecto. Verdad es que este punto ni es de pequeña importancia ni fácil de mudar; pero, al cabo, la mudanza es posible.

GLAUC. ¿Cuál es este punto?

SÓC. Vedme aquí que he llegado á lo que comparamos á la grande ola; pero aunque supiese quedar sumergido bajo la más desmesurada buria é ignominia, que á manera de onda me va á cubrir, yo voy á hablar; escuchadme.

GLAUC. Decid, pues.

SÓC. A menos que los filósofos gobiernen los Estados, ó que los que se llaman hoy día reyes y soberanos sean verdadera y seriamente filósofos, de suerte que la autoridad política y la filosofía se encuentren juntas en el mismo sujeto, y que se excluyan absolutamente del gobierno tantas personas que al presente aspiran al uno de estos dos términos con exclusión del otro; á menos de esto, mi amado Glaucón, no hay remedio para los males que arruinan los Estados, ni tampoco para los que affigen al género humano; ni jamás esta república perfecta, cuyo plan hemos levantado, parecerá sobre la haz de la tierra, ni verá la luz del sol. Esto es lo que hace tiempo temía yo decir, previendo que un tal discurso revolvería la mayor parte de los hombres; porque, en efecto, es difícil de concebir que la felicidad pública y particular esté afecta á esta condición.

GLAUC. Vos debíais esperar, amigo Sócrates, luego que profrieseis semejante discurso, el ver muchas gentes, y no como quiera (1) despreciables, levantarse contra vos, arrojar las capas, y después de haberse armado de cuanto les viniese á la mano, acometeros en buen orden y en disposición de hacer maravillas. Quienes, si no les salís al encuentro y los rechazáis con las armas de la razón, os llenarán de improperios, y pagaréis con esto la pena de vuestra temeridad.

(1) *Y no como quiera.* Las gentes que aquí se representan puestas en marcha bellamente ordenada contra Sócrates, son los sofistas y falsos filósofos de su tiempo. Para confundirles, pues, entra Sócrates en esta larga digresión, donde desenvuelve admirablemente el carácter del verdadero filósofo.—*Grou.*

Sóc. Mas, por suerte, ¿no sois vos la causa de esto?

GLAUC. Y tan bien como lo hice; pero yo os prometo de no abandonaros y de ayudaros con todo mi poder, reducido á esforzaros y á interesarme en vuestro buen éxito. Acaso también responderé yo á vuestras preguntas más á propósito que cualquier otro: por tanto, con semejante ayuda intentad combatir á vuestros contrarios incrédulos, y convencerles que la razón está de vuestra parte.

Sóc. Yo lo intentaré con gran confianza, puesto que vos me ofrecéis un socorro sobre el cual cuento yo mucho. Si queremos libertarnos de las manos de los que vos decís, parece necesario explicarles cuáles son los filósofos á quienes nosotros osábamos decir que se les debe entregar el gobierno de los Estados. En desenvolviendo este punto, podremos más fácilmente hacerles frente, y manifestarles que únicamente á los que tienen las cualidades que nosotros pedimos, les corresponde ser filósofos y magistrados, y que todos los demás ni deben filosofar, ni mezclarse en el gobierno de las repúblicas, sino obedecer á los que mandan.

GLAUC. Tiempo es ya que expliquéis vuestro pensamiento en este asunto.

Sóc. Esto es lo que voy á hacer: seguid mis pasos y ved si me explico lo suficiente para dirigirnos bien.

GLAUC. Guiadme, que ya os sigo.

Sóc. ¿Habría por ventura necesidad de traeros á la memoria, ó á dicha os recordasteis ya que cuando se dice de alguno que ama una cosa, si se habla con rigor, no se entiende por esto que él ama una parte y no la otra, sino que la ama toda entera?

GLAUC. Haréis muy bien de acordármelo ; porque yo no comprendo lo que vos queréis decir.

Sóc. En verdad, Glaucón, que á cualquier otro le perdonaría yo que hablase como vos habláis. Pero un hombre experto como lo sois vos en materia de amor, debería saber que todos los que se hallan en la flor de la edad, estimulan y hacen impresión en un corazón enamorado y derretido, que los tiene á todos por dignos de sus cuidados y de su ternura. ¿No lo hacéis así vosotros en orden á los jóvenes hermosos? Del uno que es romo, decís que es gracioso, y le alabáis ; del otro aguilero, decís que tiene nariz real ; del que está en un medio, que es perfectamente bien proporcionado : á los morenos llamáis marciales ; á los blancos hijos de los dioses : ¿y qué otro que un amante halagüeño pudo inventar la expresión de melados (1), bajo la cual disfrazáis la amarillez de los que están en lo mejor de su juventud? En una palabra, no hay medios de que no os aprovechéis, no hay dulzuras que vosotros no digáis á los que están en lo florido de la edad para ganar su benevolencia.

GLAUC. Si queréis tomarme á mí por ejemplo de lo que los enamorados hacen en esta materia, yo os lo concedo, por no cortar el hilo de esta conversación.

Sóc. ¿No se ve que los que son dados al vino,

(1) *Melados*. Μελιχλωρους, ó más bien, según Enrique Estephano, μελιχροῦς, esto es, de *color de miel*. Lucrecio lib. IV. v. 1.157; Horacio, Serm. I, égl. 3.^a, v. 38. Ovidio *Art. ama.* XI. v. 659, y Molier, han imitado este pasaje, que, como se ve, no es más que un gracejo de parte de Sócrates, pero que prueba la extremada corrupción de las costumbres de su siglo y de su país. — *Grou.*

observan también la misma conducta, y que con cualquier motivo hacen ellos el elogio de toda especie de vinos?

GLAUC. Esto es verdad.

SÓC. ¿No habéis también notado que los ambiciosos, cuando no pueden conseguir el mando en jefe de un ejército, sirven en calidad de tenientes generales, y que no pudiendo ser honrados de los grandes y personas respetables, se contentan con los honores que les ofrecen los pequeños y gente vil, como que son codiciosos de distinciones, sean cuales fuesen?

GLAUC. Convengo en ello.

SÓC. Ahora respondedme sí, ó no: cuando decimos de alguno que ama una cosa, ¿queremos decir que él no la ama sino en parte, ó que la ama toda entera?

GLAUC. Que la ama toda entera.

SÓC. ¿Luego no diremos lo mismo del filósofo, á saber: que ama la sabiduría no en parte, sino toda entera?

GLAUC. Verdad es.

X SÓC. Del que aborrece, pues, las ciencias, sobre todo si es joven, y no está en estado de dar razón de lo que es útil ó no, de ningún modo diremos que es filósofo, ni codicioso de conocimientos; como del hombre que come con repugnancia, no se dice que tiene hambre, ni que apetece los manjares que se le presentan, sino que está desganado.

GLAUC. Y con justa razón.

SÓC. Pero el que con igual ardor se inclina á todas las ciencias, que querría abrazarlas todas, ansiando siempre por aprender, ¿no merece de jus-

ticia el nombre de filósofo? ¿Qué decís vos, Glaucón?

GLAUC. Por vuestra cuenta se encontrarían filósofos á montones, y de un carácter bien extraño. Sería necesario comprender bajo este número todos aquellos que son curiosos de ver y de saber alguna cosa de nuevo, y aun lo que tengo por más ridículo, colocar entre los filósofos, ciertas gentes curiosas de oír, que ciertamente no asistirían de buena gana á una conversación tal como la nuestra, pero que parece tienen alquilados sus oídos para oír todos los coros que discurren por las fiestas de Baco, en cualquier parte que se celebren, ora sea en la ciudad, ora en el campo. ¿Por ventura pueden llamarse filósofos estos tales y aquellos que no muestran deseo sino de aprender semejantes cosas, ó que se aplican al conocimiento de las artes más viles? (1).

SÓC. De ninguna manera: ellos no son más que imitadores de los filósofos.

GLAUC. Pues, según vos, ¿quiénes son los verdaderos filósofos?

SÓC. Los que gustan de contemplar la verdad.

GLAUC. Vos tenéis razón sin duda; pero explicadme qué es lo que entendéis por esto.

SÓC. No sería fácil hablando con cualquier otro; mas yo creo que vos me concederéis sin trabajo lo que voy á decir.

GLAUC. ¿Cómo? ¿qué cosa?

(1) *Más viles.* Este rasgo se refiere á Hipias de Elida, de quien se cuenta que en los juegos Olímpicos se vanaglorió de haberse hecho por su mano los vestidos, los zapatos, el anillo, etc.—*Grou.*

SÓC. Que por cuanto lo honesto es contrario á lo deshonesto, éstas son dos cosas.

GLAUC. No tiene duda.

SÓC. Y que por consiguiente son distintas la una de la otra.

GLAUC. También es cierto.

SÓC. Y que lo mismo sucede respecto de lo justo y de lo injusto, de lo bueno y de lo malo, y de todas las otras ideas; pues que cada una de ellas tomada en sí misma es una, pero consideradas con las relaciones que tienen con nuestras acciones, con los cuerpos y consigo mismas, parece que se multiplican (1).

GLAUC. Vos decís muy bien.

SÓC. Ved, pues, por dónde distingo yo estos genios que vos decíais codiciosos de ver, amantes de las artes y limitados á la práctica, de los contempladores de la verdad, acerca de los cuales era nuestra plática y á quienes solos conviene propiamente el nombre de filósofos.

GLAUC. ¿Cómo lo entendéis esto?

SÓC. Los primeros, cuya curiosidad está toda en los ojos y en los oídos, se deleitan en oír excelentes voces, en ver hermosos colores y bellas figuras, y todas las obras del arte ó de la naturaleza donde entra algo de hermoso; pero su alma es incapaz de elevarse hasta la esencia de la misma hermosura, de conocerla y de llegarse á ella.

GLAUC. La cosa es como vos decís.

(1) *Se multiplican.* La razón es fácil de comprender, porque se dice de muchas acciones que son justas, de muchos cuerpos que son hermosos, aunque la idea ó la esencia de lo justo y de lo hermoso no sea más de una.—*Grou.*

Sóc. Mas los que pueden elevarse hasta lo realmente hermoso y contemplarle en sí mismo, ¿no es cierto que son pocos?

GLAUC. Muy raros.

Sóc. ¿Pues qué es la vida de un hombre que á la verdad conoce cosas hermosas, pero que no tiene ninguna idea de la hermosura por esencia, ni aun es capaz de seguir á los que quisieren hacérsela conocer? ¿Esto es un sueño ó es una realidad? Consideradlo bien: ¿qué cosa es soñar? ¿No es por ventura, cuando ora sea durmiendo, ora despierto, se toma la semejanza de una cosa por la cosa misma?

GLAUC. Sí, esto es lo que yo llamaría sueño.

Sóc. Aquel por el contrario que tiene idea de la hermosura, que puede verla en sí misma y en todo lo que participa de su esencia, que en nada confunde lo hermoso y las cosas hermosas, y que jamás toma lo uno por el otro, ¿vive en sueños ó despierto?

GLAUC. Muy despierto.

Sóc. Luego los conocimientos de éste que están fundados sobre una percepción clara de los objetos, diríamos con razón que son una verdadera ciencia; y los del otro que son inciertos, que no merecen sino el nombre de opiniones.

GLAUC. Cabalmente es así.

Sóc. Pero si este último, que, según nosotros, opina sobre todo, mas no lo conoce, se indignase contra nosotros y sostuviese que no decimos la verdad, ¿tendríamos algo que decirle para suavizarle y persuadirle blandamente que se engaña, ocultándole con todo la enfermedad de su alma?

GLAUC. Preciso sería aplacarle.

Sóc. Notad, pues, lo que nosotros le diríamos.

¿Os parece que le dirigiésemos la palabra asegurándole que lejos de envidiarle sus conocimientos, si tiene algunos, nosotros seríamos gustosos de convencernos que él sabe alguna cosa? Pero le preguntaría yo: decidme, aquel que conoce, ¿conoce alguna cosa ó nada? Glaucón, respondedme vos por él.

GLAUC. Yo respondo que alguna cosa conoce.

SÓC. ¿Que es, ó que no es?

GLAUC. Que es: porque ¿cómo puede conocerse lo que no es?

SÓC. Luego, sin llevar más adelante nuestras pesquisas, nosotros sabemos ciertamente que lo que es en todos sentidos puede ser conocido de todos modos, y que lo que de ninguna manera es, de ningún modo puede ser conocido.

GLAUC. Bastante ciertos estamos de esto.

SÓC. Ahora bien: si hubiese alguna cosa que participase del ser y del no ser, ¿no ocuparía el lugar medio entre lo que es enteramente y lo que de ninguna manera es?

GLAUC. Sí por cierto.

SÓC. Al modo, pues, que la ciencia tiene por objeto el ser, y la ignorancia de necesidad el no ser, es menester buscar para lo que ocupa el medio entre el ser y el no ser, un modo de conocerlo que sea medio entre la ciencia y la ignorancia, caso que haya alguno.

GLAUC. No hay duda.

SÓC. ¿Por fortuna es alguna cosa la opinión?

GLAUC. Sí.

SÓC. ¿Esta es una facultad distinta de la ciencia, ó la misma?

GLAUC. Es distinta.

SÓC. Según esto, la opinión tiene su objeto

aparte, la ciencia también el suyo, ora se las considere á una y á otra por lo que ellas tienen de común, ora como dos facultades del todo diferentes.

GLAUC. Así es.

SÓC. ¿La ciencia no tiene por objeto conocer lo que es, en cuanto que es? Pero antes de pasar adelante tengo por necesario explicar una cosa.

GLAUC. ¿Qué?

SÓC. Digo yo que las facultades son una especie de seres que nos hacen capaces á nosotros y á todos los otros agentes de las operaciones que nos son propias. Por ejemplo, llamo facultad la potencia de ver, de oír; si es que comprendéis ahora lo que quiero decir por este nombre genérico.

GLAUC. Ya lo comprendo.

SÓC. Escuchad, pues, cuál es mi pensamiento en este asunto. Yo no veo en cada facultad ni color, ni figura, ni nada semejante á lo que se encuentra en otras mil cosas sobre que pueda echar la vista para distinguir las unas de las otras. Yo no considero en cada una de ella sino su destino y sus efectos, y por este medio es por el que las distingo, y llamo unas facultades mismas aquellas que tienen el mismo objeto y obran los mismos efectos; y facultades diferentes, aquellas que tienen objetos y efectos diferentes. Pero vos ¿cómo las distinguís?

GLAUC. Del mismo modo.

SÓC. Volvamos, pues, ahora á tomar el hilo, mi buen amigo: ¿colocáis vos acaso la ciencia en el número de las facultades, ó á qué género la referís?

GLAUC. Yo la miro como la más poderosa de todas las facultades.

SÓC. ¿La opinión es también una facultad, ó alguna otra especie de ser?

GLAUC. De ninguna manera, porque la opinión no es otra cosa que la facultad de opinar que hay en nosotros.

SÓC. ¿Pues no confesasteis un poco más arriba que la ciencia se diferenciaba de la opinión?

GLAUC. Sin duda; ¿y cómo un hombre sensato podría confundir lo que es infalible con lo que no lo es?

SÓC. Muy bien. Y con esto queda claro que nosotros confesamos que la ciencia y la opinión son dos facultades distintas.

GLAUC. Ciertamente.

SÓC. ¿Luego cada una de ellas tiene por su naturaleza una virtud y un objeto diferentes?

GLAUC. Es preciso.

SÓC. ¿La ciencia no tiene por objeto conocer lo que es, precisamente tal como es?

GLAUC. Sí.

SÓC. Mas de la opinión decimos nosotros que no es otra cosa que la facultad de opinar.

GLAUC. También es cierto.

SÓC. ¿Pero por ventura tiene el mismo objeto que la ciencia, de suerte que una misma cosa pueda pertenecer á un tiempo mismo al conocimiento y á la opinión? ¿ó acaso es esto imposible?

GLAUC. Por lo que hemos confesado, esto es imposible; porque si las facultades diferentes tienen por naturaleza objetos diferentes, siendo, como dijimos, la ciencia y la opinión dos facultades distintas, se sigue que el objeto de la ciencia no puede ser el mismo que el de la opinión.

SÓC. Si pues el ser es el objeto de la ciencia, el de la opinión será otra cosa distinta del ser.

GLAUC. No hay duda.

SÓC. ¿Sería por ventura la nada? ¿ó aun es imposible que la nada esté sujeta á la opinión? Discutrid conmigo. Aquel que opina ¿no dirige su opinión sobre alguna cosa? ¿ó es posible, opinando, opinar sobre nada?

GLAUC. Esto es imposible.

SÓC. Según esto, el que opina, opina sobre algo.

GLAUC. Ciertamente.

SÓC. ¿Pero la nada es alguna cosa? ¿no es con más propiedad una negación de cosa?

GLAUC. Es muy cierto.

SÓC. Como por necesidad, pues, señalamos la nada por objeto de la ignorancia, así como hemos destinado el ser para objeto de la ciencia.

GLAUC. Y con muchísima razón.

SÓC. Luego el objeto de la opinión ni es el ser, ni es la nada.

GLAUC. En efecto que no.

SÓC. Por consiguiente, la opinión se diferencia igualmente de la ciencia y de la ignorancia.

GLAUC. Así me parece.

SÓC. Mas ¿acaso está ella más allá de la una ó de la otra, de modo que sea ó más clara que la ciencia, ó más obscura que la ignorancia?

GLAUC. Ni uno ni otro.

SÓC. Luego lo contrario: es decir, que tendrá menos claridad que la ciencia y menos obscuridad que la ignorancia.

GLAUC. Es muy cierto.

SÓC. Según esto, ¿la opinión estará entre las dos, ocupando un lugar medio entre la una y la otra?

GLAUC. Así es.

SÓC. ¿No hemos dicho antes que si encontráramos una cosa que fuese y no fuese á un mismo tiempo, esta cosa ocuparía el lugar medio entre el puro ser y la mera nada; y que no sería el objeto ni de la ciencia ni de la ignorancia, sino de alguna facultad que se descubriese media entre la una y la otra?

GLAUC. Esto es verdad.

SÓC. Mas nosotros ya hemos descubierto que esta facultad media es lo que se llama opinión.

GLAUC. Sí por cierto.

SÓC. Sólo, pues, nos falta encontrar, á lo que creo, cuál es esta cosa que participa del ser y de la nada, y que propiamente no es ni lo uno ni lo otro, para que si descubriésemos que esto es lo opinable, con justicia señalemos entonces á cada una de estas tres facultades sus objetos; los extremos á las extremas, y el objeto medio á la facultad media: ¿no es así?

GLAUC. No tiene duda.

SÓC. Esto supuesto, respondedme, le diría yo, buen hombre: aquel entendido que no cree que haya ninguna cosa hermosa en sí, ni que la idea de la hermosura sea inmutable; este curioso de profesión que reconoce muchas hermosuras, y que no puede sufrir que se le hable de un hermoso, de un justo absoluto y completo, y así de los demás: respondedme, le diría yo, hombre insigne: entre estas muchas cosas que vos tenéis por hermosas, ¿hay, por suerte, alguna que bajo de otros respectos no os parezca también fea, y entre las justas, injusta, y entre las santas que no os parezca también profana?

GLAUC. El os respondería que no hay ninguna, y que por necesidad las mismas cosas miradas di-

versamenté parecían hermosas y feas, y así de lo demás.

SÓC. Pregunto, pues: ¿muchas de las cosas dobles dan menos señales de lo que son, mediadas que dobles?

GLAUC. Nada de eso.

SÓC. Otro tanto digo de las que se llaman grandes ó pequeñas, pesadas ó ligeras: ¿una de estas calificaciones diremos les conviene más que la calificación contraria?

GLAUC. No, sino que cada una de por sí participará siempre de la una ó de la otra.

SÓC. ¿Pero acaso cada una de estas muchas cosas es ella más, que no es lo que ella se dice ser?

GLAUC. Esto se parece á las adivinanzas ó acertijos que se proponen sobremesa, y al enigma de los niños sobre el modo é instrumento con que el eunuco hirió al murciélago (1). Estos enigmas tienen dos sentidos contrarios, y no puede entenderse con certeza nada de ellos, ni si son ó no son, ni si lo uno y lo otro, ni si ni uno ni otro.

SÓC. ¿Qué se hará, pues, de esta especie de cosas, y dónde colocarlas mejor que entre el ser y la nada? Porque en verdad ni son tan obscuras que tengan menos existencia que la nada, ni tan claras que tengan más realidad que el ser.

GLAUC. Esto es muy cierto.

(1) *Al murciélago.* Este es el enigma entero: « Un hombre que no es hombre, que ve y no ve, ha herido y no ha herido, con una piedra que no es piedra, una ave que no es ave, sobre un árbol que no es árbol » Es decir, que un eunuco tuerto dió un golpe con una piedra pomez á un murciélago, sobre un sahúco.—*Grou.*

Sóc. Luego hemos descubierto, según parece, que esta multitud de cosas que sirven al común de los hombres de regla para juzgar de la hermosura y de otras cualidades semejantes, dan vueltas, por decirlo así, en este espacio que separa al ser de la nada.

GLAUC. Lo hemos hallado sin que podamos dudar.

Sóc. Pues nosotros hemos convenido antes en que diríamos de esta especie de cosas, que corresponden ellas á la opinión y no á la ciencia, y que debía darse por objeto á la facultad media lo que ocupa el lugar medio entre el ser y la nada.

GLAUC. Así es.

Sóc. Diremos, pues, con resolución, que los que ven muchas cosas hermosas, mas no ven lo hermoso por esencia, y que ni pueden seguir á los que quieren ponerles en estado de verle; que ven muchas cosas justas, mas no la justicia misma, y así de lo demás, que ellos no tienen de todo esto sino opiniones, y de ningún modo conocimientos ciertos.

GLAUC. Es como preciso.

Sóc. Que al contrario, los que contemplan la esencia inmutable de las cosas, tienen conocimientos ciertos y no opiniones.

GLAUC. También esto es necesario.

Sóc. ¿Los unos y los otros no aprecian y aman, éstos las cosas que son el objeto de la ciencia, aquéllos las que son el objeto de la opinión? ¿No os acordáis que decíamos de estos últimos que se deleitan en oír bellas voces, en ver hermosos colores, pero que no pueden sufrir que se les hable de lo absolutamente hermoso como de una cosa que realmente exista?

GLAUC. Muy bien me acuerdo.

SÓC. No les haremos, pues, ninguna injusticia en llamarles amantes de la opinión (1), más bien que amantes de la sabiduría. ¿Y creéis vos que se enfaden contra nosotros, si los tratamos de este modo?

GLAUC. Si quieren creerme no harán ellos tal cosa, porque jamás es permitido ofenderse de la verdad.

SÓC. Por consiguiente, sólo aquellos se han de llamar filósofos y no opinionistas que aprecian únicamente el ser simple, uno é inmutable.

GLAUC. Tenéis mucha razón.

(1) *De la opinión. Philodoxos*, más bien que filósofos.—*Grou.*

COLOQUIO SEXTO.

Sóc. En fin, después de mucho trabajo y de un harto dilatado discurso, hemos fijado nosotros, amado Glaucón mío, la diferencia de los verdaderos filósofos de aquellos que no lo son.

GLAUC. Acaso no era fácil conseguirlo con menos palabras.

Sóc. Yo creo que no. Pero me parece que hubiésemos aclarado más este punto no teniendo otro que tratar, y si, siendo nuestro objeto principal el manifestar en qué se diferencia la condición del hombre justo de la del malo, no nos hubiéramos visto precisados á pasar rápidamente por otras muchas cuestiones incidentes.

GLAUC. Pues tras esto ¿qué nos falta que hacer?

Sóc. Lo que se sigue inmediatamente. Puesto que los verdaderos filósofos son aquellos cuyo espíritu puede llegar al conocimiento de lo que existe siempre de un modo inmutable, y que los otros, vagando

sin principios tras de mil objetos que á la continua mudan de aspecto, todo son menos filósofos, es menester que veamos ahora cuáles escogeríamos para gobernar nuestra república.

GLAUC. ¿Cuál es el partido más sabio que nosotros podríamos tomar?

SÓC. El de establecer por magistrados los que nos pareciesen más capaces de conservar las leyes y costumbres de la república en su vigor.

GLAUC. Muy bien.

SÓC. Por cierto no es difícil de decidir si al que se le encarga guardar una cosa debe ser ciego ó perspicaz.

GLAUC. Sin duda que no.

SÓC. ¿Pues qué diferencia ponéis ~~vos~~ entre los ciegos, y aquellos que privados del conocimiento de lo que existe de un modo simple y uniforme, y no teniendo en su alma ninguna idea clara y distinta, no pueden, á imitación de los pintores, dirigir sus miradas sobre el ejemplar eterno de la verdad, y después de haberle contemplado con toda la atención posible, trasladar á las cosas de acá bajo lo que allí han notado, y servirse cuando convenga, como de una regla segura para fijar por leyes lo que es honesto, justo y bueno en las acciones humanas, y para conservar estas leyes después de haberlas establecido?

GLAUC. Pardiez que no hay ninguna diferencia entre ellos y los ciegos.

SÓC. ¿Escogeremos, pues, á éstos por custodios, ó más bien á los que, conociendo la esencia de cada cosa, no ceden á los otros en experiencia, ni les son inferiores en virtud?

GLAUC. Locura sería escoger á otros que á és-

tos, no faltándoles por otra parte las demás circunstancias, puesto que tendrían sobre los primeros la más grande ventaja que se podía esperar.

Sóc. Ahora nos toca explicar á nosotros por qué medios podrán ellos juntar la experiencia á la especulación.

GLAUC. Es así.

Sóc. Es, pues, necesario, como decíamos al principio de esta conversación, empezar por conocer bien su carácter. Yo estoy persuadido que si llegásemos á comprenderle bien, no dudaríamos un momento en confesar que ellos pueden reunir en sí estas dos cosas, y que deben ser preferidos á todos para el gobierno de la república.

GLAUC. ¿Cómo lo haríamos?

Sóc. Convengamos desde luego en que la primer señal del espíritu filosófico es amar con pasión todas las ciencias que pueden conducirle al conocimiento de esta esencia inmutable que no se altera ni por la generación ni por la corrupción.

GLAUC. Démoslo por sentado.

Sóc. Que á él le sucede lo que de los amantes y ambiciosos en orden al objeto de su ambición y de su amor, dijimos más arriba: que él ama todo lo que pertenece á esta esencia, sin omitir voluntariamente ninguna de sus partes, grande ó pequeña, más ó menos apreciable.

GLAUC. Tenéis mucha razón.

Sóc. Examinad en seguida si es aún necesario que los que deben ser cuales habemos dicho, tengan este otro carácter.

GLAUC. ¿Cuál es?

Sóc. El de abominar y aborrecer la mentira con toda su voluntad, cerrándole enteramente la

entrada en su alma, con un amor igual á la verdad (1).

GLAUC. Es muy conforme.

SÓC. No solamente es conforme, mi amado amigo, sino absolutamente necesario, que el que naturalmente ama á alguno, ame también todo aquello que le es allegado y que tiene alguna relación con él.

GLAUC. Esto es evidente.

SÓC. ¿Encontraréis, pues, alguna cosa que tenga más estrecha conexión con la sabiduría que la verdad?

GLAUC. Ninguna.

SÓC. ¿Mas es posible que el mismo carácter sea amante de la sabiduría y de la mentira?

GLAUC. De ningún modo.

SÓC. Por consiguiente, el espíritu verdaderamente deseoso de saber, debe desde la juventud amar y buscar toda verdad.

GLAUC. Vamos de acuerdo.

SÓC. Pero vos sabéis que cuando los deseos se arrebatan con violencia hacia algún objeto, tienen ellos menos vivacidad para todo lo demás, semejantes á estos débiles riachuelos que se han separado del cauce de un río poderoso.

GLAUC. Nadie lo duda.

(1) *Verdad*. Parece haber alguna contradicción entre lo que dice aquí Platón, y lo que aseguró al fin del segundo coloquio y principios del tercero, en orden al permiso que concedía para mentir cuando mediaba alguna utilidad. Lo cierto es que el amor á la verdad y odio á toda mentira deben ser unas prendas con que ha de adornarse todo buen ciudadano, si quiere ser miembro útil á la sociedad, ora sea que mande, ora que obedezca.

Sóc. Por tanto, aquellos cuyos deseos se vuelven de parte de las ciencias y cosas tales, me figuró que no encuentran gusto, salvo en los placeres puros que son propios del alma. En orden á los del cuerpo, ellos los desprecian, á no ser que sean filósofos en la apariencia y no en la realidad.

GLAUC. Es muy necesario.

Sóc. Un hombre, pues, de este carácter es templado y enteramente exento de codicia, porque las razones que mueven á otros á correr con tanto afán trás las riquezas, no tienen sobre él ningún poder.

GLAUC. Es así.

Sóc. Para discernir el natural filósofo de aquel que no lo es, conviene aún considerar otra cosa.

GLAUC. ¿Qué cosa?

Sóc. Que no se te oculte si encierra algo de vil y bajo; siendo la pequeñez absolutamente incompatible con un alma que debe abrazar en sus indagaciones todo lo que existe divino y humano.

GLAUC. No hay cosa más cierta.

Sóc. ¿Pero pensáis vos que un alma elevada y sublime, que extiende su pensamiento sobre todos los tiempos y sobre todos los seres, mire la vida del hombre como una cosa grande?

GLAUC. Esto es imposible.

Sóc. Semejante alma, pues, no temerá la muerte.

GLAUC. Seguramente que no.

Sóc. Por tanto, una alma baja y tímida jamás tendrá ningún comercio con la verdadera filosofía.

GLAUC. Creo que no.

Sóc. ¡Pero qué! un hombre moderado en sus

deseos, exento de avaricia, de bajeza, de soberbia, de cobardía, ¿podría ser acaso áspero en su trato ó injusto?

GLAUC. De ninguna manera.

SÓC. Cuando hagáis, pues, el discernimiento del alma nacida para la filosofía, observaréis si desde los primeros años muestra ella equidad y dulzura, ó si es feroz ó intratable.

GLAUC. Mucho que sí.

SÓC. Tampoco omitiréis, pienso yo, de poner atención en este otro punto.

GLAUC. ¿Cuál es?

SÓC. Si tiene facilidad ó dificultad en aprender. ¿Podéis vos esperar de quienquiera que sea que tome gusto por lo que hace con mucha repugnancia y con poco adelantamiento?

GLAUC. Mal haría de esperararlo.

SÓC. Pero si no retiene nada de lo que aprende, si todo se le olvida, ¿es posible que deje de quedar vacío de ciencia?

GLAUC. No puede menos.

SÓC. Viendo, pues, que trabaja sin fruto, ¿no te parece que al cabo se hallará en la precisión de aborrecerse á sí mismo y todo género de estudio?

GLAUC. No tiene duda.

SÓC. Luego al alma olvidadiza no la colocaremos en la clase de los naturales filósofos; nosotros la buscaremos que esté dotada de una excelente memoria.

GLAUC. Harémoslo así en un todo.

SÓC. Pero un carácter grosero que ni tiene gracias ni cultura, ¿no se inclina naturalmente al desorden?

GLAUC. Precisamente.

SÓC. ¿La verdad es amiga del orden, ó del desorden?

GLAUC. Del orden.

SÓC. Busquemos, pues, en el filósofo sobre las otras cualidades un espíritu lleno de gracias, amigo del orden, y que su inclinación natural le lleve á la contemplación de la esencia de las cosas.

GLAUC. Sí por cierto.

SÓC. Pues qué, ¿no te parece que todas las cualidades que acabamos de recorrer son absolutamente necesarias y como que se dan la mano unas á otras en una alma que debe elevarse al más perfecto conocimiento del ser?

GLAUC. Es así al pie de la letra.

SÓC. ¿Puedese, pues, reprender por alguna parte una profesión de la cual nadie puede instruirse como es debido si no está dotado de memoria, de penetración, de grandeza de alma, de afabilidad; si no es amigo y, por decirlo así, aliado de la verdad, de la justicia, de la fortaleza y de la templanza?

GLAUC. Ni aun Momo mismo (1) encontraría nada que reprender.

(1) *Momo*. Fué hijo del Sueño y de la Noche, y dios de la sátira, ocupado únicamente en examinar las acciones de los dioses y de los hombres, y divulgarlas con libertad. Sus continuos sarcasmos dieron motivo á que se le arrojase del cielo. Ridiculizó á Neptuno, á Vulcano y á Minerva, y viendo que de día en día se aumentaba el número de los dioses, se quejó de que algunos de entre ellos, no contentos con haber sido elevados de hombres que antes eran á tan alta dignidad, querían también deificar á sus criadas y criados. Le representaban levantando la mascarilla de un rostro, y en la mano un báculo con una figura ridícula al extremo.

Sóc. A tales ingenios, pues, perfeccionados con la educación y con la experiencia, y no á otros, confiaréis vos el gobierno de nuestra república.

Adimanto, tomando aquí la palabra, me dijo:

ADIM. Sócrates, nadie os puede disputar la verdad de lo que acabáis de decir. Pero ved lo que sucede de ordinario á los que con vos conversan. Ellos se imaginan que por no estar versados en el arte de preguntar y responder, en cada una de las preguntas cuyas consecuencias no prevén se hallan separados poco á poco de la razón; mas recopilados estos pequeños extravíos, al cabo de la conversación vienen á caer en un error gravísimo y en contradicción consigo mismos. Y á la manera que los que no saben jugar á las tablas (1) se hallan tan apurados y encerrados por los jugadores diestros, que á la postre no tienen pieza que mudar; ellos creen del mismo modo verse al fin concluidos en esta otra especie de tablas, por vuestra habilidad en manejar no las piezas, sino el discurso, que los engaña y les reduce á no saber qué decirse, aunque en realidad la cosa no sea como vos querríais hacérsela creer. Yo hablo en consecuencia de lo que acabo de oír, porque se os podría objetar que á la verdad es imposible eludir cada una de vuestras preguntas en particular, pero que si se examina la cosa á fondo se ve que los que se aplican á la filosofía, no sólo en la juventud con ánimo de separarse de ella luego que hayan tomado una ligera tintura, sino aún los que envejecen en este estudio, son la mayor parte de un genio ridículo y extraño, por no decir otra cosa peor, y que los más soportables vie-

(1) *Tablas.* Véase la nota de la página 20, tomo I.

nen cuando menos á hacerse inútiles á la sociedad, por haber abrazado esta profesión á la cual prodigáis vos tantos elogios.

Al oír esto repliqué yo:

Soc. ¿Creéis vos, Adimanto, que lo que así hablan, mienten?

ADIM. Yo no lo sé; pero de buena gana oiría vuestro parecer.

Sóc. Oiríais, pues, que mi parecer es que ellos dicen verdad.

ADIM. ¿Con qué fundamento, pues, habéis podido decir que no se acabarían antes los males que arruinan los Estados, á menos que fuesen ellos gobernados por estos mismos filósofos que vos reconocéis ahora por gente inútil á la sociedad?

Sóc. Me hacéis vos una pregunta á la cual no se puede responder sino por una alegoría.

ADIM. Pues creo que vos no acostumbráis usar de alegorías en vuestros discursos.

Sóc. Sea en buen hora. ¿Acaso os burláis de mí empeñándome en una cuestión tan embrollada? Escuchad, pues, la alegoría de que voy á valerme, para que conozcáis mejor que nunca cuán malísimo pintor soy. El trato que se da á los sabios en las repúblicas donde ellos viven es tan extraño y duro, que nadie experimentó jamás cosa que se le parezca; de suerte que me veo precisado á formar de muchas piezas, que no tienen entre sí ninguna conexión, el cuadro que debe servir para justificarles, imitando á los pintores cuando nos representan los tragelafos (1) ú otras mezclas monstruosas. Figu-

(1) *Tragelafos*. Animal de naturaleza media entre ciervo y cabra, que resulta por generación de los dos; y así es muy

raos, pues, al piloto ó comandante de una ó de muchas naves tal como voy á pintároslo, más grande y más robusto que todos los demás de la tripulación, pero algo sordo y corto de vista y poco versado en el arte de navegar. Alborótanse los marineros, disputándose unos á otros el derecho del gobierno, contemplándose cada cual digno de ser piloto, sin tener ningún conocimiento de este arte y sin poder señalar bajo de qué maestro ni en qué tiempo le aprendió. Se adelanta su extravagancia hasta decir que ésta no es ciencia que pueda aprenderse, hallándose prontos á quitar la vida á cualquiera que se atreviese á sostener lo contrario. Imagináoslos en seguida alrededor del piloto, sitiándole, suplicándole, apremiándole que les entregue el timón. En cuyo caso, si no son ellos los que le persuaden, sino otros, los excluidos en la elección matan ó arrojan al mar á los que fueron preferidos. Tras lo cual, embriagando al generoso timonero, ó entorpeciéndole con hacerle beber la adormidera ó algún otro licor, se apoderan del navío, se echan sobre las provisiones, comen y beben opíparamente, dejando ir la nave á merced de los vientos, que es lo que esperarse puede de semejantes hombres. Por lo demás, ellos miran como hombre entendido, como hábil marinero y muy instruído en manejar el gobernalle, á cualquiera que ó con la persuasión ó con la fuerza pudo obligar al piloto á descargarse sobre ellos del mando del navío, y al que no sabe lisonjear en esto sus deseos le desprecian como

semejante al ciervo en el cuerpo y cuernos, y á la cabra en la barba y pelo. Es visto pocas veces, por criarse sólo en las riberas del río Fasis. — Dicción de la lengua cast.

inútil. Pero ni les pasa siquiera por el pensamiento el saber lo que es un verdadero piloto, y que para serlo es necesario tener un conocimiento perfecto de los tiempos, de las estaciones, del cielo, de los astros, de los vientos y de todo lo que pertenece á este arte, si es que en realidad ha de ser gobernador de la nave. Se ocupan muy poco de que el navío esté gobernado por un tal piloto, ora lo quieran algunos, ora no, y creen aún que es imposible juntar la práctica á la ciencia del pilotaje. En las naves donde suceden cosas semejantes, ¿qué idea queréis vos que se tenga del verdadero piloto? Los marineros, en la disposición de ánimo en que los supongo, no le tratarán de hombre inútil, de un vano discursidor á quien la observación de los astros le ha vuelto la cabeza?

ADIM. Esto es mucha verdad.

Sóc. No creo que haya necesidad de explicaros que esta pintura que os he hecho de la nave es una imagen fiel del tratamiento que se da á los verdaderos filósofos en los Estados. Vos comprendéis sin duda mi pensamiento.

ADIM. Y muy bien.

Sóc. Ante todo, pues, declarad esta alegoría á los que se admiran de ver á los filósofos tratados en las repúblicas de un modo tan indecoroso, y procuradles persuadir que aun sería maravilla mayor si ellos fuesen honrados.

ADIM. Yo se la declararé.

Sóc. Añadidles que ellos tienen razón en decir que la más sana parte de los filósofos no hacen servicio ninguno á la sociedad, pero que la causa de su inutilidad no debe atribuirse á ellos, sino á los que no se dignan emplearles; porque no es natural

ni que el piloto suplique á los marineros que se abandonen á su gobierno, ni que los sabios vayan de puerta en puerta á hacer á los ricos semejante súplica, pues el primero que, jactándose, se atrevió á proferir esto, dijo una falsedad. Lo cierto es que es conforme á naturaleza que el enfermo rico ó pobre tenga por necesidad que acudir á las puertas del médico; que el que necesita de las luces de otro para gobernarse, vaya á llamar á las del que fuese capaz de mandar; y no que el gobernador que en realidad puede ser de algún provecho á los otros, les suplique que se valgan de sus luces. Por tanto, no os engañaréis comparando los marineros de quienes acabo de hablar con los políticos que están hoy día al frente de los negocios, y los que ellos llaman gentes inútiles y ociosos indagadores de cosas vanas con los verdaderos pilotos.

ADIM. Está muy bien.

Sóc. Siguese de aquí que no es fácil que sea honrada una profesión tan excelente por aquellos que siguen un camino absolutamente opuesto. Pero las más grandes y más fuertes calumnias que la filosofía tiene que sufrir, le vienen por parte de los que se dicen filósofos sin serlo. A éstos tienen en vista los enemigos de la filosofía, cuando dicen lo que vos decíais: que la mayor parte de sus sectarios son hombres perversos, y que los mejores de entre ellos son á lo menos enteramente inútiles. Y yo he convenido en que esta acusación estaba muy bien fundada. ¿No es así verdad?

ADIM. Es cierto.

Sóc. Según esto, ¿tenemos descubierta ya la causa de la inutilidad de los verdaderos filósofos?

ADIM. Sin duda.

Sóc. ¿Queréis vos que declaremos ahora la causa inevitable de la perversidad de los filósofos supuestos, y que nos esforcemos á demostrar, si es posible, que no debe echarse la culpa de esto á la filosofía?

ADIM. Convengo en ello.

Sóc. Empecemos por traer á la memoria lo que dió motivo á esta digresión, á saber, cuáles son las icaldades necesarias que ha de tener uno para llegar á ser hombre honrado y realmente bueno. La primera calidad, si se os acuerda, era el amor á la verdad, que debe buscar él en todo y por todas partes, siendo el espíritu de ligereza absolutamente incompatible con la verdadera filosofía.

ADIM. Esto es lo que vos dijisteis. .

Sóc. Pues la mayor parte de los hombres están en este punto de un parecer del todo contrario al nuestro.

ADIM. Es muy seguro.

Sóc. ¿Será acaso defender mal la filosofía el decir que el que tiene un deseo verdadero de aprender, no se para en la variedad de las cosas de aquí abajo, de las cuales no puede tener más que conocimientos inciertos, sino que, nacido para la verdad, se encamina hacia ella con un ardor y esfuerzos que ninguna cosa los puede contener ni sobrepujar, hasta tanto que haya llegado á conocer lo que es, y que se le haya unido por la parte más íntima de su alma, que es la más connatural y propia, cuya unión y mezcla divina haya hecho concebir en él la inteligencia y la verdad, y que adquiera del sér un conocimiento claro y distinto, y que viva y se sustente con vida verdadera y alimentos sólidos, y que hasta este momento preciso no se verá libre su alma de los dolores del parto?

ADIM. No se la puede defender mejor.

Sóc. Pues qué, ¿amará este tal la mentira, ó la aborrecerá infinitamente?

ADIM. La aborrecerá sin duda.

Sóc. Tampoco diremos que cuando la verdad va por delante pueda ir en su seguimiento el coro de los vicios.

ADIM. Ciertamente que no.

Sóc. Antes bien, que se halla siempre con costumbres sanas y arregladas, y que su compañera es la templanza.

ADIM. Tenéis razón.

Sóc. Pero ¿qué necesidad hay de hacer por segunda vez la enumeración de todas las bellas cualidades del natural filósofo? Vos os acordaréis que quedamos convenidos Glaucón y yo en que la fortaleza, la grandeza de alma, la agudeza de ingenio y la memoria, le eran muy conducentes; que entonces nos habéis interrumpido para decir que á la verdad era imposible negar nuestras razones, pero que si dejados los discursos volvíamos los ojos sobre la conducta de aquellos de quienes hablábamos, encontraríamos ser visible que los unos son inútiles, y que los otros, en mucho mayor número, son enteramente malos; que habiéndonos puesto después á buscar la causa de esta acusación, hemos venido á examinar por qué la mayor parte de aquellos que se venden por filósofos son malos. Y esto nos obligó á volver á describir el carácter de los verdaderos filósofos, y á dar por necesidad una exacta definición.

ADIM. Esto es cierto.

Sóc. Ahora es menester considerar cómo se corrompe y se pervierte un tan bello natural, de suer-

te que no se escapen sino muy pocos de la general corrupción; y aun éstos son á los que no se les trata de malos, pero sí del todo inútiles. En seguida consideraremos cuál es el carácter de estos falsos filósofos, que ingiriéndose por sí mismos en esta profesión sublime é infinitamente superior á sus talentos, caen en mil descarríos, y son causa del universal descrédito en que vos decís que se halla la filosofía.

ADIM. ¿Cuáles son estas causas de corrupción?

SÓC. Voy á manifestáros las, si es que soy capaz. Desde luego todo el mundo convendrá conmigo que rara vez y muy pocos nacen entre los hombres dotados de este natural feliz, que reúne en sí todas las cualidades que nosotros pedimos en un filósofo completo: ¿qué pensáis vos?

ADIM. Yo creo que ellos son poquísimos.

SÓC. Ved, pues, cuántas y cuán poderosas causas trabajan en la pérdida de este pequeño número.

ADIM. ¿Cuáles son éstas?

SÓC. Lo que os parecerá más extraño al oírlo, es que estas mismas cualidades que hacen á estos naturales tan preciosos, corrompen algunas veces el alma que las posee, y la arrancan de los brazos de la filosofía: la fortaleza, digo, la templanza, y las otras virtudes de que acabo de hacer mención.

ADIM. En efecto que esto es muy extraño.

SÓC. Además de esto, todo lo que se mira entre los hombres como bienes, la hermosura, las riquezas, las fuerzas del cuerpo, los enlaces poderosos en la sociedad, y todas las otras ventajas de esta naturaleza, no contribuyen menos á pervertir el

alma y á fastidiarla del estudio de la sabiduría. Vos ya comprendéis qué es lo que yo quiero decir.

ADIM. Sí; pero yo querría que vos me explicaseis todo esto más por extenso.

Sóc. Tomad bien este principio general, y lejos de pareceros extraño lo que acabo de decir, se os manifestará con la mayor evidencia.

ADIM. ¿Qué principio es éste?

Sóc. Sabemos todos que toda semilla, toda planta, todo animal que nace bajo de un clima poco favorable, y que no tiene, por otra parte, ni el alimento ni la estación acomodada, exige otro tanto más cultura y cuidados, cuanto su naturaleza es más fuerte y robusta; porque el mal es más contrario de lo que es bueno, que de lo que no es ni malo ni bueno.

ADIM. Esto es cierto.

Sóc. Es, pues, verdadero decir en el orden físico que un mal alimento es más nocivo á lo que es excelente de su naturaleza, que á lo que no es sino mediano.

ADIM. Así es.

Sóc. Igualmente podemos asegurar, mi amado Adimanto, que en el orden moral las almas dotadas de mejor ingenio llegan á ser peores por una mala educación. ¿Creéis, por suerte, que los grandes delitos y la malicia consumada nazcan de un alma ordinaria, y no más bien de un excelente natural corrompido con la educación? Por las almas vulgares puede decirse que jamás harán ni mucho bien ni mucho mal.

ADIM. Convengo en lo que vos decís.

Sóc. De consiguiente, una de dos: si el natural filosófico es cultivado con las ciencias que le

son propias, es necesario que llegue de grado en grado hasta la más sublime virtud; si, al contrario, está sembrado y crece en un suelo extraño, no hay vicio del cual no arroje vástagos algún día, á menos que cuide especialmente de su conservación alguno de los dioses. ¿Pensáis vos, como la mayor parte se lo imaginan, que los que corrompen la juventud sean estas gentes despreciables á quienes se da el nombre de sofistas? El mayor mal no viene de ellos. Los que le atribuyen á los sofistas, son ellos mismos sofistas mucho más peligrosos, que con sus máximas saben formar y volver á su antojo el espíritu de los hombres y de las mujeres, de los jóvenes y de los viejos.

ADIM. ¿Cuándo hacen esto? ~

SÓC. En las asambleas públicas, en los tribunales, en los teatros, en los ejércitos, ó en cualquier otro lugar donde se congrega la multitud, cuando vituperan allí ó aplauden ciertas palabras ó ciertos hechos, tomando con extremo uno ú otro partido con grande estrépito, grandes gritos y grandes palmadas; de cuyas resultas los ecos de las bóvedas y del lugar donde se hallan, causan doblado estruendo que los mismos declamadores. En medio de todo este tumulto, según es dicho común, ¿cómo queréis vos que se contenga el ánimo de un hombre joven? Por buena que sea la educación que haya recibido en particular, ¿cómo podrá resistirse sin hacer naufragio y dejarse llevar de la corriente de estas olas de alabanzas y desprecios? ¿No conformará sus juicios con los de la multitud, en orden á lo que ella encontrase que es honesto ó torpe? ¿No se dedicará á las mismas cosas? ¿No se estudiará á sí mismo por asemejarse á los otros?

ANAX. Mi amado Sócrates, no es posible que haga otra cosa.

Sóc. Con todo, aun no hemos hablado de la más violenta prueba á que se expone la virtud.

ADIM. ¿Cuál es?

Sóc. Cuando los maestros y sofistas de quienes hablo, no pudiendo adelantar nada con sus discursos añaden el mal trato á las palabras. ¿Pues no sabéis vos que ellos castigan con la pérdida de bienes, del honor, y aun hasta de la vida misma, á los que rehusan darse á sus razones?

ADIM. Muy bien lo sé.

Sóc. ¿Qué otro sofista, pues, qué instrucción particular podría resistirse contra la fuerza de semejante seducción?

ADIM. Pienso que ninguna.

Sóc. Sin duda que no, y aun el intentarlo sólo sería grande locura; porque ni la hay, ni la hubo, ni habrá jamás alma verdaderamente virtuosa, mientras que su educación sea contrarrestada por semejantes maestros. Esto debe entenderse, amigo, hablando en lo humano (1) y dejando aparte, según el proverbio, toda protección inmediata de Dios. Pues si en una república gobernada por estas máximas se encuentra alguno que se escape del naufragio común, se puede asegurar, sin temor de engañarse, que el tal debe su salvación al auxilio divino.

ADIM. Ni á mí me parece otra cosa.

Sóc. Vos podréis ser también de mi parecer en orden á lo que sigue.

(1) *En lo humano.* En castellano decimos: «Hablando de tejas abajo, pues para Dios nada hay imposible.»

ADIM. ¿De qué se trata?

SÓC. De que estos doctores mercenarios, que el vulgo llama sofistas, y los reputa por émulos en el mismo oficio, no hacen en realidad otra cosa que repetir á la juventud en sus escuelas las máximas que el pueblo sigue en sus asambleas, y á esto es lo que llaman ellos enseñar la sabiduría, como si, por ejemplo, alguno después de haber estudiado las inclinaciones y apetitos de un animal grande y robusto, el modo de acercársele y tocarle, y en qué tiempo está más irritado ó más manso, y por qué causas, qué gritos acostumbra echar en tales y tales circunstancias, y qué tono de voz le suaviza ó le enfurece; esto es, digo yo, como si después de haber aprendido todo esto con el tiempo y la experiencia, formase un arte al cual le diese el nombre de ciencia y se propusiese enseñarla, sin tener, por otra parte, ninguna regla segura para discernir entre las inclinaciones de este animal aquellas que son honestas, buenas y justas, de las que son torpes, malas é injustas, conformándose en sus juicios con el instinto de esta gran bestia, llamando bueno todo lo que le lisonjea y le da gusto, y malo todo lo que le ofende, y justo y honesto todo lo que se ordena á contentar las necesidades de su naturaleza, sin dar ninguna otra razón; porque ni sabe la diferencia esencial que hay entre lo que es bueno en sí y lo que es necesario por la naturaleza, la cual ni jamás la ha conocido, ni está en estado de hacerla conocer á los demás. ¡Por Dios, que un tal hombre os parecería maestro muy extraño!

ADIM. Tenéis mucha razón.

SÓC. Mas ¿os parece que se diferenciaría de aquellos que tienen por sabiduría conocer lo que

irrita y da gusto á la multitud varia congregada, ora sea en cosas de pintura, ora en materia de música, ora en asuntos de política? Porque ¿no es evidente que si uno manifiesta en estas asambleas alguna obra de poesía, ú otra cosa semejante; si propone algún reglamento concèrniendo al Estado, sujetándose al juicio del público, no se verá en la triste (1) é inevitable necesidad de conformarse en todo con lo que apruebe la multitud? ¿Pues habéis vos nunca oído á alguno de los que la componen probar de otro modo que con razones ridículas y miserables que lo que tiene por bueno y honesto sea verdaderamente así?

ADIM. Ni jamás he oído á ninguno, ni pienso que le oiré.

SÓC. A todas estas reflexiones juntad aún esta otra. ¿Es posible que la multitud entienda fácilmente y mire como verdadero este principio: que la idea de lo hermoso es una, y distinta de esta multitud de cosas hermosas que se presentan á los sentidos, y que las esencias de las cosas son simples é indivisibles?

(1) *En la triste. Necesidad Diomedea.* Dura necesidad: especie de proverbio, cuyo origen refieren algunos á Diomedes Tracio, que tuvo la perversa costumbre de obligar á sus huéspedes á que holgasen con sus hijas, y después les quitaba la vida. Otros le atribuyen á Diomedes, capitán griego, contando esta fábula: Como Diomedes y Ulises hubiesen robado el Paladión, y se volviesen de noche, Ulises para apropiarse á sí sólo la gloria del hecho, meditaba matar á Diomedes, que iba delante y llevaba el Paladión. Al vibrar la espada sobre la cabeza de Diomedes, descubrió éste la sombra á la luz de la luna, y evitó el golpe, y sujetando á Ulises le obligó á ir delante con las manos atadas, azotándole con la espada. De donde vino, Diomedea necesidad.

ADIM. De ninguna manera.

Sóc. Luego no puede ser que el pueblo sea filósofo.

ADIM. Esto es imposible.

Sóc. Y también es como necesario que él desprecie á los que se dan á la filosofía.

ADIM. Sin disputa.

Sóc. Y que estos maestros particulares que se han vendido al pueblo y se dedican á darle gusto, los desprecien á su ejemplo.

ADIM. Esto es claro.

Sóc. Todo esto supuesto, ¿qué asilo descubrirás donde pueda retirarse el genio naturalmente filosófico, á fin de que, perseverando en la profesión que ha abrazado, pueda llegar al punto de perfección á que aspira? Juzgad por lo que hemos dicho más arriba. Nosotros habemos convenido en que el verdadero filósofo debía recibir de la naturaleza, como en herencia, agudeza, memoria, fortaleza y grandeza de alma.

ADIM. Verdad es.

Sóc. Esto supuesto, inmediatamente se distinguirá en todas las cosas entre todos sus iguales, especialmente si las perfecciones del cuerpo corresponden á las del alma.

ADIM. Nada habrá que lo estorbe.

Sóc. Creo, pues, que en llegando á la edad madura, sus parientes y conciudadanos desearán aprovecharse de sus talentos y confiarle los intereses particulares y los del Estado.

ADIM. Así se debe esperar.

Sóc. Ellos le llenarán de respetos, de honras y sumisiones, previéndole de lejos el crédito que algún día tendrá en su patria, y haciéndole ya la corte con mucha anticipación.

ADIM. Esto sucede de ordinario.

Sóc. ¿Qué queréis vos que él haga en medio de tantos aduladores, sobre todo si ha nacido en un estado poderoso, si es rico y de ilustre nacimiento, de rostro hermoso y de aventajada estatura? (1). Por ventura, ¿no se llenará de las más locas esperanzas, hasta imaginarse que él tiene talento para gobernar á los Griegos y á los bárbaros? Desvanecido con estas presuntuosas ideas, ¿no se llenará de orgullo, arrogancia y fausto, quedando vano de juicio y sin entendimiento?

ADIM. No tiene duda.

Sóc. Pero si mientras que se halla en esta disposición, acercándose alguno blandamente, se atreviese á descubrirle la verdad y decirle que estaba deprovisto de razón, aunque la necesitaba mucho para gobernarse; que por otra parte la razón no se adquiere, á menos que no se sujete uno á seguir sus luces, ¿creéis vos que rodeado de tantos males, prestase voluntariamente oído á semejantes discursos?

ADIM. Él se guardaría bien.

Sóc. Y aun cuando estas verdades tan naturales al hombre tuviesen cabida en el alma de alguno dotado de un espíritu bien puesto, le despertasen y le arrastrasen de por fuerza hacia la filosofía, ¿qué pensáis vos que hagan sus amigos, persuadidos de que esta mudanza va á hacerles perder su trato y compañía, y todas las ventajas que ellos se

(1) *Estatura*. Está claro que Sócrates quiere indicar aquí á Alcibiades, en quien se verifican todos estos rasgos. El sabio que le da consejos tan saludables es el mismo Sócrates, y para convencerse no hay más que leer el primero y segundo *Alcibiades* de Platón.—*Grou*.

prometían? ¿No le disuadirán con todo su poder, poniendo en obra palabras, discursos y acciones, para que no se deje convencer, al tiempo mismo que convertirán todos sus esfuerzos contra este importuno consejero, para perderle, ya sea armándole lazos secretos, ó ya haciéndole comparecer ante los jueces?

ADIM. No puede menos de suceder así.

Sóc. ¿Queda, pues, alguna esperanza de que éste tal se dedique á la filosofía?

ADIM. Casi ninguna.

Sóc. ¿Veis, pues, si yo decía con razón que aun las buenas cualidades del carácter filosófico, pervertidas por una mala educación, contribuyen en cierto modo á distraerle del estudio de la filosofía, otro tanto que las riquezas y todos los demás bienes llamados de fortuna?

ADIM. Sí. Conozco que vos tenéis mucha razón.

Sóc. Tal es y tan grande, mi amado amigo, el modo con que se corrompen y pervierten estos bellos naturales, destinados á la más excelente de todas las profesiones; naturales por otra parte tan raros, como nosotros hemos dicho. Estos hombres así pervertidos son los que causan los más grandes males á la sociedad y á los particulares; y al contrario les son autores de los mayores bienes, cuando se inclinan á la buena parte. Un natural mediano no puede acarrear mudanza de consideración en la fortuna de los Estados ni en la de los particulares.

ADIM. No hay cosa más cierta.

Sóc. Estos mismos hombres, después de haber abandonado la profesión para que eran nacidos, dejando desierta y sin cultura la filosofía, llevan

una vida indecente y que nada tiene de sólido y verdadero. Mientras tanto, desamparada así la filosofía por sus propios hijos, veréis introducidos en su lugar hijos bastardos que la deshonan é infaman, acarreándole de parte de aquellos de quienes vos habláis estas odiosas reprehensiones, á saber: que de todos los que la cultivan, los unos no son buenos para nada, y la mayor parte son dignos de los mayores suplicios.

ADIM. Es cierto que son muy comunes estos dicitrios.

Sóc. Y acaso no sin fundamento. Porque observando hombres de nada la plaza vacante, y deslumbrados con los distinguidos nombres y títulos brillantes que la decoran, dejan con gusto una profesión obscura, donde sus cortos talentos se habían tal vez manifestado con algún esplendor, y se arrojan entre los brazos de la filosofía; semejantes á los delincuentes que escapados de la prisión, corren á refugiarse á los templos. Pues la filosofía, á pesar del estado de abandono á que está reducida, conserva aún sobre las otras artes una superioridad y magnificencia que se lleva tras sí estos naturales imperfectos, estos viles artesanos, á los cuales un trabajo servil les hizo el cuerpo corcovado y contrahecho, al paso que les degradó y oprimió el alma. ¿Acaso puede ser esto de otro modo?

ADIM. Ciertamente que no.

Sóc. Al verles, ¿no diríais vos que se parecen á un esclavo de calderero, calvo y de pequeño talle, recién salido de la fragua y del grillete, que habiendo hecho algún caudal, y después de haberse lavado en el baño, ataviándose con un vestido nuevo va á casarse con la hija de su amo, á quien

la pobreza y el abandono en que se ve la reducen á este duro extremo?

ADIM. Es muy propia esta comparación.

Sóc. ¿Qué hijos nacerán de semejante matrimonio? Sin duda hijos contrahechos y despreciables.

ADIM. Así debe ser.

Sóc. Del mismo modo, ¿qué producciones saldrán del trato indecoroso de estas almas bajas y sin cultura con la filosofía? Hablando como se debe, ninguna otra cosa que pensamientos frívolos, sofismas, opiniones destituidas de verdad, de buen sentido y de solidez.

ADIM. Es así al pie de la letra.

Sóc. Con todo, queda aún, mi amado Adimanto, un pequeño número de verdaderos filósofos, espíritus elevados, perfeccionados con la educación, que retirados en alguna soledad, deben su perseverancia en el estudio de la sabiduría al cuidado que se tomaron de apartarse de los depravadores; ó que nacidos en un pequeño Estado con sentimientos nobles, se consagran á la filosofía, despreciando con razón los empleos públicos y los honores medianos que podrían resultarles del ejercicio de alguna otra profesión. Otros, en fin, son detenidos por el freno mismo que contiene á nuestro amigo Theages (1). Todo lo que es capaz de separar á alguno de la filosofía parece haberse reunido contra él; pero las enfermedades continuas que le impiden mezclarse en los negocios políticos, le obligan á

(1) *Theages*. Entre los diálogos de Platón se encuentra uno que lleva este nombre. Fué hijo de Demonico, y su padre le presentó á Sócrates para que bajo su instrucción aprendiese la sabiduría.

filosofar, por pocas ganas que tenga. No es del caso decir ahora nada de mi genio familiar présago (1), porque apenas se encontrará en los siglos pasados un solo hombre que haya experimentado lo mismo que yo. Mas entre este pequeño número, los que gustan y han gustado la dulzura y felicidad que se encuentra en la posesión de la sabiduría, convencidos de la locura del resto de los hombres, y por decirlo de una vez, del universal desorden introducido en los Estados por los que los gobiernan; viendo, por otra parte, que no hay nadie que les ayude en los esfuerzos que hacen para sacar de opresión la justicia, de modo que no tuviesen que temer nada por sí mismos, se miran como en medio de una multitud de bestias feroces, en cuyas injusticias no quieren tomar parte, ni tampoco oponerse en vano á todos sus furores, seguros de inutilizarse para sí mismos y para los demás, y de perecer antes de haber podido hacer algún servicio á la patria y á los amigos. Llenos de estas reflexiones, se

(1) *Présago*. Divididos están los pareceres de los antiguos en orden al *genio familiar*, ó *demonio* de Sócrates. Sostienen unos que esto era una aparición que tenía con frecuencia; otros que era una impostura; éstos que era el *genio* ó *ángel* destinado para acompañar los hombres desde que nacen hasta su muerte, que en Sócrates era más activo que en los demás; aquellos otros, que esto era una inteligencia inmediata, ó una inspiración del cielo; pero lo cierto es no era otra cosa que aquella sensación interior inseparable del corazón de los hombres de un juicio exacto y penetrante, que excitada por la probabilidad de lo verdadero y fundada sobre el examen de lo pasado y la conexión invariable de los acontecimientos humanos, obra en nosotros y nos da un presentimiento profético de lo que debe suceder, antes que las facultades de nuestro espíritu puedan probar la exactitud de esta inspiración.

están quietos, ocupados únicamente de sí mismos. Y á la manera que un viajero cuando se levanta un huracán y una deshecha borrasca, se tiene por feliz si encuentra una tapia á cuyo abrigo pueda liberarse de la lluvia y de los vientos; del mismo modo, viendo ellos que la injusticia reina impunemente en todas partes, ponen el colmo de su felicidad en poder conservar en el retiro su corazón exento de injusticia y de maldades, pasar sus días en la inocencia, y salir de esta vida con una conciencia tranquila y llenos de las más bellas esperanzas.

ADIM. No es poco para ellos salir de este mundo, habiendo vivido de este modo.

Sóc. Ni tampoco mucho: bien es verdad que no desempeñaron lo que tiene de más grande su destino, por no haberles cabido en suerte una forma de gobierno adecuada para ellos. En una sociedad gobernada por sus máximas, hubieran tenido mucho crédito, y se hubieran hecho útiles al público y á los particulares. Hemos demostrado suficientemente, á lo que me parece, la causa y la injusticia de las calumnias que han levantado contra la filosofía, á menos que no tengáis aún alguna dificultad que oponerme.

ADIM. Nada tengo que objetaros sobre este asunto. Pero decidme: de todos los Estados que al presente existen, ¿cuál es el que más se adaptaría al filósofo?

Sóc. Ninguno; y esto es de lo que yo me quejo, que no haya ahora una sola forma de gobierno que convenga el carácter filosófico; por lo cual vemos que se altera y se corrompe. A la manera que una semilla exótica sembrada en tierra extraña degenera, y toma la cualidad del suelo

adonde se ha transportado; así también el natural filosófico, no conservando la virtud que le es propia, se convierte en otra naturaleza. Que se le trasplante á un gobierno cuya perfección corresponda á la suya; entonces se verá claro que él encierra en sí algo de divino, y que todos los otros caracteres y las otras profesiones no tienen cosa que no sea humana. Vos me vais á preguntar sin duda de qué forma de gobierno quiero yo hablar.

ADIM. Nada de eso. Porque lo que yo deseo saber es, si la república cuyo plan hemos trazado es la que vos tenéis en vista, ó acaso alguna otra.

Sóc. Ella misma, con que se añada un solo punto que le falta. Nosotros en realidad hemos dicho ya que convendría encontrar el medio de conservar en nuestra ciudad el mismo espíritu que nos había ilustrado y dirigido en el establecimiento de las leyes.

ADIM. En efecto, lo hemos dicho.

Sóc. Mas no hemos aclarado bastante este punto, por el temor que teníais de que la demostración fuese muy larga y difícil, tanto más, que lo que nos falta por decir no es fácil de explicar.

ADIM. ¿De qué se trata?

Sóc. De las medidas que deben tomarse para que no se pierda la filosofía en nuestra república, porque las grandes empresas son arriesgadas, y como dice el adagio: *las cosas hermosas (1) en realidad son difíciles.*

ADIM. No os acobardéis: declaradnos este punto que falta, y dése por concluída la demostración y completo vuestro sistema.

(1) *Hermosas.* Véase la nota de la página 231, tomo I.

Sóc. No será la falta de voluntad, sino la de poder, la que me lo impida. Yo os pongo por juez de mi empresa para que os satisfagáis. Notad ahora con qué esfuerzo, ó más bien con qué temeridad, voy á decir que se debe tomar para esto un método del todo contrario al que se sigue hoy día en el estudio de la filosofía.

ADIM. ¿Cómo es eso?

Sóc. Por cuanto al presente se dedican los jóvenes á esta ciencia de muy pocos años, y todavía parten su tiempo entre este estudio y el de la economía y del comercio. De modo que aun los que salieron más hábiles se separan cuando estaban é punto de entrar en lo que ella tiene más difícil, quiero decir en la *dialéctica* (1). En lo sucesivo creen que hacen mucho con sólo asistir á estas conversaciones filosóficas cuando son llamados, tomándolo antes por un pasatiempo que por una ocupación. Llegada la vejez, á excepción de algunos pocos, su fervor en esta ciencia se apaga mucho más que el sol de Heráclito (2), en términos que no se vuelve á encender.

ADIM. ¿Y cómo debe hacerse?

Sóc. Todo lo contrario. Es menester que los niños y los jóvenes se apliquen al estudio y á la filosofía de un modo proporcionado á su edad; que en esta sazón en que el cuerpo crece y se fortifica se tome un cuidado particular, á fin que algún día

(1) *Dialéctica*. Más abajo se verá lo que Sócrates entiende por la palabra dialéctica.—*Grou*.

(2) *Heráclito*. De este lugar puede inferirse que la opinión de Heráclito tocante al sol era que este astro se extinguía, y que por cualquier causa y de cualquier modo que esto sucediese, en seguida se volvía á encender.—*Grou*.

pueda ayudar mejor al espíritu en sus trabajos filosóficos. Con el tiempo, y á medida que el espíritu se perfecciona, debe aumentarse el género de ejercicios que le es lo propio. Pero cuando sus fuerzas gastadas no les permitirán ir á la guerra, ni ocuparse en los negocios del Estado, entonces se les dejará horros para que se entreguen por entero á la filosofía, sin hacer ninguna otra cosa, salvo de paso. Hablo de aquellos que han de llevar aquí abajo una vida feliz, y conseguir después de su muerte un hado que corresponda á la felicidad que disfrutaron sobre la tierra.

ADIM. En verdad, Sócrates, que no puede hablarse sobre el asunto con más espíritu de lo que vos lo hacéis. Creo, no obstante, que muchos de los que os escuchan, empezando por Thrasimaco, se os opondrán aún con más fuerza, y no se darán á vuestras razones.

Sóc. No queráis ponerme mal con Thrasimaco. Hace poco que nos hicimos amigos, sin que antes hubiésemos sido enemigos. Pero entended que no omitiré diligencia alguna para convencerle á él y á los otros. A lo menos, lo que yo diré les servirá para aquella otra vida (1), cuando volviendo á empezar una nueva carrera oigan discurrir sobre estas materias.

ADIM. Pues hablasteis para tiempo bien corto.

Sóc. Más bien decid que esto no es nada, si se compara con la duración total de los siglos. Sobre

(1) *Otra vida.* Esto alude al sistema de la *metempsicosis*, ó transmigración de las almas de unos cuerpos á otros, y de la *reminiscencia*, de que estuvo embebido Platón.—*Grou.*

todo, no es de maravillar que semejantes discursos no encuentren acogida en muchos ánimos, porque aun no se ha visto ejecutar lo que nosotros decimos; antes por lo común no se oyen sobre esta materia sino discursos (1) estudiados, en los cuales se atiende principalmente á que los miembros de cada frase se correspondan con justa proporción, y no discursos naturales y sin arte, cuales son los nuestros. Pero lo que nunca se ha visto es que ni muchos, ni un solo hombre tan exactamente formado sobre el modelo de la virtud cuanto lo permite la flaqueza humana, sea dueño absoluto de palabra y de hecho en un Estado tan perfecto como es él. ¿Qué pensáis vos?

ADM. Yo creo que no.

SÓC. Ni tampoco prestaron oídos, amigo mío, á conversaciones de hombres verdaderamente libres y virtuosos, en donde se busca la verdad con ardor por todas las vías posibles con sólo el fin de conocerla; en donde se echa lejos todo lo que sabe á vanos adornos y falsas sutilezas; en donde nunca se habla por espíritu de disputa, ni por mostrar su elocuencia, como se usa en los tribunales y en las concurrencias particulares.

ADM. También esto es verdad.

SÓC. Por todas estas razones que tenía presentes, me detuve al punto y temí explicarme libremente; con todo, precisado de la verdad, dije que no se debía esperar sobre la tierra sociedad, gobierno, ni aun hombre perfecto, á menos que á este pequeño número de filósofos á quienes no se acusa de malos, pero sí de inútiles, obligare una feliz nece-

(1) *Discursos*. Sócrates tiene aquí en vista al famoso hablador Gorgias y á los otros sofistas.—*Grou.*

sidad, quieran ó no quieran, á encargarse del timón del Estado y adherir en este punto á los deseos de sus conciudadanos, ó que Dios inspirase un amor sincero por la verdadera filosofía á los que gobiernan hoy día las monarquías y los otros Estados ó á sus hijos. Decir que una cosa ú otra, ó entrambas á dos, son imposibles, es adelantar una proposición destituida de todo fundamento. De lo contrario, seríamos muy dignos de risa, como que inconsideradamente nos divertíamos aquí en formar vanos deseos. ¿No es así?

ADIM. Ciertamente.

Sóc. Si pues aconteció en el espacio inmenso de los siglos pasados que un verdadero filósofo se haya visto en la necesidad de tener en su mano el gobierno del Estado, ó si al presente se verifica esto en alguna región de bárbaros muy remota de nuestro clima, ó deba suceder en lo venidero, estamos nosotros prontos á sostener que hubo, que hay ó que habrá una república tal como la nuestra, cuando esta misma musa (1) poseyese allí la suprema autoridad. Porque nada tiene de imposible y quimérico nuestro proyecto, aunque somos los primeros á confesar que su ejecución es muy difícil.

ADIM. Soy de vuestro parecer.

Sóc. Pero acaso me diréis que el común de los hombres no piensa de este modo.

ADIM. Es bastante probable.

Sóc. Mi amado Adimanto, no tengáis tan mal concepto de la multitud. Cualquiera que sea su modo de pensar, en lugar de disputar con ellos, procurad reconciliarles con la sabiduría, destruyen-

(1) *Musa*. Es decir, la filosofía.—*Grou*.

do las malas impresiones que se les han dado. Mostradles los filósofos de quienes vos queréis hablar; definid como acabamos de hacerlo su carácter y el de su profesión, para que no presuman que vos les habláis de unos filósofos cuales ellos se imaginan. ¿Diréis acaso que aun cuando los miren bajo su verdadero aspecto, ellos se formarán una idea muy distinta de la vuestra, y que responderán diferentemente de lo que vos deseáis? ¿Creéis por suerte que corazones exentos de hiel y de envidia se irriten contra vos y os quieran mal, mientras que vos os portáis con ellos con dulzura y con bondad? Yo prevengo vuestra respuesta, y os declaro que un carácter tan duro y tan cruel no es propio de la multitud, sino de un pequeño número de personas.

ADIM. Yo pienso lo mismo.

SÓC. Estad igualmente persuadido que lo que indispones tantas gentes contra la filosofía son estos falsos sabios desencadenados siempre contra el pueblo, á quien llenan de injurias y cuyos discursos son una sátira perpetua del género humano, haciendo en esto un personaje del todo impropio de la filosofía.

ADIM. Esto es verdad.

SÓC. Porque, mi amado Adimanto, al que tiene puesta toda su atención y cuidado en la contemplación de la verdad, no le queda tiempo para bajar sus miradas sobre la conducta de los hombres á fin de censurarlos y llenarse contra ellos de envidia y malevolencia. Su espíritu está siempre fijo sobre objetos que guardan entre sí un orden constante é inmutable, los cuales, sin ofenderse jamás los unos á los otros, conservan siempre entre sí la misma disposición y los mismos respetos, poniendo él toda

su aplicación en imitar y estampar en sí mismo este orden invariable. ¿O pensáis acaso que es posible que admire y aprecie la hermosura y unión de un objeto sin esforzarse á imitarle?

ADIM. Esto no puede ser.

Sóc. Por tanto, el filósofo llega á ser, en cuanto permite la flaqueza humana, un hombre divino y arreglado en todas sus acciones, por la correspondencia que tiene con objetos divinos, entre los cuales reina un orden admirable. Puse dicha restricción, porque no hay nada acá bajo en que no se encuentre algo que reprender (1).

ADIM. Tenéis razón en todo.

Sóc. Si pues algún motivo poderoso le obligase á no limitar sus cuidados á su propia perfección, sino á extenderlos en trasladar al gobierno y á las costumbres privadas y públicas de sus semejantes el orden que admiró en la esencia de las cosas, ¿creéis vos que éste fuese mal maestro en lo que mira á la templanza, la justicia y á las otras virtudes civiles?

ADIM. Por cierto que no.

Sóc. Mas si el pueblo pudiese percibir una vez la verdad de lo que decimos, ¿querría tan mal á los filósofos, y rehusaría creernos cuando asegu-

(1) *Reprender*. Según esto, reconoció Sócrates que el hombre es capaz de una perfección á la cual no obstante jamás llegará en esta vida. Muy diferente de los estoicos, que pretendieron después que un sabio podía llegar al estado de impecabilidad, destruir hasta las menores briznas de las pasiones, y aun prevenir los movimientos indeliberados. Pretensión loca, desmentida por la experiencia, y que hace imposible la virtud á fuerza de quererla hacer sublime.—*Grou*.

ramos que una república no puede ser feliz á menos que sea trazado el plan por estos excelentes pintores, sobre el modelo divino que tienen continuamente á la vista?

ADIM. Dejaría de quererles mal luego que conociese la verdad. Pero ¿de qué modo lo harán estos pintores para delinear ese plan?

Sóc. Mirarán al principio el estado y el alma de cada ciudadano como si fuese una tabla, que primero se debe purificar y limpiar de cualquier mancha, lo que no es del todo fácil. Y así, tendréis presente que hay esta notable diferencia entre los legisladores filósofos y los otros: que aquéllos no querrán promulgar leyes, ni llegar á las costumbres públicas ó particulares, antes de recibirlas puras, ó de haberlas purificado por sí mismos.

ADIM. Y muy bien que harán.

Sóc. Hecho esto, ¿no creéis que empezarán á describir la forma del gobierno?

ADIM. No habrá cosa que se lo impida.

Sóc. Trabajarán, pues, en seguida sobre esta tabla, echando á menudo la vista, tan pronto sobre la esencia de la justicia, de la honestidad, de la templanza y de las otras virtudes; tan pronto sobre la copia que ellos trazan en el corazón del hombre; y por la mezcla y combinación de las obligaciones y de las acciones humanas, formarán ellos á vista de aquel divino ejemplar esta pintura del hombre perfecto, que Homero llama, *una imagen* (1), *una expresión de la divinidad*.

(1) *Una imagen*. Es muy común en Homero llamar á los hombres virtuosos y perfectos, *parecidos á Dios*, ó *divinos*, *θεοειδής*, como puede verse de Aquiles, de Polyxeno,

ADIM. • Muy bien.

Sóc. Y pienso que tendrán que borrar con frecuencia, después añadir nuevos rasgos, hasta tanto que las costumbres del hombre se acerquen lo más que puedan á un estado de perfección que las haga agradables á los ojos de Dios.

ADIM. Con un trabajo tan prolijo no puede menos de salir de sus manos una pintura hermosísima.

Sóc. ¿Qué os parece ahora? ¿Hemos probado bien, á los que poco ha nos representabais puestos en orden de batalla para atacarnos, que el único que puede diseñar el plan de una república es aquel mismo filósofo de quien les hicimos entonces los elogios y á cuya causa ellos se indignaron porque le confiábamos el gobierno de los Estados? ¿Lo que acaban ellos de oír no contribuirá mucho á amansarlos?

ADIM. Muchísimo, si es que son prudentes.

Sóc. ¿Por qué parte la tomarán ahora para impugnarnos? ¿Acaso nos objetarán que los filósofos no son amantes del ser y de la verdad?

ADIM. Esto sería un absurdo.

Sóc. ¿Ó que su naturaleza, tal como la hemos descrito, no se acerca á lo más excelente?

ADIM. Tampoco esto.

Sóc. Pues qué, ¿negarán que semejante natural, ayudado de una buena educación, no está más dispuesto que otro alguno para adquirir la virtud y la sabiduría? ¿ó por desgracia preferirán ellos á los que nosotros hemos despreciado?

de Ascanio, de Alejandro, de Telémaco, de Deifobo y Alcínoo, cuantas veces los nombra en la *Iliada* y *Ulysea*.

ADIM. De ninguna manera.

Sóc. ¿Se embravecerán ellos aun cuando nos oigan decir que no tienen remedio los males públicos y particulares, y que el proyecto de una república cual nos la hemos imaginado no se realizará jamás hasta que los filósofos sean dueños absolutos de la sociedad?

ADIM. Acaso será poco.

Sóc. ¿Queréis vos que dejemos ese poco, y que digamos que nosotros los hemos ablandado y persuadido en un todo, no sea que avergonzados confiesen otra cosa peor?

ADIM. Desde luego.

Sóc. Supongámoslos, pues, plenamente vencidos de esta verdad. Al presente, ¿quién puede dudar que los hijos de los reyes y de los otros soberanos no pueden nacer con disposiciones naturales para ser filósofos?

ADIM. Nadie.

Sóc. Tal vez añadiría alguno que, aun cuando naciesen con las mejores disposiciones, es como de necesidad inevitable el que ellos se perviertan. Nosotros confesamos que les es muy difícil salvarse de la corrupción general, pero que en el discurso de los tiempos venga á suceder que ni siquiera uno se salve, esto es lo que nadie se atrevería á decir.

ADIM. ¿Y cómo es posible?

Sóc. Pues, basta que se salve uno solo, y que encuentre súbditos dispuestos á obedecerle, para ejecutar todo lo que hoy día pasa por increíble.

ADIM. Uno solo basta.

Sóc. Supuesto, pues, que un príncipe establezca las leyes y reglamentos de que hemos ha-

blado antes, no es cosa imposible que sus súbditos consientan en sujetarse á ellos.

ADIM. Sin duda que no.

Sóc. ¿Pero es cosa extraña é imposible que lo que ahora nos ocurre á nosotros, venga algún día al pensamiento de otro?

ADIM. No la tengo por tal.

Sóc. En lo que dejamos dicho, hemos demostrado bastante bien, á lo que me parece, que nuestro sistema, una vez supuesto posible, era muy ventajoso.

ADIM. Es cierto.

Sóc. Concluyamos, pues, como es regular, que si nuestro plan de legislación se ejecutase, sería excelente, y que aunque la ejecución sea difícil, á lo menos no es imposible.

ADIM. Es legítima la conclusión.

Sóc. Supuesto ya que después de muchos esfuerzos hemos en fin conseguido lo que pretendíamos, veamos lo que á esto se sigue, es decir, de qué manera y con la ayuda de cuáles ciencias y estudios formaremos hombres capaces de mantener en su integridad la constitución política, y en qué edad se les deberá aplicar á cada una de estas ciencias.

ADIM. Véamoslo.

Sóc. En vano quise usar de artificio para liberarme de hablar de los matrimonios, de la procreación de los hijos, y de la elección de los magistrados, sabiendo cuán delicada es esta materia y cuán difícil sería la ejecución, si se realizase la cosa en todas sus partes. Al presente me veo obligado á volver á lo mismo. Y pues que cumplimos ya por lo que hace á las mujeres y á los hijos, emprendá-

mos como de nuevo y tratemos á fondo lo que mira al artículo de los magistrados. Dijimos nosotros, si es que os acordáis, que ellos deben manifestar un gran celo por el bien público, acrisolados por medio de los placeres y del dolor, de suerte que ni los trabajos, ni el temor, ni ninguna otra situación peligrosa les haga perder de vista esta máxima. Que el que se rindiese á estas pruebas era menester despreciarle, y escoger por magistrado al que hubiese salido tan puro como el oro pasado por el fuego, y colmarle de distinciones y honrarle durante su vida y después de su muerte. No dijimos más por entonces, disfrazando y pasando en silencio todo lo restante, por temor de meternos en los embarazos en que ahora nos vemos.

ADIM. Decís mucha verdad: yo me acuerdo muy bien.

Sóc. Yo temía decir entonces, amigo mío, lo que al cabo he tomado la resolución de declarar: ahora que está abierto el paso, atrevámonos á asegurar que los custodios más excelentes deben ser los filósofos.

ADIM. Digámoslo resueltamente.

Sóc. Que consideréis, os ruego, cuán pocos serán los tales; porque sucede rara vez que las cualidades que deben, según nosotros, entrar en su carácter, se encuentren juntas en uno solo; por lo común andan esparcidas entre muchos.

ADIM. ¿Cómo entendéis vos esto?

Sóc. No ignoráis que los que tienen facilidad en aprender y en retener, y que son de un espíritu ingenioso y agudo, con lo demás que á esto se sigue, no tienen comúnmente esta nobleza de sentimientos, y esta grandeza de alma, que les obli-

gue á vivir de un modo sabio, pacífico y sólido; sino que dejándose llevar á donde quiera que les inclina su vivacidad, no se encuentra en ellos nada estable y seguro.

ADIM. Es mucha verdad.

ADIM. Que al contrario, los hombres de un carácter sólido é incapaz de mudanza, sobre cuya fe puede contarse, y que en la guerra desprecian los más grandes peligros, no tienen de ordinario mucha disposición para las ciencias; pues que tienen el espíritu pesado, entorpecido, encrasado, por decirlo de este modo, y bostezan y se duermen en el instante que quieren aplicarse á algún estudio serio.

ADIM. Esto es cierto.

Sóc. Con todo, hemos dicho que nuestros magistrados deben tener de uno y de otro, esto es, el espíritu vivo y el carácter firme, y que sin esto no se debía tomar tanto cuidado por darles una educación perfecta, ni elevarles á los honores y á las primeras dignidades.

ADIM. Tuvimos razón para decirlo.

Sóc. ¿Concebís al presente cuán raros deben ser los tales caracteres?

ADIM. No tiene duda.

Sóc. Digamos, pues, ahora lo que omitimos entonces: que sobre la prueba de los trabajos, de los peligros y de los placeres por la cual se les hará pasar, es menester ejercitarles en un gran número de ciencias, á fin de descubrir si su espíritu es capaz de llevar los más sublimes conocimientos, ó si, como sucede á las almas cobardes en las empresas arduas, la dificultad les hace caer de ánimo.

ADIM. Conviene ponerles á esta prueba; pero ¿cuáles son estos conocimientos sublimes de que vos habláis?

Sóc. Sin duda os acordaréis que después de haber distinguido tres partes en el alma, nos sirvió esta distinción para explicar la naturaleza de la justicia, de la templanza, de la fortaleza y de la prudencia.

ADIM. Si no me acordase, sería justo que no oyese lo que os falta por decir.

Sóc. ¿Os acordáis también de lo que dijimos antes de esto?

ADIM. ¿De qué?

Sóc. Que se podía tener de estas virtudes un conocimiento más exacto y más completo, pero que para conseguirlo era menester dar mucho mayor rodeo; que nosotros podíamos conocerlas por una vía que nos separase menos del camino que habíamos ya emprendido, y vos manifestasteis contentaros: en consecuencia hemos tratado esta materia, á lo que me parece, con algo menos de exactitud de lo que se pudiera; á vos os toca decir si quedasteis satisfecho.

ADIM. Por lo que á mí hace, yo lo estoy medianamente, y me parece que á los otros les sucede lo mismo.

Sóc. Pero, mi amado amigo, en asuntos de esta importancia, toda medida á la cual le falta algo de la realidad, no es suficiente; porque lo imperfecto no es justa medida de ninguna cosa: con todo, es bastante común en muchas personas creer que pueden detenerse más acá del término, y que no hay necesidad de pasar más adelante en sus pesquisas.

ADIM. Esto es un defecto común á muchas

gentes, cuyo origen proviene de la pereza de su ánimo.

Sóc. Pero también es cierto que si en alguna ocasión deben guardarse de este vicio, es en especial cuando se trata de proveer á la conservación de la sociedad civil y de las leyes.

ADIM. No tiene duda.

Sóc. Es, pues, necesario, amigo mío, que aquel á quien nosotros instruimos haga este gran circuito de que se trata, y que se ejercite en el espíritu por lo menos otro tanto que en el cuerpo; ó si no, jamás llegará, como pretendemos, al más alto grado de esta ciencia sublime, en la cual á él más que á otro le corresponde estar instruído.

ADIM. Pues qué, ¿no es éste el superior, ó hay algún otro conocimiento más sublime que el de la justicia y de las otras virtudes de que hemos hablado?

Sóc. Sin duda lo hay; y yo añado que aun respecto de estas virtudes el ligero bosquejo que nosotros hemos trazado no le basta, y que no debe descuidarse en formar el cuadro más acabado. ¿No sería cosa ridícula poner todo cuidado para adquirir el más puro y más exacto conocimiento de mil otras cosas de poca importancia, y no aplicar las mayores diligencias para conocer las más importantes?

ADIM. Esta reflexion es muy juiciosa. ¿Pero creéis que se os dejará pasar adelante sin preguntaros primero cuál es aquella ciencia superior á todas las otras, y cuál es su objeto?

Sóc. Yo no lo creo: preguntádmelo, pues. Aunque habéis oído hablar de ello muchísimas veces; pero ó no reflexionáis, ó, lo que me parece más ve-

rosímil, no buscáis sino cómo embrollarme con nuevas cuestiones. Frecuentemente me habéis oído hablar que la idea del bien (1) era el objeto más sublime de los conocimientos, y que la justicia y las otras virtudes tomaban de esta idea su bondad y su utilidad. Vos sabéis muy bien que esto es poco más ó menos lo que yo voy á decir; y sobre esto añadido, que nosotros no la conocemos sino imperfectamente, y que si no la conocemos, de nada nos servirá saber todo lo demás; á la manera que la posesión de cualquier otra cosa nos es inútil sin la posesión del bien. ¿Creéis vos, en efecto, que sea ventajoso poseer cualquier cosa que ésta sea, si no es buena, ó conocerlo todo, salvo lo que es honesto y bueno?

ADIM. En verdad que no lo creo.

SÓC. Pero tampoco ignoráis que muchos piensan que el bien consiste en el deleite, y otros, menos groseros, que consiste en la ciencia.

ADIM. Muy bien lo sé.

SÓC. Vos sabéis también, amigo mío, que los que son de este último sentir, se ven embarazados para explicar lo que es esta ciencia, y que al fin se hallan precisados á decir que es el conocimiento del bien.

ADIM. Sí; y esto es muy gracioso.

(1) *Idea del bien.* Idea y esencia son sinónimos en boca de Platón. Según esto, por la idea del bien no entiendo esta imagen abstracta é intelectual que nosotros nos formamos, sino la naturaleza y esencia del bien, ó del sumo bien. Se verá por la seguida de este admirable pedazo de coloquio, que aquí se trata de Dios, y que la razón humana no podía elevarse á un conocimiento más alto y más puro de la divinidad; en fin, que Sócrates le pone por objeto y término de todos los conocimientos filosóficos.—*Grou.*

Sóc. No tiene duda que es cosa muy graciosa de parte de ellos reprender nuestra ignorancia en orden al bien, y hablarnos en seguida como si le conociésemos. Dicen ellos que esto es el conocimiento del bien, como si entendiésemos lo que ellos dicen luego que hayan pronunciado la palabra *bien*.

ADIM. Es mucha verdad.

Sóc. Mas los que definen la idea del bien por la del deleite, ¿están, acaso, envueltos en menor error que los otros? ¿No se ven obligados á confesar que hay deleites malos?

ADIM. Sí, muy malos.

Sóc. Y por consiguiente, á confesar también que las mismas cosas son buenas y malas. ¿No es así?

ADIM. Ciertamente.

Sóc. Luego es cosa clara que esta materia está envuelta en muchas y muy grandes dificultades.

ADIM. Convengo en ello.

Sóc. ¿Es acaso menos evidente que, respecto de lo justo y de lo honesto, muchas gentes se contentan con simples apariencias destituídas de realidad, en sus opiniones, en sus acciones y en sus posesiones, pero que cuando se trata del bien, las apariencias á nadie satisfacen, sino que se busca algo de real y sólido, y se desprecian en esto las opiniones y preocupaciones de otro?

ADIM. Es muy cierto.

Sóc. Este bien, pues, tras el cual se va toda el alma, y en cuya vista lo hace todo, que no le conoce sino por conjeturas, siempre incierta é imposibilitada de definir con exactitud lo que es, ó á lo menos de seguir en la práctica un juicio seguro é irrefragable, como le sucede en las otras cosas, por lo

cual queda privada de las ventajas que podría sacar de todo lo demás; este bien, digo, tan grande y tan precioso, ¿conviene por ventura que la más sana parte del Estado, aquella á quien debíamos confiarlo todo, no le conozca mejor que el común de los hombres?

ADIM. Nada menos que eso.

SÓC. Pienso, en efecto, que es poco para un magistrado la posesión de lo honesto y de lo justo, si ignora por qué parte es bueno; aun supuesto que se pueda conocer aquéllo, sin saberse esto; porque me imagino que sin conocer primero lo que es bueno, es imposible tener un conocimiento exacto de cualquier otra cosa.

ADIM. Es muy fundada vuestra presunción.

SÓC. Nuestra república, pues, estará bien gobernada si tiene por cabeza un hombre que junta el conocimiento del bien al de lo honesto y de lo justo.

ADIM. Así debe ser. Pero vos, amado Sócrates, ¿en qué constituís el bien? ¿En la ciencia, en el deleite, ó en alguna otra cosa?

SÓC. Por cierto que sois precioso: hace tiempo he descubierto que no queréis contentaros con el parecer de otros.

ADIM. Lo que no me parece razonable, mi amado amigo, es que un hombre como vos, que ha meditado toda su vida sobre esta materia, pueda decir cuál ha sido la opinión de los otros, y no pueda decir la suya.

SÓC. Está bien; ¿pero os parece justo que un hombre hable de lo que no sabe, como si lo supiese?

ADIM. No; pero puede muy bien proponer como una conjetura lo que le parece probable.

Sóc. Pues qué, ¿no percibís lo ridículo de todos esos sistemas que no están fundados sobre principios ciertos? ¿Los mejores no están llenos de obscuridad? Sus inventores, que acaso encontraron la verdad, mas no pudieron dar razón, ¿no se parecen á los ciegos, que sin saberlo siguen el camino recto?

ADIM. En nada se diferencian.

Sóc. ¿Queréis, pues, oír de mí un sistema informe, obscuro y mal digerido, mientras que otros os ofrecen sistemas claros y magníficos?

GLAUC. Por Dios, Sócrates, no os detengáis aquí como si hubieseis ya llegado al término: nosotros nos daremos por contentos si nos explicáis la naturaleza del bien, como habéis explicado la de la justicia, de la templanza y de las otras virtudes.

Sóc. Yo tampoco pediría más, amigo mío; pero temo mucho que esta empresa sea superior á mis fuerzas, y que resolviéndome á satisfaceros, lo desempeñe tan mal, que os dé motivo pará que os riáis de mí. Mas sea lo que fuese, mis buenos amigos, dejemos por ahora la averiguación del bien cual es en sí mismo, porque nos alargaría demasiado y apenas podría yo explicaros su naturaleza, tal como la concibo, siguiendo la ruta que nosotros hemos tomado. Yo quiero hablaros, si es que gustáis de ello, de una producción del bien que le es del todo semejante; y si no, lo dejaré.

GLAUC. No, habladnos del hijo, y en otra ocasión nos contaréis la historia del padre: ésta es una deuda que nosotros reclamaremos á su tiempo.

Sóc. Quisiera yo podéroslo satisfacer algún día, y que vosotros mismos os hallaseis en disposición

de recibirla, en lugar del simple fruto (1) de la deuda tal como os lo ofrezco al presente. Recibid, pues, ahora este fruto, esta producción del bien; guardaos, no obstante, no sea que os engañe sin quererlo, pagándoos en moneda falsa con daros vana razón del hijo.

GLAUC. Nos guardaremos cuanto podamos; y así, explicaos con confianza.

SÓC. No lo haré antes de recordaros y haceros convenir en lo que hemos dicho al principio de esta conversación y en muchas otras ocasiones.

GLAUC. ¿De qué se trata?

SÓC. Que hay muchas cosas hermosas, muchas cosas buenas, y que todos los días lo decimos nosotros y lo aseguramos así de cada cosa en particular.

GLAUC. Esto es cierto.

SÓC. Además, que hay una hermosura y una bondad ideal, esto es, que nosotros comprendemos todas estas bellezas y bondades particulares bajo una idea simple y única de hermoso y de bueno, y así de lo demás, y que nosotros decimos de las cosas hermosas ó buenas, que están sujetas á los sentidos del cuerpo y que no se ven con los ojos del alma; de las ideas de lo hermoso y de lo bueno, al contrario: que ellas son el objeto del entendimiento y no de los sentidos.

GLAUC. Estamos de acuerdo.

SÓC. ¿Por qué sentido, pues, percibimos nosotros los objetos visibles?

(1) *Fruto*. Hay en el griego un agradable equívoco sobre la voz *τόκος*, *tocos*, que igualmente significa un hijo, una producción y el lucro fruto de una deuda.—*Grou*.

GLAUC. Por la vista.

SÓC. Luego los sonidos por el oído, y por los otros sentidos todas las otras cosas sensibles: ¿no es así?

GLAUC. Sin duda.

SÓC. ¿Pero habéis advertido cuánto más gasto hizo el autor de nuestros sentidos para el órgano de la vista que para los de los demás sentidos?

GLAUC. No por cierto.

SÓC. Consideradlo, pues. El oído y la voz necesitan de una tercer cosa, el uno para oír, la otra para ser oída, de suerte que si esta cosa falta, el oído no oirá, la voz no será oída?

GLAUC. De ninguna.

SÓC. Yo creo que la mayor parte de los otros sentidos, por no decir todos, no tienen necesidad ninguna de cosa semejante. ¿Podríais vos nombrar uno soló?

GLAUC. Ciertamente que no.

SÓC. Mas en orden á la vista, ¿concebís vos que ella no puede percibir el objeto visible sin el socorro de una tercer cosa?

GLAUC. ¿Qué queréis decir con esto?

SÓC. Quiero decir que aunque los ojos estén bien dispuestos y se les aplique á su uso, y el objeto esté colorado, con todo, si no interviene una tercer causa, destinada á producir este efecto, entended que los ojos no verán nada, y los colores serán invisibles.

GLAUC. ¿Qué cosa es ésta?

SÓC. Lo que vos llamáis luz.

GLAUC. Tenéis mucha razón.

SÓC. Luego el sentido de la vista tiene una grande ventaja sobre los otros, y el lazo que le

me á los objetos visibles es de mucha más estimación que el que une á los otros con sus objetos, á no ser que se diga que la luz es una cosa despreciable.

GLAUC. Está muy lejos de serlo.

Sóc. De todos los astros que hay en el cielo, ¿cuál es aquel cuya luz dispone mejor los ojos para ver y los objetos para ser vistos?

GLAUC. En mi sentir, como en el vuestro y en el de todo el mundo, claro está que este es el sol.

Sóc. Ved, pues, si la relación de la vista á este astro es como voy á decir.

GLAUC. ¿Cómo?

Sóc. Ni la vista, ni la parte donde ella se forma, que se llama el ojo, no es el sol.

GLAUC. En efecto que no.

Sóc. Pero de todos los órganos de nuestros sentidos, el ojo es, creo yo, el que más se asemeja á este astro.

GLAUC. Sin disputa.

Sóc. La facultad que tiene de ver, ¿no es cierto que la recibe prestada del sol, como derramada, digámoslo así, sobre él?

GLAUC. No tiene duda.

Sóc. Del mismo modo el sol, aunque él no sea la vista, siendo la causa de ella, ¿no es también el objeto?

GLAUC. Es así.

Sóc. Sabed, pues, que cuando yo hablaba de la producción del bien, tenía en vista al sol. El hijo tiene una perfecta analogía con su padre. Porque lo que es éste en el lugar ideal respecto á la inteligencia y á los seres inteligibles (1), es aquél en el

(1) *Inteligibles*. Todo este pedazo hasta el fin del colo-

lugar visible en orden á la vista y á los objetos que ella percibe.

GLAUC. ¿Cómo es esto? yo os ruego que me expliquéis con más extensión vuestro pensamiento.

SÓC. Sabéis vos que cuando se vuelven los ojos hacia objetos que no están iluminados por el sol, sino por los astros de la noche, cuesta mucho

quo es uno de los más hermosos y de los más importantes que pueden leerse en Platón. El sistema de los dos mundos, el uno visible, el otro ideal, encierra la llave de toda su metafísica. No será fuera de propósito exponerle aquí en pocas palabras. Dios, ó la idea del bien, hizo dos mundos el uno sobre el modelo del otro. El primero contiene las esencias, que son unas, cada una en su especie é inmutables, y además los ejemplares de todo lo que existe en el segundo. Los seres materiales, según Platón, no son verdaderos seres, porque estando sujetos á la generación y corrupción, nacen, crecen, se alteran y perecen: el nombre de ser no conviene propiamente sino á las ideas ó esencias. Las hay de dos especies: las unas puras, y en cuyo concepto no interviene ninguna mezcla de imagen. Tales son la idea de lo bueno, de lo justo, de lo hermoso, etc. Las otras mixtas, y en el concepto de las cuales entra necesariamente una imagen, como la idea ó esencia del triángulo, del círculo, etc. Hay también dos especies de seres materiales: los cuerpos, y las imágenes ó las sombras de los cuerpos. A estas cuatro especies diferentes de objetos corresponden cuatro especies de conocimientos. Platón llama *inteligencia*, νοησις, al conocimiento de ideas puras; *conocimiento razonado*, διαβολα, al de las ideas mixtas; *fe*, πισις, al conocimiento de los cuerpos y de cuanto á ellos pertenece; en fin, *conjetura*, εἰρασία, al conocimiento de las imágenes ó de las sombras de los cuerpos. Las dos primeras especies de conocimientos son comprendidas bajo el nombre de ciencia; las dos últimas bajo el de opinión. Esto sirve para entender lo que se leyó al fin del coloquio quinto tocante á la diferencia del filósofo ó amante de la sabiduría, y del filósofo ó amante de la opinión.—Grou.

el discernirlos, y está uno casi ciego, como que no tiene la vista despejada.

GLAUC. Así sucede.

SÓC. Mas cuando se miran objetos que el sol ilumina, se los ve distintamente, y la vista parece que está en aquellos mismos ojos.

GLAUC. No hay duda.

SÓC. Entended, pues, que lo mismo sucede respecto del alma. Cuando fija sus miradas sobre objetos en los cuales resplandece la verdad y el ser, ella los ve claramente, los conoce, y tiene de ellos lo que se llama inteligencia. Pero cuando echa los ojos sobre objetos cubiertos de tinieblas, esto es, sobre lo que nace y perece, su vista se embota y se oscurece, ella no tiene más que dudas y opiniones que se mudan á cada momento, y en una palabra, parece que del todo está destituida de juicio.

GLAUC. Es como vos decís.

SÓC. Tened, pues, por cierto que lo que derrama sobre las cosas que conocemos la luz de la verdad, y lo que da al alma la facultad de conocer, es la idea del bien, y que ella es el principio de la ciencia y de lo verdadero conocido por la inteligencia. Por bellas que sean las ciencias y la verdad, podéis asegurar sin temor de engañaros que la idea del bien las excede en hermosura. Y como en lo visible puede decirse que la luz y la vista tienen ciertos rasgos de semejanza con el sol, pero que es falso decir que ellas son el sol; del mismo modo, en lo inteligible, pueden mirarse la ciencia y la verdad como imágenes del bien, pero se haría mal de tomar la una ó la otra por el bien mismo, cuya naturaleza es de un valor infinitamente más elevado.

GLAUC. Su hermosura debe ser superior á toda

expresión, pues que siendo la fuente de la ciencia y de la verdad, es aún más hermosa que ellas; por consiguiente, no pensaréis en decir que esto sea el deleite.

Sóc. No quiera Dios. Pero considerad aún más su imagen de este modo.

GLAUC. ¿Cómo?

Sóc. Vos pensaréis sin duda lo que yo, que el sol no solamente hace visibles las cosas de aquí abajo, sino que las da además el nacimiento, el aumento y la nutrición, sin que sea él nada de todo esto.

GLAUC. ¿Cómo podría serlo?

Sóc. Pensad, pues, también que los seres inteligibles no sólo reciben del bien su inteligibilidad, sino aun su ser y su esencia; aunque el bien mismo no sea esencia (1), sino algo mucho más allá de la esencia en dignidad y en poder.

GLAUC. (*Riéndose.*) Grande Apolo, ¡qué exageración tan admirable!

Sóc. Vos tenéis la culpa, que me obligáis á decir mi pensamiento sobre este asunto.

GLAUC. Y que no desistáis os ruego, sino que acabéis la comparación del bien con el sol, si es que falta alguna cosa.

Sóc. En verdad que faltan aún muchísimas.

GLAUC. Os ruego, pues, de nuevo que no omitáis la más mínima.

Sóc. Yo aplicaré todos mis esfuerzos para

(1) *Esencia.* La esencia del bien ó del bueno, es decir, Dios, no es esencia como las otras esencias, puez que en sentir de Platón éstas reciben su ser de aquélla, la cual no debe el suyo sino á la necesidad de su naturaleza.--*Grou.*

esto. Pero con todo, pienso que se me escaparán muchos rasgos de la semejanza contra mi voluntad.

GLAUC. Yo no quiero más.

SÓC. Imaginaos, pues, que éstos son dos reyes, el uno del mundo y reino inteligible; el otro del mundo visible, por no decir del cielo, de miedo que creáis que con esta palabra quiero daros un equívoco (1). Tenéis, por consiguiente, dos especies de seres; los unos visibles, los otros invisibles.

GLAUC. Muy enhorabuena.

SÓC. Suponiendo, pues, que yo os he dado una línea cortada en dos partes desiguales, cortad aún del mismo modo en otras dos cada parte, esto es, la especie visible y la especie inteligible, y tendréis vos de la una parte la evidencia, y de la otra la obscuridad. Una de las secciones de la especie visible os dará las imágenes. Entiendo por esto, primeramente las sombras; en seguida las apariencias representadas en las aguas, y sobre la superficie de los cuerpos densos, bruñidos y transparentes, y todo lo que á esto se parece. No sé si comprendéis mi pensamiento.

GLAUC. Sí lo comprendo.

SÓC. La otra sección os dará los objetos que estas imágenes representan; quiero decir, los animales que viven entre nosotros, las plantas y todas las obras de la naturaleza y del arte.

(1) *Equivoco*. Dice esto, porque la palabra *cielo* puede tomarse y se toma efectivamente en dos sentidos por Platón, tan pronto por el cielo físico, tan pronto por el lugar ideal, como cuando dice que en el cielo hay un ejemplar perfecto de su república. Este lugar ideal no es meramente imaginario, sino la inmensidad misma de Dios, y hay grandes apariencias para creer que lo entendía así Platón.—*Grou*.

GLAUC. Así lo concibo.

SÓC. ¿Seríais vos de parecer que considerando estas cosas de parte de la verdad ó de la falsedad, se hiciese esta proporción: las imágenes son á las cosas que ellas representan, lo que los objetos que no se conocen sino por la opinion son á aquellos de los cuales puede tenerse una verdadera inteligencia?

GLAUC. Convengo en ello.

SÓC. Veamos ahora cómo se ha de dividir la especie inteligible.

GLAUC. ¿De qué modo?

SÓC. De suerte que una parte de esta división encierre las imágenes intelectuales que obligan al alma, cuando de ellas se sirve, á proceder en sus pesquisas partiendo de ciertas suposiciones, no para subir al principio, sino para bajar á las conclusiones más remotas; y que la otra nos ofrezca las ideas puras, por cuyo medio el alma, sin el socorro de ninguna imagen, partiendo de una suposición, se remonte por el raciocinio hasta un principio independiente de toda suposición.

GLAUC. No entiendo bien lo que vos queréis decir.

SÓC. Vos lo entenderéis luego; todo esto se aclarará por lo que sigue. No ignoráis vos, pienso yo, que los géometras, aritméticos y otros tales suponen dos especies de números, el uno par y el otro impar, diferentes figuras y tres especies de ángulos, y así de lo demás conforme á su método; que mirando después estas suposiciones como otros tantos principios ciertos y evidentes, de los cuales no se dignan dar razón ni á sí mismos ni á los otros, parten ellos de estas hipótesis, y por una se-

rie no interrumpida, descienden de proposición en proposición, hasta que llegan á aquella que tenían designio de demostrar.

GLAUC. Sé muy bien todo esto.

Sóc. Vos sabéis también que ellos se valen para esto de figuras visibles, y que las aplican sus raciocinios, aunque es cierto que no piensan en ellas, sino en otras figuras representadas por éstas. Por ejemplo, no es el cuadrado, ni su diagonal como está sobre el papel, lo que ellos tienen en vista, sino el cuadrado cual es en sí mismo con su diagonal. Otro tanto digo de las otras figuras, ora sean planas, ora sean de bulto, que hacen sombra, y se pintan en las aguas. Los geómetras se aprovechan de ellas como de otras tantas imágenes que les sirven para conocer las verdaderas figuras, que no podrían verse de otro modo que con el pensamiento.

GLAUC. Decís mucha verdad.

Sóc. Ved, pues, aquí la primera clase de especies inteligibles. El alma, para lograr conocerlas, se ve obligada á servirse de suposiciones, no para llegar á un primer principio, porque ella no puede subir más allá de las suposiciones que ha hecho, sino empleando las imágenes terrestres y sensibles que ella no conoce salvo por la opinión, y suponiendo que ellas son claras y evidentes para ella, se ayuda para el conocimiento de las verdaderas figuras.

GLAUC. Entiendo muy bien que el método do que vos habláis es el de la geometría y de las otras ciencias de esta naturaleza.

Sóc. Concebid ahora lo que yo entiendo por la segunda clase de especies inteligibles. Estas son

aquellas que el alma toca inmediatamente por medio del raciocinio, haciendo algunas hipótesis que ella mira, no como principios, sino como simples suposiciones que le sirven de gradas y apoyos para elevarse hasta el primer principio del universo, independiente de toda suposición. Conseguido este principio, y acercándose después á todas las conclusiones que de él dependen, desciende hasta la última, sin valerse de ninguna cosa sensible, sino apoyándose siempre sobre las ideas puras, por las cuales su demostración empieza, continúa y se termina.

GLAUC. Comprendo algo, pero no tanto como quisiera. Porque me parece que habláis de una materia muy abstracta. Con todo, soy de sentir que vuestro objeto es probar que el conocimiento que se adquiere del ser verdadero y puramente inteligible por la dialéctica, es más claro que el que se adquiere por medio de las artes, á las cuales sirven de principios ciertas suposiciones. Ello es cierto que los que siguen el método de estas artes están obligados á servirse del raciocinio, y no de los sentidos, para llegar á conocer lo que buscan; pero como sus raciocinios se fundan sobre suposiciones, y no suben hasta el principio, vos juzgáis que ellos no tienen esta inteligencia pura de los objetos de su estudio, la cual tendrían si sus demostraciones estuviesen apoyadas sobre un principio. Vos llamáis, á lo que entiendo, conocimiento raciocinado (1) el que se adquiere por medio de la geome-

(1) *Racocinado*. No pude encontrar otra expresión para traducir lo que Platón entiende por *διανοία*, *dianoia*, es decir, un conocimiento, cuya certeza recae sobre la cvi-

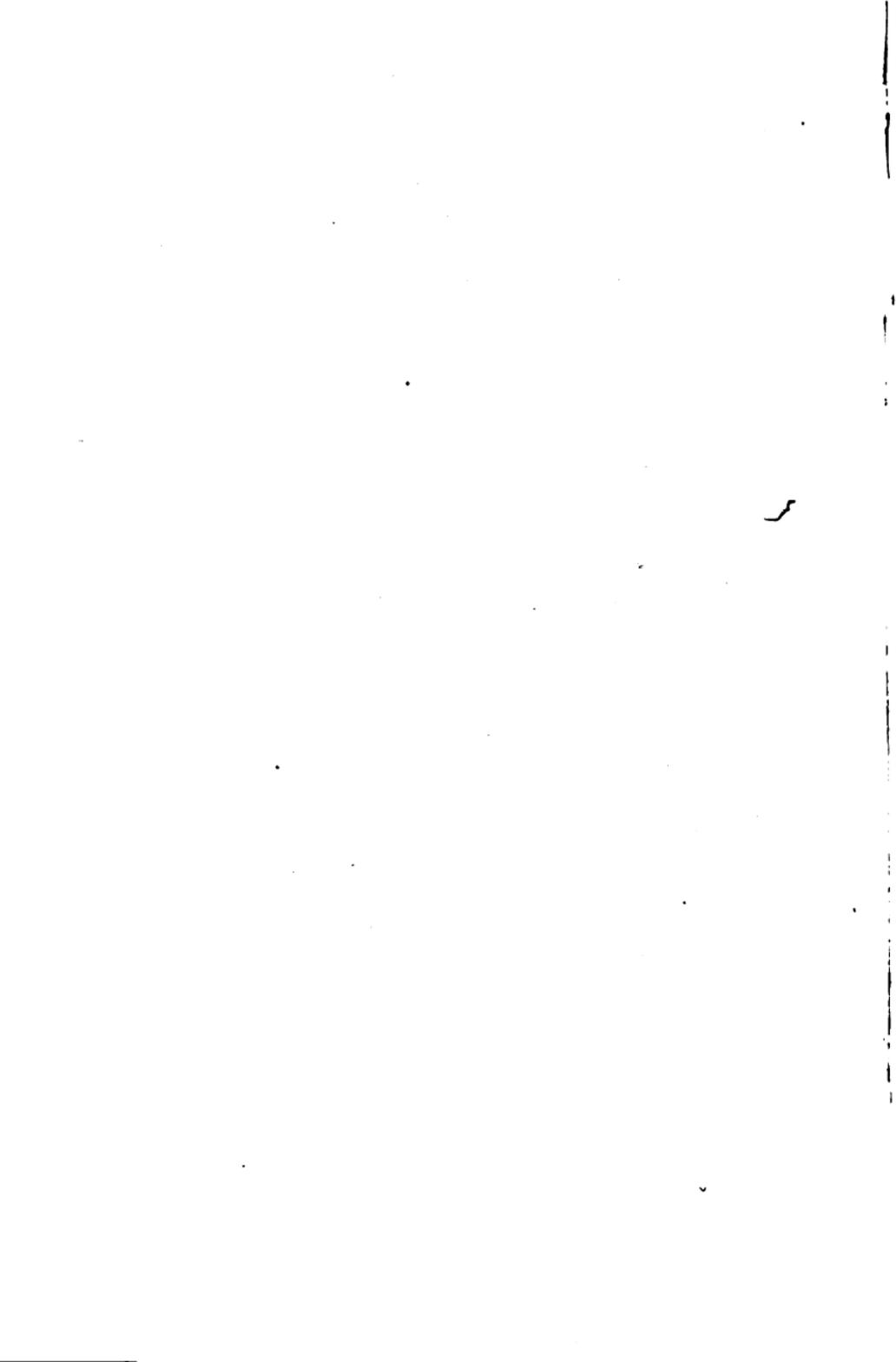
tría y de las otras artes semejantes, y le dáis el lugar medio entre la opinión y la pura inteligencia.

Sóc. Comprendisteis muy bien mi pensamiento. Aplicad ahora á estas cuatro clases de objetos sensibles é inteligibles cuatro diferentes afectos del alma. Poned en el más alto grado la pura inteligencia, en el segundo el conocimiento raciocinado, en el tercero la fe (1), en el cuarto la conjetura, y dad á cada uno de estos modos de conocer más ó menos evidencia, según que sus objetos participan más ó menos de la verdad.

GLAUC. Lo entiendo, y me conformo con lo que vos decís, y coloco á cada uno según el orden señalado.

dencia sola del raciocinio, y no además sobre la evidencia del principio que sirve de base al raciocinio. La diferencia que Platón pone entre la certidumbre geométrica y la certeza dialéctica ó metafísica es ésta. Todas las demostraciones de los geómetras están fundadas sobre ciertos supuestos ó peticiones, que es menester concederles; por ejemplo, piden que se les permita considerar el punto sin extensión, la línea sin amplitud y la superficie sin profundidad. Mas ellos no demuestran que esto puede ser así, y aun se burlarían de cualquiera que les pidiese razón de sus suposiciones. En vez que no hay ningún buen raciocinio metafísico que no suba á un primer principio evidente por sí mismo, y que no puede mirarse como una suposición que se concede, sino como un axioma que todo el mundo se ve obligado á confesar.

(1) *La fe.* La fe es el conocimiento que tenemos de las cosas por el testimonio de los sentidos ó por el de los hombres, y aunque en ciertos casos este conocimiento tenga un grado de certeza tan grande como cualquier otro, con todo, tiene siempre alguna obscuridad, á causa de que no nos instruye sino de la existencia de las cosas y no de su esencia.—*Grou.*



- Cap. XXV -

COLOQUIO SÉPTIMO.

Sóc. Representaos ahora el estado de nuestra naturaleza, en orden á la ciencia é ignorancia, bajo la pintura alegórica que voy á haceros. Imaginaos una cueva subterránea que tenga en toda su longitud una claraboya, por la cual se introduzca libremente la luz; y en esta cueva, hombres aprisionados desde su infancia, de suerte que por las cadenas que les sujetan las piernas y el cuello, ni puedan mudar de sitio, ni volver la cabeza á uno y otro lado, sino únicamente ver los objetos que tienen puestos al frente. Detrás de ellos, á cierta distancia y en cierta altura, haya una tea ardiendo, cuya luz ilumine la cueva, y entre esta tea y estos cautivos un camino escarpado. Á lo largo de este camino, figuraos una pequeña tapia semejante á esos garitones que los titereros levantan entre ellos y sus espectadores, con el fin de ocultarles el juego y los resortes secretos de las maravillas que les enseñan.

GLAUC. Ya me imagino todo esto.

SÓC. Figuraos además hombres que pasen á lo largo de esta tapia, llevando muebles de toda especie, figuras varias de hombres y de animales fabricadas de leño ó de piedra, de modo que todo esto sobresalga por cima de la pared. Y como es regular, entre los que los llevan, los unos anden hablando, y los otros vayan callados.

GLAUC. ¡Pintura por cierto singular, y prisioneros de especie muy extraña!

SÓC. Ellos se nos parecen en un todo. Desde luego, ¿creéis vos que ellos verán otra cosa de sí mismos y de los que tienen á su lado, salvo las sombras, que por disposición de la luz van á pintarse frente por frente de ellos en la parte opuesta de la cueva?

GLAUC. ¿Qué podrían ver más, si desde su nacimiento están precisados á tener inmóvil la cabeza?

SÓC. ¿Verían tampoco otra cosa que las sombras de los objetos que pasan por detras de ellos?

GLAUC. Seguramente que no.

SÓC. Si se pudiesen hablar unos á otros, ¿no se convendrían mutuamente en dar á las sombras que ellos veían los nombres de las cosas mismas?

GLAUC. Sin disputa.

SÓC. Y si en el hondo de su prisión hubiese un eco que repitiese las palabras de los pasajeros, ¿pensarían ellos acaso que estos sonidos los articulaban otros que las sombras que pasaban por delante de sus ojos?

GLAUC. En verdad que no.

SÓC. De consiguiente, ellos creerían que no había otra cosa real y verdadera que las sombras de toda esta especie de muebles.

GLAUC. Es como preciso.

Sóc. Considerad ahora lo que naturalmente debía sucederles cuando quedasen libres de sus prisiones y se les curase de su ignorancia. Desátese uno de estos cautivos y obligúesle á levantarse de repente, á volver la cabeza y á mirar fijamente la luz de la hoguera: no podría hacer todo esto sino con grandísima pena; la luz le ofendería la vista, y el deslumbramiento que ella le cause le impediría discernir los objetos cuyas sombras veía antes. ¿Qué creéis vos que respondería al que le dijese que hasta entonces no había visto sino fantasmas; que al presente, estando más próximo, y teniendo á la vista objetos más reales y más verdaderos, vería con más perfección? Y si mostrándole en seguida con el dedo las cosas á medida que se presentaban, y á fuerza de preguntas le obligase á decir lo que era cada una, ¿no creéis que le pondría en gran confusión, y se persuadiría que lo que veía antes era más real y verdadero que lo que entonces se le enseñaba?

GLAUC. Es muy cierto.

Sóc. Pues si se le precisase á mirar la hoguera de que ya he hablado, ¿no se sentiría de los ojos y huiría la vista, volviéndola hacia esas sombras sobre las cuales la fijaba sin trabajo, y pensaría que tenían ellas algo más de claro y distinto que cuanto entonces se le presentaba?

GLAUC. Es así.

Sóc. Y si alguno le sacase de allí con violencia por una áspera y penosa subida, sin dejarle resollar, ni mirar nada hasta tanto que pudiese ver la luz del sol, ¡qué tormento para el ser arrastrado de este modo! ¡Cómo se enfurecería! Y cuando lle-

gase al fuerte de la claridad, deslumbrados sus ojos con el resplandor, ¿podría acaso ver cosa alguna de las que el común de los hombres tiene por seres reales?

GLAUC. Al pronto nada podría ver.

Sóc. Sin duda que necesitaría tiempo para acostumbrarse á mirar las cosas de acá arriba. Lo que con más facilidad discerniría serían en primer lugar las sombras; tras esto las imágenes de los hombres y de los otros objetos pintadas en las aguas, y, por último, los objetos mismos. De allí levantaría sus miradas hacia el cielo, cuyo aspecto toleraría más fácilmente de noche al resplandor de la luna y de las estrellas, que en lo fuerte del día á la luz del sol.

GLAUC. No tiene la menor duda.

Sóc. Á la postre, creo que se hallaría en estado no solamente de ver la imagen del sol, ya en las aguas, ya en otra parte fuera de su asiento, sino tambien de fijarse en él, y contemplarle cual es en sí mismo en su propio lugar.

GLAUC. Es indefectible.

Sóc. Reflexionando después sobre la naturaleza de este astro, comprendería que él es el que dispone las estaciones y el curso de los años, el que lo gobierna todo en el mundo visible, y que es en cierto modo la causa de todo cuanto vemos.

GLAUC. Es evidente que llegaría por aquellos grados á hacer estas reflexiones.

Sóc. Acordándose entonces de su primer morada, de la idea que allí se tiene de la sabiduría, y de sus compañeros de esclavitud, ¿no creéis que se daría á sí mismo el parabién de su mudanza y que se compadecería de la infelicidad de los otros?

GLAUC. Y con grandes encarecimientos.

Sóc. ¿Pensáis vos por ventura que apeteciese aún las honras, las alabanzas y los premios, si algunos se daban allí al que con más prontitud discernía las sombras al pasar, y se acordaba con más puntualidad cuáles iban delante, cuáles detrás y cuáles juntamente, y que de estas cosas que veía era el más hábil en conjeturar lo porvenir, ó que tuviese envidia de la condición de aquellos que en esta prisión eran los más poderosos y los más honrados? ¿No preferiría él y aun apetecería mucho, como Aquiles en Homero, pasar su vida sirviendo á otro labrador desterrado, y sufrirlo todo antes que volver á su primer modo obscuro de pensar, y á vivir en aquella miseria?

GLAUC. No dudo que estuviese dispuesto á sufrirlo todo antes que vivir de aquella manera.

Sóc. Poned aún atención á esto. Si volviese de nuevo á su prisión para ocupar otra vez su antiguo puesto, en este repentino tránsito del sol de mediodía á la obscuridad, ¿no se encontraría sumergida la vista en las más espesas tinieblas?

GLAUC. Verdaderamente que sí.

Sóc. Y si cuando él aun no distingue nada por no tener bien reparados los ojos, lo que no podría verificarse sino pasado algún tiempo, tuviese que disputar con los otros prisioneros sobre la naturaleza de estas sombras, ¿no les daría motivo de reír, y que dijesen de él que pasando á la región superior había perdido la vista, añadiendo que sería una locura en ellos querer salir del lugar en donde estaban, y que si á alguno le viniese al pensamiento de quererles desatar y subirles arriba, era menester prenderle y quitarle la vida?

GLAUC. Por cierto no dejarían de matarle.

SÓC. Pues ahora, mi amado Glaucón, aplicad esta misma imagen toda entera á lo que se dejó dicho antes. La cueva ó cárcel subterránea es este mundo visible; la hoguera que la alumbraba es la luz del sol; el tránsito á una región superior y á la contemplación de los objetos que allí existen es la elevación del alma hasta el espacio inteligible. Por lo menos este es mi pensamiento, puesto que vos deseáis saberle, siguiendo el cual espero no os engañaréis, aunque Dios sabe si él es verdadero. Por lo que hace á mí, la cosa me parece como voy á decir. En el lugar más elevado del mundo intelectual está la idea del bien, que no se descubre sino con gran pena y esfuerzo, pero que no puede conocerse sin concluir que ella es la causa primera de todo lo que hay de bueno y hermoso en el universo, habiendo producido la luz en este mundo visible y el astro que allí domina; y en el mundo ideal, habiendo engendrado ella misma la verdad y la inteligencia, siendo como la reina y señora; y de consiguiente, que es indispensable la conozca todo aquel que quiere conducirse con juicio en la administración de los negocios, así públicos como particulares.

GLAUC. Soy del mismo parecer en cuanto puedo alcanzar de vuestro pensamiento.

SÓC. Sedlo aún también en esto: que no os debéis admirar que los que llegaron á esta sublime contemplación se desdeñen de entender en negocios humanos, y que sus almas aspiren sin cesar á fijar su morada en este lugar elevado. Ello debese así, si corresponde á la pintura alegórica que poco antes he trazado.

GLAUC. No hay duda.

SÓC. Pues qué, ¿pensáis aún que es de extraño que pasando un hombre de esta contemplación divina á la de los miserables objetos que nos rodean, se encuentre embarazado para obrar, y parezca muy digno de risa, mientras que subsiste como sumergido en una noche profunda, y que antes que pueda familiarizarse con las tinieblas que le rodean se le obligue á disputar en los tribunales ó en otra parte sobre las sombras ó las fantasmas de estas sombras de justicia, y á explicar el modo con que las concibe ante unas personas que jamás han visto la justicia misma?

GLAUC. No hallo en esto nada de extraño.

SÓC. Un hombre sensato haría la reflexión, que la vista puede perturbarse de dos modos y por dos causas opuestas: por pasar de la luz á la obscuridad, ó de la obscuridad á la luz; y aplicando á los ojos del alma lo que sucede á los del cuerpo, cuando la viese turbada y embarazada para discernir ciertos objetos, en lugar de reirse sin motivo de su perturbación, examinaría si acaso le proviene de que pasa ella de un estado más luminoso á las tinieblas de la ignorancia, ó si pasando de la ignorancia á una luz más pura, se ha confundido por su excesivo resplandor. En este segundo caso, la felicitaría de su feliz mudanza y dichosa vida: en el primero se compadecería de su suerte, y si quisiere reirse á costa de aquélla, sus burlas serían menos ridículas que si recayesen sobre el alma que viene del lugar sublime donde habita la luz verdadera.

GLAUC. Habláis con mucha cordura.

SÓC. Mas si todo esto es verdad, no debemos nosotros pensar que la ciencia se aprenda del modo

con que ciertas gentes prometen enseñarla. Ellos se precian de poderla infundir en el alma donde no existe, casi lo mismo que se comunicaría la vista á los ojos ciegos.

GLAUC. Es cierto que lo dicen.

SÓC. Pero el discurso presente nos hace ver que cada uno tiene en su alma la facultad de aprender con un órgano destinado para esto, y que todo el secreto consiste en convertir este órgano con toda el alma entera de la vista de aquello que nace hacia la contemplación del ser, hasta tanto que pueda fijar sus miradas sobre el más brillante de los seres, es decir, según nosotros, sobre el bien mismo: á la manera que si el ojo no tuviese movimiento particular, sería necesario que todo el cuerpo se volviese con él en el tránsito del objeto tenebroso al resplandeciente: ¿no es así?

GLAUC. Ciertamente.

SÓC. En esta evolución, pues, que se le obliga hacer al alma, todo el arte consiste en volverla del modo más expedito y más útil para ella. No se trata de darle la facultad de ver: ella la tiene ya; pero su órgano no está bien dirigido, no mira adonde debiera: esto es lo que se debe corregir.

GLAUC. Así me parece.

SÓC. En cuanto á las otras llamadas facultades del alma, viene á ser casi lo mismo que de las del cuerpo. Cuando no se han recibido de la naturaleza, se adquieren con la educación y el ejercicio; mas en orden á la facultad de pensar, como es de una naturaleza más excelente y en cierto modo más divina, jamás pierde ella su virtud; solamente viene á ser útil ó inútil, provechosa ó nociva, según son los objetos hacia los cuales se dirige. ¿No habéis

advertido aún hasta dónde llega la sagacidad de estos hombres á quienes se da el nombre de hábiles pícaros; ¿con qué penetración su despreciable alma discierne todo aquello que hace al objeto de sus cuidados? Su vista no está débil ni embotada, sino que la obligan á servir de instrumento de su malicia, de suerte que ellos son tanto más depravados, cuanto ven con más sutileza y perspicacia.

GLAUC. Esta observacion es muy justa.

Sóc. Si pues desde la infancia se hubiesen cortado estas perversas inclinaciones contraídas en su generación, que como otros tantos pesos de plomo arrastran su alma tras los placeres sensuales y groseros, forzándola á mirar siempre á lo bajo; y después de haberla libertado de este peso, hubiese convertido su vista hacia objetos más sólidos y más reales, ella los habría visto y penetrado con la misma sutileza que aquellos en quienes tiene ahora puesta toda su atención.

GLAUC. Es muy probable.

Sóc. Pero qué, ¿no es consecuencia verosímil, ó más bien necesaria de cuanto habemos dicho, que los que no recibieron ninguna educación, ni tienen conocimiento ninguno de la verdad ni los que pasaron toda su vida en el estudio y la meditación, no son á propósito para gobernar los Estados? Los unos, porque no tienen en toda su conducta ningún objeto fijo al cual dirijan todo cuanto hacen en calidad de personas públicas ó privadas; los otros, porque jamás consentirán en recibir semejante carga, imaginándose estar trasportados en vida á las islas de los bienaventurados (1).

(1) *Bienaventurados*. Con las mismas voces griegas de

GLAUC. Es mucha verdad.

SÓC. Á nosotros, pues, que fundamos una república, nos toca obligar á los buenos ingenios á dedicarse á la más sublime de todas las ciencias, y elevarse á la contemplación del bien en sí mismo, subiendo por esta cuesta escabrosa de que habemos hablado; pero despues que sean allí llegados y hayan contemplado por cierto tiempo, guardémonos de permitirles lo que hoy día se les consiente.

GLAUC. ¿Qué es?

SÓC. Fijar allí su mansión y no querer bajar de nuevo á estos desgraciados cautivos, ni tomar parte en sus trabajos, ni aun en sus honores, ora sean más viles, ora más preciosos.

GLAUC. ¿Y por qué hacerles daño? ¿por qué

que se valió Platón en este lugar, y al fin de este coloquio, indicó Estrabón las islas del Océano Atlántico, llamadas de los latinos *Fortunata insulæ*, que es muy probable correspondan á las que hoy llamamos Canarias, puesto que Ptolomeo y Plinio entre las Fortunadas cuentan τὴν Κανάριαν, la *Canaria*. Lo que puede ser muy dudoso es, si los Griegos anteriores, y aun el mismo Platón, tuvieron alguna noticia de la existencia real, propiedades y situación local de estas islas, como parece la tuvieron en los tiempos posteriores y se infiere de lo que de ellas se halla en los tres mencionados autores. Las ideas tan lisonjeras que los antiguos poetas y filósofos concibieron de su felicidad, nos da motivo para presumir que en su concepto fueron imaginarias, y que por las voces τῶν μακκρων νήτοι, *beatorum insulæ*, no entendieron otra cosa que un lugar indeterminado de placer y descanso. Mas con el discurso del tiempo, llegando á noticia de los Griegos la existencia, fertilidad y buen temple de las Fortunadas, las apellidaron del mismo modo, persuadidos acaso que serían aquellas que los antiguos querían indicar con el glorioso epíteto de *islas de los bienaventurados*.

condenarles á una vida miserable, cuando aquellos pueden disfrutar de una condicion más feliz?

Sóc. Otra vez se os ha olvidado, mi amado amigo, que el legislador no debe ponerse por objeto la felicidad de un cierto orden de ciudadanos con exclusión de los otros, sino procurar por todos medios la felicidad pública; reuniendo con esta idea los intereses de todos, obligándoles con la persuasión y con la autoridad á darse parte unos á otros de los provechos con que estén en estado de servir al público, porque civilizando semejantes hombres, no pretende dejarles la libertad de hacer de sus talentos el uso que les parezca, sino que se sirvan de ellos para asegurar el lazo de la sociedad.

GLAUC. Verdad es que ya se me había olvidado.

Sóc. Observad, por último, mi amado Glaucon, que no haremos ningún agravio á los filósofos que se hubiesen formado bajo nuestra dirección, sino que les alegaremos buenas razones para obligarles á encargarse de la custodia y conducta de los otros. En cualquier otra república, les diremos, los filósofos pueden, sin injusticia, sustraerse de la incomodidad de los negocios, porque ellos no son deudores de su saber, salvo á sí mismos, y el gobierno en nada contribuye para educarles. Pues ello es justo que el que no debe sino á sí mismo su nacimiento y sus aumentos, no esté atendido á ningún reconocimiento para con persona alguna. Por lo que á vosotros hace, nosotros os hemos formado y criado con esmero y cuidado particular, para que fueseis en nuestra república, como en la de las abejas, nuestras cabezas y nuestros reyes, dándoos con este designio una educación más perfecta, que

os haga más capaces que á ningún otro de unir el estudio de la sabiduría al manejo de los negocios. Bajad, pues, sucesivamente á la morada de vuestros conciudadanos, y acostumbrad vuestros ojos á las tinieblas que allí reinan, porque en familiarizándoos con ellas, juzgaréis mil veces mejor que los otros de la naturaleza de las cosas que allí se ven, y distinguiréis con más conocimiento las fantasmas de lo hermoso, de lo justo y de lo bueno, por haber visto en otra parte la esencia de cada uno de ellos. Y así, para vuestra felicidad, otro tanto que para la del público, nuestro Estado será gobernado en realidad y no en sueños, como lo son, al presente, gran parte de los otros Estados, por hombres que se matan tras las sombras vanas, y se disputan con furor la autoridad, que miran ellos como un bien de primer orden. Pero la verdad es que en toda sociedad en donde los que deben mandar no descubren ninguna ansia por su elevación, es como preciso que ella esté bien gobernada y que habite en ella la concordia y la paz; en lugar que en cualquiera otra parte donde por la intriga se consigue el mando, no puede menos de suceder lo contrario.

GLAC. Tenéis mucha razón en todo.

Sóc. ¿Pensáis acaso que nuestros alumnos se resistirán á la fuerza de nuestras razones y rehusarán llevar sucesivamente el peso del gobierno para pasar después juntos la mayor parte de su vida en una región más pura?

GLAUC. Imposible es que lo rehusen, porque ellos son justos y nuestras peticiones lo son también; sino que cada uno de ellos, muy al contrario de lo que sucede en otras partes, se encargará

del mando como de un yugo pesado é indispensable.

SÓC. Tal es, mi amado amigo, la naturaleza de las cosas. Si podéis encontrar para los que deben mandar una condición de vida que ellos prefieran al mando, vos encontraréis también una república bien gobernada, porque en sola ella mandarán los que son realmente ricos, no en oro, sino en sabiduría y en virtud, únicas riquezas de los verdaderamente felices; pero en donde hombres pobres, y que no tienen bienes propios ni medio alguno para ser felices, aspirasen al mando creyendo encontrar allí la dicha tras que van hambrientos, la administración siempre será mala. Porque se disputarán y se arrancarán de las manos la autoridad, y esta guerra doméstica é intestina por último acabará con ellos y con todo el Estado.

GLAUC. No hay cosa más cierta.

SÓC. ¿Conocéis, por suerte, otra condición que inspire desprecio á las dignidades y empleos públicos que la del verdadero filósofo?

GLAUC. Pardiez que no conozco otra.

SÓC. Pues la autoridad debe confiarse á los que no tienen ambición de poseerla; de lo contrario, la rivalidad suscitará contiendas entre ellos.

GLAUC. No tiene duda.

SÓC. ¿Á quienes forzaréis, pues, á aceptar el mando de la república, sino á aquellos que, mejor instruídos que nadie en la ciencia del gobierno, tienen otra vida y otros honores mucho mejores que los que la vida civil les ofrece?

GLAUC. Yo no me dirigiría á otros.

SÓC. ¿Queréis que examinemos ahora de qué modo formaremos hombres de este carácter, y cómo les haremos pasar de las tinieblas á la luz,

según se dice que algunos subieron de los infiernos á la morada de los dioses?

GLAUC. ¿Quién pregunta eso?

Sóc. Aquí, según parece, no se trata del juego de niños en que se arroja una tejuela (1) para saber de qué lado se volverá, sino de un movimiento por el cual el alma, dejando este día obscuro que la rodea, se eleve hasta el ser por el camino verdadero que conduce allá, cuyo camino diremos nosotros que es la verdadera filosofía.

GLAUC. No tiene duda.

Sóc. Por tanto, conviene averiguar cuáles son las ciencias propias para producir este efecto.

GLAUC. Es cierto.

Sóc. Pues bien, mi amado Glaucon, ¿cuál sería la ciencia que eleva el alma de aquello que nace (2) á lo que en realidad siempre existe? Mas me ocurre ahora otra reflexión. ¿No dijimos nosotros que era menester que nuestros filósofos se ejercitasen en la juventud en el arte de la guerra?

GLAUC. Es cierto que lo dijimos.

(1) *Tejuela*. El juego llamado entre los Griegos *ostracinda* reducíase á esto. Tiraban los niños una línea sobre la tierra y se ordenaban en dos bandas, los unos de un lado, los otros del otro de esta línea. En seguida uno de ellos echaba en lo alto una tejuela que por una parte estaba blanca y por la otra negra, diciendo: *¿día ó noche?* La banda que adivinaba perseguía á la otra, y se divertían á costa de aquel que se dejaba coger. (Pólux, lib. IX, capítulo VII.)—*Grou*.

(2) *Que nace*. Esto es, que tiene un ser pasajero é inconstante, de modo que apenas pueda decirse que aquello que existía en el momento A, exista del mismo modo en el momento inmediato B, sino que por instantes se sucede un ser á otro ser, hasta que llega á su exterminio.

SÓC. Luego es necesario que la ciencia que buscamos, sobre aquella primera y principal ventaja, tenga aún alguna otra.

GLAUC. ¿Cuál?

SÓC. El que no sea inútil á los guerreros.

GLAUC. No hay duda que es necesario, siendo esto posible.

SÓC. Nosotros los educamos más arriba en la música y en la gimnástica, ¿no es así?

GLAUC. Así fué.

SÓC. Pero la gimnástica tiene por objeto lo que está expuesto á generación y corrupción, siendo su objeto examinar lo que puede aumentar ó disminuir las fuerzas del cuerpo.

GLAUC. Así parece.

SÓC. Luego no es ésta la ciencia que nosotros buscamos.

GLAUC. No, por cierto.

SÓC. ¿Será por ventura la música, tal como la hemos explicado antes?

GLAUC. Pero, si se os acuerda, ella correspondía á la gimnástica, aunque en un género opuesto, proponiéndose dar costumbres á nuestros guerreros, arreglar los conciertos de su alma según la armonía, moderar sus movimientos conforme al número, y no aumentar sus conocimientos. Los discursos, ora verdaderos, ora fabulosos, se dirigían al mismo fin; mas yo no he visto que ella encerrase ninguna de las ciencias que vos buscáis, quiero decir de aquellas que son propias para elevar el alma al conocimiento del bien.

SÓC. Con mucha exactitud me recordasteis lo que nosotros habíamos hablado. La música, en efecto, no contenía semejante cosa; pero, mi esti-

mado Glaucón, ¿cuál sería esta ciencia? porque las artes mecánicas ciertamente no lo son, por parecerme todas demasiado bajas y viles para esto.

GLAUC. Sin disputa. Mas, entretanto, dejadas aparte la música, la gimnástica y las artes, ¿qué otra ciencia puede quedar aún?

SÓC. Ea pues, si no encontramos ninguna fuera de éstas, tomemos alguna de las ciencias universales.

GLAUC. ¿Cuál, por ejemplo?

SÓC. Aquella que es tan común, de la cual todas las artes y todas las otras ciencias hacen uso y que se debe aprender de las primeras.

GLAUC. ¿Cuál es ésta?

SÓC. Aquella liviana y pueril que enseña á conocer lo que es uno, dos, tres, y que llamo yo en general ciencia de los números y del cálculo: ¿no es verdad que ningún arte, ninguna ciencia puede pasarse sin ella?

GLAUC. Convengo en ello.

SÓC. ¿Ni el arte militar, por consiguiente?

GLAUC. Le es absolutamente necesaria.

SÓC. En verdad, Palamedes en las tragedias nos representa algunas veces á Agamemnón como general ridículo. ¿No habéis observado que se gloria de haber inventado los números, de haber dado el plan de campaña delante de Troya, y de haber hecho la enumeración de las naves y de todo lo demás, como si hubiese sido imposible antes de él contar todo esto, y que Agamemnón no supo siquiera cuántos pies tenía, porque, al parecer, no sabía contar? ¿Qué idea queréis vos que se tenga de semejante general?

GLAUC. Una idea muy baja, si tal cosa fuese verdad.

SÓC. ¿Hay acaso, á vuestro parecer, una ciencia más necesaria al guerrero que la de los números y del cálculo?

GLAUC. Le es absolutamente indispensable, si quiere entender algo en la disposición de un ejército, ó por mejor decir, si quiere ser hombre.

SÓC. ¿Os ha ocurrido á vos el mismo pensamiento que á mí en orden á esta ciencia?

GLAUC. ¿Qué pensamiento?

SÓC. Me parece que ella tiene la ventaja que nosotros nos proponemos, de elevar el alma á la simple inteligencia y de dirigirla á la contemplación de lo que es; pero que nadie sabe servirse de ella como es debido.

GLAUC. ¿Cómo entendéis vos esto?

SÓC. Procuraré explicaros lo que yo pienso. Examinad conmigo el modo con que yo distingo las cosas que me parecen propias para elevar el alma, de aquellas que no lo son. Conceded ó negad, según mejor os pareciere, para que por este medio veamos más claramente si la cosa es como yo me la imagino.

GLAUC. Decid, pues.

SÓC. Ya lo hago. Observad si es cierto que entre las cosas sensibles hay unas que en nada excitan al entendimiento á que ponga en ellas su atención, porque los sentidos son jueces competentes; mientras que las otras le obligan á reflexionar á causa del juicio tan confuso que hacen de ellas los sentidos.

GLAUC. Vos habláis, sin duda, de los objetos que se descubren de lejos y que no están sino en bosquejo.

SÓC. No habéis penetrado bien lo que yo quiero decir.

GLAUC. ¿Pues de qué queréis hablar?

SÓC. Por los objetos que no mueven el alma á la reflexión, entiendo aquellos que no excitan á un tiempo dos sensaciones contrarias; y llamo objetos que la incitan á reflexionar, aquellos que hacen nacer dos sensaciones opuestas, cuando la relación de los sentidos, ni dice determinadamente que sea ésta tal cosa, ni la otra opuesta, ora el objeto hiera el sentido de cerca, ora de lejos. Y para que entendáis mejor mi pensamiento, ved aquí estos tres que llamamos dedos, el pulgar, el índice y el del medio.

GLAUC. Muy bien.

SÓC. Concedid que yo los supongo mirados de cerca, y en orden á ellos haced conmigo esta observación.

GLAUC. ¿Qué observación?

SÓC. Cada uno de ellos nos parece igualmente dedo, y bajo de este respecto importa poco que se le vea en medio ó al extremo, blanco ó negro, grueso ó delgado, y así de lo demás. En nada de todo esto se ve obligada el alma á preguntar al entendimiento lo que es dedo, porque nunca la vista atestiguó á un mismo tiempo que el dedo fuese otra cosa que dedo.

GLAUC. Ciertamente que no.

SÓC. Razón, pues, tuve yo de decir que en este caso no hay nada que excite y despierte al entendimiento.

GLAUC. Sí, por cierto.

SÓC. Pero qué, ¿la vista juzga como es debido de la magnitud ó de la pequeñez de estos dedos? ¿Es indiferente para ella que el uno de ellos esté en medio ó á los extremos? Otro tanto digo de la gro-

seza y delgadez, de la blandura y de la dureza respecto al tacto; y, en general, ¿la relación de los sentidos sobre todos estos puntos es muy exacta? ¿No es, por suerte, esto lo que hace cada uno de ellos? Por de contado, el sentido destinado á juzgar de lo que es duro, se ve precisado también á pronunciar sobre lo que es blando, y participa al alma de aquello mismo que le hiere como que lo siente duro y blando.

GLAUC. Esto es así.

SÓC. ¿Pues no es como preciso en tales circunstancias que el alma esté perpleja con motivo de esta relación del sentido, que le dice que la misma cosa es dura y blanda? La sensación de la pesadez y de la ligereza ¿no obliga también al alma á hacer averiguaciones sobre la naturaleza de la gravedad y de la levedad, cuando los sentidos le participan que el cuerpo pesado es ligero, y el ligero pesado?

GLAUC. Semejantes avisos deben parecerle muy extraños al alma, y piden un examen serio de su parte.

SÓC. No, pues, sin motivo el alma, llamando entonces en su ayuda al entendimiento y reflexión, procura examinar si cada uno de estos anuncios es sobre una sola cosa ó sobre dos.

GLAUC. Sin duda que no.

SÓC. Luego si juzga ella que son dos cosas, cada cual de ellas le parecerá una y distinta de la otra.

GLAUC. - Ciertamente.

SÓC. Si pues cada una de ellas le parece una, y la una y la otra dos, las concebirá ambas á dos separadas, porque si así no las concibiese, no tendría el concepto de dos cosas, sino de una sola.

GLAUC. Muy bien.

SÓC. De la vista decimos nosotros que percibe la magnitud y pequeñez, no como dos cosas separadas, sino como confundidas una con otra. ¿No es así?

GLAUC. Así es.

SÓC. Y para la declaración de esta sensación confusa, el entendimiento, haciendo lo contrario que la vista, se ve obligado á considerar la magnitud y la pequeñez, no ya confundidas, sino separadas (1) entre sí.

GLAUC. Esto es verdad.

SÓC. Pues de aquí nos viene inmediatamente al pensamiento el preguntarnos á nosotros mismos qué cosa es la magnitud y la pequeñez.

GLAUC. Enteramente es así.

SÓC. Y ésta es la razón por qué en cada objeto sensible hemos distinguido algo de visible y algo de inteligible.

GLAUC. Y hemos hecho muy bien.

SÓC. Esto es lo que yo quería hacer os entender cuando decía que entre los objetos sensibles los unos mueven el alma á la reflexión, los otros no;

(1) *Separadas*. Como no hay magnitud ni pequeñez absoluta, el mismo cuerpo parece á un tiempo grande respecto de un cuerpo menor, y pequeño respecto de otro mayor. Sin embargo, la vista no nos representa con separación la magnitud y pequeñez de este cuerpo, sino que representa una cantidad determinada que varía de denominación, y se llama grande ó pequeña comparada con otras cantidades determinadas. Lo mismo sucede tocante á la ligereza y gravedad, á la blandura y dureza, siendo estas cualidades meramente relativas. La relación, pues, confusa de los sentidos naturalmente encamina el alma á buscar la naturaleza de la magnitud, de la pequeñez, etc.—*Grou*.

designando por aquéllos los que producen á un tiempo dos sensaciones contrarias, y por éstos los que no provocan al alma á reflexionar, porque no causan más de una sola sensación.

GLAUC. Ahora lo entiendo, y pienso como vos.

SÓC. ¿En cuál, pues, de estas dos clases colocáis al número y á la unidad?

GLAUC. Yo no lo sé.

SÓC. Discurrido por lo que acabamos de decir. Porque si nosotros percibimos suficientemente el número por sí mismo, ó la unidad por la vista ó por algún otro sentido, ella no nos lleva á la contemplación de la esencia, como poco hace decíamos del dedo. Pero si la vista nos presenta siempre en la unidad alguna contradicción, de suerte que no nos parezca más una unidad que un conjunto de unidades, entonces tiene ya necesidad de un juez que decida, y dudosa el alma y perpleja, despertando en sí al entendimiento, se ve obligada á inquirir y preguntarse á sí misma qué cosa es la unidad. En este caso el conocimiento de la unidad es uno de aquellos que elevan el alma y la convierten de parte de la contemplación del ser.

GLAUC. Pues realmente la vista de la unidad causa en nosotros el efecto de que habláis. Porque nosotros vemos á un tiempo la misma cosa como una y como infinita en número (1).

(1) *En número.* Es cierto que en los objetos tales como se presentan á nuestros sentidos (pues que no pretendo examinar aquí si la materia está compuesta, ó no, de *monades* propiamente dichas); es cierto, digo yo, que en el mundo visible no hay cosa que sea verdaderamente una; por cuanto lo que realmente es uno, es indivisible, simple y sin ninguna composición. No hay duda que comunmente

Sóc. Lo que sucede, pues, á la unidad, ¿no debe suceder también á cualquier otro número que sea?

GLAUC. ¿Por qué no?

Sóc. Pues en verdad que la aritmética y la ciencia del cálculo tienen por objeto los números.

GLAUC. Es muy seguro.

Sóc. De consiguiente, la una y la otra conducen al conocimiento de la verdad.

GLAUC. Pero de un modo admirable.

Sóc. Esta, pues, sería una de aquellas ciencias que nosotros buscamos. Porque ella es necesaria al guerrero para disponer bien un ejército; al filósofo para salir de la existencia de las cosas y pasar hasta su esencia, sin lo cual jamás llegará á discurrir bien.

GLAUC. Es así.

Sóc. Mas aquel á quien nosotros confiamos la guarda de nuestra república, es á un tiempo guerrero y filósofo.

GLAUC. Sin duda.

Sóc. Conveniente, pues, sería, amigo Glaucón, establecer por ley y persuadir que los que son destinados entre nosotros para ocupar los pri-

se dice, un hombre, un animal, un árbol; mas estas unidades son unos todos compuestos, el hombre de dos sustancias, el cuerpo de partes. La vista nos representa, pues, á un tiempo el objeto mismo como uno, en cuanto que compone un todo; y como muchos, en cuanto que este todo resulta de una agregación de muchas partes. Y por esta razón la unidad en general es divisible ó indivisible según la naturaleza de las cosas á las cuales se aplica. Se divide un pie en pulgadas, una hora en minutos, en tercios, en cuadrantes, etc., pero no se divide lo mismo un pensamiento, una alma, ni ningún otro ser espiritual.—Grou.

meros empleos, se apliquen á la ciencia del cálculo, y que la estudien, no superficialmente, sino hasta tanto que por la más pura luz del espíritu hayan llegado á conocer la naturaleza y las propiedades de los números; no para que les sirva como á los mercaderes y buhoneros en las ventas y compras, sino para aplicarla á los usos de la guerra y para facilitar al alma el tránsito de la generación á la verdad y á la esencia.

GLAUC. Decís muy bien.

SÓC. No puedo menos de admirar cuán hermosa es en sí la ciencia del cálculo, y cuán útil al designio que nos proponemos, cuando se estudia sólo por conocerla y no para degradarla aplicándola á la granjería.

GLAUC. ¿Qué admiráis tanto en ella?

SÓC. La virtud que ella tiene de elevar el alma, según acabamos de decir, obligándola á raciocinar sobre los números, tales como son en sí mismos, no pudiendo sufrir que en la disputa se le presenten por números verdaderos, cuerpos visibles ó palpables. Vos sabéis sin duda lo que hacen aquellos que están instruídos en esta ciencia. Si alguno intenta á presencia suya dividir la unidad con el pensamiento, ellos se le burlan y no quieren oírle; mas si por suerte vos la dividís, ellos la multiplican, temiendo siempre que la unidad deje de parecer lo que ella es, esto es, una, sino un conjunto (1) de muchas partes.

(1) *Un conjunto*. Lo que se llama *fracción* en la aritmética de ningún modo es parte de la unidad metafísica, que es simple é indivisible, sino de la unidad física, que es divisible hasta el infinito. Así, no es extraño que los aritméticos se burlen de aquellos que quieren dividir la unidad

GLAUC. Tenéis mucha razón.

SÓC. Y si se les preguntase: hombres raros, ¿de qué números habláis vosotros? ¿dónde están estas unidades tales como vosotros las suponéis, tan perfectamente iguales entre sí que no haya la menor diferencia y que no estén compuestas de parte

metafísica, ni que le restituyan por la multiplicación lo que se le quiere quitar por la división. En efecto, la unidad, ora se la divida, ora se la multiplique por sí misma, siempre permanece unidad: de consiguiente, cuando se la considera como fraccionaria, no es ya unidad propiamente dicha. Por ejemplo, el pie considerado en cuanto tiene doce pulgadas, no es una unidad, sino un número compuesto de doce unidades, representada cada una por la pulgada, que es duodécima parte del pie. Lo mismo sucede en la pulgada respecto de la línea, y en la línea respecto del punto. Esta distinción de la unidad física y de la pulgada metafísica sirve para resolver un problema de aritmética cuya solución verdadera han encontrado pocos. El problema se reduce á esto: un doblón de oro multiplicado por un doblón, da un doblón: 4 duros, multiplicados por 4 duros dan 16 duros: 80 reales multiplicados por 80 reales, dan 320 duros, ú 80 doblones. ¿Cómo puede ser que estos tres productos sean tan desiguales, siendo las raíces las mismas? Vedlo aquí. En el primer caso, el doblón se considera como unidad, que multiplicada por sí misma, da la unidad, es decir, un doblón. En el segundo caso, no es ya la unidad el doblón, sino el duro. Pues 4 unidades, multiplicadas por 4 unidades, dan 16 unidades, esto es, 16 duros. En el tercero el real viene á ser la unidad. Luego 80 unidades multiplicadas por 80 unidades dan 6.400 unidades, es decir, 6.400 reales, ó 320 duros; por donde se ve que los resultados deben mudar en las operaciones aritméticas, cuando la unidad muda en ellas de naturaleza. Se observa también que hicimos mal en suponer más arriba que las raíces de estos productos desiguales fuesen las mismas. Ellas lo son, es verdad, tomadas en sí y en cuanto al valor intrínseco, pero no lo son relativamente al cálculo.—*Grou.*

alguna? Mi amado Glaucon, ¿qué pensáis vos que ellos responderían?

GLAUC. Yo creo que responderían que ellos hablan de aquellos números que no están sujetos á los sentidos y que no pueden manejarse de otro modo que con el pensamiento.

SÓC. Por tanto, veis vos, mi amado amigo, que nosotros no podemos absolutamente pasarnos sin esta ciencia, pues que juzgamos que ella obliga al alma á servirse del entendimiento para conocer la verdad.

GLAUC. Es cierto que tiene admirable virtud para producir este efecto.

SÓC. ¿Habéis también observado que los que tienen el espíritu calculador son muy despiertos, por decirlo así, para todas las ciencias, y que aun los espíritus tardos, cuando se instruyen y ejercitan en el cálculo, sacan á lo menos esta ventaja de adquirir más facilidad y penetración para todo lo demás?

GLAUC. Ello es así como decís.

SÓC. Y al cabo creo que con dificultad encontraréis muchas ciencias que cuesten más de aprender y de sondear que ésta.

GLAUC. Ciertamente que sí.

SÓC. Por todas estas razones no debemos despreciarla, sino que se han de dedicar á ella desde luego los que nazcan con buenos ingenios.

GLAUC. Convengo en ello.

SÓC. Dejémosla, pues, aparte, y veamos si la ciencia que á ésta se sigue nos conviene ó no.

GLAUC. ¿Qué ciencia? ¿Por fortuna sería la geometría?

SÓC. Ella misma.

GLAUC. Es evidente que ella nos conviene, á lo menos en cuanto tiene relación con las operaciones de la guerra. Porque en iguales circunstancias, un geómetra se distinguirá más que el que no lo sea, en sentar los reales, ocupar los terrenos, tomar las plazas, en reconcentrar ó extender un ejército, y hacerle ejecutar todas las evoluciones que se acostumbra en una acción ó en una marcha.

Sóc. Hablándoos con verdad, no hay necesidad para esto de mucha geometría ni de mucho cálculo. Lo que nos importa ver es, si la mayor y más profunda parte de esta ciencia se dirige á facilitar más al espíritu la contemplación de la idea del bien. Y este efecto decimos que es propio de las ciencias que obligan al alma á volverse hacia aquel lugar donde está el ser más feliz de todos los seres, que el alma debe esforzarse á conocer de todos modos.

GLAUC. Tenéis mucha razón.

Sóc. Luego si la geometría obliga al alma á contemplar la esencia de las cosas, no hay duda que nos conviene; mas si se detiene en su existencia, ya no nos conviene.

GLAUC. No hay duda.

Sóc. Nadie, pues, que tenga la menor tintura de geometría nos negará que el objeto de esta ciencia es directamente contrario á los discursos que de ella tienen los que la manejan.

GLAUC. ¿Cómo es esto?

Sóc. El lenguaje de que se valen es muy ridículo, aunque ellos no pueden dejar de usarle. Ellos no hablan sino de cuadrar, prolongar, añadir, y así de lo demás, como si hiciesen algo y todas sus operaciones se dirigiesen á la práctica,

siendo así que en la realidad esta ciencia se termina en la pura especulación (1).

GLAUC. Tenéis razón en todo.

SÓC. ¿Os convenís aún en otra cosa?

GLAUC. ¿En qué?

SÓC. En que se termina en la especulación de lo que es siempre, y no en la de lo que nace y perece con el tiempo.

GLAUC. No tengo dificultad en concederlo; porque la geometría tiene por objeto el conocimiento de lo que siempre es.

SÓC. De consiguiente, oh buen amigo, ella arrebataría el alma hacia la verdad y formaría en ella el espíritu filosófico, obligándola á dirigir á lo alto sus miradas, que ahora fija indebidamente en las cosas de acá abajo.

GLAUC. No hay cosa más cierta.

SÓC. Mandaremos, pues, expresamente á los ciudadanos de la más hermosa república que hubo en el mundo no descuidarse en el estudio de la geometría; otro tanto más, que sobre esta ventaja principal tiene aún otras accesorias que no son de despreciar.

GLAUC. ¿Cuáles son éstas?

(1) *Especulación*. Diga lo que quiera Platón, no es cierto que la geometría se termine, ó deba terminarse, en la mera especulación. Ni es ésta la idea que tuvieron los Egipcios, sus primeros inventores. Todo el mundo sabe que la necesidad de volver á encontrar los límites de los campos confundidos por las inundaciones del Nilo fué la que le dió principio. Por otra parte, se ordena á la práctica y á la perfección de casi todas las artes, de las cuales es como el cimiento. Como especulativa, sólo aprovecha al particular que la cultiva: como práctica, es utilísima al cuerpo de la sociedad.—*Grou*

Sóc. Aquellas de que vos habéis hablado, que miran á la guerra; sobre lo cual, ella proporciona facilísima entrada para todas las ciencias, pues vemos que en orden á esto hay una total diferencia entre el que está versado en la geometría y aquel que no lo está.

GLAUC. En verdad que la diferencia es muy grande.

Sóc. Haremos, pues, que nuestros jóvenes en segundo lugar se dediquen á esta ciencia.

GLAUC. Me parece muy bien.

Sóc. ¿Y pondremos por tercera la astronomía? ¿qué os parece?

GLAUC. Mucho que sí; tanto más, que no es menos necesario al guerrero, que al labrador y al piloto, el tener un conocimiento exacto de las estaciones, de los meses y de los años.

Sóc. ¡Qué bueno que sois! Me parece que vos teméis que el vulgo os eche en cara que introducís ciencias inútiles en vuestro plan de educación. Mas á la verdad, las ciencias de que nosotros hablamos tienen una ventaja considerable, pero de la cual se convencerán pocas gentes; y es, la de purificar y reanimar el órgano del alma, destruído y ciego por las otras ocupaciones de la vida; órgano, no obstante, cuya conservación nos interesa diez mil veces más que los ojos de la cara, puesto que por sólo él se percibe la verdad. Los que piensan como nosotros sobre este punto, aplaudirán vuestra elección. Pero no esperéis el voto de aquellos que jamás hicieron estas reflexiones, y que no registran en estas ciencias otras utilidades que aquellas que les hieren los sentidos. Tened cuenta, pues, ahora por quiénes habláis. ¿No es cierto que ni por los unos ni por los

otros conversáis conmigo, sino por vos mismo, aunque no estéis en disposición de envidiar á otros la utilidad que podrían sacar de esta conversación?

GLAUC. Verdad es, que principalmente por mí mismo me tomo este trabajo de preguntaros y responderos.

Sóc. Si esto es así volvamos pies atrás; porque no hemos tomado la ciencia que inmediatamente sigue á la geometría.

GLAUC. ¿Pues qué hemos hecho?

Sóc. Después de la superficie, hemos tomado el sólido movido circularmente (1), antes de tomarle en sí mismo. El orden exigía que tras lo que está compuesto de dos dimensiones, tomásemos los sólidos, que tienen tres, á saber, los cubos y todo lo que tiene profundidad.

GLAUC. Esto es cierto; pero me parece, Sócrates, que aun no se ha hecho en este género ningún descubrimiento (2).

Sóc. Esto proviene de dos causas: la primera es, que ninguna república hace el aprecio que debiera de estos descubrimientos, los cuales siendo

(1) *Circularmente.* Es decir, que después de la geometría hemos pasado á la astronomía, ó ciencia de los astros que se mueven con movimiento circular, debiendo haber hablado antes de los sólidos.

(2) *Descubrimiento.* En tiempo de Sócrates la geometría no pasaba mucho más allá de la medida de las superficies. Por las obras de Euclides se puede juzgar el estado que entonces tenía. Y ved por qué Sócrates distingue aquí la ciencia de las superficies de la de los sólidos. Platón se dice que fué el primero que encontró la duplicación del cubo, problema propuesto por Apolo Delfico, pidiendo que se le duplicase su altar, cuya forma era cúbica. Pero los más bellos descubrimientos tocante á la estereometría se le deben á Arquímedes.—*Grou.*

penosos de encontrar se buscan débilmente. La segunda es, que los que á esto se dedican necesitarían de un director, sin el cual sus averiguaciones serán inútiles. Pues por de contado, el encontrar uno bueno es muy difícil; y aun cuando se encontrase, en el estado presente de las cosas, los que se ocupan de estas indagaciones tienen demasiada presunción para querer sujetarse á sus luces. Pero si una república entera presidiese á sus trabajos, teniéndolos en alguna estimación, ellos se prestarían á sus miras, y mediante esfuerzos repetidos y constantes, no tardarían en descubrir la verdad; pues que hoy día, á pesar del desprecio que se hace de esta ciencia y las quiebras que sufre del común de las gentes, y aunque el pequeño número de los que trabajan por enriquecerla ignoran de qué utilidad puedan ser sus descubrimientos; con todo, la fuerza de sus encantos triunfa de todos los obstáculos, y de cada día hace ella nuevos progresos, y no me admira que tenga tanto poder sobre los ánimos.

GLAUC. Yo convengo en que no hay estudio de más atractivo que éste. Pero que me aclaréis, os ruego, lo que vos acabáis de decir. Vos poníais desde luego la geometría, ó la ciencia de las superficies.

Sóc. Es muy cierto.

GLAUC. É inmediatamente después habéis puesto la astronomía, y en seguida volvisteis pies atrás.

Sóc. Esto es que queriendo apresurarme demasiado en decirlo todo, me atraso más en vez de adelantar. Yo debía tras la geometría hablar de la formación de los sólidos; mas viendo que cuanto se ha descubierto en esta materia es ridículo y despreciable, la dejé á un lado por pasar á la astronomía, esto es, á los sólidos puestos en movimiento.

GLAUC. Lo habéis dicho muy bien.

SÓC. Pongamos, pues, la astronomía en cuarto lugar, mirando como descubierta la ciencia que omitimos, que lo será infaliblemente si todo un Estado toma de su cuenta trabajar en ello.

GLAUC. Es muy regular. Pero como vos, Sócrates, me habéis reprendido de que con pesadez elogiaba la astronomía, voy á alabarla de un modo conforme á vuestras ideas. Porque me parece que es notorio á todo el mundo que ella obliga al alma á mirar á lo alto y á pasar de las cosas de la tierra á la contemplación de las del cielo.

SÓC. Acaso será esto evidente para todos, menos para mí; porque yo no pienso lo mismo.

GLAUC. ¿Pues cómo pensáis vos?

SÓC. Yo pienso que del modo con que la estudian los que se aplican á la filosofía, ella hace mirar hacia bajo.

GLAUC. ¿Qué es lo que vos queréis decir?

SÓC. Me parece que os formáis una idea singular de lo que yo llamo conocimiento de las cosas de lo alto. Vos creéis, sin duda, que si alguno percibiese algún objeto observando de abajo arriba las pinturas de un cielo raso, que él le vería con los ojos del alma, y no con los del cuerpo. Puede ser que tengáis vos razón, y que yo me engañe groseramente. Pero por lo que á mí hace, yo no puedo reconocer otra ciencia que haga mirar al alma á lo de arriba, que aquella que tiene por objeto lo que es y lo que no se ve. Y mientras que alguno se ocupe de alguna cosa sensible, ora sea que mire al cielo con la boca abierta, ora que mire al suelo cerrados los labios, yo nunca diré que aprende nada, porque ninguna cosa sensible es objeto de la cien-

cia; ni que su alma mira á lo alto, sino á lo bajo, por más que estuviese echado boca arriba sobre la tierra ó sobre el mar.

GLAUC. Vos tenéis razón de reprenderme: yo encuentro en esto lo que me merezco. Mas decidme, lo que reprendéis en el modo con que hoy día se estudia la astronomía, y qué mudanza debería hacerse para hacerla útil á nuestro designio.

X SÓC. Vedla aquí.

Admírese enhorabuena la hermosura, la variedad y el orden de los astros con que está adornado el cielo, comparados con otras cosas; pero como al cabo éstos son objetos sensibles, quiero que se les ponga muy inferiores á los astros verdaderos (1) y á las relaciones que entre sí guardan la velocidad y lentitud real, dando el movimiento á estos astros y al mundo ideal según el verdadero número y todas las verdaderas figuras. Pues todas estas cosas se escapan á la vista, y no son asequibles salvo por la razón y el pensamiento: ¿creéislo vos así?

GLAUC. De la misma manera.

SÓC. Quiero, pues, que el espectáculo vario que nos ofrece el cielo físico nos sirva como de ejemplar para conocer mejor aquellas cosas inteligibles; haciendo lo mismo que haría un hábil geómetra á vista de las figuras llanas ó de relieve tra-

(1) *Verdaderos*. Estos astros verdaderos, estos astros inteligibles, son, según Platón, las ideas á que se acomodó Dios en la formación de los astros que vemos, y estaban contenidas desde la eternidad en su esencia misma. Por tanto, la vista de los astros puestos en el cielo debe elevarnos á la contemplación de las ideas que son sus arquetipos y sus modelos. Desde donde es muy fácil pasar al conocimiento del soberano bien, autor de cuanto existe en ambos mundos visible é invisible.—*Grou*.

bajadas por Dédalo (1) ó cualquier otro artífice, ó pintadas por mano de algún excelente pintor. Porque considerándolas no podría dejar de tenerlas como obras acabadas del arte; bien que creyese al mismo tiempo que sería ridículo estudiarlas con atención, con la esperanza de descubrir allí la verdad, tocante á las relaciones de igualdad, de duplicación, ó de cualquier otra proporción que fuese.

GLAUC. ¿Mas por suerte haría mal en tener esto por ridículo?

SÓC. Pues el verdadero astrónomo ¿no tendrá el mismo pensamiento cuando eche los ojos sobre las revoluciones de los astros? ¿Creerá sin duda que el artífice del cielo y de todo cuanto hay en él, ha dado á su obra toda la hermosura de que era capaz; pero no estáis persuadido que tendría por una extravagancia imaginarse que las proporciones del día á la noche, de los días á los meses, de los meses á los años, de las revoluciones de los astros comparadas entre sí y con la del sol, sean siempre las mis-

(1) *Dédalo*. Artista ateniense, el más industrioso de su tiempo, de quien se dice que tuvo por maestro á Mercurio. Fué inventor de muchos instrumentos y de varias estatuas automáticas superiores á cuantas se habían visto antes. Sus grandes talentos no le preservaron de las bajezas de la envidia, á cuya causa precipitó del techo de una casa á su sobrino Talo. Precisado á escaparse, se refugió en la corte de Minos, rey de Creta, donde construyó el laberinto, tan celebrado por los poetas. Dédalo fué la primera víctima de su invención; porque habiendo favorecido los amores de Pasiphea, hija de Minos, fue encerrado con su hijo en el laberinto. Se salieron uno y otro con la ayuda de las alas artificiales que colgó á sus espaldas y á las de su hijo Ícaro, que probablemente son las velas del navío en que se embarcaron para salvarse. Cocalo, rey de Caunica, le dió asilo, y permaneció allí hasta su muerte.

mas, y que no se muden ellos jamás, siendo materiales y visibles, y querer buscar por todos medios descubrir la verdad en todo esto?

GLAUC. Ahora que os entiendo, la cosa me parece lo mismo.

SÓC. Nos serviremos, pues, de los astros en el estudio de la astronomía, como se valen en la geometría de las figuras trazadas sobre el papel, sin detenernos en lo que pasa en el cielo, si queremos llegar á ser verdaderos astrónomos, y sacar alguna utilidad de la parte intelectual de nuestra alma, que sin esto nos sería inútil.

GLAUC. Con esto cargáis al astrónomo de mucho más trabajo del que tiene hoy día.

SÓC. Yo pienso que debemos prescribir el mismo método en orden á las otras ciencias, si es que ha de sacarse algún provecho de nuestras leyes. Mas ¿podrías traerme vos aún á la memoria alguna ciencia que conduzca á nuestro designio?

GLAUC. Al presente no me ocurre ninguna.

SÓC. Con todo, el movimiento solo, á lo que me parece, nos suministra no una, sino muchas especies. Un sabio podría numerarlas todas tal vez. Por lo que á nosotros hace, no numeraremos mas que las dos que nos son conocidas.

GLAUC. ¿Cuáles son estas dos?

SÓC. La astronomía es la primera: la otra es aquella que le es equivalente.

GLAUC. ¿Cuál es esta otra?

SÓC. Parece que el movimiento armónico encanta los oídos, como el movimiento de los astros embelesa la vista. Estas dos ciencias, la astronomía y la música, son hermanas, dicen los Pitagóricos, y nosotros con ellos. Glaucón, ¿no es así?

GLAUC. Es cierto.

SÓC. Por cuanto ellos, pues, han profundizado en esta materia hasta lo sumo, nos aprovecharemos nosotros de lo que han dicho acerca de esto, así como de los otros descubrimientos suyos en cualquier género que sea, observando, sobre todo, con cuidado nuestra máxima.

GLAUC. ¿Qué máxima?

SÓC. De cuidar que no den á nuestros discípulos lecciones imperfectas, que no se dirijan al término á donde deben encaminarse todos nuestros conocimientos, según poco antes declamos con motivo de la astronomía. ¿Ignoráis por ventura que la música hoy día no es mejor tratada que su hermana? Limitase esta ciencia á la medida de los tonos y consonancias sensibles; trabajo tan inútil como el de los astrónomos de que yo he hablado.

GLAUC. Por cierto, que es cosa ridícula el ver cómo nuestros músicos hablan sin cesar de cadencias, y acercan el oído como para sorprender los sonidos al paso: los unos dicen que oyen un sonido medio entre dos tonos, y que este sonido es el más pequeño que los separa; los otros sostienen, al contrario, que estos dos tonos son perfectamente semejantes; anteponiendo unos y otros el juicio del oído al del entendimiento.

SÓC. Vos habláis sin duda de esos famosos músicos que hacen padecer las cuerdas, y las ponen en tortura estirándolas con violencia por medio de las clavijas. Yo podría alargar más esta alegoría, haciendo mención de los golpes de arco que les dan, de las acusaciones que les hacen sobre su obstinación en resistirse á ciertos sonos, ó á dar otros que no les piden. Pero la dejo, y declaro que no son

éstos de quienes yo quiero hablar, sino de aquellos de quienes hemos dicho que debía hacerse elección para enseñar la armonía á nuestros discípulos. Porque hacen lo mismo que los astrónomos: inquieren de qué número resultan las consonancias que hieren el oído; pero jamás se metieron en problemas, para examinar cuáles son los números armónicos y cuáles no lo son, ni de dónde viene entre ellos esta diferencia.

GLAUC. Semejante averiguación es verdaderamente sublime.

SÓC. Pero muy conducente para el descubrimiento de lo hermoso y de lo bueno; porque si se toma de otro modo, ella de nada servirá.

GLAUC. Yo lo creo.

SÓC. Yo pienso, en efecto, que si el método que hemos prescrito para el estudio de las ciencias se extiende hasta hacer la conexión y relaciones íntimas que ellas tienen entre sí mismas; si por el raciocinio se llega á descubrir cuál es el lazo que las une, este estudio entonces, lejos de ser ingrato é inútil, será de gran socorro para el fin que nosotros nos proponemos; mas de lo contrario, nos tomaremos una incomodidad superflua.

GLAUC. Soy de vuestro parecer; pero, Sócrates, este trabajo es muy largo y muy penoso.

SÓC. ¿Qué queréis vos decir? Esto no es aún sino el preámbulo. ¿No sabéis vos que todo esto sólo sirve para preparar el espíritu á la inteligencia de la ley que debe (1) aprenderse? A vuestro

(1) *Que debe.* Esta ley es la dialéctica: las otras ciencias son como el preludio ó proemio que prepara el espíritu para entenderla. Ya se puede haber conocido que por la

parecer, todos los que están versados en estas ciencias, ¿son, por suerte, dialécticos?

GLAUC. En verdad que no; yo no he encontrado sino algunos muy contados.

Sóc. Pero qué, si no se está en estado de dar á entender la razón de cada cosa, ¿creéis vos que jamás se pueda conocer bien lo que nosotros hemos dicho que debía saberse?

GLAUC. Yo no lo creo.

Sóc. Vednos, pues, llegados ya, mi amado Glaucón, á la ley misma que comprende el arte de la dialéctica, la cual, siendo toda espiritual, puede ser representada por el órgano de la vista y por este tránsito progresivo (1) de que nosotros hablamos, del aspecto de los animales al de los astros, y, en fin, á la contemplación del sol mismo. De este modo, el que se aplica á la dialéctica, prohibiéndose absolutamente el uso de los sentidos, se eleva con la razón sola hasta la esencia de las cosas; y si continúa sus inquisiciones hasta alcanzar con el pensamiento la esencia del bien, entonces es llegado ya al término de los conocimientos intelectuales, como el que ve el sol llegó al término del conocimiento de las cosas visibles.

GLAUC. Enteramente es así.

Sóc. ¿No es esto lo que vos llamáis la marcha y el progreso de la dialéctica?

dialéctica entiende Platón la más pura y más sublime metafísica, que elevándose á los principios, pone al espíritu en estado de dar ó de concebir la razón de cada cosa.—*Grou.*

(1) *Progresivo.* Se debe tener siempre presente lo que se leyó al principio de este coloquio con motivo de la cueva y de los cautivos, para poder seguir bien el hilo de esta comparación.—*Grou.*

GLAUC. Sin duda.

SÓC. Allí, pues, se empieza por ser libertado de sus cadenas, y dejadas después las sombras, se convierte hacia estas figuras artificiales y á este fuego que ilumina la cueva. En fin, sale de este lugar subterráneo para elevarse á los lugares que alumbra el sol; y porque los ojos débiles y deslumbrados no pueden de pronto fijarse en los animales mismos, ni en las plantas, ni en el sol, se recurre á sus imágenes pintadas en las aguas. Aquí el alma tiene igualmente recurso á fantasmas, pero fantasmas divinas, á sombras de seres verdaderos y no á sombras de lo que no tiene más que la imagen del ser, á sombras formadas por una luz de la cual el sol mismo no es sino una débil representación. El estudio de todas las ciencias de que hemos hablado produce este admirable efecto y eleva la parte más noble del alma hasta la contemplación del más excelente de todos los seres; de la misma manera que en el otro caso, el ojo, parte la más brillante del cuerpo, contempla el más luminoso de los astros puestos en este mundo material y visible.

GLAUC. Yo estoy de acuerdo con lo que vos decís; aunque en cierto modo la cosa me parece difícil de comprender, pero bajo de otro respecto la tengo también por no fácil de despreciar. Mas como no es ésta la única vez que hablaremos de este asunto, y en lo sucesivo volveremos á él muchas veces, supongamos que esto es así como se ha dicho, y vengamos á la ley misma y expliquémosla con el cuidado que hemos explicado el preámbulo. Decidnos, pues, en qué consiste la dialéctica, en cuántas especies se divide y por qué caminos se consigue. Porque hay mucha apariencia que el tér-

mino á donde van á parar estos caminos es el descanso del alma y el fin de su viaje.

Sóc. Vos no podréis seguirme hasta allá, mi amado Glaucón; por lo que á mí hace, la buena voluntad no me faltaría, ni sería sola la imagen del bien la que os haría ver, sino el bien mismo, cual á mí me parece. Mas, por último, que éste sea el bien mismo ó no, yo no me atrevo á salir por fiador; pero lo que sí puedo asegurar es, que esto debe ser algo que se le acerca mucho. ¿No es así?

GLAUC. No tiene duda.

Sóc. Y que la dialéctica sola puede descubrirlo á un hombre ejercitado en las ciencias que sirven de preparación para esto, siendo la cosa imposible por cualquier otro lado.

GLAUC. También podemos asegurarlo.

Sóc. A lo menos, es un punto que nadie nos disputará, de que este método es el único que procura penetrar por un medio cierto la naturaleza y esencia de cada cosa; pues que todas las otras artes, sin excepción, sujetas á las opiniones y á los caprichos de los hombres, se ocupan de generaciones y composiciones, ó se aplican á la cultura y á la conservación de las obras de la naturaleza y del arte. Mas en cuanto á la geometría y á las otras ciencias de esta naturaleza, que dijimos alcanzaban en parte lo que de verdad es, vemos nosotros que el conocimiento que tienen ellas del ser se asemeja al de un sueño, y que les será imposible verle con claridad mientras que se valgan de suposiciones de las cuales no pueden dar razón y á las que no se atreven á llegar. ¿Qué medio, pues, de dar el nombre de ciencia á demostraciones fundadas sobre principios que no se conciben con evidencia, y so-

bre los cuales, con todo, acumulan conclusiones y proposiciones intermedias?

GLAUC. No hay medio ninguno.

SÓC. No hay, pues, otro método que el dialéctico que camine por la vía de la ciencia, no valiéndose de las hipótesis sino para subir á un principio que le sirva de base; y, en realidad, es el que saca poco á poco el ojo del alma del cieno de la barbarie en que está sumergido, y le eleva á lo alto con los socorros y por el ministerio de las artes de que nosotros hemos hablado. A éstas las hemos llamado muchas veces con el nombre de ciencia por acomodarnos al uso; pero debe dárseles otro nombre que tenga un medio entre la obscuridad de la opinión y la evidencia de la ciencia; nosotros nos valimos más arriba del de conocimiento razonado. Mas tenemos, según me parece, cosas muy importantes que examinar, para detenernos en una disputa de nombre.

GLAUC. Tenéis mucha razón.

SÓC. Es, pues, mi parecer que continuemos como antes en llamar *ciencia* al primero y más perfecto modo de conocer; *conocimiento razonado* al segundo; *fe* al tercero, y *conjetura* al cuarto; comprendiendo los dos últimos bajo el nombre de *opinión*, y los dos primeros bajo el de *inteligencia*; de suerte que lo que nace sea objeto de la opinión, y lo que es sea objeto de la inteligencia, y que la inteligencia sea en orden á la opinión, la ciencia á la fe, el conocimiento razonado á la conjetura, lo que la ciencia es respecto de la generación (1). Deje-

(1) *Generación*. Véase la nota de la página 89. Y es del caso no olvidarse nunca de que en este coloquio y

mós por ahora, mi amado Glaucón, el examen de las razones en que se funda esta analogía, como también el modo de dividir en dos especies el género de objetos que caen bajo la opinión y el de aquellos que pertenecen á la inteligencia, por no meternos en discusiones más largas que todas las de que acabamos de salir.

GLAUC. Haced vos lo que gustéis; yo procuraré seguiros mientras pueda.

SÓC. ¿No llamáis vos dialéctico al que conoce la razón de la esencia de cada cosa? Y del hombre que no la conoce, ¿no decís que no tiene inteligencia de una cosa, en cuanto no puede dar razón de ella ni á sí mismo ni á los otros?

GLAUC. No puedo menos de decirlo.

SÓC. Discurramos del mismo modo en orden al bien. De un hombre que no puede separar con el entendimiento la idea del bien de todas las otras, ni dar una definición exacta, ni después de haber corrido de hilera en hilera las diferentes clases de ideas, como un ejército dispuesto en orden de batalla, reconocerla entre todas las demás, no con una simple opinión, sino con ciencia cierta, y proceder en este examen con una razón segura é incontestable, ¿no diríais vos de este tal que está en una disposición que ni conoce el bien por esencia ni ningún otro bien, y que si por fortuna adquiere alguna fantasma del bien no la alcanza por la ciencia, sino por la opinión, y que su vida se pasa en un profundo sueño acompañado de desvaríos, de

en los precedentes, por generación entiende Platón todas las cosas sensibles, todo lo que nace y perece. También queda ya explicado lo que entiende con el nombre de esencia.—

Grou.

modo que antes de despertar se encontrará en los profundos infiernos para dormir allí eternamente?

GLAUC. Por Dios, que todo esto diría con gran seguridad.

SÓC. Pero si vos os hallaseis algún día encargado, en efecto, de la educación de estos mismos discípulos que formáis aquí por modo de conversación, pienso que no los pondriais ciertamente al frente de vuestra república con un pleno poder de disponer de los más grandes negocios, si ellos, como si fuesen de palo, no podían dar razón de nada.

GLAUC. Seguramente que no.

SÓC. Les prescribiríais, pues, un plan de educación propio para hacerles hábiles á la ciencia de preguntar y responder.

GLAUC. Ayudado de vuestros consejos, yo se lo prescribiría.

SÓC. Según esto, ¿juzgáis vos que la dialéctica es, por decirlo así, el colmo y la cima de las otras ciencias, y que no hay ninguna que deba ponerse sobre ella, encontrando todas en ella su fin y su perfección?

GLAUC. Así me parece.

SÓC. Rétaos, por consiguiente, el disponer á quiénes hemos de dar parte de estas ciencias, y de qué modo lo haremos.

GLAUC. Esto es evidente.

SÓC. ¿Os acordáis cuál era el carácter de aquellos que escogimos para gobernar?

GLAUC. Muy bien que me acuerdo.

SÓC. Estad, pues, bien persuadido que sobre todo hombres de aquel temple son los que debemos escoger; por cuanto se deben preferir aquellos que

son más firmes, más valerosos y, si ser puede, los más agraciados. Mas no basta que sean ilustres y severos de costumbres; es necesario aún que tengan talentos acomodados á la educación que queremos darles.

GLAUC. ¿Qué talentos son éstos?

SÓC. Amigo mío, disposición para las ciencias y facilidad en aprender; porque el alma se acobarda y se disgusta más pronto del estudio de las ciencias abstractas que de los ejercicios del cuerpo, á causa de que el trabajo le toca de más cerca, siendo para ella sola, sin que el cuerpo se tome ninguna parte en él.

GLAUC. Esto es verdad.

SÓC. Es menester además que ellos tengan memoria, que sean robustos y que amen el trabajo, y toda especie de trabajo; sin distinción; porque de otro modo, ¿cómo creéis vos que consientan en soportar á un tiempo, hasta el fin, tantos ejercicios del cuerpo, tantas reflexiones y tantos cuidados del espíritu?

GLAUC. Jamás consentirán en ello, á menos que hayan nacido con un muy feliz natural.

SÓC. El defecto que se le atribuye hoy día, y el oprobio que resalta sobre la filosofía, vienen, como hemos dicho más arriba, de que no se tiene bastante consideración á la dignidad de esta ciencia, pues que ella no se hizo para espíritus falsos y bastardos, sino para almas francas y nobles.

GLAUC. ¿De qué modo entendéis esto?

SÓC. Primeramente, los que quieren aplicarse á la filosofía deben estar libres de sospecha y no claudicar en lo que mira al amor al trabajo, de modo que no sean en parte laboriosos, en parte

indolentes: lo cual sucede siempre que un joven lleno de ardor por la gimnástica, por la caza, por todos los ejercicios del cuerpo, no tiene de otro lado ningún gusto para todo lo que se llama estudio, inquisiciones, conversaciones sabias, antes bien siempre teme el trabajo en semejantes circunstancias: y otro tanto digo que claudica aquel que tiene encontrados los deseos, recreándose en estos ejercicios del alma, despreciados todos los del cuerpo.

GLAUC. No hay cosa más cierta.

SÓC. ¿No pondremos también en la clase de naturales imperfectos, respecto al estudio de la verdad, las almas de aquellos que detestando la mentira voluntaria, y no pudiéndola sufrir sin repugnancia en sí mismos y sin indignación en los otros, no tienen el mismo horror á la mentira involuntaria, ni se disgustan á sus propios ojos cuando son convencidos de ignorancia, sino que se revuelcan en ella con la misma complacencia que un cerdo en el cenagal?

GLAUC. Todo es muy cierto.

SÓC. No se debe poner menos cuidado en discernir los naturales generosos de los naturales espurios, respecto de la templanza, de la fortaleza, de la grandeza del alma y de las otras virtudes. Por no saber distinguir todo esto, así los particulares, como los Estados confían sus intereses sin discreción; estos á magistrados, aquellos á amigos defectuosos y bastardos.

GLAUC. No es sino muy común.

SÓC. Tomemos, pues, las más iustas medidas para hacer buena elección; porque si sólo dedicamos á estudios y ejercicios de tanta importancia

aquellos sujetos á quienes nada falte, ni de parte del cuerpo, ni de parte del alma, la justicia misma no tendrá reprehensión ninguna que hacernos, y nuestra república y nuestras leyes se conservarán; pero si nosotros les presentamos sujetos indignos, sucederá lo contrario, y cubriremos la filosofía de mucha mayor afrenta.

GLAUC. Cosa muy vergonzosa sería ésta para nosotros.

SÓC. Sin duda; pero no reparaba en que yo mismo doy ocasión ahora á que se rían á mi costa.

GLAUC. ¿En qué?

SÓC. Que se me había olvidado que todo esto no es sino un proyecto, y hablaba con tanto calor como si la cosa se ejecutase á nuestra vista. Lo que me enardeció tanto fué que en la conversación volví los ojos sobre la filosofía, y viéndola tratada con el mayor vilipendio, no pude contenerme sin manifestar mi enfado é indignación contra los que la ultrajaban.

GLAUC. Pues en verdad que yo, que soy uno de vuestros oyentes, no encuentro que hayáis dicho cosa demasiado fuerte.

SÓC. Pues yo, que soy el orador, no pienso lo mismo. Pero sea lo que fuese, no nos olvidemos que nuestra primera elección recaía sobre ancianos; mas aquí no sería del caso: porque no debemos creer á Solón cuando dice *que un viejo puede aprender muchas cosas*; siendo así que está aún menos en estado de aprender que de correr, puesto que los muchos y grandes trabajos son sólo para la juventud.

GLAUC. Esto es cierto.

SÓC. Propondrémosles, pues, desde la edad mas tierna el estudio de la aritmética, de la geo-

metría y de las otras ciencias que sirven de preparación á la dialéctica; pero en su enseñanza se ha de desterrar todo aquello que suene á opresión y violencia.

GLAUC. ¿Por qué razón?

SÓC. Porque el hombre libre nada debe aprender con esclavitud. Que los ejercicios del cuerpo sean forzados ó voluntarios, al cuerpo no se le sigue por esto ningún detrimento; pero las lecciones que por fuerza se meten en el alma, no permanecen allí mucho.

GLAUC. Es verdad.

SÓC. No oprimáis, pues, amigo mío, el ánimo de los jóvenes en las lecciones que les diereis; antes bien hacedlo de modo que se instruyan como por juego, para que podáis mejor conocer los talentos de cada uno.

GLAUC. Esto que vos decís me parece muy juicioso.

SÓC. ¿Pero por ventura os acordáis también de lo que dijimos más arriba, que era menester llevar los jóvenes á la guerra montados sobre caballos, hacerles espectadores del combate, acercarlos aún á la pelea, cuando se pudiese sin riesgo, y hacerles probar la sangre como se acostumbra con los cachorros de presa?

GLAUC. Muý bien que me acuerdo.

SÓC. Separaréis, pues, por más selectos los que habrán mostrado más sufrimiento en los trabajos, más esfuerzo en los peligros y más fervor para las ciencias.

GLAUC. ¿A qué edad?

SÓC. Cuando hayan concluído su curso de ejercicios gimnásticos; porque durante todo este tiem-

po, que será de dos ó tres años, les es imposible hacer otra cosa, no habiendo ninguna más enemiga de las ciencias que el cansancio y el sueño; y por otra parte los trabajos corporales son una prueba á la cual es importantísimo el ponerlos.

GLAUC. Yo así lo pienso.

SÓC. Pasado este tiempo, cuando ellos habrán llegado á la edad de veinte años, concederéis á los escogidos mayores honras que á los otros, y les propondréis en compendio las ciencias que habrán estudiado más por menor en la niñez, á fin que se acostumbren á ver de un golpe de vista las conexiones que las ciencias tienen unas con otras, y á conocer la naturaleza de lo que verdaderamente es.

GLAUC. Este método de aprender es el único que puede asegurar en ellos los conocimientos que habrán adquirido.

SÓC. Este también es el medio más seguro de distinguir el espíritu dialéctico del que no lo es; porque el que puede reunir en un solo punto de vista los objetos más distantes, nacido es para la dialéctica; los otros no son nada propios.

GLAUC. Del mismo parecer soy yo.

SÓC. Después de haber notado con cuidado los mejores espíritus, haréis una segunda elección de los que hasta la edad de los treinta años habrán mostrado más constancia y firmeza, tanto en el estudio de las ciencias, como en los trabajos de la guerra, como en las otras pruebas prescritas por las leyes; les elevaréis á honores más grandes, y observaréis, aplicándoles á la dialéctica, los que, sin ayudarse de su vista ni de los otros sentidos, podrán sobre las huellas de la verdad levantarse

hasta el conocimiento del ser ; y aquí es, mi amado Glaucón, donde se necesitan tomar las mayores precauciones.

GLAUC. ¿Por qué?

SÓC. ¿No habéis advertido el mal grande que en nuestros días reina en la dialéctica?

GLAUC. ¿Qué mal?

SÓC. Que está llena de desorden y de iniquidad.

GLAUC. Es muy cierto.

SÓC. ¿Creéis vos que en esto haya algo que extrañar, y no excusaréis á los que se dejan llevar de este desorden?

GLAUC. ¿Por dónde son ellos excusables?

SÓC. Á ellos les sucede lo que á un hijo supuesto, que criado en el seno de una familia noble y opulenta, rodeado de fausto y de aduladores, en siendo ya crecido advirtiese que los que se dicen sus padres no lo son, sin poder descubrir quiénes sean los verdaderos. ¿Me podríais acaso adivinar cuáles fuesen sus sentimientos en orden á los lisonjeros aquellos y á los pretendidos padres, antes que él tuviese conocimiento de la suposición y después que estuviese instruido? ¿Ó queréis por fortuna saber sobre esto mi presentimiento?

GLAUC. Mucho que lo quiero.

SÓC. Yo me imagino que él tendría más respeto á su padre, á su madre y á los otros que miraba como parientes, que á los aduladores, y que se esforzaría más á socorrerles si los viese en necesidad; que se hallaría menos dispuesto á maltratarles de palabra ni de obra; en suma, que en las cosas de entidad les obedecería más bien que á los aduladores, por todo el tiempo que ignorase su verdadero estado.

GLAUC. Es muy verosímil.

SÓC. Pero apenas hubiese él descubierto la verdad, creo que al instante se disminuirían el respeto y atenciones hacia sus padres, y se aumentarían á los aduladores; que se abandonaría á éstos con menos reserva que antes, siguiendo en todo sus consejos y viviendo públicamente con ellos con la más estrecha familiaridad; al páso que en nada se ocuparía de aquel padre y de aquellos parientes supuestos, á menos que fuese de su natural dulce y moderado.

GLAUC. Ello no dejaría de suceder como vos decís; mas ¿cómo aplicaremos esta pintura al desorden de que vos os quejáis?

SÓC. De este modo. Desde niños nos criamos con unos principios de honestidad y justicia que respetamos nosotros y á quienes obedecemos como á nuestros padres.

GLAUC. Es cierto.

SÓC. También se nos ofrecen otras máximas opuestas á éstas, que no se dirigen sino al placer, y rodean nuestra alma como otros tantos aduladores que nos solicitan vivamente; mas no nos persuaden, por lo menos á los que entre nosotros son más moderados y conservan siempre para con aquellos principios en los cuales se criaron el mismo respeto y la misma sumisión.

GLAUC. También es verdad.

SÓC. Ahora, si se llega á preguntar á alguno que se halla con el ánimo así dispuesto, qué cosa es lo honesto, y después que ha respondido conforme á lo que aprendió de boca del legislador, se le refuta su respuesta, y á fuerza de repetidas y multiplicadas réplicas se le confunde, reduciéndole

á dudar si hay alguna cosa que en sí sea más bien honesta que deshonesta, y si respecto de lo justo y de lo bueno y de las otras cosas que tiene en más estima se hace lo mismo, ¿qué partido creéis vos que él tome, hecho esto, en orden al respeto y sumisión que debería darles?

GLAUC. Es como preciso que los honre y los respete mucho menos que antes.

SÓC. Mas cuando llegue á términos de no tener ya respeto á estas máximas y no reconocer como al principio las relaciones íntimas que tienen con él, y que le sea, por otra parte, imposible descubrir la verdad por sí mismo, ¿podrá acaso suceder que abrace él otra vida ni otras máximas que las que le lisonjean?

GLAUC. No es posible.

SÓC. Luego de obediente que antes era, se convertirá en rebelde contra las leyes.

GLAUC. No tiene duda.

SÓC. Según esto, ya veis que los que se aplican á la dialéctica del modo que acabo de referir, deben incurrir en este defecto, y que con todo, como poco ha decía, son dignos de indulgencia.

GLAUC. Y aun de compasión.

SÓC. Para no exponer, pues, á nuestros discípulos á la misma desgracia, cuidarás, cuando hayan llegado á la edad de treinta años, de aplicarles seriamente á esta ciencia con todas las precauciones necesarias.

GLAUC. Está muy bien.

SÓC. ¿Desde luego no es una excelente precaución el no dejársela probar mientras son jóvenes? Porque creo no ignoráis que los mozos, luego que han tomado las primeras lecciones de la dialéctica,

se sirven de ellas como de un juego, y se hacen una diversión de contradecir á la continua. Y á ejemplo de aquellos que le han confundido en la disputa, confutan ellos sucesivamente á los demás, deleitándose siempre, como cachorrillos, en traer á una y otra parte y despedazar con sus discursos á todos cuantos se les acercan (1).

GLAUC. Vos los pintáis muy al natural.

SÓC. Después de tantas disputas, de las cuales han salido vencedores á veces, á veces vencidos,

(1) *Se les acercan.* Este desorden es aún muy común en nuestros tiempos. La razón es, que el espíritu de los niños, y también de la mayor parte de los jóvenes, ni es bastante fuerte, ni bastante sólido para soportar el peso de ciertos conocimientos abstractos y sublimes, cuya perfecta inteligencia supone, sobre la vivacidad y penetración de espíritu, mucho juicio y madurez. En esta edad no se conocen las cosas sino imperfectamente; no se llega hasta los principios, ni se abraza bajo una vista general el orden y sucesión de verdades que se hallan enlazadas unas con otras, y cuya cadena no se puede renovar si se rompe un solo eslabón. Las dificultades aterran y hieren el espíritu, á veces mucho más que las respuestas por sólidas que sean. No se conoce bien ni la naturaleza de las pruebas, ni el verdadero modo de impugnarlas. Se imaginan que es preciso responder directamente á todas las objeciones que el entendimiento puede formarse sobre cualquier verdad, y que una tesis es falsa en el hecho de estar sujeta á dificultades insolubles, que únicamente prueban que nuestro espíritu rara vez mira un objeto por todos los aspectos posibles, y que conocemos una parte de las cosas, mientras que ignoramos la otra. De aquí provienen la obscuridad de las ideas, la precipitación en los juicios, la falsedad en los raciocinios, y en consecuencia el furor de disputar, y no pocas veces después de haber disputado largo tiempo en pro y en contra, el peligro de concluir por no creer nada de lo que poco antes creían. — *Grou.*

vienen á parar de ordinario en no creer nada de lo que creían antes. Y con estas cosas dan motivo á los demás para que les desacrediten á ellos, y en general á la profesión de filósofos.

GLAUC. No hay cosa más cierta.

SÓC. En una edad más madura no se querrá incurrir en semejante manía, y se imitará más bien á los que con designio de descubrir la verdad conferencian entre sí, que á los que se contradicen por pasar el tiempo y divertirse. Y por este medio se adquirirá la reputación de hombre sabio y moderado, y pondrá su profesión en un grado de aprecio en que no se había visto antes.

GLAUC. Muy bien.

SÓC. Por modo de precaución dijimos también más arriba que no debían admitirse á las disputas filosóficas sino espíritus graves y sólidos; y no como se hace hoy día, recibiendo al primero que llega, y que no tienen las más veces el menor talento para esto.

GLAUC. Tenéis mucha razón.

SÓC. ¿Mas será bastante dedicar al estudio de la dialéctica doblado tiempo del que se habrá empleado en la gimnástica, de suerte que en todo este tiempo se aplique á ella sin cesar, ni hacer otra cosa que cultivar el ánimo, como antes había ejercitado el cuerpo?

GLAUC. ¿Cuántos años? ¿Cuatro ó seis?

SÓC. Pondréis cinco. Tras lo cual les haréis bajar de nuevo á aquella cueva, obligándoles á pasar por los empleos militares y por las otras funciones propias de su edad, á fin que no cedan ellos á nadie en experiencia. En todas estas circunstancias observaréis si permanecen constantes, por

más que sean tirados y solicitados de todas partes, ó si se dejan bambolear por poco que sea.

GLAUC. ¿Cuánto tiempo prescribís para esto?

SÓC. Quince años. Entonces será tiempo de conducir al término á los que, cumplidos cincuenta años, habrán salido puros de estas pruebas y se habrán distinguido en las ciencias y en toda su conducta, y obligarles á dirigir los ojos del alma hacia el ser que todo lo ilumina, y á contemplar la esencia del bien, sirviéndose después como de un modelo para arreglar con singular esmero sus costumbres, las del Estado y las de cada uno de los ciudadanos, ocupándose casi siempre en el estudio de la filosofía; pero cuando les llegase la vez, encargándose del peso de la autoridad y de la administración de los negocios en vista sólo del bien público, y con la persuasión de que es menos un oficio de honor que una obligación onerosa é indispensable. Y de este modo, después de haber instruído á otros y dejado sucesores dignos de reemplazarles que defiendan la república, pasarán ellos de esta vida á las islas de los bienaventurados (1). El estado les erigirá además magníficos sepulcros, y si lo aprueba el oráculo de Apolo, se les harán sacrificios como á los dioses tutelares ó, á lo menos, como á bienaventurados y divinos.

GLAUC. Sócrates, acabáis de darnos, como hábil escultor, el modelo de un magistrado completo.

SÓC. Aplicad también esto á las mujeres, mi amado Glaucón, no creáis que haya yo hablado más por los hombres que por aquellas mujeres que

(1) *Bienaventurados*. Véase la nota de la página 107.

nazcan con un natural capaz de tan excelente educación.

GLAUC. Así debe ser, pues que en nuestro sistema es necesario que todo sea común á los dos sexos.

Sóc. Ahora bien: ¿me concederéis al presente que todo cuanto se ha dicho de nuestra república y de su gobierno no es un puro deseo? La ejecución es difícil sin duda, pero ella es posible, y no de otra manera que de la que se ha explicado; es decir, cuando se verá al frente de los Estados uno ó muchos en realidad filósofos que, mirando con desprecio los honores que hoy día se aprecian tanto, persuadidos que son viles y de ningún valor, y no teniendo en mucho sino la rectitud y las honras que son su recompensa, poniendo sobre todo la iusticia por lo más importante y necesario, sujetándose enteramente á sus leyes, y aplicándose á hacerla florecer, tomarán exactas medidas para reformar el gobierno de la república.

GLAUC. ¿Qué medidas son éstas?

Sóc. Ellos desterrarán al campo todos los habitantes de su ciudad que serán mayores (1) de

(1) *Mayores*. Es de admirar que el texto de Platón, más claro en esta parte que en ninguna otra, no haya sido entendido por algunos traductores: ὄσοι μὲν ἂν πρεσβύτεροι δεκατῶν ἐν τῇ πόλει πάντας ἐκπέμψουσι εἰς τοὺς ἀγρούς. Ficino traduce: «todos los que en la ciudad hubiesen cumplido diez años, los harán salir á los campos.» Siendo así que no se trata de los que han vivido diez años en la ciudad, sino de aquellos cuya edad es mayor de los diez años. Serres, ó Serrano, traduce: «todos los que en la ciudad fuesen mayores de edad los diezmarán, etc.» Pilonier traduce: «yo sería de parecer que los magistrados no tuviesen el empleo en la capital sino diez años, y después que se les

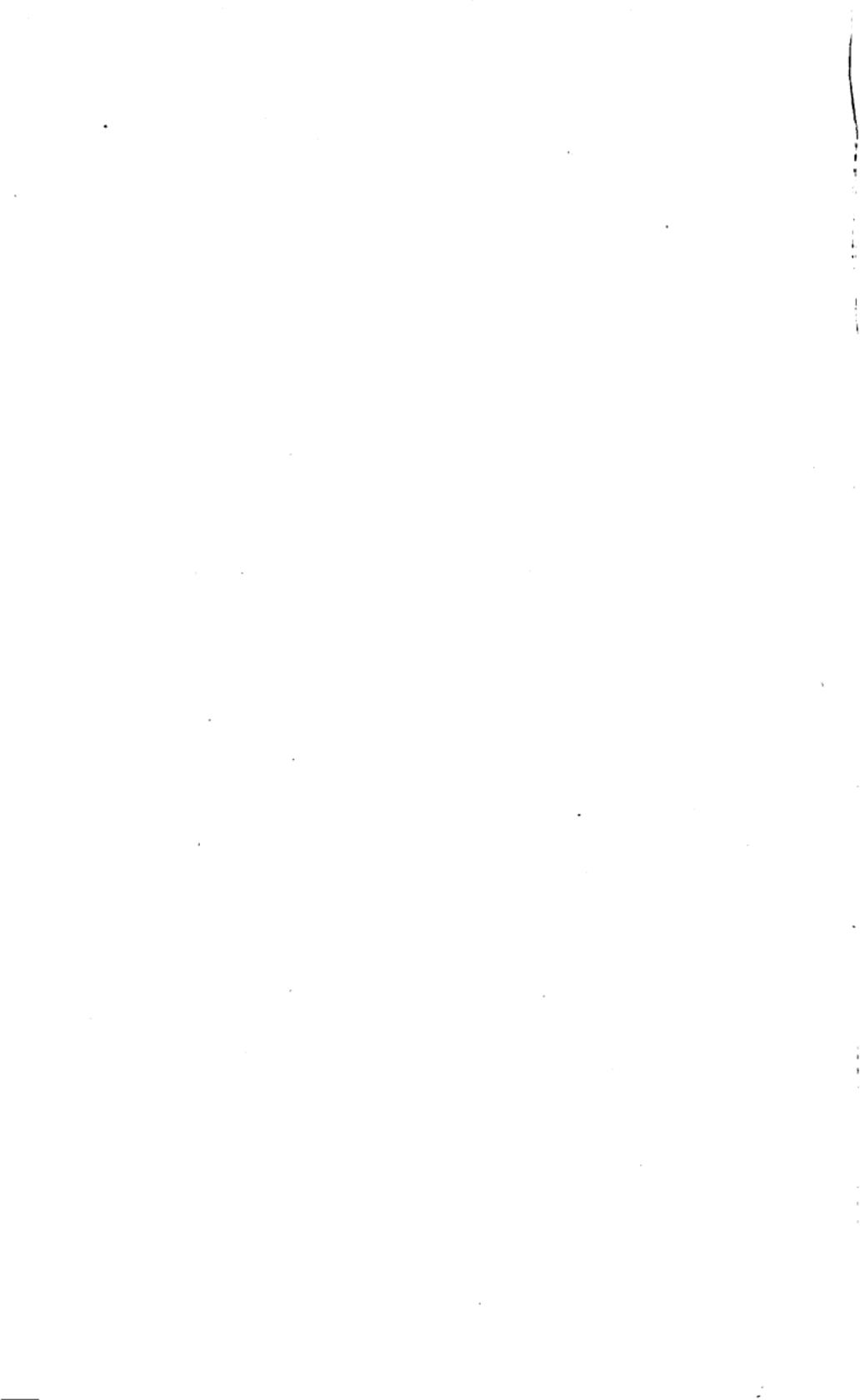
diez años, y encargándose de la educación de sus hijos, los criarán conforme á sus costumbres y á sus principios, los mismos que hemos manifestado aquí arriba, preservándoles así de los malos hábitos que toman al presente los que son criados en el seno de su familia. Y por este medio establecerán en su ciudad, en poco tiempo y sin trabajo, la forma de gobierno de que hemos hablado, haciéndola feliz á ella y dando gran consuelo á sus habitantes.

GLAUC. No tiene duda: y yo creo, Sócrates, que vos habéis encontrado el modo de ejecutarse nuestro proyecto, caso que se ejecute algún día.

Sóc. Demos, pues, fin á nuestro discurso acerca de esta república y del hombre parecido á ella; porque, según nuestros principios, está claro de juzgar cuál debe ser él.

GLAUC. En efecto, está claro, y, como vos decís, soy también de sentir que se agotó enteramente esta materia.

desterrase á las provincias.» No es ésta la primera ocasión que se ha presentado de reconvenir á estos traductores por medio de notas críticas semejantes á ésta; pero creo que los lectores me perdonarán fácilmente esta omisión á causa de no seguirseles mucho perjuicio.—*Grou.*



COLOQUIO OCTAVO.

Sóc. Ahora bien. Convenido quedó entre nosotros, mi amado Glaucón, que en una república bien gobernada todo debe ser común, las mujeres, los hijos, la educación, y de la misma manera comunes también los ejercicios propios de la paz y de la guerra; y que es necesario, además, que sus reyes sean hombres consumados en la filosofía y en la ciencia militar.

GLAUC. En efecto que así lo acordamos.

Sóc. Nos convinimos también en que los jefes, conduciendo á sus soldados, se alojarían en casas tales cuales habemos dicho, comunes á todos, donde ninguno tuviese cosa ninguna propia. Y además del alojamiento, vos os acordaréis tal vez de lo que hemos dispuesto tocante á sus posesiones.

GLAUC. Muy bien me acuerdo que hemos juzgado ser del caso que ninguno de ellos tuviese la propiedad de cualquier cosa que fuese, como los

guerreros de hoy día, sino que mirándose como otros tantos atletas destinados á combatir y velar por el bien público, debían ellos cuidar de su seguridad y la de sus conciudadanos, y recibir de los otros en paga de sus servicios lo que necesitasen cada año para sus alimentos.

SÓC. Vos decís muy bien. Pero pues que hemos dado fin á este artículo, acordémonos dónde estábamos cuando entramos en esta larga digresión, para que de nuevo tomemos la seguida de nuestra plática.

GLAUC. No es difícil, porque vos tenáis entonces sobre la república casi los mismos discursos que hace poco. Decíais vos que una república para ser perfecta debía asemejarse á aquella que vos habíais trazado, y que el hombre de bien era aquel que se conducía por los mismos principios; aunque os era posible dar del uno y de la otra una pintura todavía más acabada. Pero, añadíais vos, si esta forma de gobierno es buena, todas las demás son defectuosas. Y si mal no me acuerdo, contabais cuatro especies de las que convendría hacer mención y examinar los defectos de ellas comparándolos con los de los particulares, cuyo carácter correspondía (1) á cada una de estas especies; á fin que después de haberlos reconocido con cuidado y habernos asegurado del carácter del hombre de bien y del malo, estuviésemos en estado de juzgar si el primero es el más feliz y el segundo el más desgraciado de los hombres, ó si al contrario. Y en

(1) *Correspondía*. El griego dice ἀνομοίους, *desemejante*; pero en algunos códices se lee ἄνομους, y el sentido mismo lo pide.—*Grou*.

el momento en que yo os preguntaba por estas cuatro maneras de gobiernos, tomaron la palabra Adimanto y Polemarco y os metieron en la digresión que os ha conducido hasta aquí.

Sóc. Tenéis una memoria muy feliz.

GLAUC. Haced, pues, como los atletas: presentadme otra vez el mismo lance, y responded á la misma pregunta lo que vos pensabais responder entonces.

Sóc. Si es que puedo.

GLAUC. Desde luego deseo saber cuáles son estas cuatro especies de gobiernos.

Sóc. No tendré mucha dificultad en satisfaceros, por cuanto son muy comunes todas cuatro. La primera especie de gobierno, y la más celebrada, es la de Creta y de Lacedemonia. La segunda, que también se pone en segundo lugar, es la oligarquía, gobierno expuesto á un gran número de males. La tercera, diferente de la segunda y menos estimada, es la democracia. La ilustre tiranía, en fin, que no se parece á ninguno de los otros tres gobiernos, es la cuarta y la última enfermedad de un Estado. ¿Podrías, por suerte, nombrarme un gobierno que tenga otra forma propia y distinta de éstas? Porque las dinastías, los principados venales y los otros tales gobiernos entran entre aquellos que yo he nombrado; y de esta especie se encuentran no menos entre los bárbaros que entre los Griegos.

GLAUC. En verdad que se encuentran muchos y extraños.

Sóc. Sabed, pues, ahora, que de necesidad hay otros tantos caracteres de hombres como especies de gobiernos. ¿Creéis vos que las sociedades se forman de encinas ó de peñascos y no de las costum-

bres de los miembros que las componen, las cuales cuando se aunan, como torrente se llevan tras sí todo lo demás?

GLAUC. No pueden formarse de otra cosa.

SÓC. Luego, pues que son cinco las especies de gobiernos, cinco deberán ser también los caracteres particulares del alma que les corresponden.

GLAUC. No hay duda.

SÓC. Hemos tratado ya del carácter que corresponde á la aristocracia, y que nosotros decimos con razón que es bueno y justo.

GLAUC. En efecto que lo hemos tratado.

SÓC. Tras esto, pues, nos es preciso recorrer los caracteres viciosos, es decir, el intrigante y ambicioso, formado sobre el modelo del gobierno de Lacedemonia, y en seguida el oligárquico, el democrático y el tiránico. Cuando hayamos reconocido cuál de estos caracteres es el más malo, nosotros le opondremos al más justo, para que, comparando la justicia pura con la injusticia también sin mezcla, acabemos por fin de descubrir hasta qué punto la una y la otra nos hacen felices ó desgraciados, y si debemos ponernos de parte de la injusticia, según el consejo de Thrasimaco, ó darnos á la fuerza de las razones que al presente nos persuaden abrazar el partido de la justicia.

GLAUC. Hacerse ha en un todo como vos decís.

SÓC. Como hemos empezado, pues, por examinar las costumbres del Estado antes que pasar á las de los particulares, porque hemos creído que este sería el método más claro, ¿no sería á propósito que continuásemos en seguirle, y que después de considerar primero el gobierno ambicioso (porque yo no sé qué otro nombre darle, á no ser el de *timo-*

cracia ó de *timarquía*), pasemos en seguida á la consideración del hombre que se le asemeja? Y lo mismo haremos respecto de la oligarquía y del hombre oligárquico. Desde allí, después de haber echado los ojos sobre la democracia, dirigiremos nuestras miradas sobre el hombre democrático. Por último, viniendo al gobierno tiránico, examinaremos su constitución, y cotejándola con el carácter tiránico, procuraremos pronunciar con conocimiento de causa sobre la cuestión que nos hemos propuesto resolver.

GLAUC. No puede procederse con más orden en este examen y juicio.

SÓC. Ea, pues, probemos desde luego á explicar de qué modo se haría el tránsito de la aristocracia á la timocracia. ¿No es cierto, hablando en general, que las mudanzas que suceden en todo gobierno político tienen su origen en la parte que gobierna, cuando se levanta en ella alguna sedición; y que por muy pequeña que se suponga esta parte, mientras ande acorde consigo misma es imposible que en el Estado se haga ningún trastorno?

GLAUC. Es muy cierto.

SÓC. ¿Mas de qué modo, mi amado Glaucón, mudará de aspecto nuestra república? ¿ó por dónde introduciéndose la discordia entre guerreros y magistrados, se armará cada uno de estos cuerpos contra el otro y contra sí mismo? ¿Queréis vos que á imitación de Homero supliquemos á las musas que nos expliquen el origen de la sedición, y que suponiendo que ellas se burlan y se divierten con nosotros como con niños, les hagamos hablar en tono trágico y sublime, como si lo hiciesen seriamente?

GLAUC. ¿De qué modo?

SÓC. De éste, al poco más ó menos. «Difícil es que la constitución de una república tal como la vuestra, se altere; pero como todo lo nacido está sujeto á corrupción, este sistema de gobierno, por excelente que sea, no dudará para siempre, sino que se desvanecerá, y ved aquí el modo. No sólo respecto de las plantas que nacen en el seno de la tierra, pero aun respecto de los animales que viven sobre la superficie, hay tiempo de fertilidad y tiempo de esterilidad, tanto para las almas como para los cuerpos, cuyo tiempo es indicado por las intersecciones de las orbitas de diferentes círculos: unas que se encierran en más breve espacio, para los animales que son de más corta vida; otras que se acaban pasado largo tiempo, para aquellos que tienen vida más larga. Por hábiles que sean vuestros magistrados, no podrán alcanzar con el raciocinio, ni aun ayudado de los sentidos, el instante favorable ó contrario á la propagación de vuestra especie. Este momento se les ocultará y llegará día en que engendrarán ellos, y darán hijos al Estado cuando no debieran. En orden á las generaciones divinas, está comprendida su revolución en un número perfecto. Mas respecto de las humanas, en las que principalmente hay incrementos, se notan tres distancias superantes y superadas, que recibiendo cuatro términos de lo que se asemeja y desemeja y de lo que crece y se disminuye, vienen á formar todas las cosas proporcionadas y comparables entre sí. Cuya sesquitercia raíz junta al número cinco, ofrece dos armonías multiplicada por tres, la una igualmente igual, cien veces ciento; la otra en realidad de igual longitud, pero de que corresponde á una

más larga, á saber, de cien números, sacados de los diámetros proporcionados de cada quinario, los cuales necesitan de uno, y de los que no guardan proporción, que necesitan de dos; pero la de cien cubos de tres. Todo este número (1) geométrico así establecido influye con cierta prepotencia en las generaciones felices y desgraciadas; lo que ignorando vuestros magistrados, ajustarán fuera de tiempo matrimonios entre sus súbditos, de los cuales nacerán, bajo de funestos auspicios, hijos de malos ingenios. Sus padres es cierto que escogerán los mejores de entre ellos para reemplazarles, pero como serán indignos de sucederles en los primeros empleos, apenas serán allí elevados, cuando empezarán á despreciarnos haciendo de la música menos caso del que conviene. Igualmente despreciarán la gimnástica, de donde vendrá á suceder que la educación de vuestros jóvenes será mucho menos perfecta y concertada. Por tanto, los que serán escogidos entre éstos para magistrados, no pondrán

(1) *Número.* El P. Grou advierte en este pasaje que no le ha traducido porque no le entiende, y porque creía también que es inútil querer romperse la cabeza en explicarle, no habiéndolo podido hacer nadie hasta ahora de un modo que satisfaga. Es muy probable, continúa, que Platón no hubiese hablado de un modo tan obscuro, si hubiera tenido alguna razón física de esta pretendida mejora ó de terioración de la especie humana. Acaso, dice Ficino, se encuentra en este lugar algo más de dificultad que de solidez. El tono en que Sócrates hace hablar á las musas, nos autoriza para creer que se bufonea con ellas y que quiso encubrir bajo el velo de este número misterioso la ignorancia en que estaba de las causas que hacen perecer los establecimientos humanos. Con todo, podría acontecer que se descubriese alguna luz acerca de este número con la lectura de Plotino y de algunos otros platónicos.

bastante cuidado en discernir las razas de oro, de plata, de bronce, y de hierro, de que habla Hesiodo, y que se hallan entre nosotros. Viniendo, pues, á mezclarse el hierro con la plata, y el bronce con el oro, resultará de esta mezcla falta de conformidad, de regularidad y de armonía; defecto que en cualquier parte que se encuentra, produce siempre la guerra y la enemistad.» De semejante casta de hombres, como por necesidad, toma origen la sedición en todas partes donde se levanta.

GLAUC. Y nosotros sin duda diremos que las musas no se engañan.

SÓC. ¿Cómo las musas habían de engañarse, siendo musas?

GLAUC. Ahora bien; ¿qué dicen ellas tras esto?

SÓC. «Que levantada una vez la sedición, las razas de hierro y de bronce incitarán á los unos á enriquecerse, á poseer tierras, casas, oro y plata; mientras que por otro lado las razas de oro y de plata, ricas de su naturaleza y que de nada carecen, incitarán á los otros á la virtud y á la conservación de la constitución primera. Después de muchos esfuerzos y combates recíprocos, las gentes de guerra y los magistrados se convendrán en repartirse entre ellos las tierras y casas; tratando como á súbditos y esclavos á los otros ciudadanos, á quienes miraban antes como á hombres, como á sus amigos y mantenedores; y en vez de ser sus custodios, les obligarán á hacer la guerra y cuidar de la seguridad común.»

GLAUC. Paréceme que esta revolución no tendrá otra causa.

SÓC. De consiguiente, este gobierno ocupará el medio entre la aristocracia y la oligarquía.

GLAUC. No hay duda.

SÓC. La mudanza, en efecto, se hará del modo que he explicado ; pero ¿cuál será la forma de este nuevo gobierno? ¿No es evidente que conservará algo del antiguo ; que tomará también alguna cosa de la oligarquía , como que participa del uno y del otro, y en fin que tendrá algo de propio y distintivo?

GLAUC. Así es.

SÓC. Conservará, pues, de la aristocracia el respeto á los magistrados, la aversión de la gente de guerra á la agricultura, á las artes mecánicas, y á las otras profesiones lucrativas, la costumbre de comer en común, y el cuidado de cultivar los ejercicios gimnásticos y militares.

GLAUC. Ciertamente.

SÓC. Lo que tendrá de propio será el temor de elevar á los sabios á las primeras dignidades, como que no se formarán en su seno hombres de una virtud simple y pura, sino mezclada de vicios ; y el escoger con preferencia para el mando espíritus bulliciosos, de un valor poco ilustrado, más inclinados á la guerra que á la paz ; y hacer mucho aprecio de las estratagemas y astucias de guerra, teniendo siempre las armas en la mano.

GLAUC. Es muy seguro.

SÓC. Los habitantes serán codiciosos de riquezas, como en los Estados oligárquicos, y adoradores groseros del oro y de la plata, los sepultarán en las tinieblas, teniéndoles encerrados como en tesorerías, en sus despensas y en sus cofres ; y encastillados en el recinto de sus casas, como en otros tantos nidos, gastarán allí pródigamente con las mujeres y con todos aquellos que admitirán á sus placeres secretos.

GLAUC. Esta es mucha verdad.

SÓC. Según esto, serán ellos avaros de sus bienes, porque estiman las riquezas y las adquieren de contrabando; pero al mismo tiempo prodigarán los bienes de otro, por el deseo que tienen de satisfacer sus pasiones. Entregados en secreto á todos los placeres, se ocultarán de la ley, como los jóvenes disolutos se ocultan de su padre; el temor, más que la persuasión, les contendrá en sus deberes, porque despreciaron la verdadera musa, aquella que preside á la dialéctica y á la filosofía, y prefirieron con mucho la gimnástica á la música (1).

GLAUC. El retrato que acabáis de hacer es el de un gobierno mezclado de bien y de mal.

SÓC. En efecto es así. Pues como allí se antepone la osadía á todo lo demás, hay en él un vicio dominante que sobresale á todo, á saber: la ambición y las intrigas.

(1) *Música*. Este retrato de las costumbres de Esparta no se parece mucho á los que se han hecho en tantos escritos modernos, donde nos la han pintado como un modelo de virtud. Se fundan con poca razón, dice el P. Grou, sobre la autoridad de Plutarco, más conocido de los autores franceses que Platón, á causa de la traducción de Amiot. Con todo, Platón estaba mejor instruido que Plutarco, y escribía lo que veía. Lo que dice de la ambición de los Lacedemonios va conforme con la historia, que les acusa de haber atentado muchas veces contra la libertad de los Griegos. De su avaricia llegó hacerse proverbio; decíase comunmente que se veían las huellas de la plata que entraba en Esparta, mas no de la que salía. En cuanto á la hipocresía y á las disoluciones secretas, debía ser éste un defecto natural de aquella educación dura, en la cual tenía más parte la fuerza que la persuasión. Y se sabe además, según lo que Platón dice en el diálogo de las leyes, que el vicio de la torpeza, tan reprendido á los Griegos, reinaba en Creta y en Lacedemonia más que en ninguna otra parte de la Grecia.—Grou.

GLAUC. Es muy cierto.

SÓC. Tal es el origen y tales las costumbres de este gobierno, del cual no hice una pintura exacta, sí sólo un ligero bosquejo, por bastar esto á nuestro designio, que es el de conocer al hombre justo y al malvado, y porque además nos meteríamos en una empresa interminable si quisiésemos describir, sin omitir nada, cada uno de los gobiernos y los caracteres de todos.

GLAUC. Tenéis mucha razón.

SÓC. ¿Cuál, pues, es el hombre que corresponde á este gobierno? ¿Cómo se forma, y cuál es su carácter?

ADIM. Me imagino, que debe ser muy parecido á este Glaucón, por lo que hace al amor á la disputa.

SÓC. Esto podrá ser; pero me parece se diferencia en muchas otras cosas.

ADIM. ¿Cuáles son éstas?

SÓC. En que aquél debe de ser más contumaz y menos civilizado; que gustará tal vez de las letras y de las conversaciones sabias, pero no tendrá ningún talento para la elocuencia. Duro y brutal para con sus esclavos, sin llegar á despreciarlos, como hacen los que recibieron una mediana educación; será dulce con sus iguales, con los que mandan obediente y abatido en extremo. Ambicioso de las honras y dignidades, querrá conseguirlas, no por la elocuencia ni por ninguno de los talentos del espíritu, sino por las virtudes militares y políticas, siendo muy apasionado á la caza y á los ejercicios del gimnasio.

ADIM. Ved aquí muy al naturad las costumbres de los ciudadanos de este Estado.

Sóc. Durante su juventud mirará con desprecio las riquezas, pero con la edad crecerá su amor para con ellas, porque su carácter es inclinado á la avaricia, y su virtud, destituida de fiel custodio, ni es pura ni desinteresada.

ADIM. ¿Cuál es este custodio?

Sóc. La razón atemperada con la música: ella sola puede conservar de por vida la virtud de un corazón que la posee.

ADIM. Decís muy bien.

Sóc. Tal es, por cierto, el joven ambicioso imagen del gobierno timocrático.

ADIM. No tiene duda.

Sóc. Ved ahora de qué manera se forma. Tendrá por padre á un hombre de bien, ciudadano de un Estado mal gobernado, y que huye de las honras, de las dignidades, de la magistratura y de todos los embarazos que los empleos llevan trás sí, y prefiere su reposo á su elevación.

ADIM. ¿Qué causa, pues, dió principio al carácter de este joven?

Sóc. Los discursos de su madre, á quien á todas horas oye quejarse de que su marido no tiene empleo ninguno en el Estado, y que por esto es tenuta en menos que las otras mujeres: que no manifiesta bastante afán por acrecentar sus bienes y riquezas: que más quiere sufrir algún perjuicio, que tener litigio ó contienda con cualquiera, ora sea persona pública, ora particular: que observa ella que, ocupado á la continua de sí mismo, ni la honra, ni la desprecia, sino que la mira con la mayor indiferencia. Irritada esta madre de semejante conducta, predica sin cesar á su hijo que su padre es un cobarde, un hombre flojo é indoler-

te, y otras cien cosas por este término que tienen costumbre las mujeres de publicar de sus maridos en iguales circunstancias.

ADIM. Es muy cierto que hacen ellas entonces estas y otras mil quejas muy propias de su carácter.

Sóc. Tampoco ignoráis que los criados de estos tales, sobre todo los que parecen serles más afectados, murmuran de ellos á la continua, teniendo con disimulo el mismo lenguaje con sus hijos. Cuando ven, por ejemplo, que el padre no ejecuta por el pago de alguna deuda, ó por la reparación de alguna injuria, «no dejéis, dicen ellos á su hijo, cuando seáis grande, de hacer valer vuestros derechos contra tales personas, y sed más hombre que vuestro padre.» Sale este hijo de casa, y oye por todas partes los mismos discursos; observa que son despreciados y tratados de majaderos aquellos ciudadanos que no se ocupan de otra cosa que de lo que les incumbe, mientras que son honradas y celebradas las gentes de intriga que se meten en todo. Este hombre joven, testigo de oídas y de vista de todo esto, á quien su padre por otro lado habla de un modo muy distinto, y que ve que la conducta de su padre en orden á esto es opuesta á la de los otros, se siente tirado á un tiempo por dos partes: por su padre, que cultiva y fortifica la parte racional de su alma; y por los otros, que inflaman la concupiscible é irascible. Como su natural no es de sí malo, sino meramente solicitado al mal por los malos con quien trata, toma el medio entre los dos partidos que se le proponen; dejando usurpar todo el imperio sobre su alma á esta parte de sí mismo donde reside la ira y el espíritu de intriga, que tie-

ne el lugar medio entre la razón y las pasiones, y viene al cabo á formarse un hombre ambicioso, lleno de sentimientos altaneros y grandes proyectos.

ADIM. Me parece que habéis explicado muy bien el origen y principios de este carácter.

Sóc. Tenemos, pues, la segunda especie de hombre y de gobierno.

ADIM. En efecto es así.

Sóc. Tras esto pasemos, como dice Esquilo (1), á otro hombre comparado con otro Estado; y por guardar el mismo orden, empecemos por el Estado.

ADIM. Me parece muy bien.

Sóc. El gobierno que se sigue después creo yo que es la oligarquía.

ADIM. ¿Qué es lo que vos llamais oligarquía?

Sóc. Yo entiendo aquella forma de gobierno donde las rentas deciden de la condición de cada ciudadano, donde los ricos por consiguiente tienen el mando, en el cual los pobres no tienen parte ninguna.

ADIM. Ya lo comprendo.

Sóc. ¿No diremos, pues, desde luego que la timarquía se convierte en oligarquía?

ADIM. Sí.

Sóc. Ninguno hay, por rudo que sea, que no vea claramente cómo se hace el tránsito de la una á la otra.

ADIM. ¿Cómo se hace?

Sóc. Estas riquezas acumuladas en los cofres

(1) *Esquilo*. Este sentencia se halla colocada entre los fragmentos inciertos de Esquilo.

de los particulares destruyen al cabo la timarquía. Porque, en primer lugar, el lujo ocasiona allí todos los días nuevos gastos á los ciudadanos, haciendo, así ellos como sus mujeres, violencia á las leyes para doblarlas á sus inclinaciones.

ADIM. Esto es consiguiente.

SÓC. En seguida el ejemplo de los unos excitando la envidia de los otros, y provocándoles á imitarlos, en poco tiempo el contagio viene á ser universal.

ADIM. También esto es muy regular.

SÓC. Para sostener estos gastos se entregan con más desenfreno á la pasión de atesorar, y cuanto más el crédito de las riquezas se aumenta, tanto más el de la virtud se disminuye. ¿El oro y la virtud no son, en efecto, como dos pesos puestos en una balanza, de los cuales no puede subir el uno sin que baje el otro?

ADIM. Es muy cierto.

SÓC. Por consiguiente, la virtud y los hombres de bien son menos estimados en un Estado á proporción que se aprecian allí más las riquezas y los ricos.

ADIM. Es evidente.

SÓC. Pues lo que se estima se busca con ansia, y se descuida aquello que se desprecia.

ADIM. Así es.

SÓC. Por tanto, en la timarquía los ciudadanos, de ambiciosos é intrigantes que antes eran, vienen á parar en avaros é interesados. Todos sus elogios, toda su admiración es para los ricos; los empleos sólo son para ellos: basta el ser pobre para ser allí despreciado.

ADIM. No tiene la menor duda.

Sóc. Entonces, pues, se fijan por medio de leyes los límites del gobierno oligárquico, y estos límites son la cantidad de las rentas. El más ó menos de personas acomodadas determina el número mayor ó menor de magistrados, porque está prohibido que aspiren á la magistratura aquellos cuyos bienes no ascienden al tanto determinado por la ley. Los ricos mismos hacen pasar estos reglamentos por medio de la fuerza y de las armas, ó á poca violencia que haya de su parte el pueblo se anticipa por el temor. ¿No es cierto que las cosas suceden de este modo?

ADIM. Cierto es.

Sóc. Ved, pues, poco más ó menos cómo se establece esta forma de gobierno.

ADIM. Sí; pero ¿cuáles son sus costumbres y cuáles los defectos que decíamos nosotros que tenía?

Sóc. El primero y más sustancial es la constitución misma de este Estado. Porque, considerad atentamente: si en la elección de los pilotos no se tuviese otro respeto que á la renta, y se excluyese del gobernalle al pobre, á pesar de su mucha experiencia, ¿qué sucedería?

ADIM. Que las naves serían muy mal gobernadas.

Sóc. ¿No sucedería lo mismo respecto de cualquier otro gobierno que fuese?

ADIM. Así lo pienso.

Sóc. ¿Se ha de exceptuar el de una república, ó debe comprenderse también?

ADIM. Sin duda; otro tanto más que de todos los gobiernos éste es el más difícil y el más importante.

Sóc. La oligarquía, pues, está sujeta á este defecto capital.

ADIM. Así me lo parece.

Sóc. Pero qué, ¿este otro defecto es de menos consideración?

ADIM. ¿Qué defecto?

Sóc. Que este Estado por su naturaleza no es uno, sino que encierra necesariamente dos Estados, el uno de ricos, el otro de pobres, que habitan en la misma ciudad y trabajan á la continua por destruirse unos á otros.

ADIM. Vive Dios que no es éste menos considerable que el primero.

Sóc. Tampoco es una ventaja para este gobierno hallarse imposibilitado de hacer la guerra, porque se ve obligado, ó bien de armar la multitud y tener por consiguiente más que temer de ella que del enemigo, ó á no valerse de ella y haber de presentarse al combate con un ejército verdaderamente oligárquico (1), fuera de que los ricos rehusan por su avaricia contribuir á los gastos de la guerra.

ADIM. Muy lejos está de ser esto una ventaja.

Sóc. ¿Mas por fortuna es de vuestra aprobación lo que tanto hemos reprendido arriba, y que es tan común en la oligarquía, donde tantos ciudadanos son á un tiempo labradores, guerreros, comerciantes?

ADIM. De ningún modo lo apruebo.

Sóc. Ved si el más grande vicio de esta constitución es éste que voy á referir.

ADIM. ¿Qué vicio?

(1) *Oligárquico*. Es decir, compuesto de solos los ricos, y por consiguiente poco numeroso.—*Grou*.

Sóc. La libertad que allí se deja á cualquiera de enajenar todos sus bienes ó de adquirir los de otro, y permitir al que los enajenó que permanezca en el Estado sin tener ninguna ocupación, no siendo ni comerciante, ni artesano, ni soldado de á pie ni de á caballo. ni tener, en fin, otro título que el depobre y mendigo.

ADIM. En efecto que es el mayor.

Sóc. No se piensa en impedir este desorden en los gobiernos oligárquicos, porque si se cortase, no poseerían los unos riquezas inmensas, mientras que los otros están reducidos á la última miseria.

ADIM. Tenéis mucha razón.

Sóc. Poned cuidado aún en lo que voy á decir. Cuando este hombre en otro tiempo rico se arruinó por sus desatinados gastos, ¿qué ventaja para lo que ahora decíamos le resultó al público? Pasaba por una cabeza del Estado, pero en la realidad ni era jefe, ni súbdito, ni tenía allí otro empleo que el de disipador de su hacienda.

ADIM. Así me parece, que éste no era otra cosa que un pródigo y nada más.

Sóc. ¿Queréis vos que digamos de este hombre que es en el Estado lo que el zángano en una colmena, esto es, un mal que le consume y aniquila?

ADIM. Mucho que lo quiero, Sócrates.

Sóc. Pero hay esta diferencia, mi amado Adimanto: que Dios crió sin agujijón á todos los zánganos alados, en vez que entre estos zánganos de dos pies, si hay algunos que no tienen agujijones, otros en recompensa los tienen bien aguzados. Aquellos que no los tienen, á la vejez viven y mueren en la indigencia; del número de los que tienen

aguijón son todos aquellos que se llaman malhechores.

ADIM. Es muy cierto.

Sóc. Es, pues, evidente que en toda sociedad donde viereis mendigos hay en ella ladrones, rateos, cortabolsas, sacrílegos y pícaros de toda especie.

ADIM. No se puede dudar.

Sóc. Pero en los gobiernos oligárquicos ¿no veis que hay muchos pobres?

ADIM. Casi todos los ciudadanos lo son, salvo las cabezas.

Sóc. ¿No estamos, por consiguiente, autorizados para creer que se encuentran allí muchos malhechores armados de aguijones, á quienes los magistrados contienen en su deber con la vigilancia y con la fuerza?

ADIM. Sí lo estamos.

Sóc. Mas si se nos pregunta quién los fomentó allí, ¿no diremos que la ignorancia, la mala educación y el vicio interior del gobierno?

ADIM. Sin duda.

Sóc. Tal es, pues, la constitución de este Estado, y tales son sus defectos, y acaso puede ser que tenga aún mucho más.

ADIM. Muy bien puede ser.

Sóc. Por tanto, tenemos concluída la pintura de este gobierno que se nombra oligárquico, donde las rentas elevan á los diferentes grados de la magistratura. Pasemos ahora al hombre oligárquico, y veamos cómo se forma y cuál es su carácter.

ADIM. Convengo en ello.

Sóc. La mundanza del ambicioso en aquel de quien nosotros ahora hablamos, ¿no se hace de esta manera?

ADIM. ¿De cuál?

Sóc. El ambicioso tiene un hijo que quiere desde luego imitar á su padre y seguir sus huellas; pero después, viendo que su padre se estrelló contra el Estado como un navío contra un escollo, y que destruidos sus bienes y su persona, ora siendo general de los ejércitos, ora sirviendo algún otro empleo grande, á la postre es llevado ante los jueces, y calumniado por delatores, condenado á muerte, á destierro ó á la pérdida de su honra y de toda su hacienda.....

ADIM. Esto es muy común.

Sóc. Viendo, digo yo, amigo mío, caer sobre su padre tantas desgracias, en las que le cupo también su parte, perdido su patrimonio, y temiendo por su propia vida, precipita esta ambición y estos sentimientos arrogantes del trono que les había levantado en su alma, y humillado por la indigencia en que se encuentra, no piensa más que en allegar bienes, y por medio de un trabajo de remo y un trato mezquino consigue el fin de enriquecerse. Después de esto, ¿no creéis vos que sobre este mismo trono, del cual había arrojado la ambición, colocará el espíritu de codicia y de avaricia y le establecerá por su gran rey (1), poniéndole la diadema y el collar, y ciñéndole la cimatarra?

ADIM. Así lo pienso.

Sóc. Acomodando en seguida al pie del trono, de un lado la razón, de otro el esfuerzo, aherrojados como viles esclavos, obliga á la una á no reflexionar ni pensar en otra cosa que en acumular nue-

(1) *Gran rey*. Esta expresión alude al rey de Persia, á quien los Griegos llamaban el *gran rey*.—*Grou*.

vos tesoros, y fuerza al otro á no celebrar ni honrar más que las riquezas y á los ricos, y á colocar toda su gloria en la posesión de los bienes de fortuna y en la habilidad de acrecentarlos.

ADIM. No hay tránsito más rápido y más violento que este de la ambición á la avaricia en un joven.

SÓC. ¿No es éste por ventura el carácter oligárquico?

ADIM. A lo menos la mudanza de hombre á hombre es la misma que la de gobierno á gobierno.

SÓC. Veamos aún si las costumbres se asemejan de una parte y otra.

ADIM. Me parece muy bien.

SÓC. ¿Desde luego no tiene con la oligarquía este primer rasgo de semejanza de anteponer las riquezas á todo lo demás?

ADIM. No tiene duda.

SÓC. También se le parece en ser mezquino y afanador, concediendo únicamente á la naturaleza el satisfacer los deseos necesarios, cortando todo otro gasto y refrenando todos los otros apetitos como superfluos y vanos.

ADIM. Esto es mucha verdad.

SÓC. Como sea, pues, un hombre sórdido y haga dinero de todo, no piensa más que en atesorar; en una palabra, es del número de aquellos de quienes el vulgo admira su industria. ¿No es éste por desgracia el retrato fiel del carácter análogo al gobierno oligárquico?

ADIM. Sí; de una parte y de otra no se ve cosa más estimada que las riquezas.

SÓC. Sin duda que este hombre no cultivó su ánimo y su espíritu con una buena educación.

ADIM. Creo que no; porque de otro modo, no se dejaría conducir en todos sus pasos por un conductor tan ciego como Pluto (1).

Sóc. Está bien. Pero considerad aún lo que ahora añado. ¿No diremos que la ignorancia hizo nacer en él deseos que son de la naturaleza de los zánganos, los unos siempre mendigos, los otros siempre prontos á hacer mal, á quienes con mucho trabajo refrena en sus justos límites?

ADIM. Puntualmente es así.

Sóc. ¿Sabéis vos en qué ocasiones la injusticia de estos deseos se mostrará al descubierto?

ADIM. ¿En qué ocasiones?

Sóc. Cuando esté encargado de la tutela de huérfanos, ó de alguna otra comisión en la cual tenga ancha licencia de hacer mal.

ADIM. Es verdad.

Sóc. ¿No es también cierto, que si en las otras circunstancias de la vida pasa por hombre de honor y de probidad, si contiene sus malos deseos y los oculta bajo el velo de la moderación y de la equidad, no es ni por virtud, ni por razón que se hace dueño, sino por necesidad y por el miedo de perder sus bienes queriéndose apoderar de los de otro?

ADIM. Es muy cierto.

Sóc. Pero á fe que cuando se trate de gastar de la hacienda de otros, entonces descubriréis, mi amado amigo, en los hombres de este carácter,

(1) *Pluto*. Dios de las riquezas, hijo de Saturno y de Ope, hermano de Júpiter y de Neptuno y rey de los infernos, de quien dice la fábula que robó á Proserpina en Sicilia y se casó con ella.

apetitos muy conformes al natural de los zánganos.

ADIM. Estoy persuadido.

Sóc. Luego por necesidad experimentan sediciones en lo interior de sí mismos, y en cada uno de ellos hay dos hombres cuyos deseos se combaten, aunque por lo común los buenos deseos llevan la superioridad sobre los malos.

ADIM. Esto es cierto.

Sóc. Por esta razón en lo exterior parecen más moderados y más dueños de sí mismos que otros muchos; pero la verdadera virtud, que produce en el alma la concordia y la armonía, está muy lejos de su corazón.

ADIM. Así lo pienso.

Sóc. Cuando se trata de disputar alguna victoria ó algún otro premio de honor en los juegos públicos, el hombre mezquino se porta con muy poco ánimo. No quiere gastar el dinero por la gloria ni por esta especie de combates, temiendo despertar en sí deseos demasiado pródigos, y llamarles para que le socorran en las contiendas y disputas. Combate, pues, de un modo oligárquico, con una muy pequeña parte de sus fuerzas: es verdad que casi siempre queda vencido; mas qué importa, él se enriquece.

ADIM. Es muy seguro.

Sóc. ¿Dudaremos, pues, aún de la perfecta semejanza que se encuentra entre el hombre avaro y mezquino, y el gobierno oligárquico?

ADIM. De ninguna manera.

Sóc. Trátase ahora de examinar el origen y costumbres de la democracia, á fin de que conocido el carácter del hombre democrático, podamos

compararles entre sí, y hacer juicio de entrambos.

ADIM. En esto no haremos más que seguir nuestro método ordinario.

Sóc. Pásase de la oligarquía á la democracia por la codicia insaciable de adquirir nuevas riquezas, que se miran como la mayor ventaja en el gobierno oligárquico.

ADIM. ¿Cómo es esto?

Sóc. Los magistrados, que deben á sus muchos bienes los empleos que ellos ocupan, no se cuidan de enfrenar con el rigor de las leyes el libertinaje de los jóvenes disolutos, ni impedirles que se arruinen con desperdiciados y excesivos gastos; siendo su designio comprarles la hacienda, prestarles á gruesas ganancias, y aumentar por estos medios sus riquezas y su reputación.

ADIM. No tiene la menor duda.

Sóc. Es evidente, por otra parte, que en cualquier gobierno que sea, es imposible que se honren las riquezas, y que se encuentre al mismo tiempo en los ciudadanos la virtud de la templanza; porque es como necesario que sacrifiquen ellos una de estas dos cosas á la otra.

ADIM. Es muy cierto.

Sóc. Por tanto, en las oligarquías los magistrados, por su descuido y la licencia que conceden al libertinaje, han reducido á mendiguez hombres tal vez nacidos con sentimientos nobles y elevados.

ADIM. No hay duda.

Sóc. Esto forma en el Estado un cuerpo de gente ociosa, armada de fuertes aguijones, los unos oprimidos de deudas, los otros notados de infamia, estotros arruinados á un tiempo en bienes y en honra, aborreciendo de muerte á los que se enri-

quecieron con los despojos de su fortuna, y armándoles asechanzas tanto á ellos como al resto de los ciudadanos, deseosos siempre de novedades.

ADIM. Es así á la letra.

Sóc. Entretanto, estos usureros codiciosos, encorvados, por decirlo así, sobre su presa, no pensando ser descubiertos de los otros, continúan sorcadamente en suministrar dinero á los que se valen de ellos, y en hacerles brechas considerables en sus patrimonios, exigiéndoles á título de interés sumas mucho mayores que las que les han prestado, por cuyo medio fomentan en el Estado un enjambre numeroso de zánganos y de pobres.

ADIM. No puede menos de llegar á ser muy numeroso este enjambre.

Sóc. Sin embargo, no quieren apagar este incendio que todo lo consume, impidiendo que los particulares dispongan á su fantasía de sus bienes, ni empleando algún otro medio igualmente propio para contener el progreso del mal.

ADIM. ¿Cuál es este otro medio?

Sóc. Del que es natural valerse en defecto del primero, y que consiste en obligar á los ciudadanos á ser virtuosos por amor á sus propios intereses; porque si en los contratos libres cada uno arriesgase de lo suyo, cuando se contratase contra la ley, la usura se ejercería con menos descaro en la sociedad civil, y se verían en ella menos males de los que se han dicho.

ADIM. Convengo en ello.

Sóc. Al presente la mayor parte de los ciudadanos se ven reducidos á este triste estado por culpa de los magistrados, mientras que éstos y los suyos viven en la abundancia, y sus hijos llevan

una vida voluptuosa, sin cuidar de ejercitarles ni en sus cuerpos ni en sus ánimos con ninguno de los trabajos propios de su edad, y por tanto se crían afeminados y desidiosos para resistir á los halagos del placer y á las impresiones del dolor.

ADIM. Es mucha verdad.

Sóc. Y ellos mismos, ocupados únicamente en enriquecerse, descuidan todo lo demás, y no se toman más trabajo por adquirir la virtud, que aquellos que redujeron á la clase de mendigos.

ADIM. No hay duda.

Sóc. Dispuestos, pues, los ánimos de este modo, cuando los magistrados y los súbditos se encuentran unos con otros en los viajes, ó en cualesquiera otras concurrencias comunes, ó en los espectáculos, ó en los ejércitos, ora asociados en la mar, ora sobre la tierra, ó cuando metidos en algunas otras ocasiones peligrosas, se observan mutuamente unos á otros, los ricos no tienen entonces motivo ninguno de despreciar á los pobres; antes al contrario, cuando un pobre flaco y tostado del sol se ve en la pelea junto á un rico criado con delicadeza á la sombra y cargado de gordura, que le ve casi sin resuello y embarazado de su misma persona, ¿no creéis vos que en este momento le venga al pensamiento decir que estos hombres despreciables se hacen ricos por cobardía de los pobres, y que encontrándose á solas con otro, se digan recíprocamente: En verdad que nuestros ricos son buenos para nada?

ADIM. Persuadido estoy que ellos hablen y piensen de este modo.

Sóc. Á la manera, pues, que un cuerpo mal dispuesto y achacoso no necesita para enfermar

sino el más ligero accidente, y que aun á veces se indispone sin que le sobrevenga ninguna causa exterior; del mismo modo un Estado en la situación en qué acabo de representarle, no tarda á ser el blanco de las sediciones y guerras intestinas, luego que con el menor pretexto, los ricos y los pobres buscan cómo fortificar su partido, llamando en su socorro, éstos á los habitantes de una república vecina, aquéllos á las cabezas de algún Estado oligárquico; y no pocas veces las dos facciones se despedazan con sus propias manos, sin que los extranjeros tomen parte en su querella.

ADIM. En verdad que esto es así.

Sóc. El gobierno, pues, viene á ser popular cuando los pobres, conseguida victoria sobre los ricos, matan á unos, arrojan á otros, y se parten por igual con los que quedan los empleos y la administración de los negocios de la república; división que en este gobierno se ejecuta comunmente por medio de la suerte.

ADIM. Este es el modo con que en efecto se establece la democracia, ahora sea por vía de las armas, ahora sea que los ricos, por temor, tomen el partido de retirarse sin estrépito.

Sóc. ¿Cuáles serán, pues, las costumbres de los ciudadanos y cuál la constitución de este nuevo gobierno? Porque está claro que el hombre que se le asemeja debe parecernos en cierto modo democrático.

ADIM. Es evidente.

Sóc. Desde luego, todo el mundo es libre en este Estado, y no se respira allí otra cosa que libertad é independencia, siendo dueño cada uno de hacer lo que le parece.

ADIM. Así lo dicen.

Sóc. Mas en todas partes donde reina esta licencia, es evidente que cada ciudadano dispone de sí mismo, y escoge á su placer el género de vida que más le agrade.

ADIM. No hay duda.

Sóc. Por consiguiente debe haber con singularidad en semejante gobierno hombres de toda especie de conducta.

ADIM. No puede menos.

Sóc. Parece, pues, que esta forma de gobierno debe pasar por la más hermosa de todas, y que esta prodigiosa variedad de caracteres realza otro tanto la hermosura, como los matices de diferentes colores realzan la de una tela.

ADIM. ¿Por qué no?

Sóc. A lo menos, los que juzgan como hacen las mujeres y los niños por los vestidos, quiero decir, por la bordadura, no podrán dejar de preferirla á todas las demás.

ADIM. No tengo dificultad en creerlo.

Sóc. En esta república es, mi amado amigo, donde cada uno puede ir á buscar el género de gobierno que le acomode.

ADIM. ¿Por qué esto?

Sóc. Porque los encierra todos, y cada cual tiene allí la libertad de vivir á su modo. Me parece que si alguno quisiera formar el plan de un Estado, como hacemos ahora nosotros, no tenía más que llegarse á una ciudad donde gobierna el pueblo, que es como una feria donde se encuentran gobiernos de toda especie, y elegir aquel que más le agrade, ejecutando después su designio sobre el modelo que hubiese escogido.

ADIM. Seguramente que no tendría escasos los modelos.

Sóc. Mas juzgando de la cosa al primer golpe de vista, ¿no es condición de vida bien dulce y bien cómoda, el no poder ser forzado á aceptar ningún empleo público, por mucho mérito que uno tenga para desempeñarle; el no estar sujeto á ninguna autoridad, si uno no quiere; el no hacer la guerra, cuando la hacen otros, ni estar en paz, si no es de vuestro gusto, mientras que otros viven en ella; y por último, y aunque la ley os prohíba toda función en el foro ó en la magistratura, el ser á despecho de la ley juez ó magistrado, si os pasase por la fantasía?

ADIM. A primera vista, esta vida debe parecer deliciosa.

Sóc. ¿No es también cosa admirable la dulzura con que allí se trata á los reos? ¿No habéis visto en una ciudad libre hombres condenados á muerte ó á destierro, permanecer impunemente en la ciudad, presentarse en público, y pasearse con un aire y continente de héroe, como si nadie le viese ni debiera ocuparse de él?

ADIM. En verdad que he visto muchos.

Sóc. Además, ¿no es efecto de una condescendencia verdaderamente generosa y de un modo de pensar exento de bajeza, el desprecio que allí se aparenta de las máximas que hace poco producíamos con tanta énfasis, trazando el plan de nuestra república, cuando asegurábamos que á menos de estar dotado de un excelente natural, de haberse divertido, por decirlo así, desde su niñez en juegos honestos, y de haber hecho de todas las tales cosas un estudio serio el resto de su vida, jamás llegaría á ser hombre bueno y cabal? ¿Con qué grandeza de

alma se desprecian allí estas máximas, sin ocuparse de examinar el carácter y conducta de los que se ingieren en el manejo de los negocios públicos! ¡Qué ardor, al contrario, se aparenta por honrarles, con sólo que digan que están llenos de celo por los intereses del pueblo!

ADIM. Esto supone, en efecto, sentimientos muy generosos.

SÓC. Tales son poco más ó menos las ventajas de la democracia. Este es, como vos veis, un gobierno muy dulce, donde nadie es superior, cuya variedad arrebatada, y en donde reina la igualdad entre las condiciones más desiguales.

ADIM. No decís cosa que no sea bien notoria á todo el mundo.

SÓC. Considerad ahora el carácter del hombre democrático; ó más bien, por guardar el mismo orden que en el gobierno, ¿no averiguaremos antes de qué modo se forma?

ADIM. Sí por cierto.

SÓC. ¿Pues no es por ventura de este modo? El hombre avaro y oligárquico tiene un hijo á quien cria con su modo de pensar y sus costumbres.

ADIM. Muy bien.

SÓC. Este hijo domina y cautiva, á ejemplo del padre, las pasiones que le inclinan al placer, que inspiran el lujo y el gasto, y son enemigas de la ganancia; en una palabra, esta multitud de deseos que se llaman superfluos.

ADIM. Es evidente.

SÓC. ¿Queréis vos, para que caminemos con más claridad en nuestra conversación, que empecemos por establecer la distinción entre los deseos necesarios y los deseos superfluos?

ADIM. Mucho lo deseo.

Sóc. ¿No hay razón acaso para llamar deseos necesarios aquellos que el cortarlos y reprimirlos no está en nuestro poder, y cuantos de otro lado nos es útil contentarlos? porque está claro que unos y otros son necesidades de la naturaleza: ¿no es así?

ADIM. Es muy cierto.

Sóc. Luego con justa razón llamaremos necesarios á estos deseos.

ADIM. No hay duda.

Sóc. Mas en orden á aquellos de los cuales nos es fácil desprendernos si nos aplicamos desde niños, cuya presencia, sobre no producir en nosotros ningún bien, nos causa muchas veces grandes males, ¿qué otro nombre les conviene mejor que el de deseos superfluos?

ADIM. Ningún otro.

Sóc. Propongamos un ejemplo de los unos y de los otros, á fin de formarnos una idea más justa.

ADIM. Será muy conveniente.

Sóc. El deseo de comer con alguna sazón cuanto sea necesario para conservar la salud y las fuerzas, ¿no es necesario?

ADIM. Yo así lo pienso.

Sóc. El de la simple comida es necesario por dos razones: la una porque es útil comer; la otra porque es imposible vivir de otro modo.

ADIM. Es así.

Sóc. Pero el del condimento no es necesario, sino en cuanto contribuye para la salud.

ADIM. Esto es muy cierto.

Sóc. Pero el deseo de toda especie de manjares y guisados, deseo que puede reprimirse y aun

cortarse enteramente por una buena educación, deseo nocivo al cuerpo y al alma, cuya razón embrutece y despierta las pasiones, ¿no debe contarse entre los deseos superfluos?

ADIM. Con muchísimo motivo.

Sóc. Diremos, pues, nosotros que estos deseos son dispendiosos y pródigos, aquellos ahorrativos y lucrosos, por ser útil satisfacerlos para los trabajos de la vida.

ADIM. No hay inconveniente.

Sóc. El mismo juicio haremos tocante á los placeres del amor y á los demás deleites sensuales.

ADIM. Sí por cierto.

Sóc. Pues ya dejamos dicho nosotros de aquel á quien dimos el nombre de zángano, que estaba entregado á esta casta de placeres y dominado por deseos superfluos de toda especie; en lugar que el hombre parco y oligárquico no tenía sino un pequeño número de deseos necesarios.

ADIM. En verdad lo dijimos.

Sóc. Expliquemos de nuevo cómo este hombre oligárquico se hace democrático: ved, á lo que me parece, de qué modo sucede esto por lo común.

ADIM. ¿Cómo?

Sóc. Luego que un joven, criado, como hemos dicho, en la ignorancia y mezquindad, probó una vez de la miel de los zánganos, y se vió en compañía de estos insectos furiosos, abrasados de los placeres y diestros en prepararlos de varias y exquisitas maneras, ¿no es precisamente entonces cuando su gobierno interior de oligárquico que era se convierte en democrático?

ADIM. Es como preciso.

Sóc. Al modo, pues, que el Estado mudó de

forma porque la facción del pueblo, fortificada con socorros de fuera, quedó superior á la de los ricos; así también este joven ¿no se muda de costumbres á causa del apoyo que encuentran sus pasiones en las pasiones de otro, semejantes y muy parecidas en todo á las suyas?

ADIM. Es muy cierto.

Sóc. Pero si su padre y sus parientes envían por su parte socorros á la facción de los deseos oligárquicos que tiene en su interior, y emplean para sostenerla los consejos saludables y las reprensiones, ¿no vendrá á ser entonces su corazón el teatro de las sediciones y de los combates?

ADIM. No tiene duda.

Sóc. Sucede á veces, creo yo, que la facción democrática quede sujeta á la oligárquica, y entonces los malos deseos en parte son destruídos, en parte son arrojados de su alma; el pudor y la vergüenza vienen á ocupar su lugar, y este joven se perfecciona.

ADIM. Sucede esto algunas veces.

Sóc. Pero bien pronto, á causa de la mala educación que recibió de sus padres, nuevos deseos, más fuertes y en mayor número, suceden á los que ha desterrado.

ADIM. En efecto que no hay cosa más común.

Sóc. Ellos le arrastran de nuevo tras las mismas compañías; y del comercio clandestino que ellos tienen con los deseos de los otros, nace una multitud de deseos que antes no conocía.

ADIM. No tiene duda.

Sóc. En fin, ellos se apoderan del alcázar del alma de este joven, habiendo presentido que ella está vacía de ciencia, de ocupaciones loables y de

juicios verdaderos, que son la guarda más segura y más fiel de la razón de los mortales amados de Dios.

ADIM. Enteramente es así.

Sóc. Luego al punto los juicios falsos y presuntuosos, las opiniones atrevidas acuden á montones, y ocupan el mismo lugar que habían de ocupar aquéllos.

ADIM. Es muy cierto.

Sóc. Mas por desgracia ¿no es entonces cuando vuelve á la compañía de estos voluptuosos lotophagos (1), sin avergonzarse de su trato íntimo con ellos? Y si de parte de sus amigos y parientes le viene algún socorro á la facción contraria, que es la sobria de su alma, los juicios falsos cerrando prontamente las puertas del castillo real rehusan la entrada al socorro que se le envía, ni escuchan siquiera los discursos que hombres ancianos llenos de seso y de experiencia les dirigen como en embajada. Ayudados de una multitud de deseos perniciosos, ellos combaten, saliéndose con la victoria, y tratando de imbecilidad al pudor, le echan afuera ignominiosamente. Ellos destierran la templanza después de haberla ultrajado y desfigurado con el nombre de cobardía: ellos exterminan la moderación y frugalidad, á quienes dan el nombre de rusticidad y de bajeza.

ADIM. Verdaderamente que sí.

Sóc. Vacuada, pues, y purgada el alma de este miserable joven, á quien cercan ellos y le inician

(1) *Lotophagos*. Pueblos de la costa de Africa, cuya denominación parece compuesta de *lotos* y *phagos*, como si dijéramos comedores de loto ó almez, árbol cuyo fruto es muy dulce y sabroso.

con gran pompa en sus misterios, introducen en seguida con numerosa corte, ricamente adornadas y con coronas sobre la cabeza, la insolencia, la independencia, la prodigalidad y la desvergüenza, de las que hacen mil elogios y aplausos, disfrazando su fealdad con nombres muy hermosos: con el de civilidad la insolencia, la independencia con el de libertad, con el de magnificencia la prodigalidad, y la desvergüenza con el de fortaleza. ¿No es cierto que un joven acostumbrado desde la infancia á no satisfacer otros deseos que los necesarios, pasa de este modo al estado de libertad ó de disolución, en el cual se abandona á una multitud de deseos y de placeres superfluos y despreciables?

ADIM. No puede explicarse esta mudanza de un modo más enérgico.

Sóc. Pero ¿cómo vive en lo sucesivo? Sin distinguir los deleites superfluos de los necesarios, se entrega promiscuamente á los unos y á los otros, no perdonando para satisfacerlos ni bienes, ni cuidados, ni industria. Mas si tiene la fortuna de no llevar al extremo sus desórdenes, y si la edad, habiendo apaciguado un poco el tumulto de las pasiones, le obliga á llamar del destierro algunas de las virtudes que él había echado y á no abandonarse á discreción á los vicios que ocuparon su lugar, establece entonces entre los placeres una especie de igualdad, y haciéndoles, por decirlo así, echar suertes, deja que sea dominada su alma por el primero á quien es favorable el acaso. Satisfecho este deseo, pasa bajo el imperio de un otro, y así de todos los demás, sin despreciar ninguno, y contentándolos á todos por igual.

ADIM. Esto es mucha verdad.

Sóc. Y si alguno llega á decirle que hay placeres de dos especies, los unos que son fruto de deseos inocentes y legítimos, los otros consecuencia de deseos criminales y prohibidos, y que él debe solicitar y apreciar los primeros, reprimir y domar los segundos, cierra todas las entradas del alcázar á estas sabias máximas, y no responde sino con ademanes de desprecio, sosteniendo que todos los placeres son de una misma naturaleza y merecen solicitarse igualmente.

ADIM. Tal es, en efecto, su disposición de espíritu, á la cual corresponde su conducta.

Sóc. Vive, pues, por decirlo así, á jornada por día. El deseo primero que se le presenta es satisfecho el primero. Hoy día pone sus delicias en la embriaguez y en las canciones báquicas; mañana él ayunará, y no beberá más que agua. Tan pronto se ejercita en el gimnasio, como está ocioso y no se cuida de nada. A veces se mete á filósofo; pero lo más común es ser hombre de Estado, sube á la tribuna, habla y obra sin saber lo que se dice ni lo que se hace. Un día se le van los ojos tras la condición de las gentes de guerra, y vedle aquí hecho un militar: otro día, tras la de los comerciantes, y vedle hecho un mercader. En una palabra, en su modo de vivir no hay cosa fija ni arreglada; en nada quiere violentarse, y llama la vida que lleva, vida libre y agradable, y vida bienaventurada.

ADIM. Nos habéis pintado al natural la vida de un hombre independiente y celoso de la igualdad.

Sóc. Creo, pues, que su carácter, que reúne en sí toda especie de costumbres y de caracteres, tiene todo el agrado y toda la variedad del estado po-

pular; y no es de admirar que muchas personas de uno y otro sexo apetezcan un género de vida que encierra en sí todas las especies de gobiernos y de caracteres.

ADIM. En verdad que es así.

Sóc. Coloquemos, pues, junto á la democracia este hombre que con mucha razón se puede llamar democrático.

ADIM. Pongámosle en hora buena.

Sóc. Réstanos ahora considerar la más hermosa forma de gobierno, y el carácter de hombre más completo, es decir, la tiranía y el tirano.

ADIM. Es consiguiente.

Sóc. Ea pues, mi amado Adimanto, respóndeme: ¿cuáles son las costumbres del gobierno tiránico? porque en orden al modo con que se forma, es evidente que debe su origen á la democracia.

ADIM. Esto es cierto.

Sóc. Mas por ventura ¿el tránsito del estado popular á la tiranía no es casi el mismo que el de la oligarquía á la democracia?

ADIM. ¿Cómo es esto?

Sóc. Lo que se mira en la oligarquía como el mayor bien, y aun lo que dió principio á esta especie de gobierno, son las riquezas excesivas: ¿no es así?

ADIM. Ciertamente.

Sóc. Pero lo que causa su ruina, ¿no es el deseo insaciable de enriquecerse, y la indiferencia que este único objeto que se proponen inspira para todo lo demás?

ADIM. También esto es verdad.

Sóc. Por la misma razón, el estado popular en-

cuentra á más de esto la causa de su perdición en aquello mismo que mira como su verdadero bien, cuando su deseo es insaciable.

ADIM. ¿Pero no me dirás cuál es este bien?

Sóc. La libertad. Entrad en una ciudad libre, y oiréis decir por todas partes que no hay otro bien preferible á éste, y que para disfrutarle es consiguiente que todo hombre de carácter libre fije más bien allí su morada que en otro lugar.

ADIM. Mucho se vocifera en este gobierno la voz de libertad.

Sóc. Pero, como yo decía poco hace, este amor excesivo de la libertad, acompañado de una indiferencia extremada para todo lo demás, ¿no es al cabo lo que destruye este gobierno y le dispone á que se le haga necesaria la tiranía?

ADIM. ¿De qué modo?

Sóc. Cuando una ciudad democrática sedienta de libertad está gobernada por malos escanciadores que se la presentan pura y se la hacen beber hasta embriagarla, entonces, si los magistrados no son condescendientes con ella hasta dejarle hacer todo cuanto quiera, ella los maltrata con el pretexto que son unos malvados que aspiran á la oligarquía.

ADIM. En efecto, así lo hace.

Sóc. Y á los que les tienen respeto y sumisión los trata con el mayor desprecio, reprendiéndoles como gente vil y esclavos voluntarios. Mas, así en público como en particular, alaba y celebra esta preciosa igualdad que pone á un nivel á los magistrados y á los ciudadanos. ¿Podrá acaso verificarse que en semejante ciudad no sea llevada la libertad hasta lo sumo?

ADIM. No puede dejar de ser.

Sóc. ¿Ni que penetre, mi amado amigo, en lo interior de las familias, y que á la postre el espíritu de independencía y de anarquía no se comunique hasta las bestias?

ADIM. ¿Qué entendéis vos por esto?

Sóc. Quiero decir que los padres se acostumbran á tratar como iguales á sus hijos y aun á temerles, y éstos á igualarse con sus padres y á no tener respeto ni temor á aquellos de quienes recibieron el ser, porque de otro modo lo padecería su libertad; que los ciudadanos viejos y los avecindados, y aun los extranjeros, pretenden gozar allí de los mismos derechos.

ADIM. Puntualmente así sucede.

Sóc. Y descendiendo á cosas menores, los maestros, por la misma razón, temen allí y adulan á sus discípulos; y los discípulos se burlan de sus maestros y de sus pedagogos. En una palabra, los jóvenes quieren ir á la par con los viejos y balancear su autoridad, ya sea en los discursos, ya sea en las acciones. Los viejos, de su parte, por una complacencia y una civilidad mal entendida, se sientan entre los jóvenes y se dedican á copiar sus donaires y modales, con el temor de pasar por gentes de un carácter duro y despótico.

ADIM. Es así al pie de la letra.

Sóc. Pero, amigo, el abuso más intolerable que la libertad introduce en este gobierno es, que los esclavos de entrambos sexos son tan libres como aquellos que los compraron. Y por poco se me olvidó decir que las mujeres tienen allí tanto poder y son tan independientes como los hombres.

ADIM. No nos dejemos nada, y, según la ex-

presión de Esquilo (1), *digamos cuanto nos venga á la boca.*

Sóc. Está muy bien, y yo así lo hago. Apenas podía creerse, á no haberlo experimentado uno, cuánto los animales de quienes se sirven los hombres son más libres allí que en cualquier otra parte. Nosotros vemos que las perritas (2), según el adagio, están sobre el mismo pie que sus amas; que los caballos y jumentos, acostumbrados á caminar del todo libres y espetados atropellan con el que encuentran por delante si no les hace lugar. En fin, todo disfruta allí de una plena y entera libertad.

ADIM. Por cierto me contáis mi propio sueño; porque yo no voy casi nunca al campo que no me suceda esto.

Sóc. Mas, por ventura, ¿comprendéis vos el mal general que de todo esto resulta? ¿Conocéis cuán delicados y cosquillosos de genio se vuelven los ciudadanos, en términos de revolverse y sublevarse á la menor apariencia que vean de servidumbre? Al cabo vienen á parar, como vos muy bien sabéis, en no hacer ningún caso de las leyes escritas ó no escritas, para que jamás se verifique que tienen sobre sí ningún déspota.

ADIM. Sí, muy bien lo sé.

Sóc. Esta es, pues, amigo mío, aquella forma de gobierno tan hermosa y arrogante de la cual nace la tiranía, á lo menos según yo pienso.

(1) *Esquilo*. Este dicho de Esquilo pertenece á los fragmentos inciertos.

(2) *Perritas*. Este adagio griego corresponde á los castellanos: cual es el dueño, tal es el perro; cual el concejo, tal el vencejo; cual es María, tal hija cría, y otros por este término.

ADIM. Arrogante es, en efecto; pero continuad en explicarme las consecuencias.

Sóc. La misma enfermedad que destruyó la oligarquía, tomando nuevas fuerzas y mayores aumentos por la demasiada licencia en el estado popular, viene á destruirle y á convertir en esclavitud su libertad. Y en general, es verdadero decir que no se puede dar en un extremo sin exponerse á caer en el extremo contrario; lo cual se advierte en las estaciones, en las plantas, en los cuerpos, y sobre todo en los Estados.

ADIM. Esto es muy regular.

Sóc. Por tanto, la excesiva libertad pronto ó tarde degenera en extremada esclavitud, así respecto de una sociedad entera, como de un simple particular.

ADIM. También esto es consiguiente.

Sóc. Luego es natural que la tiranía no tome origen de otro gobierno que del gobierno popular; es decir, creo yo que, á la libertad más entera y más completa, debe suceder la esclavitud más dura é insoportable.

ADIM. Éste es el orden común de las cosas.

Sóc. Pero pienso que no es esto lo que vos me preguntabais, sino que queríais saber cuál es aquella enfermedad que, formada en la oligarquía y aumentada después en la democracia, la conduce por fin á la tiranía.

ADIM. Tenéis razón.

Sóc. Por esta enfermedad entiendo yo aquella multitud de gente ociosa y pródiga, de la cual los unos, más atrevidos y esforzados, se ponen al frente, y los otros más cobardes van en su seguinda; de los cuales comparamos los primeros á los

zánganos armados de agujones, y los segundos á los zánganos sin agujón.

ADIM. Tengo esta comparación por muy propia.

Sóc. Estas dos especies de hombres hacen en todo cuerpo político los mismos estragos que en el humano hacen la flema y la bilis. Un sabio legislador, en calidad de médico del Estado, tomará respecto de ellos las precauciones mismas que un diestro colmenero toma respecto de los zánganos. Su primer cuidado será impedir que no se introduzcan ellos en la colmena, y si á pesar de su vigilancia se hubiesen allí metido, los cortará cuanto antes pueda con la parte del panal donde se han retirado.

ADIM. En verdad, no hay otro partido que tomar.

Sóc. Para comprender aún mejor lo que queremos decir, hagamos una cosa.

ADIM. ¿Qué?

Sóc. Separemos con el pensamiento el estado popular en tres cuerpos, de los cuales realmente se compone. En el primero se comprenden aquellos de quienes yo quiero hablar, porque la licencia les hace nacer allí en lo menor número que en la oligarquía.

ADIM. Así es.

Sóc. Hay, no obstante, esta diferencia: que son mucho más revoltosos en el estado republicano que en el oligárquico.

ADIM. ¿Por qué razón?

Sóc. Porque en éste, como no tienen ellos ningún crédito y se cuida de excluirles de todos los empleos, no pueden ellos ni obrar ni fortificarse; pero en la democracia, fuera de un pequeño número, todos los demás están al frente de los nego-

cios. Los más intrigantes de entre ellos hablan y ejecutan; los otros, bordeando alrededor de la tribuna, susurran y cierran la boca á cualquiera que quisiese proferir un parecer contrario; de suerte que en este gobierno todos los negocios pasan por sus manos, á excepción de algunos pocos.

ADIM. Es muy cierto.

Sóc. El segundo cuerpo hace bando aparte, y no tiene ningún trato con la multitud.

ADIM. ¿Cuál es?

Sóc. Como en este estado todo el mundo trabaja por enriquecerse con el tráfico, los que son más sabios y más moderados en su conducta, son también por lo común los más ricos.

ADIM. Es muy regular.

Sóc. De estas gentes, pues, sin duda sacan los zánganos más miel y con más facilidad.

ADIM. ¿Cómo la habían de chupar de los que tienen poco ó nada?

Sóc. Por eso á estos ricos se les da el nombre de *hierba de zánganos* (1).

ADIM. Y con razón.

Sóc. El tercer cuerpo es el pueblo bajo, compuesto de artesanos y gente sin ocupación que apenas tiene de qué comer, cuyo cuerpo en la de-

(1) *De zánganos.* Con toda propiedad se les ha impuesto á los ricos este nombre, porque casi siempre llega á verificarse que gran parte de sus riquezas se conviertan en pábulo de gente ociosa, holgazana y mal entretenida, ó cuando menos poco útil á la república, que por distintos medios y maneras exquisitas tiene habilidad para chupárselas, imitando en esto la conducta de los zánganos, que ociosos y holgazanes en la colmena, se comen la miel que con tanto trabajo y afán lograron las solícitas abejas.

mocracia es el más numeroso y el más poderoso cuando está congregado.

ADIM. Es cierto; pero no se congrega con frecuencia, á menos que no se le distribuya algo de miel.

Sóc. Por lo mismo, los que presiden estas asambleas hacen cuanto pueden por suministrarla. Con esta mira se apoderan de los bienes de los ricos, que parten ellos con el pueblo, reservándose siempre para sí la mejor parte.

ADIM. Este es, en efecto, el fondo de las distribuciones pecuniarias que se le dan.

Sóc. Entretanto, los ricos, viéndose despojados de sus bienes, se resisten con todas sus fuerzas á estos arrebataadores, llevando sus quejas al pueblo y poniéndose en la obligación de defenderse.

ADIM. ¡No, que se estarán quietos!

Sóc. Los otros, por su parte, les acusan, por muy inocentes que estén, de que quieren alborotar el Estado, maquinando contra la libertad del pueblo y ser oligárquicos.

ADIM. Ni pueden dejar de hacerlo.

Sóc. Mas al cabo, cuando los acusados descubren que el pueblo, no tanto por mala voluntad cuanto por ignorancia, y seducido por los artificios de sus calumniadores, forma designios malos contra ellos; entonces, sea ya que quieran ó no quieran, se hacen efectivamente oligárquicos. Y no debe atribuirse á ellos este mal, sino á los zánganos que los agujonean y los ponen en este apuro.

ADIM. No hay duda.

Sóc. Tras esto vienen las denuncias, las acusaciones recíprocas, y las sentencias dadas en pro ó contra los ricos.

ADIM. Esto es verdad.

Sóc. Para estos lances acostumbra siempre el pueblo tener alguno á quien confiar con preferencia sus intereses, al cual procura engrandecer y hacer poderoso.

ADIM. Es muy cierto.

Sóc. Es, pues, evidente que de la raíz de los protectores del pueblo brota el tirano, y no de otra parte.

ADIM. Claro está.

Sóc. Pero ¿por dónde el protector del pueblo empieza á convertirse en tirano? ¿No es cierto que cuando empieza á hacer algo parecido á lo que cuenta la fábula que sucede en la Arcadia en el templo de Júpiter Liceo?

ADIM. ¿Qué es lo que allí pasa?

Sóc. Dícese que el que una vez probaba las entrañas humanas mezcladas con las de otras víctimas, por necesidad se convertía en lobo. ¿Nunca lo habéis oído decir?

ADIM. Sí.

Sóc. Del mismo modo, pues, cuando el protector del pueblo, encontrándole perfectamente sumiso á su voluntad, empaña sus manos con la sangre de sus ciudadanos; cuando por acusaciones calumniosas, que no son sino muy comunes, los arrastra ante los tribunales y les hace espirar en los suplicios, quitándoles cruelmente la vida; cuando él mismo, abrevando su lengua y su boca impura con la sangre de sus prójimos y de sus amigos, llena la ciudad de homicidios y de carnicería, desterrando á unos, matando á otros, y proponiendo en seguida la abolición de deudas y un nuevo repartimiento de tierras; ¿no es esto para él una fatal necesidad de

perecer á manos de sus enemigos, ó de hacerse tirano del Estado, y de hombre convertirse en lobo?

ADIM. No hay medio.

Sóc. De consiguiente, declara guerra abierta contra los hacendados y opulentos; y si después de haberle arrojado de la ciudad vuelve á entrar en ella á pesar de sus anemigos, ¿no es cierto que vuelve con todo el aparato de un tirano?

ADIM. Es evidente.

Sóc. Pero si los ricos no pueden conseguir echarle ni hacerle condenar á muerte, acusándole ante el pueblo, entonces le arman asechanzas para matarle de oculto con muerte violenta.

ADIM. Nunca deja de suceder esto.

Sóc. De aquí la petición tan decantada y notoriamente tiránica que hacen al pueblo los que se ven reducidos á este extremo de pedirle escolta, á fin de poner á cubierto la persona del protector del Estado.

ADIM. Verdaderamente es así.

Sóc. El pueblo se la concede, recelándose de su vida y muy confiados de sí mismos.

ADIM. Es ciertísimo.

Sóc. Cuando las cosas llegan á este punto, y lo advierte el hombre acaudalado y que por sus riquezas es tenido por enemigo del gobierno, entonces, amigo mío, toma para sí el oráculo dado á Creso (1), *se retira, huye hacia el pedregoso río*

(1) *Creso*. El quinto y último rey de Lidia, sucesor de Alyates, el año 557 antes de Jesucristo. Su corte era el abrigo de los filósofos y gentes de letras. Uno de ellos fué Solón, á quien Creso creyó asombrar manifestándole su palacio, los muebles, las alhajas y los tesoros. Solón mortificó el amor propio de este rey, que se tenía por el más feliz

Hermo, y no se avergüenza de que le tengan por cobarde.

ADIM. Hace muy bien, porque no quedaría en disposición de avergonzarse segunda vez.

Sóc. Pero si le pillan en la fuga, creo que le cueste la vida.

ADIM. No le queda otra suerte que esperar.

Sóc. En cuanto al protector del Estado, que se ha declarado tirano, no creáis que goza en magnífico reposo las ventajas de su dignidad, sino siempre inquieto y de pie sobre su tribunal, derriba á derecha y siniestra á todos aquellos de quienes desconfía.

ADIM. Si así no lo hace, no respondo de su seguridad.

Sóc. Veamos, pues, ahora cuál es la felicidad de este hombre y de la sociedad que crió semejante monstruo.

ADIM. Mucho lo deseo.

Sóc. ¿Desde luego en los días primeros de su dominación no halaga con sonrisa á todos cuantos encuentra, y aun llega á abrazarlos y decirles que en todo piensa menos en ser tirano, haciéndoles mil ofertas en público y en particular, absolviendo de todas las deudas y partiendo las tierras entre el

del mundo, con decirle : *A nadie llamemos feliz antes de su muerte.* Creso no tardó mucho tiempo en experimentar los reveses de la fortuna, perdiendo todas sus riquezas y prosperidad; porque habiendo salido contra Cyro con un ejército de más 400.000 hombres, fué vencido y obligado á retirarse á la capital, que poco después fué tomada, quedando prisionero de Cyro. A esta retirada aludirá tal vez Platón en lo que dice, que, según el oráculo, se retira y huye hacia el pedregoso Hermo sin avergonzarse de que le tengan por cobarde.

pueblo y sus favoritos, tratando á todo el mundo con una dulzura y una ternura de padre?

ADIM. Es como preciso que empiece de este modo.

Sóc. Mas cuando está asegurado de los enemigos de afuera, en parte por tratados, en parte por sus victorias, y se halla por este lado en paz y sosiego, siempre tiene cuidado de mantener algunas semillas de guerra, á fin que el pueblo sienta la necesidad que tiene de una cabeza.

ADIM. Esto es muy regular.

Sóc. Y sobre todo, á fin de empobrecerle con los impuestos que le carga, para que ocupado en acudir á su miseria diaria, no medite asechanzas contra su persona.

ADIM. Es evidente.

Sóc. Creo también que esto lo hace á fin de tener á mano un medio no sospechoso de deshacerse de aquellos que concibe pueden hacerle alguna oposición, y que sabe tienen el corazón demasiado libre para doblegarse á su voluntad, exponiéndoles á los golpes del enemigo en un día de combate. Por todos estos motivos es necesario que un tirano tenga siempre entre manos alguna guerra.

ADIM. Convengo en ello.

Sóc. Pero semejante conducta, ¿no es preciso que le haga odioso á sus súbditos?

ADIM. No puede menos.

Sóc. Y aun algunos de los que contribuyeron á su elevación, y logran para con él mucho valimiento, ¿no es verosímil que hablen entre sí con toda libertad sobre lo que pasa, y que los más atrevidos lleguen á quejarse á él mismo y á reprenderle?

ADIM. Es muy regular.

Sóc. Luego es preciso que el tirano los quite de en medio si quiere reinar en paz, y que, sin distinción de amigo ni enemigo, destruya á todos aquellos cuyo mérito le hace alguna sombra.

ADIM. Es cosa clara.

Sóc. Debe, pues, tener una vista muy perspicaz para discernir los que son esforzados, magnánimos, prudentes y ricos; y es tal su felicidad, que se ve reducido, quiera ó no quiera, á declararse por enemigo de ellos y armarles lazos á la continua, hasta tanto que haya purgado el Estado.

ADIM. ¡Bella purga por cierto!

Sóc. Hace lo contrario que los médicos, los cuales purgan los cuerpos quitando lo malo y dejando lo bueno.

ADIM. Mas entretanto debe hacerlo así, ó renunciar la tiranía.

Sóc. Luego se ve apremiado por la feliz necesidad que le presenta la elección de perecer ó tener que vivir con gentes sin mérito y sin virtud, de quienes aun no puede evitar el ser aborrecido.

ADIM. En verdad que es tal su situación.

Sóc. ¿Pero no es cierto que cuanto más odioso se haga á sus ciudadanos por sus crueldades, tanto tendrá mayor necesidad de un cuerpo de guardia más numeroso y más fiel?

ADIM. No puede menos.

Sóc. Mas ¿dónde encontrará él gente fiel, ó de dónde les hará venir?

ADIM. Como les pague bien, ellos vendrán volando á montones de todas partes.

Sóc. Por el Can de Egipto, que os entiendo. Queréis decir que le vendrán en jambres de zánganos de todos los países.

ADIM. Muy bien comprendisteis mi pensamiento.

Sóc. Pero ¿por qué no confiaría su persona á sus súbditos?

ADIM. ¿Cómo?

Sóc. Componiendo su guardia de esclavos, á quienes diese libertad después de haber quitado la vida á sus amos.

ADIM. Muy bien; y otro tanto más que estos esclavos serán enteramente adictos.

Sóc. ¡Cuán digna de envidiarse es la condición de un tirano, si le obliga á destruir los mejores ciudadanos y hacerse de sus esclavos sus amigos y confidentes!

ADIM. Pues no es posible tener otros.

Sóc. Estos nuevos ciudadanos se llenan de admiración para con su persona, los cuales son admitidos á su más íntima familiaridad, mientras que los hombres de bien le aborrecen y le huyen.

ADIM. No puede ser otra cosa.

Sóc. No en vano, pues, se celebra la tragedia como escuela de sabiduría, y á Eurípides que fué en ella aventajado.

ADIM. ¿Por qué causa?

Sóc. Porque Eurípides (1) pronunció en cierta

(1) *Eurípides*. Poeta trágico, nacido en Salamina, año 480 antes de Jesucristo. Fué discípulo de Pródico en la elocuencia, de Sócrates en la moral y de Anaxágoras en la física. Las persecuciones que se acarreó este último con sus desvarios filosóficos fueron causa que se disgustase de la filosofía y se entregase á la poesía dramática, para la cual le había dado naturaleza singular talento. Se encerraba en una cueva para componer sus tragedias, que fueron la admiración de toda Grecia y de los países extranjeros. Flo-

parte esta sentencia llena de un sentido profundo: *Los tiranos son sabios por el trato que tienen con los sabios.* Y sin duda quiso decir que los que componen su corte son otros tantos sabios.

ADIM. Es cierto que Eurípides y los otros poetas levantan la tiranía hasta los cielos en mil parajes de sus obras.

SÓC. Por tanto, estos poetas trágicos tienen el entendimiento muy bien puesto para llevar á mal que en nuestra república y en todos los Estados gobernados por nuestras máximas se les rehuse la entrada á causa de los elogios desmedidos que hacen de la tiranía.

ADIM. En cuanto yo puedo presumir, creo que los más racionales de entre ellos no se ofenderían de esta resistencia.

SÓC. Vayan ellos, pues, si les parece, á otros Estados, congregando el pueblo á oír sus piezas, alquilando las más bellas, las más fuertes y las más persuasivas voces para inspirar á la multitud el gusto de la tiranía y de la democracia.

ADIM. Vayan en hora buena.

SÓC. Es cierto que les resultará de sus afanes mucho dinero y mucha gloria; primeramente de

recía al tiempo mismo que Sófocles, y la emulación que se levantó entre ellos degeneró en enemistad. Aristófanes le sacrificó á la risa pública en términos que no pudiéndolo sufrir dejó á Atenas y se retiró á la corte de Arquelao, rey de Macedonia, que, según dice Solino, le hizo su primer ministro. Terminó su gloriosa carrera hacia el año 407 antes de Jesucristo, despedazado por los perros de dicho príncipe, que á lo que se cree le encontraron casualmente paseando en un bosque. De las 80 tragedias que compuso sólo llegaron á nosotros 19. La sentencia que aquí cita Platón se halla en los fragmentos de la *Antígona*, v. 10.

parte de los tiranos, como debe presumirse, y en cediendo lugar de parte de las democracias. Pero á medida que querrán tomar su vuelo hacia gobiernos más perfectos, su fama irá siempre en disminución, perderá el aliento y no podrá acompañarles hasta allá.

ADIM. Tenéis razón.

SÓC. Mas dejemos esta digresión que nos dilataría demasiado. Volvamos al tirano, y veamos de dónde sacará provisiones para mantener esta guardia hermosa, numerosa, varia y renovada á cada momento.

ADIM. Es evidente que empezará por despojar los templos, y mientras que la venta de las cosas sagradas le produzca fondos suficientes, cargará al pueblo los menos tributos que pueda.

SÓC. Muy bien; pero en agotándose este fondo, ¿qué hará?

ADIM. Entonces vivirá de los bienes de su padre, él, sus paniaguados, sus amigos y sus amigas.

SÓC. Ya os entiendo: queréis decir que el pueblo que dió vida al tirano, le mantendrá á él y á su comitiva.

ADIM. Le será preciso.

SÓC. Pero ¿y qué me decís, si el pueblo se indignase contra él y le dijese que no es justo que un hijo ya crecido y fuerte sirva de carga á su padre, sino al contrario, que el padre sea mantenido por su hijo; ni que le formó y le elevó para luego en creciendo tomarle por su amo, y servir de esclavo á sus esclavos, mantenerles á él, y á ellos, y á esta multitud de extranjeros que le rodean á la continua, sino que únicamente quiso libertarse por su medio del yugo de los ricos y de aquellos que en la ciudad

son tenidos por gente honrada y de bien; y así que le manda entonces que se retire con sus amigos, y deje el Estado, con la misma autoridad que un padre despide de su casa al hijo con los compañeros del desorden?

ADIM. Pardiez que entonces verá qué monstruo ha engendrado, criado y abrigado en su seno, y que en vano se esfuerza á expeler á uno que es más fuerte que lo es él.

Sóc. ¿Qué es lo que decís? ¡Qué! ¿El tirano se atrevería hacer violencia á su padre, y aun á maltratarle si no se daba á sus razones?

ADIM. ¿Quién duda que llegue á este extremo, después de haberle desarmado?

Sóc. Según esto, el tirano es un hijo desnaturalizado, es un parricida. Y esto es lo que yo llamo una tiranía abierta y declarada, en la cual el pueblo; según aquel dicho (1), por evitar el humo de una vana esclavitud de hombres libres, cae en el fuego del más cruel despotismo, y ve suceder la esclavitud más dura y más amarga, á una libertad excesiva y mal entendida.

ADIM. Este es un castigo debido á su locura que nunca deja de experimentar.

Sóc. ¿Podemos lisonjearnos que hemos explicado de un modo que satisfaga el tránsito de la democracia á la tiranía, y las costumbres de este gobierno?

ADIM. Sí, podemos lisonjearnos con razón.

(1) *Aquel dicho.* Κάπνον γε φεύγων εἰς τὸ πύρ παρέπεσον «Huyendo del humo caí en las brasas.» Proverbio griego que equivale al de los latinos, «incidit in Scylam, cupiens vitare Carybdim» y á nuestros castellanos, «huyendo del toro, cayó en el arroyo; huía del trueno y dióme el pedrisco», con otros semejantes.



COLOQUIO NONO.

Sóc. Réstanos ahora ver cómo el hombre tiránico se forma del democrático, cuáles son sus costumbres y modo de vivir, y si su suerte es feliz ó desgraciada.

ADIM. Esta es la única cosa que nos falta considerar.

Sóc. ¿Sabéis vos lo que yo quisiera aún?

ADIM. ¿Qué?

Sóc. A mi entender, no hemos explicado con bastante claridad la naturaleza y cualidades de las pasiones. Y mientras falte algo de este punto, el descubrimiento de lo que buscamos irá siempre mezclado con alguna obscuridad.

ADIM. Pues aun estamos á tiempo.

Sóc. Sin duda. Y ved, sobre todo, lo que desearía yo conocer de un modo más claro, reducido á esto. Entre los placeres y deseos superfluos, encuentro yo algunos que son criminales é ilegítimos. Los cuales nacen en el alma de todos los hombres;

pero algunos los enfrenan con las leyes y con otros deseos más arreglados y ayudados de la razón; de suerte que ó se extinguen del todo, ó quedan muy débiles y pocos en número. En otros, al contrario, estos deseos son en mayor número y al mismo tiempo más fuertes.

ADIM. ¿De qué deseos habláis vos?

SÓC. Hablo de aquellos que se levantan mientras dormimos, cuando la parte del alma que es la silla de la razón, que es dulce y tratable, y manda á todo el hombre, está como dormida, y la otra parte animal y feroz, incitada con los vapores de la comida y del vino, se rebela, y sacudiendo el sueño que quisiera aturdira, busca como escaparse y satisfacer sus apetitos brutales. Bien sabéis que esta parte del alma se atreve á todo en estos momentos, como si estuviese libre y exenta de las leyes de la sabiduría y del pudor, de suerte que se imagina entonces tener un comercio ilegítimo con su madre, y no se avergüenza; que nada distingue, ni Dios, ni hombre, ni bestia; que ningún homicidio, ningún alimento (1) le horroriza; en una palabra, que no hay acción por extravagante é impúdica que sea tras la cual no se vaya.

ADIM. Decís mucha verdad.

SÓC. Pero cuando alguno lleva una vida sobria y arreglada, y para entregarse al sueño atiza la antorcha de su razón, y dándole pábuio de reflexiones saludables, medita consigo mismo; cuando sin saciar la parte animal le concede lo que no puede

(1) *Alimento*. Por ejemplo, el comer carne humana. A lo menos este parece ser el sentido de esta expresión.—*Grou.*

rehusarle, á fin que viniendo á soporarse no perturbe ni con su alegría ni con su tristeza la parte intelectual del alma, sino que la deje, sola y desasida de los sentidos, dirigir sus miradas y sus deseos sobre lo que ignora, de lo pasado, de lo presente y de lo por venir; cuando apaciguada también la parte donde reside la ira, se acuesta sin tener el corazón lleno de odio ni rencor contra nadie; en fin, cuando todo duerme en él, salvo su razón que está despierta, entonces el espíritu ve de más cerca la verdad y se estrecha con ella de un modo más íntimo sin que se atraviesen fantasmas impuras ni sueños alborotados.

ADIM. Estoy persuadido.

Sóc. Acaso me dilaté demasiado en referir esto. Lo que importa solamente saber es que hay en cada uno de nosotros, aun en los que parecen más dueños de sus pasiones, una especie de deseos crueles, brutales, sin freno y sin ley, y que se dan á conocer mientras dormimos. Examinad, pues, si lo que yo digo es verdad, y si os conformáis en ello.

ADIM. Me conformo.

Sóc. Traed ahora á la memoria el retrato que hemos hecho del hombre democrático. Decíamos nosotros que en su juventud se había criado bajo de un padre serio y moderado, que no tenía en aprecio sino los deseos útiles y lucrativos, y se ocupaba poco de satisfacer los deseos superfluos, que no tienen otro objeto que el lujo y los placeres; ¿no es así?

ADIM. Ciertamente.

Sóc. Que acompañándose después con gentes menos austeras y entregadas á estos deseos frívolos

de los cuales acabo de hablar, tomó bien pronto aversión á las lecciones juiciosas de su padre, y se había abandonado á la disolución y al libertinaje; mas con todo, como lograba mejor natural que sus corrompedores, viéndose tirado de dos lados opuestos, habia tomado un medio entre su conducta y la de su padre, proponiéndose disfrutar los placeres con moderación y llevar una vida igualmente distante, según él pensaba, de la violencia servil y del desorden que no conoce ley, por cuyo medio, de oligárquico que antes era, se había convertido en democrático.

ADIM. Esto es verdad, y tal es la idea que comunmente se forma de un hombre de este carácter.

Sóc. Dad á este hombre ahora llegado ya á viejo un hijo criado en las mismas máximas.

ADIM. Muy bien.

Sóc. Imaginaos en seguida que le sucede á él lo mismo que sucedió á su padre, quiero decir, que se halle metido en una vida licenciosa, llamada libre por los que le seducen, y que por una parte su padre y sus parientes fomenten poderosamente la facción de los deseos moderados, mientras que de la otra estos encantadores hábiles que poseen el secreto de hacer tiranos, ayudan con todo su poder la facción contraria, hasta que, en fin, recurren al único medio que les queda para detener á este joven en su partido, es decir, de infundirle en su corazón un amor violento, director de ociosos y pródigos apetitos, y que no es otra cosa, en mi sentir, que un zángano grande y con alas. ¿Creéis vos, en efecto, que el amor de estas personas sea otra cosa que un zángano?

ADIM. Yo no creo que sea otra más que esto.

Sóc. Pero cuando las otras pasiones susurrando alrededor de este zángano, coronadas de flores, repletas á la continua de vinos y de perfumes, y entregándose en estas asambleas de disolución á los placeres más libres y más excesivos, le han criado y nutrido, y le han armado con el aguijón del deseo, desde entonces este tirano del alma, escoltado por la locura y el furor, no guarda ya moderación, sino que extermina y arroja lejos de su presencia cuantos sentimientos honestos y deseos virtuosos pudiesen quedar dentro de sí, hasta que borrados enteramente los vestigios del pudor y de la templanza se haya llenado de una locura nueva que antes no conocía.

ADIM. No puede hacerse más viva pintura del modo con que se forma el hombre tiránico.

Sóc. ¿No es acaso por esta razón que hace ya mucho tiempo que se le dió al amor el nombre de *tirano*?

ADIM. Es muy verosímil.

Sóc. Pues, amigo mío, todo hombre embriagado ¿no tiene también ideas y pensamientos tiránicos?

ADIM. Sí por cierto.

Sóc. Del mismo modo un frenético, un furioso, ¿no se imagina que puede mandar no sólo á los hombres, sino también á los dioses, y aun espera el conseguirlo?

ADIM. Y con mucha vehemencia.

Sóc. Luego, mi amado amigo, el hombre tiránico y su carácter está plenamente formado, cuando la naturaleza ó la educación ó una y otra juntamente llenaron su alma de embriaguez, de amor y de furor.

ADIM. Esto es verdad.

Sóc. Vos acabáis de ver cómo se forma este hombre. Mas pregunto ahora: ¿de qué modo vive?

ADIM. Yo os responderé como hacen los niños cuando juegan (1): vos seréis quien me lo diga.

Sóc. En hora buena. Creo sin duda que en adelante él y sus compañeros estarán siempre metidos en fiestas, juegos, festines, ramerías y en los placeres de toda especie que les sugerirá el amor tirano que se aloja dentro en su corazón y que gobierna con imperio todas las potencias del alma.

ADIM. Esto es como preciso.

Sóc. ¿Pero día y noche no brotarán en su interior una multitud de deseos indómitos é insaciables?

ADIM. Sin duda muchos.

Sóc. Luego sus rentas, si las tiene, pronto se agotarán en satisfacerlos.

ADIM. No puede dejar de ser.

Sóc. Tras esto vendrán los empréstitos y la disipación de todo su patrimonio.

ADIM. Es muy cierto.

Sóc. Y cuando ya nada le quede, ¿no se verá importunado por la multitud fogosa de pasiones recién anidadas en su ánimo, y acosado de sus agujijones, particularmente de aquel del amor á quien como á su general las otras pasiones sirven, por decirlo así, de guardia y de escolta, no correrá él aquí y allá como un energúmeno, buscando de

(1) *Juegan*. La expresión proverbial de los niños, *esto tú me lo dirás*: dice el P. Grou que no pudo descubrir en qué juego lo usaban; bien que al cabo dice que no importa mucho el saberlo.

todos lados donde hacer alguna presa, sorprendiéndola con artificio ó arrebatándola por fuerza?

ADIM. Seguramente que sí.

SÓC. Por tanto, se verá precisado á robar cuanto le venga á mano, ó á ser despedazado de los fuertes aguijonazos y crueles dolores.

ADIM. No hay medio.

SÓC. A la manera, pues, que las nuevas pasiones recién nacidas en su corazón sobrepujaron las antiguas y se enriquecieron con sus despojos, asimismo, aunque más joven, no querrá él tener más bienes que su padre y su madre y ampararse del patrimonio que les queda después de haber disipado su parte.

ADIM. ¿Pues por qué no?

SÓC. Y si sus padres no se lo consintiesen, ¿no intentaría desde luego robarles y engañarles?

ADIM. Sin disputa.

SÓC. Si este medio no le saliese bien, ¿no recurriría inmediatamente á la rapiña y á la fuerza abierta?

ADIM. Así lo pienso.

SÓC. Y si sus ancianos padres, oh amado mío, se oponen á su violencia y se resisten, ¿por fortuna los respetará y se contendrá de hacer con ellos alguna acción tiránica?

ADIM. Mucho me temo por los padres de este joven.

SÓC. Pero por Dios que me digáis, mi amado Adimanto, ¿por una nueva concubina á quien ama por capricho y sin razón, por un mancebo esclavo cuya belleza le habrá seducido y á quienes habrá metido en la casa paterna, creéis vos que se propase hasta poner su atrevida mano sobre el padre y

la madre, sin ningún respeto á su avanzada edad, ni á los derechos antiguos y naturales que tienen ellos sobre su corazón, y hasta quererles obligar á que sirvan al objeto de sus amores?

ADIM. Pardiez que no tengo la menor duda.

SÓC. ¡Dicha, pues, grande para unos padres haber dado á luz un hijo de este carácter tiránico!

ADIM. No creo que sea mucha.

SÓC. Pero que, cuando haya consumido todos los bienes de su padre y de su madre, y el enjambre de pasiones se haya multiplicado y fortificado en su corazón, ¿no se verá reducido á romper las paredes de las casas, á robar capas en alta noche y á despojar los templos? Y entre todo este tropel de cosas, los sentimientos de honor y de probidad que se le habían inspirado en su niñez desaparecerán, y las pasiones recién libertadas del yugo, sirviendo de escolta al amor, se harán señoras de su corazón; estas mismas pasiones que cuando estaba sujeto á la autoridad de las leyes y á la voluntad de su padre no osaban desatarse sino durante el sueño, cuando el amor se haya hecho dueño y tirano suyo le provocarán cien veces al día á cometer las mismas acciones á las cuales rara vez le incitaban antes durante la noche. Ningún homicidio, por cruel que sea, ninguna especie de disolución, ningún crimen le contendrá; el amor tiránico reinará sólo en su corazón, introduciendo en él la anarquía y el desprecio de las leyes, y mirando á esta alma como un Estado del cual se apoderó, la obligará á cometerlo todo y atreverse á todo para encontrar con que mantenerle á él y á esta tumultuosa multitud de pasiones que lleva siempre consigo, unas venidas de

afuera por las malas compañías, otras nacidas en su seno á las cuales soltó las riendas por sus desórdenes y por la licencia que les concedió. ¿No es ésta por su desgracia la vida que lleva?

ADIM. La misma.

Sóc. Y si en un Estado se encuentran pocos ciudadanos de este carácter, y los otros son sabios y arreglados en sus costumbres, saliéndose de allí se pondrán al servicio de algún tirano, ó si hubiese guerra en alguna parte venderán sus socorros á precio de plata; pero si viviesen ellos en el Estado en medio de la tranquilidad y de la paz, cometerán allí una multitud de pequeños males.

ADIM. ¿De qué males habláis?

Sóc. Por ejemplo, robarán, romperán paredes, cortarán bolsas, despojarán pasajeros, serán sacrílegos y raptores. Si tienen alguna elocuencia, serán calumniadores, atestiguarán en falso y venderán su voto al que más ofrezca.

ADIM. ¿Esto es lo que vos llamáis pequeños males y lo que ellos harán si son pocos en número?

Sóc. Sí; las cosas pequeñas, como vos sabéis, no son tales sino comparadas con las grandes; y en realidad todos estos males, cotejados con los que sufre un Estado oprimido por la malicia de un tirano, según lo del proverbio, no les llegan con mucho (1), ora se les considere en sí mismos, ora en sus

(1) *Con mucho*. Se sobreentiende τοῦ σκοποῦ, *no acercarse con mucho al blanco*, proverbio usado entre los Griegos tanto con las frases negativas como con las afirmativas πυγχάνειν τοῦ σκοποῦ, *dar en el blanco*, y otras que encierran el mismo sentido.

funestos efectos. Porque cuando una ciudad tiene en su recinto muchos ciudadanos de este carácter, y su partido viniéndose á engrosar cada día por los muchos que se les juntan, sienten ellos su número y sus fuerzas; ayudados entonces por un populacho insensato, son ellos mismos los que dan al Estado por tirano aquel de entre ellos cuyo corazón está tiranizado por las pasiones más fuertes y más imperiosas.

ADIM. La elección está muy bien hecha, porque semejante sujeto debe manejarse perfectamente en el oficio de tirano.

SÓC. El mejor partido que el Estado puede tomar entonces es recibirle sin resistencia; si no, al menor movimiento que haga se levantará contra su patria con las mismas violencias que usó contra su padre y su madre, y la maltratará en lo posible entregándola en poder de los jóvenes disolutos que le siguen, y reduciendo en un todo por este medio á la más dura esclavitud á esta patria que, por valerme de la expresión de los Cretenses, es para él otro padre y otra madre, y vendría á ser tal el padrero y el fin de los deseos de este hombre.

ADIM. Tenéis mucha razón.

SÓC. ¿Pero acaso es necesario siempre que semejantes monstruos se hallen al frente de un Estado para darse á conocer? ¿No se muestran frecuentemente tales cuales son en una condición privada? Primeramente ó andan rodeados casi siempre de una multitud de aduladores prontos á obedecerles en todo, ó sometiéndose ellos mismos á los otros mientras que los necesitan, no hay cosa que no hagan para persuadirles su entero rendimiento como si fuesen cosas propias; pero apenas han logrado lo

que desean, cuando su amistad para con ellos se convierte en indiferencia y extrañamiento.

ADIM. No hay cosa más común.

SÓC. Así pasan toda su vida sin ser amigos de nadie, dueños ó esclavos de la voluntad de otro; y ved aquí el distintivo del carácter tiránico, no conocer ni la verdadera libertad, ni la verdadera amistad.

ADIM. Esto es cierto.

SÓC. Por ventura, ¿no diríamos con razón de esta especie de gentes que son hombres sin fe?

ADIM. ¿Por qué no?

SÓC. Como también injustos hasta lo sumo, si lo que hemos dicho más arriba acerca de la justicia es verdadero.

ADIM. No puede dudarse que lo sea.

SÓC. Recapitulemos, pues, los diferentes rasgos que constituyen un malvado completo. Si es que existe, debe ser tal, despierto, cual nosotros le pintamos poco hace estando dormido.

ADIM. No hay duda.

SÓC. Por tanto, éste debe ser aquel que con el natural extremadamente tiránico llegase además á revestirse de la autoridad de tirano, y cuanto más viviese en el ejercicio de la tiranía, tanto vendría á ser más malo.

GLAUC. Esta es una consecuencia necesaria.

SÓC. Pero si es el más malo de los hombres, ¿no será también el más infeliz? ¿Y no lo será otro tanto más cuanto hubiese ejercido la tiranía por más tiempo y de un modo más despótico? Hablo por lo que es en realidad, y no según las varias opiniones del vulgo.

G AUC. Preciso es que la cosa sea así.

Sóc. La condición, pues, del hombre tiranizado por sus pasiones, es la misma que la de un Estado oprimido por un tirano, y por la misma razón la condición del hombre democrático se parece á la de un Estado republicano, y así de las otras.

GLAUC. Sin disputa.

Sóc. Y lo que un Estado es respecto de otro Estado en orden á la virtud y á la felicidad, es uno de estos hombres respecto de otro.

GLAUC. No hay duda.

Sóc. Pero ¿cuál es el Estado gobernado por un tirano respecto al Estado monárquico tal como nos le hemos representado más arriba?

GLAUC. Hay entre estos dos gobiernos una entera oposición; el uno es muy bueno, el otro malísimo.

Sóc. No me detendré en preguntaros cuál de los dos es el bueno, porque esto es evidente. Pero sí quiero que me digáis si creéis que el muy bueno es también muy feliz y el malísimo muy desgraciado. Y no nos dejemos deslumbrar por la felicidad aparente del tirano, echando únicamente los ojos sobre su persona y sobre los pocos favoritos que le rodean; entrémonos como es debido por el Estado, registrémosle todo entero, penetremos por todas partes y descubramos luego nuestra opinión por lo que habremos visto.

GLAUC. No pedís sino una cosa muy justa. Y es notorio á todo el mundo que no hay ciudad más miserable que la que obedece á un tirano, ni tampoco más feliz que la gobernada por un rey.

Sóc. ¿Y haría yo mal en exigir que se tomen las mismas precauciones cuando se trate de hacer juicio sobre la felicidad de los particulares, y pre-

tender que no se dé crédito, sino á la decisión de aquel que es capaz de penetrar hasta en lo interior del hombre y no dejarse engañar como un niño de apariencias y exterioridades pomposas y tiránicas, de las cuales se revisten para imponer á la multitud, sino que se pese y se examine todo? Si pues pretendiese yo que nosotros no debemos escuchar en la cuestión presente otro juez que aquel que á las luces del espíritu junta las de la experiencia, que ha vivido con los tiranos, ha presenciado las interioridades de sus casas y familias, y les ha visto despojados de los atavíos y pompa de teatro que llevan en público y que sabe qué impresión hace en ellos la vista de los riesgos á los cuales el Estado está expuesto á la continua, ¿haría bien, digo yo, en no permitir que diese otro que éste el parecer sobre la felicidad ó la miseria de la condición del tirano comparada con la de los demás?

GLAUC. No podríais escoger otro juez mejor.

SÓC. ¿Queréis, pues, que supongamos por un instante que nosotros estamos en disposición de juzgar y que hemos vivido harto tiempo (1) con ellos para conocerles á fondo, á fin que tengamos alguno que pueda responder á nuestras preguntas?

GLAUC. Mucho lo deseo.

(1) *Harto tiempo.* Platón mejor que ninguno otro estaba en disposición y tenía más derecho de decidir sobre la condición de los tiranos. Se sabe que estuvo algún tiempo en la corte de los dos Dionisios de Siracusa y que aun fué admitido á su más íntima familiaridad, y que si se hubiesen seguido sus consejos, el palacio del tirano se hubiera convertido en escuela de filosofía. Quería ejecutar en Siracusa el plan de su república, pero sus lecciones no pudieron hallar acogida en almas y corazones corrompidos.—*Grou.*

SÓC. Seguidme, pues, con cuidado; y acordándoos de los rasgos de semejanza que se encuentran entre el Estado y el particular, consideradles uno tras otro, y decidme cuál debe ser la situación de cada uno.

GLAUC. ¿Respecto á qué?

SÓC. Empezando por el Estado, ¿diréis vos de una ciudad sujeta á un tirano que es libre, ó esclava?

GLAUC. Yo digo que ella es esclava lo más que puede serlo.

SÓC. Con todo, veis en esta ciudad gentes libres y dueñas de sus acciones.

GLAUC. Sí, las veo, pero en muy pequeño número; y á decir verdad, la mayor y más honrada parte de los ciudadanos está reducida á una dura y vergonzosa esclavitud.

SÓC. Si pues el hombre particular corre parejas con el Estado, ¿no es preciso que pasen por él las mismas cosas y que gima su alma en una esclavitud baja y vergonzosa, sometiéndose la más noble parte de esta alma á los caprichos de la parte más despreciable, más perversa y más furiosa?

GLAUC. No puede menos.

SÓC. Mas, ¿qué diréis vos de una alma en este estado? ¿Es ella libre ó esclava?

GLAUC. Yo digo que esclava.

SÓC. Pues una ciudad esclava y dominada de un tirano, no hace en nada lo que quiere.

GLAUC. Ciertamente que no.

SÓC. Del mismo modo, hablando en general, una alma tiranizada tampoco hace lo que quiere, sino que arrastrada á la continua por la violencia de sus pasiones, estará siempre llena de turbación y arrepentimiento.

GLAUC. No tiene duda.

SÓC. Pero la ciudad donde reina un tirano ¿es necesario que sea rica, ó pobre?

GLAUC. Pobre.

SÓC. Luego una alma tiranizada es preciso que también sea pobre é insaciable.

GLAUC. Así es.

SÓC. ¿Y no es aún necesario que este Estado y este particular se vean llenos de un miedo y pavor continuo?

GLAUC. Seguramente.

SÓC. ¿Creéis vos que puedan encontrarse en otra ciudad más lamentos, más suspiros, más gemidos y dolores más amargos?

GLAUC. Creo que no.

SÓC. ¿O en algún otro hombre, quienquiera que sea, más que en este hombre tiránico, á quien el amor y las otras pasiones hicieron furioso?

GLAUC. De ningún modo puede ser.

SÓC. Pienso, pues, que poniendo vos los ojos en estos males y en otros muchos más, habéis juzgado ya que esta ciudad era la más infeliz de todas las ciudades.

GLAUC. ¿No he tenido razón?

SÓC. Y mucha. Pero echando la vista sobre estos mismos males que experimenta el hombre tiránico, ¿qué decís vos de él?

GLAUC. Yo digo que es el más miserable de todos los hombres.

SÓC. Os engaños en esto.

GLAUC. ¿Por qué?

SÓC. Porque no es aún tan miserable como puede serlo.

GLAUC. Pues ¿quién lo será?

Sóc. Acaso aquel que os voy á decir os parecerá mas infeliz que éste.

GLAUC. ¿Quién es?

Sóc. Este es aquel, que, estando ya tiranizado por sus pasiones, no vive en condición privada, sino que su mala fortuna le presenta la ocasión favorable de llegar á ser tirano.

GLAUC. Por lo que dejamos dicho más arriba, conjeturo que vos tenéis razón.

Sóc. Esto puede ser; mas en una materia de tanta importancia, cuando se trata nada menos que de examinar en qué consiste la felicidad y miseria de la vida, no debemos detenernos en conjeturas, sino llevar, si ser puede, la cosa á un entero convencimiento.

GLAUC. Decís muy bien.

Sóc. Notad, pues, si discurro con exactitud. Para juzgar bien de la condición del tirano me parece que se deben considerar estas cosas.

GLAUC. ¿Qué cosas?

Sóc. A él le sucede lo mismo, á proporción, que á los ricos particulares que tienen muchos esclavos; porque ellos tienen de común con los tiranos, que mandan á muchos; la diferencia solamente está en el número, que el de éstos es mayor que no el de aquéllos.

GLAUC. Esto es verdad.

Sóc. Vos sabéis que estos particulares viven tranquilos y nada temen de parte de sus esclavos.

GLAUC. ¿Qué tendrían ellos que temer?

Sóc. Nada; pero ¿sabéis vos la razón?

GLAUC. Sí. Es porque todo el Estado vela por la seguridad de cada ciudadano.

Sóc. Muy bien. Pero si algún dios transpor-

tase de en medio de la ciudad á uno de estos hombres que tienen en su servicio cincuenta ó más esclavos, con su mujer y sus hijos, y le estableciese con sus bienes y toda su casa en una vasta soledad donde nadie pudiese esperar socorro de ningún hombre libre, ¿con cuánto temor creéis que estaría siempre de percer á manos de sus esclavos, él, su mujer y sus hijos?

GLAUC. Creo que con el mayor del mundo.

SÓC. Luego se vería reducido á halagar con bajeza á algunos de entre ellos, á ganarles la voluntad á fuerza de promesas, á libertarles sin que lo hubiesen merecido; en una palabra, á convertirse en adulator de sus esclavos.

GLAUC. En gran necesidad se vería de pasar por esto ó consentir en percer.

SÓC. ¿Qué sería, pues, si este mismo dios pudiese alrededor de su establecimiento otras muchas gentes determinadas á no sufrir que un hombre ejerciese ningún imperio sobre sus semejantes, y dispuestas á castigar con las penas más rigurosas al que formase semejante empresa si le habían á las manos?

GLAUC. Rodeado por todas partes de tantos enemigos, creo que aun estaría en mucho más riesgo de perder la vida.

SÓC. ¿Por desgracia, pues, no está encadenado el tirano en semejante prisión? Cuyo carácter, siendo cual le hemos pintado, ¿no debe vivir agitado á la continua, lleno de temores y deseos de toda especie? Pero por ansiosa que sea su curiosidad, no puede ausentarse de la ciudad un solo día como los otros ciudadanos, ni asistir á los espectáculos que llamen su atención. Encerrado en el recinto de su

palacio como una mujer, envidia la suerte de sus súbditos cuando sabe que saliendo fuera han visto cosas dignas de aprecio.

GLAUC. Todo esto es verdad.

SÓC. Mas sobre estos males comunes, á todos los tiranos, el hombre dominado de sus pasiones, á quien habéis juzgado por el más miserable de los hombres, experimenta otros que le son propios, cuando la suerte le obliga á dejar la vida privada y le eleva á la condición de tirano, y siendo incapaz de gobernarse á sí mismo, intenta mandar á los demás. Su condición se parece á la de un médico que, juntado á una complexión delicada la incapacidad de gobernarse á sí mismo, en lugar de no ocuparse de otra cosa que de su salud, se viese obligado á luchar toda su vida contra las enfermedades de los otros cuerpos y trabajar en su curación.

GLAUC. Esta comparación, Sócrates, es muy exacta y muy cierta.

SÓC. Semiejaute situación, mi amado Glaucón, ¿no es la más triste que puede imaginarse, y la condición de tirano no añade nuevos grados de miseria á los males de aquel que vos teníais ya por muy infeliz?

GLAUC. Convengo en ello.

SÓC. Luego no consultando sino con la verdad, cualquiera que ser pueda sobre este punto la opinión de los hombres, el verdadero tirano es un verdadero esclavo, y un esclavo sujeto á la mayor bajeza y más dura servidumbre, y un vil adulator de los hombres más malos. El cual jamás puede satisfacer sus pasiones; siempre lo que le falta le importa mucho más que lo que posee, y quien supiese registrar su alma toda entera, encontraría

que es verdaderamente pobre, á la continua penetrado de temor y perpetuamente atormentado de dolores y angustias. Tal es su situación, si es verdad que se asemeja á la del Estado que gobierna; pues lo cierto es que se le parece. ¿Qué decís vos?

GLAUC. Y mucho.

Sóc. Añadamos á tantas miserias lo que habemos ya dicho, que de día en día se hace necesariamente, por razón de su mando, más envidioso, más pérfido, más injusto, más impío, más sin amigos, y en cuyo corazón se alojan y fomentan todos los vicios; por todo lo cual se sigue que es el más infeliz de todos los hombres, y que comunica por grados su desdicha á los que más se le acercan.

GLAUC. Ningún hombre de juicio os contradecirá en este punto.

Sóc. Ahora, pues, considerándolo bien todo, haced el oficio de juez, y pronunciad sentencia sobre la felicidad de estas cinco especies de caracteres: el real, el timocrático, el oligárquico, el democrático y el tiránico, señalando á cada uno de ellos el grado de felicidad que creéis vos que merece.

GLAUC. El juicio es fácil de hacer. Doy á cada uno más ó menos virtud, más ó menos felicidad, como á los coros, según el orden en que se nos han presentado.

Sóc. ¿Queréis vos que alquilemos un pregone-ro, ó que yo mismo publique en alta voz que el hijo de Aristón ha declarado que el más feliz de los hombres es aquel que es más justo y más virtuoso, es decir, aquel que es verdaderamente dueño de sí mismo y que se gobierna por los principios del Estado monárquico; y que el más desgraciado

es el otro que es más injusto y más perverso, es decir, aquel que siendo de un carácter muy tiránico ejerce sobre sí mismo y sobre el Estado la más cruel tiranía?

GLAUC. Yo os prometo el publicarlo.

SÓC. Mas por suerte, añadiré yo, ¿aun cuando los hombres y los dioses no tuviesen ningún conocimiento de la justicia del primero y de la injusticia del segundo?

GLAUC. Añadido.

SÓC. En hora buena. Vednos, pues, que hemos llegado al descubrimiento de aquello que buscábamos. Ahora, si gustáis, voy á daros una segunda demostración de la verdad misma.

GLAUC. Decidla.

SÓC. Supuesto que como el Estado está dividido en tres cuerpos, así el alma de cada uno de nosotros está también dividida en tres partes, nosotros vamos, según me parece, á sacar de aquí una nueva prueba.

GLAUC. ¿Cuál es?

SÓC. La que voy á decir: escuchadme. Siendo tres las partes del alma, corresponde que sean tres también los placeres, cada uno propio de la suya; y lo mismo sus deseos, y su gobierno aparte.

GLAUC. Explicaos.

SÓC. Una de estas partes es la razón, instrumento de los conocimientos del hombre: la segunda es el apetito irascible: la tercera tiene demasiadas formas diferentes para poderla comprender bajo de un solo nombre particular; pero se la señala comunmente por lo que contiene más notable y prevalece más en ella. Apetito concupiscible la hemos llamado, á causa de la violencia de los deseos que

nos arrastran tras la comida y la bebida, tras los deleites sensuales y los otros placeres de los sentidos, y también la nombramos avarienta, por ser el dinero el medio más eficaz para satisfacer estas especies de deseos.

GLAUC. Hemos tenido razón.

SÓC. Luego si dijésemos que es un amor, un deseo inmoderado de la ganancia, ¿este punto capital no nos serviría acaso para fijar la noción y darnos una idea clara de esta parte del alma, cuando tuviésemos que hablar de ella? ¿Qué otro nombre, en efecto, le conviene mejor que el de espíritu avariento y usurero?

GLAUC. Yo no encuentro otro.

SÓC. Pero qué, ¿del apetito irascible no diríamos bien que nos incita á dominar, vencer y quedar superiores sobre todos, y á distinguirnos con acciones gloriosas?

GLAUC. Y con gran fuerza.

SÓC. Con justo título podemos, pues, llamarle espíritu intrigante y ambicioso.

GLAUC. Este nombre le conviene perfectamente.

SÓC. Por lo que hace al órgano de nuestros conocimientos, es notorio á todos que está destinado por entero á conocer la verdad cual ella es, y que se ocupa muy poco de las riquezas y de los honores.

GLAUC. Esto es cierto.

SÓC. Con propiedad, pues, le llamaríamos espíritu filosófico y amigo de saber.

GLAUC. No tiene duda.

SÓC. Luego según la diferencia del carácter que le cupo á cada alma, unas se dejan dominar por este espíritu, otras por uno de los otros.

GLAUC. Es así.

SÓC. Por esto decimos nosotros que son tres los principales caracteres de los hombres, el filósofo, el ambicioso y el avaro.

GLAUC. Muy bien.

SÓC. Y tres especies de placeres, análogas á cada uno de estos caracteres.

GLAUC. No hay duda.

SÓC. Si preguntáis á cada uno de estos hombres en particular cuál de éstas es la vida más feliz, no ignoráis que cada uno de ellos os diría que ésta es la suya; porque el avaro colocaría el placer de la ganancia sobre todos los placeres, y despreciaría la ciencia y los honores, á menos que esto no le sirviese de medio para allegar riquezas.

GLAUC. Esto es verdad.

SÓC. ¿Qué diría el ambicioso por su parte? ¿No trataría de bajeza el placer que se halla en acumular tesoros, y de humo y vanidad el que resulta del estudio de las ciencias, á excepción de aquellas que pueden convertirse en honor y en gloria suya?

GLAUC. Así sucede.

SÓC. En cuanto al filósofo, decimos con toda seguridad que no hace ningún caso de todo lo demás, en comparación del placer que le resulta del conocimiento de la verdad pura; y que con su aplicación continua al estudio, procura disfrutar más y más el gozo de este placer; mirando los demás deleites como otras tantas necesidades á las cuales no debe prestarse uno, sino en cuanto lo exigen las urgencias de la naturaleza.

GLAUC. Estoy muy persuadido.

SÓC. Ahora, pues que se trata de decidir cuál

de estas tres especies de placeres y de condiciones es, no digo la más honesta ó más torpe, la mejor ó la peor en sí, sino la más agradable y más dulce, ¿cómo en estos tres respectos opuestos podremos saber de qué parte se encuentra la verdad?

GLAUC. Yo no sé cómo valerme.

SÓC. Probemos, pues, de este modo. ¿Cuáles son los medios que se requieren para juzgar bien? ¿No es por suerte la experiencia, la prudencia y el raciocinio? ¿O á dicha podrían seguirse mejores guías, cuando se trata de hacer un juicio?

GLAUC. No por cierto.

SÓC. Atended, pues. ¿Quién de estos tres hombres tiene más experiencia de las tres especies de placeres de que acabamos de hablar? ¿Creéis vos que el avaro, si se aplicase por un momento al conocimiento de la verdad, fuese más experto para juzgar de la naturaleza del placer que acompaña á la ciencia, que lo es el filósofo para juzgar de aquel que causa la ganancia?

GLAUC. Ni con mucho. Porque el filósofo desde niño se vió más de una vez en ocasión de probar el placer del interesado; pero éste jamás se halla en la feliz necesidad de gustar cuán dulce es el placer de conocer la naturaleza de las cosas, ni de adquirir la experiencia, y siendo este placer superior á sus alcances, haría vanos esfuerzos por conseguirle.

SÓC. De consiguiente, el filósofo es más experimentado en entrambos placeres que el avaro.

GLAUC. No hay comparación de uno á otro.

SÓC. ¿No conoce también por experiencia el placer afecto á los honores, mejor que el ambicioso conoce el placer que acompaña á la sabiduría?

GLAUC. Sin duda, pues que cada uno de ellos

está segura de ser honrado, si consigue aquello que se propone. Porque las riquezas tienen sus admiradores, como el esfuerzo y la sabiduría: de modo que respecto del placer que hay en ser honrado, todos tres tienen igual experiencia. Pero es imposible que otro alguno que el filósofo perciba el placer que en sí encierra la contemplación de la esencia de las cosas.

SÓC. Luego por lo que hace á la experiencia, el filósofo está en estado de juzgar mejor que los otros dos.

GLAUC. Sin disputa.

SÓC. Y es también solo el que á las luces de la experiencia junta las de la ciencia.

GLAUC. ¿Quién duda?

SÓC. En cuanto al órgano, pues, con que se debe juzgar no es propio ni del avaro, ni del ambicioso, sino de solo el filósofo.

GLAUC. ¿Cuál es este órgano?

SÓC. ¿No es así, que hemos dicho que éste era el raciocinio?

GLAUC. Es cierto.

SÓC. Luego las razones son, propiamente hablando, las armas del filósofo.

GLAUC. Es evidente.

SÓC. Si las riquezas, pues, y la ganancia fuesen la más justa regla para juzgar bien de las cosas, lo que alabare ó despreciare el avaro sería en efecto más digno de estimación ó de desprecio.

GLAUC. Es como preciso.

SÓC. Pero si lo fuesen los honores, el esfuerzo y las victorias, ¿no deberíamos atenernos á la decisión del hombre intrigante y ambicioso?

GLAUC. Claro está. Mas supuesto que á la ex

perencia, á la prudencia y á la razón les corresponde pronunciar, no podemos dejar de reconocer que lo que se lleva la atención del filósofo y del amigo de la razón es verdaderamente apreciable.

Sóc. Luego de las tres especies de placeres de que se trata, el más dulce y agradable es el que experimenta la parte del alma instrumento de nuestros conocimientos; y el hombre que le da á esta parte todo el imperio sobre sí mismo, es el que pasa la vida más deliciosa.

GLAUC. No puede menos. Pues que si el sabio celebra la felicidad de su estado, es porque él solo tiene derecho de hacerlo.

Sóc. ¿Qué vida y qué placeres pondrá este árbitro en segunda clase? Evidente es que los del guerrero y del ambicioso, que se acercan mucho más al suyo que los del avaro, á los cuales, según parece, les dará el último lugar.

GLAUC. No tiene duda.

Sóc. Tenemos ya, pues, dos victorias consecutivas en las cuales el justo venció al injusto. A conseguir va una tercera, por la cual dará gracias á Júpiter conservador y Olímpio, como se practica en los juegos olímpicos. Advertid, en efecto, que cualquier otro placer que el del sabio, no es un placer real, ni un placer puro; sino al contrario, una sombra, una fantasma de placer, según me acuerdo de haberlo oído de uno de los sabios. Siendo esto así, la derrota del injusto es entera y completa.

GLAUC. Seguramente; pero ¿qué pensáis vos?

Sóc. Acaso lo encontraré, examinando los dos juntos lo que se debe pensar: respondedme.

GLAUC. Preguntad.

Sóc. ¿No hemos dicho que el dolor es contrario al placer?

GLAUC. Sí.

Sóc. ¿No hay también un estado del alma en que no experimenta ni placer ni dolor?

GLAUC. Ciertamente le hay.

Sóc. Este estado que ocupa el medio entre estos dos sentimientos opuestos, ¿no consiste en cierta calma en que se siente el alma respecto de entrambos? ¿No es este vuestro pensamiento?

GLAUC. El mismo.

Sóc. ¿Tenéis presente los discursos que de ordinario tienen los enfermos cuando padecen algún mal?

GLAUC. ¿Qué discursos son éstos?

Sóc. Que no hay mas dulce bien que la salud; pero que no conocían cuán apreciable fuese antes de estar enfermos.

GLAUC. Muy bien me acuerdo.

Sóc. ¿No oís vos decir también á los que padecen algún tormento, que no hay cosa más dulce que dejar de padecerle?

GLAUC. Esto es verdad.

Sóc. Y vos veréis que en todos los acontecimientos molestos de la vida tienen los hombres el mismo lenguaje. ¿Están ellos tristes? verse libre de tristeza es para ellos el bien más apetecible. No es la alegría la que miran entonces como lo más delicioso, sino esta quietud del alma en que no siente ella ni alegría ni pesar.

GLAUC. Es porque esta situación sería dulce y amable para ellos, en comparación de aquella en que se hallan.

Sóc. Por la razón contraria, la cesación del

placer sería una pena para aquel que vivía antes en la alegría.

GLAUC. Así debe ser.

Sóc. Por tanto, esta calma del alma, que poco antes decíamos que ocupaba el medio entre el placer y el dolor, nos parece ahora lo uno y lo otro.

GLAUC. Así es.

Sóc. Pero ¿por ventura es posible que lo que ni es uno, ni es otro sea alguna vez lo uno y lo otro?

GLAUC. Pienso que no.

Sóc. El placer y el dolor ¿son entrambos á dos un movimiento del alma, ó no?

GLAUC. En efecto lo son.

Sóc. ¿Pero no acabamos de decir que este estado en que no se siente ni placer ni dolor es un reposo del alma y no sé qué medio entre estos dos sentimientos?

GLAUC. Es evidente.

Sóc. ¿Cómo, pues, se puede creer razonablemente que la negación del dolor sea un placer, y la negación del placer un dolor?

GLAUC. De ninguna manera.

Sóc. Por consiguiente, este estado de reposo en sí mismo ni es agradable ni molesto, sino que parece agradable comparado con el dolor, y molesto comparado con el placer. Y en todas estas fantasmas nada hay que represente el placer real, pues todo no es otra cosa que un prestigio.

GLAUC. A lo menos la razón nos incita á creerlo.

Sóc. A fin, pues, que en la presente disputa no os quede motivo ninguno de pensar que el placer no es otra cosa que una cesación de pena, y la

pena una cesación de placer, considerad uno de estos placeres que no vienen á continuación de algún dolor.

GLAUC. ¿Dónde están y cuál es su naturaleza?

SÓC. Los hay de muchas y varias especies; pero, si gustáis, os ruego que consideréis particularmente los del olfato. La sensación deliciosa que ellos excitan en el alma, no es precedida de ningún dolor; y cuando llega á cesar no deja tras sí tampoco dolor ninguno.

GLAUC. Es mucha verdad.

SÓC. No nos dejemos, pues, persuadir que el placer puro consiste en estar exento de dolor, ni el dolor en estar exento de placer.

GLAUC. Por cierto que no.

SÓC. Pues la mayor parte de sensaciones, aún de las más vivas, que entran hasta el alma por medio de los sentidos, y se llaman placeres, son de esta naturaleza; á saber, verdaderas cesaciones de dolor.

GLAUC. En efecto lo son.

SÓC. ¿Y no sucede lo mismo respecto de los presentimientos de alegría y de dolor causados por la esperanza de alguna sensación agradable ó enojosa?

GLAUC. Sí.

SÓC. ¿Sabéis vos lo que debe pensarse de estos placeres, y á qué se pueden comparar?

GLAUC. ¿A qué?

SÓC. ¿No sabéis que hay en este universo una región alta, una baja y otra media?

GLAUC. Sí por cierto.

SÓC. ¿Pensáis, pues, que si alguno pasase de la región baja á la media, no se imaginaría subir á

la alta? Y si cuando hubiese llegado al medio volviese los ojos al punto de donde salió, ¿qué otro pensamiento podría tener, sino que está en lo alto, no habiendo jamás subido ni visto la verdadera región alta?

GLAUC. A fe mía que el tal hombre no podría imaginarse otra cosa.

SÓC. Mas si volviese á caer de allí á la región baja, creería bajar, y en verdad que no se engañaría.

GLAUC. Ciertamente que no.

SÓC. ¿A qué puede atribuirse su error, sino á la ignorancia en que está de la región verdaderamente alta, de la media y de la baja?

GLAUC. Es muy cierto que su error no proviene de otra cosa.

SÓC. ¿Os admiraríais, pues, que hombres que no conocen la verdad se formen ideas poco exactas de mil cosas, y en particular del placer y del dolor y de lo que ocupa el medio entre éstos, de suerte que cuando pasan al dolor crean ellos padecer y en realidad padezcan, pero cuando del dolor pasan al estado medio, se persuadan ellos que llegaron al completo goce del placer? ¿Es de admirar que gentes que nunca experimentaron el verdadero placer y que no consideran el dolor, sino por la oposición con la cesación del dolor se engañen en sus juicios, casi lo mismo que aquel que viendo lo prieto á par de lo negro, lo tomase por blanco, de que no tiene idea ninguna?

GLAUC. Pardiez que no hay en esto nada que admirar; antes bien me sorprendería que sucediese de otro modo.

SÓC. Haced ahora reflexión sobre lo que voy á

deciros. El hambre, la sed y las otras necesidades naturales, ¿no son cierta especie de vacíos en el cuerpo?

GLAUC. No hay duda.

SÓC. ¿Igualmente la ignorancia y la imprudencia no son un cierto vacío en el alma?

GLAUC. Mucho que sí.

SÓC. ¿No se llenan los primeros vacíos tomando alimento, y el segundo adquiriendo entendimiento?

GLAUC. Sin duda.

SÓC. ¿Cuál es el henchimiento más real, el que se hace de cosas que tienen más realidad, ó aquel que se hace de las que tienen menos?

GLAUC. Claro está que es el primero.

SÓC. Pues el pan, la bebida, los manjares, y en general todo lo que es de alimento al cuerpo, ¿tiene acaso más realidad, participa más de la verdadera esencia que las opiniones verdaderas, la ciencia, la inteligencia, y, en una palabra, que todas las virtudes? Ved por dónde se debe juzgar. Lo que participa del ser verdadero, inmortal, inmutable; lo que es al mismo tiempo modificación de una sustancia de la misma naturaleza, ¿no tiene más realidad que aquello que participa de una naturaleza sujeta á corrupción y á mudanza, y afecta á una sustancia mudable y mortal?

GLAUC. Lo que tiene parte con el ser inmutable es infinitamente más real.

SÓC. ¿La ciencia es más esencial al ser inmutable que su propia esencia?

GLAUC. No.

SÓC. ¿Y la verdad?

GLAUC. Tampoco.

Sóc. Pero si este ser pierde de la verdad, ¿no pierde también de su esencia?

GLAUC. Es como preciso.

Sóc. Luego, en general, todo lo que sirve para la manutención del cuerpo participa menos de verdad y de esencia que lo que sirve para la manutención del alma.

GLAUC. Estamos de acuerdo.

Sóc. El cuerpo mismo ¿no tiene mucha menos realidad que el alma?

GLAUC. Es cierto.

Sóc. Luego el henchimiento del alma es más real que el del cuerpo, á proporción que el alma misma tiene más realidad que el cuerpo, y lo que sirve para llenarla no tiene también un ser más real.

GLAUC. Sin disputa.

Sóc. Por consiguiente, si el placer consiste en llenarse de cosas conformes á su naturaleza, lo que realmente se llena de cosas que tienen más realidad debe percibir un placer más real y más sólido, y lo que participa de cosas menos reales debe llenarse de un modo menos verdadero y menos sólido, y no experimentar sino un deleite más engañoso y menos verdadero.

GLAUC. Es como consecuencia necesaria.

Sóc. Por tanto, los que no conocen la sabiduría ni la virtud, entregados siempre á los banquetes y demás placeres sensuales, pasan sin cesar de la región baja á la media y de la media á la baja, y andan toda la vida errantes entre estos dos términos, sin poder jamás vencer sus límites. Nunca fueron elevados á la verdadera región alta, ni aun siquiera extendieron sus miradas hasta allá, ni se llenaron

realmente con la posesión de lo que verdaderamente es, ni probaron jamás una alegría pura y sólida; antes bien, encorvados hacia la tierra como bestias viles, teniendo siempre fija la vista sobre sus pastos, se entregan brutalmente á la glotonería y á la torpeza, y disputándose el logro de estos placeres, convierten sus armas unos contra otros, se acocean y acoranean con uñas y astas de hierro, y se matan sin poder nunca llegar á saciarse plenamente; porque no piensan en llenar de objetos reales esta parte de sí mismos que participa del ser sólido y es capaz de una verdadera hartura.

GLAUC. Sócrates, como si fueseis un oráculo acabáis de pintar muy al natural la vida de la mayor parte de los hombres.

SÓC. Luego es como preciso que se vayan tras los placeres acibarados con el dolor, fantasmas del placer verdadero, y vanas sombras que no tienen color ni brillo sino cuando se las compara una á otra, cuya vista excita en el corazón de los insensatos un amor tan rabioso y conmociones tan violentas, que se despedazan por poseerlas, como se destruyeron los Troyanos, según dice Estesicoro (1), por una vana imagen de Helena, á quien jamás habían visto.

(1) *Estesicoro*. Poeta griego de Himera, ciudad de Sicilia, que se distinguió en la poesía lírica por los años 536 antes de Jesucristo. Pausanias cuenta entre otras fábulas, que habiendo perdido la vista en castigo de los versos satíricos que compuso contra Helena, no la recobró sino después de haberse retractado en otra pieza contraria á la primera. Fué inventor del ingenioso apólogo *El Hombre y el Caballo*, que Horacio, Phedro y La Fontaine han versificado muy bien. Se le atribuye la invención del *epitalamio* ó *canto nup-*

GLAUC. Imposible es que esto suceda de otro modo.

SÓC. Pero que, ¿no sucede lo mismo respecto de esta parte del alma donde reside la ira, cuando la ambición ayudada de la envidia, la intriga de la violencia, el enojo de la venganza, hacen correr al hombre sin reflexión ni discernimiento tras una falsa hartura de honor, de victoria, y tras la satisfacción de su resentimiento?

GLAUC. Necesariamente debe suceder lo mismo.

SÓC. Según esto, podemos decir con seguridad que cuando los deseos que pertenecen á estas dos partes del alma, la interesada y la ambiciosa, se dejan gobernar por la ciencia y la razón, y bajo de sus auspicios no buscan otros gustos que aquellos que les prescribe la sabiduría, entonces perciben ellos los placeres más verdaderos y más conformes á su naturaleza que les es posible probar; porque de un lado, la verdad dirige sus solicitudes, y de otro, aquello que es más provechoso á cada cosa es también lo más acomodado á su naturaleza.

GLAUC. No hay cosa más cierta.

SÓC. Cuando, pues, toda el alma camina en se-

cial; pero de sus obras no llegaron á nosotros sino algunos fragmentos. Herodoto en el lib. II de su historia cuenta que Paris y Helena yendo de Esparta á Troya fueron arrojados por una tempestad sobre las costas de Egipto. Proteo, que reinaba allí entonces, dejó ir á Paris y detuvo á Helena, que restituyó á Menelao, cuando á su vuelta de Troya le obligó otra tempestad á tocar en Egipto. Según esto, los Griegos hicieron la guerra á los Troyanos persuadidos que éstos ocultaban á Helena, de lo cual no se desengañaron hasta después de la toma de su ciudad. Pueden verse en dicho historiador las razones con que apoya su opinión, seguida por Eurípides en su tragedia *Helena*.

guimiento de la razón y no se levanta en ella sedición ninguna, acontece entonces á cada una de sus partes que, sobre contenerse en los límites de su obligación y de la justicia, logra además los placeres que le son propios, placeres los más puros y los más verdaderos que ella puede disfrutar.

GLAUC. Es muy conforme.

SÓC. Pero si en lugar de esto, una de las otras partes toma la autoridad, de aquí proviene que ella no puede procurarse los placeres que le convienen, y obliga á las otras partes á que se vaya tras los placeres falsos que le son extraños.

GLAUC. Es así.

SÓC. Pues lo que más se aparta de la filosofía y de la razón, ¿es también más capaz de producir estos funestos efectos?

GLAUC. Sin duda.

SÓC. Pero lo que se aparta más del orden y de la ley, ¿no se aparta de la razón en la proporción misma?

GLAUC. Es evidente.

SÓC. ¿Pues no hemos visto que no hay cosa que más se aparte que los deseos tiránicos fomentados por el amor?

GLAUC. Sí.

SÓC. ¿Y que ninguna se aparta menos que los deseos monárquicos y moderados?

GLAUC. También es cierto.

SÓC. Creo, pues, que el tirano estará más distante del placer verdadero y propio del hombre, en lugar que el rey se acercará lo más que es posible.

GLAUC. No tiene duda.

SÓC. Luego la condición del tirano será la más

amarga, y la del rey la más dulce que puede imaginarse.

GLAUC. Es muy necesario.

SÓC. ¿Sabéis vos cuánto más infeliz es la vida del tirano que la del rey?

GLAUC. Sabríalo si lo dijeseis.

SÓC. Como sean tres las especies de placeres, una de verdaderos, las otras dos de falsos, el tirano, huyendo como enemigo de la ley y de la razón, rodeado siempre de deseos viles y esclavos que componen su comitiva y su escolta, lleva hasta el último exceso el logro de los placeres bastardos, no siendo fácil de determinar cuánto es inferior al otro en felicidad, á no ser acaso de este modo.

GLAUC. ¿Cómo?

SÓC. El tirano es el tercero contando desde el oligárquico, porque el democrático está entre medias de los dos.

GLAUC. Es cierto.

SÓC. Por consiguiente, si lo que hemos dicho más arriba es verdad, la sombra del placer que disfruta el tirano está tres veces más distante de la verdad, que la fantasma del placer del oligárquico.

GLAUC. Así es.

SÓC. Si contamos, pues, por uno solo el real y el aristocrático, el oligárquico es también el tercero después del real.

GLAUC. Es, en efecto.

SÓC. Luego el tirano está separado del verdadero placer el triplo del triplo.

GLAUC. Así me lo parece.

SÓC. Por consiguiente, la sombra del placer del tirano, considerada según su longitud, puede explicarse por un número plano.

GLAUC. Y muy bien.

SÓC. Multiplicando, pues, esta longitud por sí misma y elevándola á la tercera potencia, es fácil de ver cuánto la dicha del tirano está distante de la verdad.

GLAUC. No hay cosa más fácil para un calculador.

SÓC. Ahora, si se vuelve al revés esta progresión y se busca cuánto el placer del rey es más verdadero que el del tirano, se encontrará, hecho el cálculo, que el rey es setecientas veintinueve veces (1) más feliz que el tirano, y que éste es más desdichado con la misma proporción.

(1) 729 veces. Este método de calcular el placer y el dolor no desagradará en estos tiempos, en los cuales todo se sujeta al cálculo. Pero como en éste podría encontrarse alguna obscuridad, voy á dar la explicación que me parece se conforma más con el texto. La felicidad del tirano tiene tres veces menos realidad que la del oligárquico; y la del oligárquico tres veces menos que la del rey: luego la felicidad del tirano tiene nueve veces menos de realidad que la del rey. El número 9 es un número plano, por ser el cuadrado de 3. Considerando ahora Platón estas dos felicidades, la una real, la otra aparente, como dos sólidos cuyas dimensiones son todas proporcionales, y sus distancias de la realidad 1 y 9 como una de sus dimensiones, su longitud, por ejemplo; multiplica cada uno de estos números dos veces por sí mismo, para sacar la relación de estos dos sólidos, que por esto se halla que es de 1 á 729, es decir que la felicidad del tirano es 729 veces menor que la del rey. Este cálculo está fundado sobre el teorema geométrico: «Los sólidos cuyas dimensiones son todas proporcionales, son entre sí en razón triplicada, ó como los cubos de una de sus dimensiones.» Esta explicación me parece más conforme al texto, que la de Mr. Pilonier, que recurre á la progresión geométrica: 9, 27, 81, 243, 729; y la puso en su traducción, no hallándose de ella el menor vestigio en el griego.—Grou.

GLAUC. Acabáis de encontrar, por un cálculo que sorprende, el intervalo que separa al justo del injusto en orden al placer y al dolor.

SÓC. Este número expresa exactamente la diferencia de su condición, si es que conviene todo de una parte y otra, los días, las noches, los meses y los años.

GLAUC. Todo se corresponde de una y otra parte.

SÓC. Pues si la condición del hombre justo y virtuoso es en tanto gradomás gustosa que la del malo y del injusto, ¿cuánto más le excederá en decencia, en hermosura y en virtud?

GLAUC. A fe mía que excederá á la otra infinitamente.

SÓC. Sea en hora buena.

Mas, pues que hemos llegado aquí, tomemos de nuevo lo que dejamos dicho más arriba y dió motivo á este coloquio. Decíamos (1), á lo menos me lo parece, que la injusticia era provechosa al enteramente malvado, con tal que pasase por hombre justo. ¿No es cierto que nos explicamos de este modo?

GLAUC. Verdad es.

SÓC. Examinemos, pues, si es así, ahora que nos hemos convenido de los efectos que producen en el alma las acciones justas é injustas.

GLAUC. ¿Cómo lo haremos?

SÓC. Para demostrar al que se atrevió á profesar semejante proposición que se ha engañado, formemos con el pensamiento una imagen del alma.

GLAUC. ¿Qué imagen?

(1) *Decíamos*. Trasimaco en el coloquio primero.

Sóc. Una imagen por el término de aquella de la Quimera (1), de la Escyla, del Cerbero y de otros monstruos que la fábula nos representa compuestos del conjunto de muchas naturalezas diferentes.

GLAUC. Muy bien.

Sóc. Representaos desde luego un monstruo de muchas y varias cabezas, las unas de animales domésticos, las otras de bestias feroces, y que pueda también producir todas estas cabezas y mudarlas á su arbitrio.

GLAUC. Obra de esta naturaleza pide un hábil artista. Pero como es más fácil trabajar con la imaginación que con la cera ó con cualquier otro material, yo me le figuro tal cual vos le describís.

Sóc. Añadid en seguida la imagen de un león y la de un hombre, cada cual aparte, y poned grandísima desproporción en la corpulencia entre el monstruo y el león, entre el león y el hombre.

(1) *Quimera*. De la quimera se dice que es un monstruo que arroja fuego y llamas; y tiene la cabeza de león, el vientre de cabra, la cola de dragón, y que le mató Belerofonte; aludiendo sin duda al monte de Licia cuya cumbre echa llamas y cría leones; el medio está cubierto de pastos donde se alimentan las cabras y el pie está lleno de serpientes, y le hizo habitable Belerofonte.

Escyla es un peñasco en el mar de Sicilia. frente del golfo Caribdis que de lejos parece mujer, y el ruido de las olas que allí se estrellan es muy parecido al ladrido de los perros y al aullido de los lobos. Los poetas fingen que Escyla, hija de Forco, fué convertida en esta peña, y la pintan rodeada de perros que ladran y lobos que aullan.

Cerbero. Es un perro con tres cabezas, á quien los poetas dan crines de serpiente, del cual dice la fábula que guardaba los infiernos.

GLAUC. Esto es más fácil, y la cosa está ya hecha.

SÓC. Juntad en una estas tres imágenes, de suerte que de todas no resulte más de un compuesto.

GLAUC. Ya las he juntado.

SÓC. En fin, envolved este compuesto con el exterior de un hombre, de manera que el que no pueda penetrar en lo interior, sino juzgar por el envoltorio que le cubre, le tome por un hombre.

GLAUC. Ya está envuelto.

SÓC. Digamos ahora al que sostiene que la práctica de la injusticia es provechosa al hombre, y que de nada le sirve el ser justo, que esto es como si dijese que le es provechoso alimentar con cuidado este monstruo enorme y este león, hacerles más fuertes y poderosos, y debilitar al hombre dejándole morir de hambre, de suerte que quede á merced de los otros dos, que le arrastrarán por fuerza donde quiera que se les antoje, y no hacer nada por acostumbrarles á vivir juntos en una perfecta armonía, sino al contrario, dejar que se destruyan mordién-dose y devorándose unos á otros.

GLAUC. El que celebra la injusticia en realidad no dice otra cosa.

SÓC. Pero, por otra parte, decir que es útil el ser justo, es lo mismo que decir que el hombre debe con sus discursos y sus acciones trabajar por dar sobre sí mismo la mayor autoridad á este hombre interior, de modo que cultive este monstruo de muchas cabezas, como si fuese un labrador; con cuyo designio, valiéndose de la fuerza del león, impida que crezcan las cabezas de los animales feroces, nutriendo y amansando más y más las de los

animales domésticos, y extienda sus cuidados á todas, manteniendo entre ellas y él una perfecta inteligencia.

GLAUC. Esto es precisamente lo que dice el partidario de la justicia.

SÓC. Según esto, la verdad se encuentra en las alabanzas que da éste á la justicia, y la mentira en las que el otro da á la injusticia. Porque ora se mire al placer, ora se considere la gloria y la utilidad, la verdad está toda entera por el partidario de la justicia; mas en el discurso del que la desprecia, ni hay nada de sólido, ni aun siquiera sabe lo que vitupera.

GLAUC. Me parece que no tiene ninguna idea.

SÓC. Como pues su error no es voluntario, procuremos desengañarle blandamente. Mi amado amigo, le preguntaremos: ¿sobre qué fundamento los hombres se han convenido en poner distinción entre las acciones honestas y las acciones torpes? ¿No es porque las unas sujetan la parte animal del hombre á la racional, ó mejor diré divina; y las otras sujetan á la parte brutal y feroz, aquella que es dulce y mansa? ¿Convendría él en esto ó no?

GLAUC. Si me creyese á mí, convendría.

SÓC. Esto supuesto, ¿puede ser útil á alguno tomar el oro injustamente, no pudiéndole tomar sin sujetar al mismo tiempo la más excelente parte de sí mismo á la más despreciable? ¡Qué! si por recibir este oro le fuese preciso sacrificar la libertad de su hijo ó de su hija, y esto entregándolos en poder de unos amos crueles y feroces, ¿caso no creería él perder en este trato y rehusaría á este precio las más gruesas sumas de dinero? Pues cuando lo que hay en él más divino se hace esclavo de lo más

perverso y enemigo de los dioses, y no le mueve á compasión, ¿no es para él esto lo sumo de la miseria, y el oro que recibe por este funesto precio no le cuesta más caro que costó á Eriphyla (1) el fatal collar por el cual sacrificó la vida de su esposo?

GLAUC. Yo respondo por él que no tiene comparación.

Sóc. Mas ¿por qué razón, os ruego que me digáis, se ha condenado en todos tiempos una vida licenciosa, sino es porque el libertinaje suelta las riendas á este monstruo enorme, cruel y de muchas cabezas?

GLAUC. Claro está que no es por otra razón.

Sóc. ¿Y por qué se vitupera la insolencia y la fiereza, sino porque la cólera que tiene naturaleza de león y de serpiente toma de allí muy grandes fuerzas y se engrandece con exceso?

GLAUC. No tiene duda.

Sóc. Si se condena la vida mole y voluptuosa, ¿no es porque enerva y relaja el esfuerzo y vuelve á este león cobarde y temeroso?

GLAUC. Sí.

Sóc. ¿Por qué aun se reprende la lisonja y la bajeza, sino porque sujeta el valor á este monstruo turbulento, y por hartarle de riquezas, de que es in-

(1) *Eriphyla*. Mujer del adivino Amphiaraos y hermana de Adrasto rey de los Argivos, que recibió de Polynices un collar de oro para que le descubriese dónde se había ocultado su marido por temor de ir á la guerra de Thebas, de la cual sabía no habia de volver. Amphiaraos, indignado de la perfidia de su mujer, partió á la guerra contra su voluntad, encargando á su hijo Alceon que matase á su madre luego que tuviese noticia de su muerte; lo que ejecutó el hijo por vengar á su padre de aquella traición.

faciable, acostumbra al león desde su juventud á sufrir toda especie de afrentas y á dejar su nobleza y su fiereza por tomar el vil carácter de mono?

GLAUC. Es mucha verdad.

SÓC. ¿De dónde viene, en fin, la especie de ignominia afecta á las artes mecánicas y profesiones serviles, sino de que estas profesiones suponen en los que las ejercen una debilidad tan grande de razón, que no pudiendo tomar ningún imperio sobre las pasiones se ve precisada á contemplarlas y á poner toda su industria en inventar nuevos medios de lisonjearlas?

GLAUC. Así parece.

SÓC. Luego cuando para dar al hombre justo un señor tan excelente y tan virtuoso como él, queremos que obedezca á la mejor que en él se encuentra, á esta razón gobernada inmediatamente por la divinidad, no pretendemos nosotros que esta obediencia se convierta en perjuicio suyo, como lo pretendía Thrasimaco respecto de la obediencia que los súbditos prestan á su soberano; creemos, al contrario, que no hay cosa más ventajosa á todo hombre que dejarse gobernar por este conductor sabio y divino, ora le tenga en lo interior de sí mismo, disponiendo como de sus bienes, que sería lo mejor, ora se sujete en su defecto á un extraño; porque nuestro designio es establecer entre los hombres aquella conformidad de costumbres que es la fuente de la amistad, dándoles á todos un mismo señor que los gobierne.

GLAUC. No puede menos de aprobarse semejante designio.

SÓC. No es menos evidente que la ley se propone el mismo objeto, cuando presta por igual sus

auxilios á todós los miembros de la sociedad civil. La dependencia en que viven los hijos está también fundada en el mismo principio. Nosotros no sufrimos que dispongan de sí mismos hasta que hayamos establecido en su alma como en un Estado una forma segura de gobierno, y que su razón, cultivada por la nuestra, pueda velar sobre ellos y arreglar su conducta, como lo hace en las personas de una edad madura; y entonces los dejamos libres abandonándolos á sus propias luces.

GLAUC. El designio de la ley está manifiesto en este punto.

SÓC. ¿En qué, pues, y por qué razón, mi amado Glaucón, diremos nosotros que sea ventajoso cometer alguna acción injusta, contraria á las buenas costumbres y á la honestidad, puesto que llegando á ser más rico y más poderoso vendrá también á ser más malo?

GLAUC. Esto no puede ser ventajoso de ningún modo.

SÓC. Mas ¿de qué serviría que la injusticia quedase oculta y sin castigo? ¿Por desgracia la impunidad no hace al malo todavía peor? En vez que el crimen llegando á ser descubierto y castigado, la parte animal y feroz se aplaca y domestica, la razón recobra todos sus derechos, y el alma entera, restituida á su excelente natural, se encuentra en mejor disposición con el logro de la templanza, de la justicia y de la prudencia, virtudes tanto más superiores á la fuerza corporal, á la hermosura y á la salud cuanto el alma es superior al cuerpo.

GLAUC. No tiene la menor duda.

SÓC. Por consiguiente, el hombre sensato dirigirá todas sus acciones y plan de vida á este fin,

apreciando sobre todo y cultivando las ciencias propias para perfeccionar su alma, despreciando todas las otras que no produzcan este efecto.

GLAUC. Es evidente.

SÓC. En seguida tomará un cuidado moderado de su cuerpo, no con el designio de procurarle el logro de las placeres brutales é irracionales, ni de pasar su vida en la intemperancia. Ni tampoco buscará la salud del cuerpo por sí misma, ni se cuidará mucho de la fuerza, de la salud y de la hermosura, si todas estas ventajas no van acompañadas de la templanza; en una palabra, no conservará él la perfecta armonía entre las partes de su cuerpo, sino en cuanto pueda servirle para mantener la consonancia que debe reinar en su alma.

GLAUC. Seguramente no se propondrá otro objeto, si quiere ser verdaderamente músico (1).

SÓC. Pero no admitirá esta conspiración, este convenio de la multitud vana é insensata de acumular tesoros sobre tesoros, ni se dejará deslumbrar por la idea de felicidad que les atribuye, ni aumentará sus riquezas hasta el infinito para multiplicar sus males con la misma proporción.

GLAUC. Pienso que no.

SÓC. Antes bien, echando sin cesar los ojos sobre el gobierno de su alma, atento á impedir que ni la opulencia de un lado, ni la indigencia de otro desconcierten los resortes, procurará conservar

(1) *Músico*. Es decir, un hombre en quien el espíritu y el corazón están perfectamente bien arreglados. Platón se vale muchas veces de los términos *música* y *músico* en este sentido, que se ha explicado ya en las notas de las páginas 163 y 165 del tomo I.

siempre el mismo plan en las adquisiciones y en los gastos en cuanto le sea posible.

GLAUC. Es muy regular.

SÓC. Y siguiendo siempre los mismos principios en solicitar los honores, apetecerá y aun probará con gusto aquellos que creyese pueden hacerle mejor, y huirá pública y privadamente de los que puedan alterar el orden que reina en su alma.

GLAUC. Pues si esto es así, nunca querrá mezclarse en los negocios públicos.

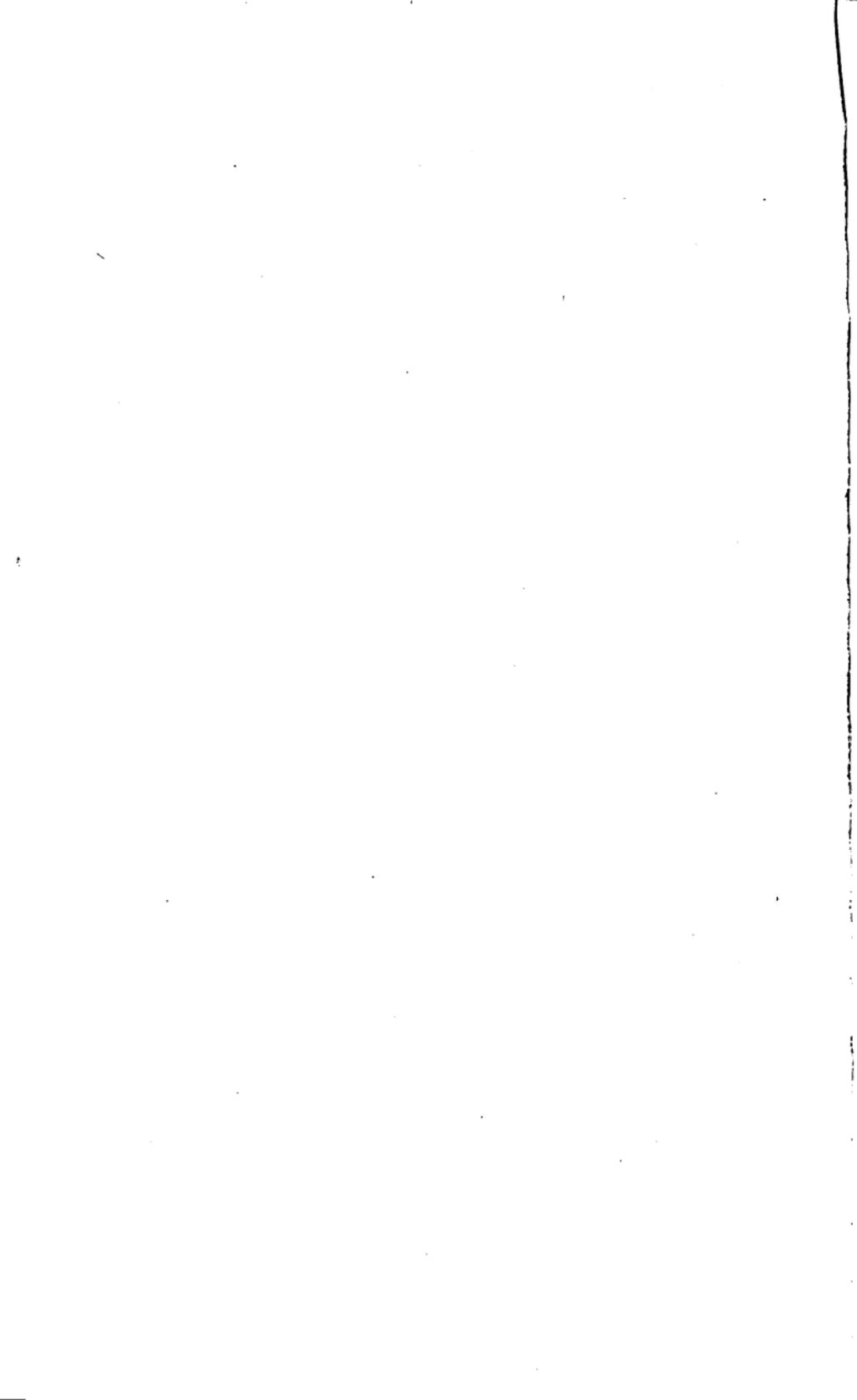
SÓC. Por el Can (1) que al contrario; él se encargará voluntariamente del gobierno de su república; pero dudo que se encargue tan voluntariamente del de su patria, si el cielo no procura allí una gran revolución.

GLAUC. Ya os entiendo. Vos habláis de esta república cuyo plan hemos trazado, y que no existe salvo en nuestra idea, porque no creo que haya una igual sobre la tierra.

SÓC. Pero acaso en el cielo hay un modelo para cualquiera que guste consultarle y arreglar sobre él la conducta de su alma. Por lo demás, poco importa que esta república exista ó deba existir algún día. Lo cierto es que el sabio no consentirá jamás en gobernar otra que á ésta.

GLAUC. Y con razón.

(1) *Por el Can.* Especie de juramento, como en desprecio de Anubis, dios de Egipto, á quien representaban con cabeza de perro, del cual se habló en la nota de la página 159 del tomo I.



COLOQUIO DÉCIMO.

Sóc. Entre muchas razones que me determinan á creer que el plan de nuestra república está trazado con la mayor perfección que ser puede, la que más impresión hace sobre mi ánimo es la que resulta de lo que hemos dispuesto tocante á la poesía.

GLAUC. ¿Qué es lo que hemos dispuesto?

Sóc. De no admitir toda aquella parte de la poesía que es puramente imitativa. Porque al presente, que hemos explicado con separación la naturaleza de cada una de las partes del alma, me parece, con más evidencia que nunca, que no se le debe dar acogida entre nosotros.

GLAUC. ¿Cómo entendéis vos esto?

Sóc. Quiero decíroslo en confianza, porque no me recelo que vayáis á delatarme á los poetas trágicos, ni á los otros poetas imitadores. Ninguna cosa hay más capaz que este género de poesía, de corromper el ánimo de los que le escuchan, cuando

no están prevenidos con el antídoto, que consiste en saber apreciar por lo justo todas estas cosas.

GLAUC. ¿Adónde va á parar todo esto?

SÓC. Preciso es decirlo; aunque siento que me enfrena la lengua cierta ternura y respeto que desde niño profesó á Homero. Porque me parece que de todos estos bellos poetas trágicos, Homero es el maestro y cabeza de todos; pero como los respetos que debo á un hombre son menores que los que son debidos á la verdad, es necesario que yo explique mi pensamiento.

GLAUC. Muy bien.

SÓC. Escuchadme, pues, ó más bien respondedme.

GLAUC. Preguntad.

SÓC. ¿Podríaisme vos explicar en general qué cosa es la imitación? Pues por lo que á mí hace, os confieso que apenas puedo comprender bien cuál es su naturaleza.

GLAUC. ¿Y creéis que pueda yo comprenderla mejor?

SÓC. No sería extraño. Pues que á veces los que tienen la vista débil perciben antes los objetos que aquellos que tienen los ojos más perspicaces.

GLAUC. Esto puede ser; pero estando vos presente no me atreveré jamás á decir mi parecer sobre ningún asunto. Por tanto, os ruego que lo veáis vos.

SÓC. ¿Queréis que procedamos en este descubrimiento según nuestro método ordinario? Este consiste, como vos sabéis, en abrazar bajo una idea general esta multitud de seres existentes cada uno de por sí, á quienes damos el mismo nombre. ¿No lo entendéis?

GLAUC. Sí lo entiendo.

SÓC. Tomemos ahora, si gustáis, una de estas muchas especies de seres. Por ejemplo, hay muchas camas y muchas mesas.

GLAUC. Sin duda.

SÓC. Pero estas dos especies de muebles están comprendidas, la una bajo la idea de una cama, la otra bajo la idea de una mesa.

GLAUC. Ciertamente.

SÓC. También tenemos costumbre de decir que el artífice que hace el uno ó el otro de estos muebles, trabaja sobre la idea que tiene en su cabeza, cuando hace ora estas camas, ora estas mesas que sirven para nuestro uso. Y lo mismo de los otros muebles. Porque no es la idea misma de cualquier mueble la que fabrica el artífice. Esto no puede ser.

GLAUC. Seguramente que no.

SÓC. Ved ahora qué nombre conviene darle al artífice que voy á decir.

GLAUC. ¿A quien?

SÓC. Al que hace solo todo aquello que los otros artífices hacen cada uno separadamente.

GLAUC. Habláis de un hombre bien extraordinario y digno de admiración.

SÓC. Pues aun no lo he dicho todo. Esperad un poco y aun os admiraréis mucho más. Este mismo artífice no tiene sólo el talento de hacer todas las obras del arte, sino que hace además todas las obras de la naturaleza, las plantas, los animales, todas las otras cosas, y, en fin, se hace á sí mismo. Y sobre todo esto, hace la tierra, y el cielo, y los astros, y cuanto hay en el cielo y bajo la tierra en los infiernos.

GLAUC. Ved aquí un sofista (1) del todo admirable.

SÓC. Me parece que dudáis de lo que digo: pues respondedme. ¿Creéis vos que no haya absolutamente ningún artífice de esta naturaleza, ó solamente que se puede hacer todo esto en un cierto sentido, y que en otro no se puede hacer? ¿No veis que vos mismo seríais capaz en cierto modo de hacer todo esto?

GLAUC. ¿De qué manera, si es que gustáis?

SÓC. La cosa no es difícil. Se ejecuta con frecuencia y en muy poco tiempo. ¿Queréis hacer la prueba en un instante? Tomad un espejo, y llevadle por todas partes: en menos de nada haréis el sol y todos los astros del cielo, la tierra y á vos mismo, los otros animales, las plantas, las obras del arte, y todo lo que habemos dicho.

GLAUC. Verdad es, yo haré todo esto en apariencia; pero no habrá ninguna cosa real y verdadera.

SÓC. Muy bien. Entráis perfectamente en mi modo de pensar. El pintor es una de estas especies de artífices: ¿no es así?

GLAUC. Sin duda.

SÓC. Vos me diréis tal vez que no hay nada de real en todo cuanto hace. Aunque el pintor en cierto modo hace también una cama.

GLAUC. Sí, una cama aparente.

SÓC. Y el carpintero ¿qué hace? ¿No acabáis vos de decir que no hace la idea misma que nosotros

(1) *Un sofista.* Platón entiende aquí por sofista un charlatán, un embaucador. En efecto, los sofistas son una especie de charlatanes; y aun de los más peligrosos.—*Grou.*

llamamos la esencia de la cama, sino cierta cama en particular?

GLAUC. Yo lo he dicho, eso es verdad.

SÓC. Si pues no hace la esencia misma de la cama, no hace él nada de real, sino solamente una cosa que representa lo que verdaderamente es; y si alguno sostuviese que la obra del carpintero, ó de cualquier otro artífice que sea, tiene una existencia real y perfecta, se arriesgaría mucho á no decir verdad.

GLAUC. A lo menos éste es el parecer de los que están versados en estas materias.

SÓC. Por tanto, no nos admiremos si no se sacan de estas obras luces grandes para el conocimiento de la verdad.

GLAUC. En verdad que no debemos admirarnos.

SÓC. ¿Queréis que sobre lo que acabamos de decir examinemos qué idea debe formarse del imitador de esta especie de obras?

GLAUC. Convengo en ello, si vos lo lleváis á bien.

SÓC. Hay, pues, tres especies de camas: la una que está en la naturaleza y de la que podemos decir, según pienso, que Dios es el autor. ¿A qué otro, en efecto, se le podría atribuir?

GLAUC. A ningún otro.

SÓC. La segunda especie es la que hace el carpintero.

GLAUC. Es cierto.

SÓC. Y la tercera aquella que es de la inspección del pintor; ¿no es así?

GLAUC. En hora buena.

SÓC. Luego el pintor, el carpintero y Dios son los tres artífices que tienen el primer lugar en la composición de estas tres especies de camas.

GLAUC. No hay duda.

SÓC. Mas respecto de Dios, sea que lo haya así querido, sea que tuviese alguna necesidad de no hacer más de una especie de cama en la naturaleza, lo cierto es que no ha hecho sino una sola esencia (1) de lo que es propiamente cama; pero ni dos, ni muchas, nunca las produjo Dios, ni las producirá jamás.

GLAUC. ¿Por qué razón?

SÓC. Es porque si hiciese solamente dos, necesariamente resultaría una tercera, de cuya esencia participarían (2) las otras dos; y ella sería la verdadera cama, mas no estas otras dos.

GLAUC. Muy bien.

SÓC. Creo, pues, que como supiese Dios esto, y quisiese ser verdaderamente autor no de tal cama en particular, lo que le habría confundido con el carpintero, sino de la cama verdaderamente existente, produjo la cama que es una de su naturaleza.

GLAUC. Ello debió ser así.

SÓC. ¿Gustáis, pues, que demos á Dios el título de *hacedor* de la cama, ó algún otro semejante? ¿qué pensáis vos?

(1) *Esencia*. No es necesario advertir que Platón se engaña cuando dice que Dios hizo las esencias metafísicas de las cosas. Estas esencias no son otra cosa que ideas abstractas que no existen más que en el entendimiento, ora divino desde la eternidad, ora humano en el tiempo.—*Grou.*

(2) *Participarían*. Si hubiese dos esencias de una misma cosa, ellas tendrían necesariamente algo de común; porque de otro modo no serían las esencias de una misma cosa, sino de dos cosas enteramente diferentes. Pues lo que ellas tuviesen de común constituiría una tercer esencia que sería propiamente, y con exclusión de las otras dos, la esencia de esta cosa.—*Grou.*

GLAUC. Este título le corresponde, tanto más que él ha hecho por naturaleza (1) la esencia de la cama y la de todas las otras cosas.

Sóc. Y al carpintero ¿cómo le llamaremos? ¿el *artífice* de la cama, sin duda?

GLAUC. Ciertamente.

Sóc. Y en orden al pintor ¿diremos que es el *artífice* ó el *hacedor*?

GLAUC. Ni uno ni otro.

Sóc. Pues ¿qué es él respecto de la cama?

GLAUC. El solo nombre que razonablemente se le puede dar es el de *imitador* de la cosa, de la cual aquéllos son autores.

Sóc. Muy bien. Luego llamáis *imitador* al que da á luz una producción separada tres grados de la naturaleza.

GLAUC. Justamente.

Sóc. Por tanto, el compositor de tragedias, en calidad de *imitador*, está distante tres grados del rey (2) y de la verdad. Y lo mismo sucede á todos los demás *imitadores*.

GLAUC. Es muy regular.

Sóc. Supuesto, pues, que hemos fijado la idea que debe formarse del *imitador*, os ruego me res-

(1) *Por naturaleza.* Según Platón, Dios no ha hecho las esencias de las cosas sobre modelo alguno preexistente; y de consiguiente las ha hecho por naturaleza. Todo cuanto existe en el universo ha sido hecho sobre el modelo de las esencias, y por lo mismo se hizo por arte, ó por imitación. Y ved por qué Platón llama á Dios *φύσιος*, esto es, *artífice por naturaleza* ó *productor, criador*; y al camero *δημιουργός*, es decir, *artífice por arte, ó artesano.* *Grou.*

(2) *Del rey.* Es decir, del justo, del filósofo, de aquel que contempla la verdad en sí misma y en la esencia de las cosas.—*Grou.*

pondáis á la pregunta siguiente: ¿El pintor se propone por objeto de su imitación lo que en la naturaleza es uno en cada especie, ó más bien trabaja sobre las obras del arte?

GLAUC. Él trabaja sobre las obras del arte.

SÓC. ¿Tales como ellas son en sí, ó tales cuales aparecen? Explicadme aún este punto.

GLAUC. ¿Qué queréis decir con esto?

SÓC. Vedlo aquí. Una cama, ¿no es siempre la misma cama, ora se la mire directamente, ora de soslayo, ó de cualquier otro modo? Pero aunque sea la misma en sí, ¿no parece diferente? Y otro tanto digo de todas las demás cosas.

GLAUC. La apariencia es diferente, aunque la cama sea la misma.

SÓC. Reflexionad ahora en lo que os voy á decir. ¿Cuál es el objeto de la pintura? ¿Es por suerte representar lo que es, tal como es en sí, ó lo que aparece tal como se presenta? ¿Es imitación de la apariencia ó de la realidad?

GLAUC. De la apariencia.

SÓC. Luego el arte de imitar está muy distante de lo verdadero; y la razón porque hace tantas cosas es que no toma sino la más pequeña parte de cada una, y aun esto no es sino un simulacro. El pintor, por ejemplo, nos representará un zapatero, un carpintero, ó cualquier otro artesano, sin tener conocimiento de ninguna de estas artes. A pesar de esto, si fuese buen pintor, engañaría á los niños y al vulgo ignorante, enseñándoles de lejos un carpintero que hubiese pintado de modo que ellos tomasen la imitación por la realidad.

GLAUC. Seguramente.

SÓC. Pues lo mismo, mi amado amigo, se debe

pensar en todas las demás cosas. Siempre que alguno nos venga á decir que encontró con un hombre que sabe todos los oficios, y que reúne en sí solo en grado eminente todos los conocimientos que están repartidos entre los otros hombres, ved, á lo que yo creo, lo que se debe pensar del que tiene semejantes discursos: es menester mirarle como un fatuo, que se dejó engañar por un embaucador y por un mimo, á quien tuvo por todo un sabio á causa de no poder discernir la verdadera ciencia de la ignorancia, y la imitación de la realidad.

GLAUC. Esto es muy cierto.

Sóc. Réstanos ahora considerar la tragedia, y á Homero, que es el padre de ella. Como oímos decir todos los días á ciertas gentes que los poetas trágicos están muy versados en todas las artes y en todas las ciencias humanas que tienen por objeto el vicio y la virtud, y aun en todo lo que mira á las divinas, por cuanto es necesario á un buen poeta estar perfectamente instruído de los asuntos que trata, si quiere desempeñarlos bien, siéndole de otro modo imposible, á nosotros nos corresponde ver si los que hablan de este modo se dejaron engañar por esta especie de imitadores, y si su error proviene de que viendo sus obras, no registran que ellas distan tres grados de la realidad, y que sin conocer la verdad es fácil componerlas, no siendo en limpio otra cosa que unas fantasmas destituídas de todo ser real; ó si acaso se contiene algo de sólido en lo que ellos dicen, y si en efecto los buenos poetas están bien instruídos en las materias, sobre las cuales el común de los hombres piensa que ellos han escrito bien.

GLAUC. Esto, por cierto, es lo que debemos examinar.

SÓC. ¿Creéis vos que si alguno fuese capaz de hacer uno y otro, la representación de una cosa, ó la cosa misma representada, escogería consagrar sus talentos para no hacer más que imágenes vanas, y querría acreditarse por este término y como si no pudiese emplear toda su vida en otra cosa mejor?

GLAUC. Yo no lo creo.

SÓC. Pero si estuviese versado en el conocimiento de lo que imita, yo pienso que se aplicaría más á hacer obras, que no á imitar las de otro; y procuraría señalarse, dejando después de sus días gran número de hermosos monumentos, y, en una palabra, se afanaría por merecer los elogios de los otros, en vez de limitarse á sólo dárselos.

GLAUC. Yo también lo pienso, porque le resultarían más ventajas y más gloria de tomar este partido.

SÓC. No exijamos, pues, de Homero ni de otros poetas que nos den cuenta de mil cosas que han hablado. No les preguntemos si eran médicos, ó si sabían sólo contrahacer el lenguaje de los médicos. Porque ¿de qué poeta antiguo ó moderno se ha contado que hubiese, como Esculapio, vuelto la salud á los enfermos, y dejase en pos de sí discípulos sabios en la medicina, como los dejó Esculapio en la persona de sus descendientes? Hagámosles la misma gracia respecto de las otras artes, y no les digamos nada. Pero pues que Homero se empeñó en hablar sobre materias de mucha importancia y las más bellas, tales como la guerra, la dirección de ejércitos, administración de Estados y educación del hombre, es justo que le preguntemos y le digamos: mi amado Homero, si no es cierto que vos sois un artífice distante tres grados de la verdad, incapaz de hacer

otra cosa que fantasmas de virtud (porque tal es la definición que hemos dado del imitador), sino que sois artífice de segundo orden, capaz de conocer lo que puede hacer mejores ó peores los Estados y los particulares, decidnos: ¿qué ciudad os debe la reforma de su gobierno, como Lacedemonia la debió á Licurgo (1), y muchos Estados grandes y peque-

(1) *Licurgo*. Legislador de los Lacedemonios, de la familia real de Esparta, cuya corona le ofreció la viuda de su hermano Polidectes si se casaba con ella, obligándose á abortar el fruto de que estaba embarazada. Rehusó con constancia estas lisonjeras ofertas, y para ser más útil á la patria, por los años 890 antes de Jesucristo se ausentó con ánimo de estudiar los usos y costumbres de los pueblos. Pasó á Creta, celebrada entonces por sus leyes duras y austeras; vió la magnificencia del Asia, sin que le deslumbrase ni corrompiese; en fin se fué á Egipto, escuela de las ciencias y de las artes. De vuelta dió leyes severas á los Lacedemonios, entre los cuales hacía mucho tiempo que se hallaba todo en confusión, queriendo los reyes reinar despóticamente, y los vasallos no obedecer. El legislador filósofo emprendió la gran resolución de reformar enteramente el gobierno; pero antes de ejecutar designio tan atrevido, tuvo muchos obstáculos que vencer. Levantada una sedición contra él, Alcandro, joven espartano, le sacó un ojo. Licurgo no sólo le perdonó, sino que le tuvo siempre en su compañía y le trató como hijo suyo. Entretanto, como premeditase este legislador mudanzas en el gobierno que podrían ser muy peligrosas, se fué con los principales de Esparta á consultar el oráculo de Delfos, que le encontró muy propicio. Desde entonces empezó Licurgo á poner por obra las novedades grandes que había pensado; y para obligar á los Lacedemonios á que guardasen inviolablemente las leyes que estableció para su prosperidad, les hizo prometer con juramento que nada mudarian hasta que volviese. En seguida cuentan que se marchó á Creta, en donde se quitó la vida, después de haber dispuesto que sus cenizas se arrojasen al mar, temiendo que si se llevaba su cuerpo á Esparta creyesen los Lacedemonios estar ya libres del juramento.

ños á otros muchos? ¿Qué país os celebra por sabio legislador, y se gloria de haber sacado provecho de vuestras leyes? La Italia y la Sicilia tuvieron un Carondas (1); nosotros los Atenienses á Solón; pero á vos, ¿cuál es el pueblo que os reconoce por su legislador?

GLAUC. Yo no creo que tenga uno solo. A lo menos los partidarios de Homero nada nos dicen.

Sóc. ¿Y se hace mención de alguna guerra felizmente dirigida por el mismo Homero en persona, ó por sus consejos?

GLAUC. De ninguna.

Sóc. ¿Pero se ha distinguido por alguno de estos descubrimientos que caracterizan el genio, por invenciones útiles á la perfección de las artes y á las necesidades de la vida, como se refiere de Thales (2) Milesio y del scita Anacarsis? (3).

(1) *Carondas*. Natural de Catania en Sicilia, que floreció por los años 444 antes de Jesucristo. Fué discípulo de Pitágoras, y dio leyes á los habitantes de Turios, reedificada por los sibaritas, y les prohibió con pena de muerte concurrir armados á las asambleas. Un día volviendo de cierta expedición, supo que en la asamblea del pueblo había gran alboroto, y se fué corriendo á apaciguarlo, sin acordarse de dejar la espada. Le hicieron presente que quebrantaba su propia ley, y respondió: «Pretendo confirmarla y sellarla con mi sangre», y al momento se atravesó la espada por el cuerpo.

(2) *Thales*. El primero de los siete sabios de la Grecia, que nació en Mileto, hacia el año 640 antes de Jesucristo, de una familia ilustre. Para aprovecharse de las luces de los hombres sabios de su tiempo, hizo muchos viajes, y se detuvo en Egipto, donde estudió la geometría, astronomía y filosofía, y Amasis, que reinaba entonces, le dió señales públicas de su aprecio.

(3) *Anacarsis*. Filósofo scita, discípulo de Solón, que

GLAUC. No se cuenta de él cosa semejante.

SÓC. Pues si Homero no hizo servicio ninguno á la sociedad, ¿le ha hecho siquiera á los particulares? ¿Se dice que en su vida haya sido director de la educación de algunos jóvenes, que se le apasionasen por la dulzura de su trato y hubiesen transmitido á la posteridad un plan de vida trazado por Homero, como se cuenta de Pitágoras (1), que se

se distinguió en Atenas por su saber, por su desinterés, por su prudencia, y por sus costumbres austeras. De vuelta á su patria, quiso introducir en ella los dioses y las leyes de la Grecia, y tuvo la suerte de algunos filósofos que como él quisieron levantarse contra el gobierno y la religión de su país, quitándole la vida el rey de los Scitas, hacia el año 550 antes de Jesucristo.

(1) *Pitágoras*. Nació en Samos el año 592 antes de Jesucristo, y se ejercitó desde luego en el arte de los atletas, hasta que oyendo un día las lecciones de Ferecides sobre la inmortalidad del alma, se consagró por entero á la filosofía. Para adquirir un conocimiento más extenso de las costumbres y caracteres de los hombres, abandonó su patria, sus parientes y sus bienes, y recorrió el Egipto, la Caldea y el Asia menor. Vuelto á Samos, enriquecido su espíritu con mil preciosidades literarias, la encontró tiranizada por Policrates, á cuya causa la abandonó de nuevo, y pasó á establecerse á la parte de Italia que fué llamada la gran Grecia. Su residencia fué por lo común en Heralclea, Tarento y Crotona, de donde vino el llamarse *Itálica* su secta. Su reputación fué tan extraordinaria, que acudían de todas partes á oírle, y en poco tiempo tuvo más de 400 discípulos, de los cuales salieron excelentes legisladores. No sólo poseyó la ciencia de las costumbres y de las leyes, sino que fué un sabio en la astronomía, geometría y aritmética, y demás partes de las matemáticas. Á cinco cosas sólo dijo que debíamos hacer la guerra: «á las enfermedades del cuerpo, á la ignorancia del alma, á las pasiones del corazón, á las sediciones de las ciudades, y á la discordia de las familias.» Incurrió en el ridículo y quimérico sistema de la transmigración de las almas de unos cuerpos

adquirió grandísima reputación por este término, y que tiene aún sectarios que llevan su nombre, que guardan el género de vida de que les dejó el modelo y que se distinguen entre todos los demás filósofos?

GLAUC. No, Sócrates; nada de esto se dice de Homero. Porque Crefilo (1), que acaso fué su amigo, debió de ser aún más ridículo en sus costumbres que lo era el nombre que llevaba; si lo que se refiere de Homero es verdad, que mientras vivió no se tomó ningún cuidado de la educación de aquel su amigo.

Sóc. En efecto, así se cuenta. Pero ¿pensáis vos, Glaucón, que si Homero en realidad hubiese sido capaz de instruir á los hombres y de hacerles mejores, como que tuviese un perfecto conocimiento de las cosas que sabía tan bien imitar; pensáis vos, digo yo, que no se hubiese hecho muchos amigos que le habrían honrado con su afecto y confianza?

en otros; bien que pretenden algunos que no era otra cosa que una imagen simbólica de las producciones y metamorfosis de los tres reinos de la naturaleza que se hacen cada día á nuestra vista. No se sabe de cierto en dónde ni cuándo murió, aunque la opinión más común es que fué en el Metaponto, hacia el año 497 antes de Jesucristo. Su casa fué consagrada en templo, y se le honró como á un dios. Tenemos bajo su nombre la obra en griego intitulada *Los versos de oro*, comentada por Hierocles; pero es constante que no es suya, por más que contenga gran parte de su doctrina y de sus máximas morales.

(1) *Crefilo*. Quiere decir un glotón que gusta mucho de la buena mesa. Sobrenombre ridículo que le fué dado al amigo de Homero, del mismo modo que á este poeta, que se llamaba Melesigeno, le dieron el sobrenombre de Homero, que significa ciego, ó aquel que se da en rehenes.—*Grou.*

Pues qué, ¿Protágoras (1) de Abdera, Prodicó (2) de Chío y tantos otros tuvieron bastante ascendiente sobre sus discípulos para persuadirles en las conversaciones familiares que pasaron con ellos que jamás serían capaces de gobernar bien ni su patria ni su familia, si no aprendían bajo su dirección el arte de bien vivir; por cuyo saber fueron tan amados y reverenciados de sus secuaces, que faltó poco para llevarles, por decirlo así, en triunfo so-

(1) *Protágoras*. Filósofo griego, ó más bien sofista, cuya primera ocupación fué la de ganapán ó mozo de cordel. Encontrándole un día Demócrito cargado de muchos costales dispuestos en equilibrio geométrico, concibió una idea ventajosa de su talento, y le admitió entre sus discípulos. Protágoras, sacado de la miseria en que antes vivía, abrió bien pronto su corazón á un orgullo intolerable, de modo que tuvo la osadía de atreverse con la divinidad, y negar, ó á lo menos poner en duda, la existencia del Ser supremo. Esta obra impía fué condenada á las llamas por los magistrados de Atenas, y el autor desterrado como una peste pública. Este blasfemador corrió entonces las islas del Mediterráneo, y murió yendo á Sicilia por los años 400 antes de Jesucristo, habiendo sido el primero que deshonoró la filosofía dando sus lecciones por dinero.

(2) *Prodicó*. Sofista y retórico de la isla de Coos, ó según otros de Chío, por los años 410 antes de Jesucristo, discípulo de Protágoras, y maestro de Eurípides, Theramenes é Isócrates. Enseñó públicamente la elocuencia en Atenas, aunque residía allí en calidad de embajador de su patria. Una avaricia sordida le hacía ir de ciudad en ciudad para desplegar su elocuencia, por cuyo medio recogió este charlatán gran suma de dinero y se adquirió mucha gloria. En efecto, Prodicó tenía trabajados discursos de todos precios, desde dos óbolos hasta cincuenta dracmas, del cual hablaron mucho los antiguos. Entre sus escritos se distinguía la ingeniosa ficción de la virtud y el deleite, que se presentaron á Hércules disfrazados de mujeres, y fué imitada por Luciano. Los Atenienses le hicieron quitar la vida porque corrompía la juventud.

bre sus cabezas por todas partes donde iban; y los que vivían en tiempo de Homero y de Hesiodo les hubiesen dejado ir solos recitando versos de ciudad en ciudad, si pudieran ellos dar á los hombres lecciones saludables de virtud? ¿No se hubiesen afeerrado más á ellos que al oro, precisándoles á vivir en su compañía, ó en caso de no poderlo conseguir, no los hubieran seguido por todas partes hasta tanto que su educación hubiese estado completa?

GLAUC. Todo lo que vos decís, Sócrates, me parece que es verdad.

Sóc. Digamos, pues, de todos los poetas, empezando por Homero, que ora traten en sus versos de la virtud, ó de cualquier otra materia, no son ellos otra cosa sino imitadores de fantasmas que jamás llegan á la realidad; del mismo modo que poco antes decíamos del pintor, que hará un retrato del zapatero tan parecido, que le tengan por verdadero, aunque él no sepa nada de este oficio, y dispondrá los colores y actitudes con tal arte, que los ignorantes queden engañados con la apariencia.

GLAUC. Enteramente es así.

Sóc. De la misma manera el poeta sin más talentos que el de imitar, mediante cierta colocación de palabras y expresiones figuradas, sabe dar tan bien á cada arte los colores que le son propios, que ora sea que hable de zapatería, ora trate de la guerra, ó de cualquier otro asunto, su discurso, sostenido de la medida, del número y de la armonía, persuade á los que le oyen, y no juzgan sino por los versos que él está perfectamente instruido en las cosas de que habla. ¡Tan grande y poderoso es de su naturaleza el encanto de la poesía! porque yo pienso que sabéis vos lo que son los versos de los poetas,

desnudos del colorido que toman ellos de la música, y lo habréis sin duda considerado.

GLAUC. Sí.

SÓC. ¿Acaso no se parecen á los rostros que no tienen otra hermosura que cierta flor de la juventud, los cuales vienen á ser desagradables luego que esta flor se marchita?

GLAUC. Es muy propia la comparación.

SÓC. Adelantemos más, y notad esto. El hacedor de fantasmas, es decir, el imitador, no conoce más de la apariencia de los objetos, y nada de lo que ellos tienen de real: ¿no es verdad?

GLAUC. Ciertamente.

SÓC. No nos dejemos esto á medio decir, sino examinémoslo á fondo.

GLAUC. Me conformo: proseguid.

SÓC. El pintor, pregunto yo, ¿pintará unas riendas y un freno?

GLAUC. Sí por cierto.

SÓC. ¿Y los hará el guarnicionero y cerrajero?

GLAUC. Sin duda.

SÓC. ¿Pero por ventura entiende el pintor la forma que debe darse á las riendas y al freno, ni aun el mismo que las hace, ya sea el cerrajero, sea ya el guarnicionero, ni ningún otro, fuera de aquel que sabe hacer uso de ellas, es decir, solo el jinete?

GLAUC. Esto es verdad.

SÓC. ¿Y no diremos lo mismo respecto de todas las otras cosas?

GLAUC. ¿Cómo?

SÓC. Quiero decir que hay tres artes que corresponden á cada cosa: el que se sirve de ella, el que la hace, y el que la imita.

GLAUC. Ciertamente.

SÓC. ¿Pues á qué se dirigen las propiedades, la hermosura y la aptitud de un mueble, de un animal y de una acción cualquiera, sino al uso para el cual cada cosa es destinada por su naturaleza, ó por la intención de los hombres?

GLAUC. Es así.

SÓC. Luego es muy necesario que el que se sirve de una cosa conozca las propiedades mejor que ningún otro, y que dirija al artífice en su trabajo, enseñándole lo que su obra tiene de bueno ó de malo en orden al uso que él hace. El flautista, por ejemplo, enseñará al flautero qué flautas son las que mejor le sirven, y le prescribirá el modo como las debe hacer, y éste le obedecerá.

GLAUC. No hay duda.

SÓC. Según esto, el primero habla como hombre instruído de lo que hace á una flauta buena ó mala, y el segundo trabaja sobre la fe del primero.

GLAUC. Es cierto.

SÓC. El conocimiento, pues, que tiene todo artífice de la bondad y defectos de su obra, propiamente hablando, no es más que una creencia segura, bebida en las conversaciones que tuvo con el que lo entiende, y por cuyas luces se ve obligado á gobernarse; en lugar que el que de ella usa; tiene un conocimiento fundado sobre ciencia cierta.

GLAUC. Enteramente es así.

SÓC. Mas en orden al imitador, ¿por ventura adquiere con el uso una ciencia cierta de las cosas que imita, que le ponga en estado de juzgar si son hermosas y bien hechas ó no, ó á lo menos adquiere una opinión justa, por la necesidad en que

se halla de tratar con aquel que sabe de ello y que le prescribe cómo lo debe imitar?

GLAUC. Ni uno ni otro.

SÓC. Luego el imitador ni tiene principios seguros, ni opinión justa, tocante á lo que ha hecho bien ó mal en aquello que imita.

GLAUC. Parece que no.

SÓC. Siendo esto así, el imitador estaría bellamente versado en el conocimiento de las cosas que se propone imitar.

GLAUC. Claro está que no sería mucho.

SÓC. Con todo, él imitará ni más ni menos, sin saber lo que hay de bueno y de malo en cada cosa; y se propondrá por objeto de su imitación lo que parece hermoso á la multitud ignorante.

GLAUC. ¿Pues qué otro objeto podría proponerse?

SÓC. Según esto, creo que hemos suficientemente demostrado dos cosas: la primera, que todo imitador no tiene más que un conocimiento muy superficial de lo que imita, y que su arte nada tiene de serio, sino que es una mera diversión de niños; la segunda, que todos los que se aplican á la poesía dramática, sea que compongan en versos yambos ó en versos heroicos, son imitadores hasta no más.

GLAUC. Es evidente.

SÓC. Pero por Dios que me digáis: ¿semejante imitación no dista tres grados de la verdad? ¿ó qué os parece?

GLAUC. Es cierto.

SÓC. Pregunto, pues, ahora: ¿sobre qué facultad del hombre ejerce ella el poder que tiene?

GLAUC. ¿De qué queréis vos hablar?

SÓC. De una cosa parecida á ésta. ¿No es ver-

dad que una misma magnitud mirada de cerca ó de lejos no parece igual?

GLAUC. Por cierto que no.

SÓC. ¿Y que lo que se ve derecho ó encorvado fuera del agua, no parece lo mismo cuando se ve dentro de ella, ni lo cóncavo y convexo, á causa de la ilusión que los colores hacen en los sentidos? Pues también es evidente que esta ilusión y esta turbación llegan hasta el alma, á cuya parte débil dirigen sus tiros el arte de sombrear, el de los mágicos y prestigiadores, y de otros mil como éstos, no omitiendo artificio ninguno para seducirla.

GLAUC. Tenéis razón.

SÓC. ¿Se ha encontrado, pues, un preservativo más seguro contra esta ilusión que la medida, el número y el peso, para impedir que la relación de los sentidos tocante á lo que es más ó menos grande, numeroso ó pesado, no prevaleciese sobre el juicio de la parte del alma que calcula, que pesa y que mide?

GLAUC. En efecto que no.

SÓC. ¿Pero todas estas operaciones no son propias de la parte racional del alma?

GLAUC. De ella misma.

SÓC. ¿Y no sucede muchas veces que al tiempo de haber ella medido y pronunciado que el tal cuerpo es mayor ó más pequeño que aquel otro, ó que son ellos iguales, se forman en nosotros dos juicios opuestos sobre estas mismas cosas?

GLAUC. Es cierto.

SÓC. ¿Mas no hemos dicho que era imposible que la misma facultad del alma hiciese á un tiempo mismo sobre una misma cosa dos juicios contrarios?

GLAUC. Sí, y dijimos muy bien.

SÓC. Por consiguiente, lo que juzga en nosotros contra lo que resulta de la medida es diferente de aquello que juzga conforme á la medida.

GLAUC. No hay duda.

SÓC. Pues la facultad que se atiende á la medida y al cálculo es lo que hay más excelente en el alma.

GLAUC. Sin disputa.

SÓC. Luego la otra facultad que se le opone es una de las cosas más frívolas que hay en nosotros.

GLAUC. Preciso es que así sea.

SÓC. Esta confesión quería yo sacaros cuando decía que la pintura, y en general toda arte que consiste en la imitación, por un lado dista mucho de la verdad en todo lo que abraza como á objeto suyo; por otro, esta parte de nosotros por cuyo medio trabaja, de quien es amiga y á la cual está unida, dista ella misma mucho del buen sentido, y lisonjeándola no se propone cosa ninguna verdadera ni sólida.

GLAUC. Estamos de acuerdo.

SÓC. Como sea, pues, la imitación frívola de sí, y venga á juntarse con lo que hay frívolo en nosotros, no puede menos de producir efectos muy frívolos.

GLAUC. Así debe ser.

SÓC. Mas por suerte, ¿sólo es cierto esto respecto de la imitación que corresponde á la vista, y no se puede decir otro tanto de aquella que se hace para el oído y que llamamos nosotros poesía?

GLAUC. A mí me parece que debe decirse lo mismo.

SÓC. No nos detengamos en verosimilitudes

fundadas sobre la analogía que se halla entre la pintura y la poesía. Penetremos hasta aquella parte del alma con la cual la poesía tiene una correspondencia íntima, y veamos si es frívola ó seria.

GLAUC. Así debe hacerse.

SÓC. Propongamos, pues, la cosa de este modo. La poesía imitativa representa, decíamos nosotros, á los hombres en acciones forzadas ó voluntarias, por cuya ejecución se creen felices ó desgraciados, y se abandonan á la alegría ó á la tristeza; ¿hay por ventura en lo que ella hace; otra cosa fuera de esto?

GLAUC. Nada.

SÓC. ¿Pero por fortuna en todas estas situaciones el hombre está de acuerdo consigo mismo? Al contrario, ¿no experimenta también, en lo que mira á su conducta, las mismas sediciones y los mismos combates que sufre, según convenimos poco antes con motivo de la vista, cuando forma á un mismo tiempo sobre el mismo objeto dos juicios opuestos? Mas me acuerdo que es inútil disputar sobre este punto, porque en los coloquios anteriores quedamos convenidos en que nuestra alma estaba llena de una infinidad de contradicciones semejantes.

GLAUC. Tuvimos razón.

SÓC. Sin duda. Pero tengo por necesario que examinemos al presente lo que omitimos por entonces.

GLAUC. ¿De qué se trata?

SÓC. De un hombre de un carácter moderado á quien sucediese alguna desgracia, como la pérdida de un hijo, ó de otra cosa que estimase en mucho, dijimos entonces que sufriría esta pérdida con mayor resignación que la llevarían otros.

GLAUC. Seguramente.

SÓC. Veamos ahora si será del todo insensible á esta pérdida, ó si siendo una pura quimera semejante insensibilidad, pondrá solamente límites á su dolor.

GLAUC. Esto á la verdad es lo más cierto.

SÓC. Decidme aún: ¿en qué tiempo se hará más violencia para contener su dolor, cuando esté á vista de sus semejantes, ó cuando se halle á solas consigo mismo?

GLAUC. Se contendrá mucho más cuando esté á presencia de todo el mundo.

SÓC. Pero viéndose sin testigos, presumo que se le escaparán muchas quejas, tales que se avergonzaría que alguno las oyese; y hará además muchas cosas en las cuales no querría ser sorprendido.

GLAUC. Es al pie de la letra.

SÓC. Luego lo que le manda oponerse al dolor es la razón y la ley: al contrario, lo que le inclina á abandonarse es la pasión.

GLAUC. Esto es verdad.

SÓC. Pues cuando el hombre experimenta de este modo dos movimientos contrarios acerca del mismo objeto, es prueba, decíamos, que hay en él dos partes opuestas.

GLAUC. No hay duda.

SÓC. La una que está siempre pronta á obedecer á la ley en todo cuanto prescribe.

GLAUC. ¿Cómo es esto?

SÓC. Por ejemplo, la ley dice que es lo mejor permanecer tranquilo en las adversidades cuanto se pueda, y no apesadumbrarse dando por razones: que se ignora si estos accidentes son buenos ó malos, y que para en adelante nada se gana con afligirse, ni que merecen los acontecimientos de la

vida que nos tomemos en ellos tanto interés, sobre todo siendo la aflicción un obstáculo á lo que en estos lances puede servirnos de más pronto socorro.

GLAUC. Pues ¿qué deberíamos hacer entonces?

SÓC. Tomar consejo de la razón sobre lo que acaba de suceder, y corregir con nuestra buena conducta la injusticia de la suerte, á la manera que el jugador repara con su habilidad el golpe del dado; y no hacer como los niños, que cuando han caído, llevando su mano á la parte herida, pierden el tiempo en gritar; sino antes bien acostumar nuestra alma á que aplique prontamente el remedio á la herida, y levante lo caído, sin detenerse en llantos inútiles.

GLAUC. Sin duda que éste es el mejor remedio contra los golpes de la fortuna.

SÓC. Y también dijimos que la parte más sana de nosotros obedece voluntariamente á estos excelentes consejos.

GLAUC. Esto es claro.

SÓC. Pero acerca de la otra, que nos reproduce sin cesar la memoria de nuestras desgracias, y nos provoca á los llantos y lamentos, sin saciarse de ellos jamás, ¿temeremos decir que es una cosa irracional, cobarde y tímida?

GLAUC. Lo diremos sin titubear.

SÓC. Pues no hay cosa que más campo dé á una imitación siempre variada, que el dolor y el sentimiento; en lugar que un carácter sabio y tranquilo, siempre semejante á sí mismo, es muy difícil de imitar, y la pintura que se sacase no sería muy propia para llamar la atención de esta multitud confusa que se congrega de ordinario en los

teatros; porque sería esto ofrecerles un cuadro de costumbres del todo diferentes y extrañas.

GLAUC. Enteramente es así. ✓

Sóc. Es evidente por otro lado, que el genio del poeta imitador de ningún modo le incita á representar esta situación del alma; y que su arte y su saber, á fin de hacerle bienquisto á la multitud, no se ocupan sino en complacerla; por lo cual se aplicará con preferencia á expresar los caracteres apasionados, que por su variedad son más fáciles de imitar.

GLAUC. No hay duda.

Sóc. Luego razón hemos tenido de condenarle y ponerle en la misma clase que al pintor, con quien tiene de común el no componer sino obras que se encuentran frívolas y vanas, comparadas con la verdad; y se le parece también en que trabaja con la mira de agradar á la parte frívola del alma, sin hacer caso de lo que en ella hay de mejor. Por tanto, con justicia le hemos rehusado la entrada en una ciudad que debe gobernarse por leyes sabias, porque despierta y sustenta esta parte del alma, y fortificándola destruye el imperio de la razón. Y lo que sucedería en un Estado en el cual los peores se hiciesen los más fuertes, entregándoles toda la autoridad y acabando con los buenos ciudadanos, podemos asegurar que es una viva imagen del desorden que el poeta imitador introduce en el gobierno interior de cada hombre, por la complacencia excesiva que tiene con esta parte insensata del alma, que no sabe distinguir lo que es más grande y lo que es más chico, que se forma del mismo objeto tan pronto grandes, tan pronto pequeñas fantasmas, y que está siempre á una distancia infinita de la verdad.

GLAUC. Esto es cierto.

SÓC. Pues aun no hemos dicho nada del mayor mal que causa la poesía. Porque, en efecto, ¿no es cosa la más terrible el ver que fuera de un corto número es capaz ella de corromper el ánimo de los más sabios?

GLAUC. Sin duda lo sería si produjese semejante efecto.

SÓC. Escuchad y lo veréis. Bien sabéis que cuantos aquí estamos, entiendo aun los más racionales, cuando oímos recitar los pasajes de Homero ó de algún otro poeta trágico, donde se representa un héroe en aflicción, lamentándose de su suerte con largos discursos, dando gritos, é hiriéndose á puñadas en los pechos; bien sabéis, digo yo, que experimentamos entonces un placer secreto del cual nos dejamos llevar insensiblemente, y que á la compasión del héroe que nos interesa, se junta la admiración del talento del poeta que supo tan bien enternecernos.

GLAUC. Lo sé muy bien, ¿y cómo podría ignorarlo?

SÓC. Con todo, habéis podido notar que en las desgracias que nos suceden á nosotros mismos, creemos nosotros que es honor nuestro tomar el partido contrario; quiero decir, de permanecer firmes y tranquilos, persuadidos que esto corresponde á un hombre de esfuerzo, y que deben dejarse para las mujeres estos mismos llantos que acabamos de aprobar en un héroe.

GLAUC. Ya lo he advertido.

SÓC. ¿Pero á dónde está el buen sentido, no digo de ver sin indignación, sino aun de aprobar con connoiciones de alegría en otro hombre una

situación en la cual nos avergonzaríamos hallarnos y la que condenaríamos en nosotros como una debilidad?

GLAUC. Por Dios que no tiene esto nada de racional.

SÓC. Sin duda que no, sobre todo si miramos la cosa como se debe mirar.

GLAUC. ¿De qué modo?

SÓC. Si consideramos que esta parte de nuestra alma contra la cual nos oponemos en nuestras propias desgracias, que está hambrienta de lágrimas y lamentos, de que querría saciarse, siendo de su naturaleza inclinada á buscarlos, es la misma que lisonjean los poetas y se afanan por satisfacer; que en estas ocasiones la otra parte de nosotros mismos, que es la más excelente, no estando aún bastante fortificada con la razón ni con la costumbre, se descuida en tener á raya la parte lamentadora, excusándose con que ella no es más que espectadora de las miserias de otro, y que no le es vergonzoso dar señales de aprobación y de lástima por las lágrimas que otro que es tenido por hombre de bien derrama desmesuradamente: de suerte que cuenta ella por una ganancia el placer que experimenta entonces, y no consentiría privarse de él condenando absolutamente esta especie de poemas. Esto proviene, según pienso, de que pocas gentes hacen reflexión que los afectos de otro vienen á ser infaliblemente los nuestros, y que después de haber mantenido y fortificado su compasión con la vista de los males ajenos, es muy difícil moderarse en los suyos propios.

GLAUC. Es mucha verdad.

SÓC. ¿Y no diremos lo mismo de lo ridículo?

Por mucha aversión que tengais al oficio de truhán, si os complacéis excesivamente con las bufonadas, ya sea en el teatro, ya sea en las conversaciones, os sucederá lo mismo que en las representaciones trágicas, esto es, de hacer lo que aprobáis en los demás. Porque entonces daréis curso libre al deseo de hacer reir, que la razón refrenaba antes en vos mismo, con el temor de incurrir en la nota de bufón; y después de haber fomentado este deseo presenciando la comedia, no tardaréis en ir soltando en vuestro trato, aun sin pensar en ello, rasgos que no pueden convenir sino á un farsante.

GLAUC. Tenéis mucha razón.

SÓC. La poesía imitativa produce también en nosotros el amor, la ira, y todas las pasiones del alma que tienen por objeto el placer y el dolor, é influyen en todas nuestras acciones; porque en lugar de desecarlas poco á poco, las nutre y las riega. Nos hace más viciosos y más infelices por el imperio que da á estas pasiones en nuestro corazón, en lugar de tenerlas en una entera dependencia, que aseguraría nuestra hombría de bien y nuestra bienaventuranza.

GLAUC. Yo no puedo menos de decir lo mismo.

SÓC. Por tanto, mi amado Glaucón, cuando os encontréis con los admiradores de Homero y les oigáis decir que este poeta instruyó á la Grecia, y que leyéndole aprende uno á gobernarse y conducirse bien en los varios encuentros de la vida, y que no se puede hacer cosa mejor que arreglarse á sus preceptos, será preciso usar de toda especie de atención y complacencia con los que tienen este lenguaje, creyendo que trabajan, en cuanto es de su parte, por ser hombres de bien, y concederles que

Homero es el mayor de los poetas, y el primero de los poetas trágicos; pero al mismo tiempo debéis tener presente que en nuestra república no se han de admitir otras obras de poesía que los himnos en honor de los dioses y los elogios de hombres ilustres; y que en el momento que recibáis en ella las musas voluptuosas, sean épicas, sean líricas, el placer y el dolor reinarán en vuestro Estado, en vez de la ley y de la razón, cuya excelencia reconocieron siempre los hombres en todos tiempos.

GLAUC. No hay cosa más cierta.

SÓC. Y pues que se presentó ocasión segunda vez de hablar de la poesía, ya oísteis lo que se me ofrecía decir en el asunto, para manifestar que siendo lo que ella es, tuvimos razón de desterrarla entonces de nuestra república; porque no pudimos resistir á la fuerza de los motivos que nos obligaron á ello. Por último, para que la poesía no nos acuse de dureza y rusticidad, es bueno decirle que no es de ahora sino muy antigua su oposición á la filosofía. Testigos estas expresiones: *Aquella perra regañona que ladra contra su ama..... Estas gentes que lo lucen en concurrencias de hombres insensatos..... La tropa de falsos sabios que quieren dominarlo todo..... Estos contemplativos sutiles á quienes la pobreza aguza el entendimiento* (1), y otras mil que son pruebas de su antigua enemistad. A pesar de esto, protestamos ingenuamente que si la poesía, imitativa y que tiene por objeto el placer, pue-

(1) *Entendimiento.* No se sabe de qué poetas hubiese tomado Platón estos rasgos. Pero es bastante probable que fuesen de los autores de la antigua comedia, todos muy satíricos y enfurecidos contra los filósofos.—Grou.

de probarnos con buenas razones, que no se la debe excluir de un Estado bien civilizado, nosotros la recibiremos con los brazos abiertos, como que no podemos disimularnos á nosotros mismos la fuerza y dulzura de sus encantos; pero nunca es permitido hacer traición á la verdad donde quiera que se cree encontrarla. Vos mismo, amigo mío, ¿no sois de aquellos á quienes encanta la poesía, sobre todo cuando se os presenta en Homero?

GLAUC. Seguramente que sí.

SÓC. Luego es acreedora á que se le permita venir á defender su causa ante nosotros, bien sea en una oda, ó en cualquier otra especie de poema que le pareciese escoger.

GLAUC. Sin duda.

SÓC. En cuanto á sus protectores, que sin hacer ellos versos son amantes de la poesía, nosotros les permitiremos abogar por ella en prosa, y que nos muestren que ella no sólo es agradable, sino también provechosa á la república y á los particulares para el gobierno de la vida, y nosotros los oiremos con gusto, porque ganaremos en ello, si se nos hace oír que junta ella lo útil á lo agradable.

GLAUC. ¿Y cómo podíamos dejar de ganar en esto?

SÓC. Pero si no pueden conseguir el probárnoslo, ¿no imitaremos nosotros, mi amado amigo, la conducta de los amantes que se hacen violencia por separarse del objeto de sus pasiones luego después que han reconocido la inutilidad y el peligro? Del mismo modo conservaremos siempre cierta benevolencia á la poesía, por el amor que hemos concebido para con ella y se nos ha inspirado en estas bellas repúblicas donde habemos sido criados; y

desearemos que pueda parecernos muy buena y muy verdadera: pero mientras que no tenga cosa de provecho que alegarnos en su defensa, la escucharemos con precaución, previniéndonos contra sus encantos por las razones que acabo de exponer; y nos guardaremos bien de reincidir en la pasión que la tuvimos en la juventud, y de la cual el común de los hombres no se ha libertado. Reconozcamos, pues, que esta especie de poesía es indigna de nuestros cuidados, y que no se la debe mirar como cosa seria ni allegada á la verdad; antes bien todo hombre que teme por el gobierno interior de su alma, debe estar ojo alerta contra ella, no oirla sino con desconfianza, y creer que cuanto de ella hemos dicho es cierto.

GLAUC. Consiento de todo mi corazón.

Sóc. Grande por cierto es el combate, mi amado Glaucón, y más grande de lo que se piensa, aquel que se nos propone, y en el cual se trata de ser virtuoso ó malo. De manera que ni por los honores, ni por las riquezas, ni por las dignidades, ni aún menos por amor de la poesía, es cosa digna que nos descuidemos en adquirir la justicia y las otras virtudes.

GLAUC. Yo no puedo separarme, supuesto lo que hemos dicho, y creo que nadie pueda pensar de otro modo.

Sóc. Con todo, no hemos hablado aún de las mayores recompensas reservadas á la virtud y de los premios que, por decirlo así, están vinculados en ella.

GLAUC. Preciso es que sean de inmenso valor, si exceden á los que acabamos de exponer.

Sóc. ¿Puede por suerte llamarse grande lo que

se pasa en un pequeño espacio de tiempo? Pues en realidad, el intervalo que separa nuestra infancia de la vejez es bien poco, comparado con la eternidad.

GLAUC. Ni aun siquiera es nada.

SÓC. Pues qué, ¿pensáis que una sustancia inmortal deba limitar sus cuidados y sus miras á un tiempo tan corto, y no más bien atender á la eternidad entera?

GLAUC. Yo así lo pienso. Pero ¿por qué decís esto?

SÓC. ¿Ignoráis acaso que nuestra alma es inmortal y que jamás se destruye?.....

GLAUC. (*Mirando á Sócrates con aire de sorpresa.*) A fe mía que no sé nada, ¿y vos podríaismelo probar?

SÓC. Sí, á no ser que yo me engañe: y creo aún más; que podríais vos hacer otro tanto, porque la cosa no es difícil.

GLAUC. Para mí lo es; y me daríais mucho gusto en demostrarme este punto que tenéis vos por tan fácil.

SÓC. Escuchad, pues.

GLAUC. Decid.

SÓC. ¿Reconocéis que hay bien y hay mal? (1).

GLAUC. Sí.

SÓC. ¿Pero tenéis del uno y del otro la misma idea que yo?

GLAUC. ¿Qué idea?

SÓC. Que todo principio de corrupción y de disolución es un mal; que, al contrario, todo principio de conservación y de mejora es un bien.

(1) *Y hay mal.* Trátase aquí de los bienes y males físicos.—Grou.

GLAUC. Sí por cierto.

SÓC. ¿Cada cosa no tiene su mal y su bien? La oftalmía, por ejemplo, es el mal de los ojos, y la enfermedad el mal de todo el cuerpo. El añublo es el mal de las mieses; la podredumbre, de las maderas; el orín, del hierro y del cobre; y, en una palabra, no hay casi nada en la naturaleza que no tenga su mal y su enfermedad particular.

GLAUC. Esto es verdad.

SÓC. ¿Este mal no empeora la cosa á la cuál se aferra, y al cabo viene á parar en disolverla y arruinarla enteramente?

GLAUC. No puede menos.

SÓC. Según esto, cada cosa es destruída por el mal y por el principio de corrupción que ella lleva consigo; de suerte que si este mal no tiene fuerza para destruirla, no hay cosa que sea capaz de hacerlo: porque el bien no puede producir este efecto en orden á cualquier cosa que sea, ni tampoco lo que no es ni bien ni mal.

GLAUC. ¿Cómo podría ser esto?

SÓC. Si pues encontramos en la naturaleza una cosa á quien su mal la hace en verdad mala, pero que no puede ni disolverla ni destruirla, ¿desde luego no podríamos asegurar de esta cosa que ella naturalmente no puede perecer?

GLAUC. Es muy conforme.

SÓC. Pues qué, ¿no hay nada que haga al alma mala?

GLAUC. Sí por cierto, y estos son todos los vicios de quienes hemos hecho mención: la injusticia, la intemperancia, la cobardía y la ignorancia.

SÓC. Mas por ventura, ¿alguno de estos vicios puede alterarla y disolverla? Y temed cuidado no

nos engañemos, imaginándonos que cuando el hombre injusto é insensato es sorprendido en un delito, la injusticia, que es el mal de su alma, sea entonces la causa de su destrucción; sino ved de qué modo debe mirarse. Advertid cómo la enfermedad que es para el cuerpo un principio de corrupción, le aniquila poco á poco, le destruye y le reduce á términos de no tener siquiera la forma de cuerpo, y cómo todas las otras cosas de que hemos hablado tienen su mal propio, que se aferra á ellas y las corrompe por la mansión que allí hace, y las conduce al extremo de dejar de ser lo que ellas eran: ¿no es esto verdad?

GLAUC. Sí.

Sóc. Lo mismo pues, para hacer la aplicación de esto al alma, es menester ver si llegándose á alojar y á fijarse en ella la injusticia y los otros vicios, la corrompen y la consumen, hasta tanto que conduciéndola á la muerte, la separen del cuerpo.

GLAUC. De ningún modo se verifica esto respecto del alma.

Sóc. Por otra parte, sería un absurdo decir que un mal extraño destruyese una sustancia, que su propio mal no puede destruirla.

GLAUC. Sería, en efecto, contra toda razón.

Sóc. Reflexionad además, mi amado Glaucón, que aun respecto del cuerpo, no creemos nosotros que su destrucción deba ser el efecto inmediato de la mala calidad de los manjares, por cualquier causa que provenga, bien sea por haberlos conservado mucho tiempo, ó bien porque ellos se hayan corrompido, ó por alguna otra razón. Pues si los malos alimentos engendran alguna corrupción en el cuerpo, diremos que con motivo del alimento el

cuerpo fué destruído por la enfermedad, que es propiamente su mal; y jamás pretenderemos que los manjares, que son de naturaleza diferente de la del cuerpo, tengan por sus malas cualidades virtud de destruirle, á menos que este mal extraño no engendre en el cuerpo aquel mal que le es propio.

GLAUC. Decís muy bien.

Sóc. Por la misma razón, á no ser que la enfermedad del cuerpo engendre la del alma, nunca pensemos que esta sustancia, que nada tiene de común con el cuerpo, pueda perecer por un mal extraño, sin intervención del mal que le es propio.

GLAUC. Tenéis razón.

Sóc. Por tanto, ó desechemos todas estas pruebas como infundadas, ó mientras que conserven ellas toda su fuerza, guardémonos bien de decir que ni la calentura, ni ninguna otra enfermedad, ni la degollación misma, ni el ser partido el cuerpo en pequeños pedazos, puede dar la muerte al alma; á menos que se nos haga ver que por los males que el cuerpo padece en estas circunstancias, el alma se hace más injusta y más impía. Y no suframos que se diga que ni el alma ni cualquiera otra sustancia que sea, perezca por el mal que sobreviene á una sustancia de diferente naturaleza, si el mal que es propio suyo no concurre.

GLAUC. Pues ello es cierto, que nadie nos demostrará jamás que las almas de los que mueren se hacen más injustas por la muerte.

Sóc. Con todo, si alguno fuese tan osado que quisiese impugnar nuestra opinión, y sostener que la muerte hace al hombre más malo y más injusto, para no verse obligado á confesar la inmortalidad del alma, le forzaremos á que convenga en que si

lo que dice es verdad, se sigue que la injusticia conduce naturalmente á la muerte como la enfermedad, y que ella mata á los que le dan entrada en su alma, más ó menos prontamente, según que son ellos más ó menos malos: lo que es contrario á la experiencia de cada día, que nos muestra que la causa ordinaria de la muerte de los malos es el suplicio al cual les condena la justicia.

GLAUC. Por cierto que si la injusticia fuese un mal capaz de dar la muerte á los malos, no debería mirarse como el mayor de los males; porque los que la alojasen en su alma se libertarían por su medio de todos los otros males. Yo pienso al contrario, que examinando de cerca la cosa se encontrará que ella mata á los otros en cuanto está de su parte, mientras que conserva lleno de vida y muy despierto á aquel en quien hace su morada. Tan lejos está, á lo que parece, de darle la muerte.

SÓC. Decís muy bien. Porque si la malignidad del alma, si su propio mal, no pueden matarla ni destruirla, ¿cómo el mal destinado por su naturaleza á la destrucción de otra sustancia podría hacerla perecer, ni á ella, ni á ninguna otra cosa distinta de aquella sobre la cual debe producir naturalmente este efecto?

GLAUC. Me parece que esto es imposible.

SÓC. Luego es evidente que lo que no puede perecer ni por su propio mal, ni por el mal ajeno, debe necesariamente existir siempre, y que si existe siempre, aquello es inmortal.

GLAUC. Es como preciso.

SÓC. Supongamos, pues, esto, como principio incontestable. Y si así fuese, sería fácil de ver que las mismas almas deben existir siempre: porque no

pereciendo ninguna, su número no podría disminuirse. Ni tampoco puede aumentarse, porque si el número de los seres inmortales viniese á ser mayor, comprendéis al instante que estos nuevos seres se formarían de aquello que era mortal, y al fin que todas las cosas acabarían por ser inmortales (1).

GLAUC. Es mucha verdad.

SÓC. Pues la recta razón no nos permite creer, ni aun siquiera pensar, que nuestra alma, considerada en el fondo real de su ser, conste de una naturaleza compuesta, llena de desemejanza y de variedad.

GLAUC. ¿Qué es lo que decís?

SÓC. Que es difícil que lo que resulta del conjunto de muchas partes sea eterno, á no ser que haya logrado una composición tan perfecta como la que se acaba de ver en el alma.

GLAUC. En efecto, no es esto verosímil.

SÓC. Las razones, pues, que acabamos de alegar, y otras muchas, demuestran invenciblemente

(1) *Inmortales*. Este raciocinio, sobre el cual estriba todo el sistema de la metempsicosis, está fundado en la falsa creencia de que las almas han existido antes de los cuerpos, y que su número es determinado, independientemente del de los cuerpos que ellas deben animar: en una palabra, que no se forman nuevos cuerpos sino á medida que hay, por decirlo así, almas de repuesto que esperan el momento de entrar en ellos. Lo que sumergió á los antiguos filósofos en este error, y en una multitud de absurdos en orden á la naturaleza del destino del alma, fué la ignorancia en que estaban ellos de lo que la fe nos enseña, á saber: que Dios cría cada alma en el momento que está el cuerpo suficientemente organizado para recibirla. Y es menester confesar que si la religión no hubiese venido en nuestra ayuda, nosotros no habríamos discurrido mucho mejor sobre estas materias que Pitágoras y Platón.—*Grou*

la inmortalidad del alma. Pero para conocer bien su naturaleza, no se la debe considerar, como nosotros hacemos, en el estado de degradación en que la constituyen su unión con el cuerpo y todos los otros males consecuencias de esta unión; sino que debemos contemplarla atentamente con los ojos del espíritu, tal cual es en sí misma, desasida de todo lo que le es extraño. Entonces se verá que es infinitamente más hermosa y se distinguirá con más claridad la naturaleza de la justicia y de la injusticia, y de las otras cosas de que ahora hemos hablado. Todo cuanto habemos dicho del alma es verdad respecto á su estado presente. Pero lo mismo que los que viesen ahora el Glauco (1) marino apenas podrían reconocer su primera forma, por habérsele las antiguas partes de su cuerpo quebrado las unas, gastado las otras y alterado todas por las ondas, y habérsele formado nuevas de conchas, de ovas y de arenas, de suerte que más parece un monstruo que un hombre tal como era antes; de la misma manera el alma en el estado en que la vemos, está sujeta á

(1) *Glauco*. Pescador célebre en la mitología, de quien se cuenta que habiendo observado un día que los pescados que echaba sobre cierta especie de yerba tomaban nuevas fuerzas y volvían á arrojarse al agua, le vino al pensamiento comer de esta yerba, y saltó luego al punto al mar; donde fué trasmutado en Tritón y mirado como un dios marino. Circe le amó infructuosamente, por haberse estrechado él con Escila, á la cual la mágica por celos convirtió en monstruo marino, después de envenenar la fuente donde iban á ocultarse estos dos esposos. Glauco era una de las deidades que se llamaban *Litorales*; nombre tomado de la costumbre que los antiguos tenían de cumplir al instante que llegaban al puerto los votos que habían ofrecido en el mar.

mil males que la desfiguran. Para conocerla, mi amado Glaucón, ved lo que es menester registrar en ella.

GLAUC. ¿Qué?

SÓC. Su filosofía y reflexionar á qué cosas se inclina, qué compañías y tratos apetece, con cuán estrecha correspondencia está con todo lo que es divino, inmortal y eterno, y qué es lo que viene á ser, cuando entregándose por entero á esta sublime contemplación, se eleva por un noble esfuerzo del fondo de este piélago donde está sumergida, y se sacude las arenas y conchas; pues como por necesidad es comensal de la tierra, se le pegaron muchas cosas terrenas, pedregosas y salvajes, por aquellos alimentos que celebran tantas gentes como regálados. Entonces es cuando veréis claramente cuál es su verdadera naturaleza, si es simple ó compuesta; en una palabra, cuál es su esencia y su manera de ser. Por lo que hace á su situación presente en esta vida, entiendo que hemos explicado bastante bien las pasiones y los afectos á los cuales está sujeta.

GLAUC. Enteramente es así.

SÓC. Pero en esta averiguación ¿no hemos despojado á la justicia de todo lo que es accesorio, y no hemos dejado aparte los honores y las recompensas que vosotros le atribuísteis sobre la palabra de Homero y de Hesoido? ¿No hemos demostrado que la justicia es por sí misma el bien más excelente del alma y que se debe obrar justamente, ora se tenga ó no el anillo de Giges, y si se quiere aún, sobre este anillo, la celada de Plutón (1)?

(1) *De Plutón*. De esta celada habla Homero en el v. de la *Iliada* v. 845, donde cuenta que aPalas tomó la

GLAUC. Es mucha verdad.

SÓC. Luego no se puede ahora llevar á mal, mi amado Glaucón, que restituyamos á la justicia y á las otras virtudes las recompensas que los hombres y los dioses han destinado al alma, y que recibe el hombre justo mientras vive y después de la muerte.

GLAUC. Nada podría encontrarse que oponer.

SÓC. ¿Me restituiréis, pues, ahora lo que os he prestado al principio de esta conversación?

GLAUC. ¿Qué cosa es?

SÓC. Tuve á bien concederos que el virtuoso pasase por malo, y el malo por virtuoso; porque vos creísteis que aunque fuese imposible engañar en esto á los hombres y á los dioses, con todo debía suponerse para continuar el discurso, á fin que hiciésemos nuestro juicio de la justicia é injusticia, comparadas una con otra como son en sí mismas: ¿no os acordáis de esto?

GLAUC. Sería un delito el no acordarme.

SÓC. Supuesto, pues, que está ya pronunciada la sentencia, os intimo en nombre de la justicia que le restituyáis los honores que ella recibe de los hombres y de los dioses, y ayudéis á restablecerla en sus derechos, para que en la opinión pública consiga la palma con que adorna ella á los que la poseen; después que hayáis convenido en los provechos que resultan de ser justo, y en que la justicia no deja vanas las esperanzas de los que realmente la practican, sobrepujando con mucho á la

celada de Plutón, á fin de que no la viese Marte.» Esta celada, pues, hacía á los que la llevaban invisibles á los dioses, como el anillo de Giges les hacía invisibles á los hombres. Véase el coloquio segundo hacia el principio.—*Gron.*

injusticia en los bienes que la reputación del hombre virtuoso se lleva tras sí.

GLAUC. Esta es una petición muy justa.

SÓC. Me concederéis, pues, en primer lugar, que el virtuoso y el malo son conocidos de los dioses por lo que en sí son.

GLAUC. Os lo concedo.

SÓC. Y si la cosa es así, el uno es amado, el otro aborrecido de los dioses, según lo confesamos desde el principio.

GLAUC. Esto es verdad.

SÓC. Mas ¿no me concederéis también que los que son amados de los dioses no tienen que esperar sino bienes de su parte, y que si alguna vez reciben males son consecuencias necesarias del anterior pecado?

GLAUC. Sin disputa.

SÓC. Es necesario, pues, reconocer acerca del hombre justo, que ahora se vea reducido á pobreza, ó sujeto á una enfermedad, ó constituido en cualquier otra situación de las que el común de los hombres mira como infelices, que estos pretendidos males se convertirán en su provecho, ó durante su vida ó después de su muerte: por cuanto la providencia de los dioses está siempre atenta á los intereses del que trabaja por ser justo y por llegar con la práctica de la virtud á la más perfecta semejanza que el hombre puede tener con Dios.

GLAUC. No es regular que un hombre de este carácter sea despreciado de aquel á quien se esfuerza asemejarse.

SÓC. Pero ¿por ventura no se debe pensar todo lo contrario del malo?

GLAUC. Sin duda.

SÓC. Luego para con los dioses la victoria queda toda entera por el justo.

GLAUC. Á lo menos ésta es mi opinión.

SÓC. ¿Y respecto de los hombres, si debemos decir la verdad, no se verifica otro tanto? ¿No sucede á los malvados y á los injustos lo mismo que á los atletas, que corren muy bien cuando parten de la raya, pero que no corren ya lo mismo cuando van de vuelta? Salen con rapidez al principio, mas al fin de la carrera se hacen dignos de mofa, volviéndose con las orejas caídas y sin ser coronados; en vez que los buenos corredores llegan al término, consiguen el premio, y reciben la corona. ¿Y los justos no tienen por lo común la misma suerte, quiero decir, que al fin de cada empresa, de su conducta y de su vida, los hombres dan á su virtud la gloria y las recompensas que le son debidas?

GLAUC. Es muy cierto.

SÓC. Vos me permitid, pues, que aplique yo á los justos lo que más arriba decíais de los malos. Yo pretendo que los justos, cuando llegaron ya á la edad madura, consignent en la república donde viven todas las dignidades que quieren, contraen á su elección alianzas para ellos y para sus hijos; en una palabra, todo lo que vos habéis dicho de aquellos, digo yo de éstos. En cuanto á los malos, sostengo que, aunque muchos de ellos consigan de jóvenes engañar al mundo, descubiertos al fin de la carrera, y llegados á viejos, se hacen dignos de risa y se les cubre de oprobios, reducidos á ser el juguete de los extranjeros y de sus conciudadanos; y valiéndome de expresiones que vos tenéis por demasiado fuertes respecto del justo, pero que se verifican en el malo, digo que serán atormentados y

quemados; en suma, imaginaos oír de mi boca que ellos sufrirán todos los géneros de suplicios de que vos hicisteis mención entonces. Pero á vos os toca ver si llevaréis á bien que yo lo diga.

GLAUC. Sí; tanto más, que no decís cosa que no sea muy arreglada.

Sóc. Tales, pues, son los galardones, los estipendios y las recompensas que el justo recibe mientras vive de parte de los hombres y de los dioses, fuera de aquellos bienes que encuentra en la práctica misma de la virtud.

GLAUC. Pues estas ventajas son muy gloriosas y sólidas.

Sóc. Pero no son nada, ni en número ni en magnitud, comparadas con los bienes y con los males reservados en la otra vida á la virtud y al vicio. Escuchad la relación de ellos que no debo omitir, á fin de restituir al justo y al malo lo que tienen derecho de esperar de nosotros en esta conversación.

GLAUC. Referidlos en hora buena, sin ocuparos de que sea larga su relación, sino de que la oiremos con gusto.

Sóc. No voy á contaros el apólogo de Alcínoo (1), sino el de un hombre esforzado, de Her el Armenio (2), originario de Pamphilia. Después

(1) *Alcínoo*. Es decir, una relación mentirosa, tal como la de Ulises á Alcínoo, rey de los Feaces. Hay también aquí un juego de palabras entre el nombre de Alcínoo Αλκίνοου y Αλκίμου, que significa valeroso, esforzado.

(2) *Armenio*. Daniel Huecio en el cap. cxlii de la *Demostración Evang.*, n. 11, enmienda este lugar, insinuando que debe leerse Αρμενίου, en vez de Αρμενίου, fundado en lo que Plutarco, cap. v del lib. ix, *Symp.*, dice, que Platón

que hubo sido muerto en una batalla, como pasados diez días fuesen á recoger los cadáveres ya podridos, fué encontrado el suyo sano y entero; mas llevado á su casa para hacerle los funerales, estando ya sobre la pira pronto á ser quemado, á los doce días de su muerte resucitó, y contó á los asistentes lo que había visto en el otro mundo. «Luego al punto, dijo él, que mi alma se separó de mi cuerpo, me partí, en compañía de otros muchos, hacia un lugar verdaderamente espantoso, donde vimos en la tierra dos aberturas vecinas una de otra, y en el cielo otras dos que correspondían á aquéllas. Ciertos jueces estaban sentados entre estas aberturas; los cuales, luego que habían pronunciado su sentencia, mandaban á los justos emprender su marcha á la derecha por una de las aberturas del cielo, después de haberles fijado por delante un cartel que contenía la sentencia dada á su favor; y á los malos les mandaban tomar su camino á la izquierda por una de las aberturas de la tierra, llevando también á la espalda otro cartel semejante, donde se expresaban todas sus acciones. Presentado yo á los jueces, me dijeron que era menester que

introdujo en este apólogo á Her, hijo de Armonio, para darnos á entender que las almas son creadas y unidas á los cuerpos según cierta armonía. Macrobio, lib. 1., *Som. Scip.*, cap. 1, duda de que Her hubiese muerto, inclinándose más á creer que pareció solamente que volvía á recibir el alma que en realidad no había perdido; y añade que Cicerón, en los libros de la *República* se lamentaba de que despreciasen algunos esta historia. Bien que San Agustín, lib. xxii, capítulo xxviii de la *Ciudad de Dios*, diga «que así lo toca esto Cicerón, que da á entender que más dijo aquello Platón por vía de ficción y fábula que porque quisiese decir que era verdad.»

llebase yo á los hombres la nueva de lo que pasa en la otra vida, y me mandaron que oyese y observase con cuidado en este lugar todo aquello de què iba á ser testigo. Ví, pues, al momento las almas de los que habían sido juzgados, unas subir al cielo, otras descender bajo de tierra, por las dos aberturas que se correspondían; mientras que por la otra abertura de la tierra vi salir almas cubiertas de inmundicia y de polvo, al tiempo mismo que por la otra del cielo bajaban otras almas puras y sin mancha. Todas parecían que venían de un largo viaje, y que se sentaban con gusto en la pradería, como en un lugar de asamblea. Las que de ellas se conocían, abrazándose unas á otras, se pedían nuevas de lo que pasaba ya en el cielo, ya bajo la tierra. Unas contaban sus aventuras con gemidos y llantos, que les arrancaba la memoria de los males que habían sufrido ó visto padecer á otras durante el tiempo de su viaje bajo la tierra, cuya duración era de mil años. Otras que venían del cielo, hacían la relación de los placeres deliciosos que habían gustado y de las cosas maravillosas que allí habían visto.»

Mucho tiempo era menester, mi amado Glaucón, para referiros por extenso el discurso de Her con este motivo, más se reducía á decir que las almas eran castigadas diez veces por cada injusticia que habían cometido en su vida, pero que la duración de cada castigo era de cien años, que son poco más ó menos los términos de la vida humana: para que la pena fuese siempre décupla por cada crimen. Y de este modo los que habían hecho muchos homicidios, ó habían entregado por traición ciudades y ejércitos, ó reducido su patria á esclavitud, ó se hu-

biesen hecho culpables de algún otro delito de esta naturaleza, eran atormentados al décuplo por cada una de estas maldades. Al contrario, aquellos que habían hecho á los hombres beneficios señalados, y habían sido justos y santos, recibían con la misma proporción la recompensa de sus acciones buenas. En orden á los niños que morían poco después de haber nacido lo que contaba de su estado en el otro mundo, no merece que se repita. Pero refería que estaban destinadas aún recompensas mucho mayores á los que habían honrado con más especialidad á los dioses y respetado á sus padres; y preparados tormentos extraordinarios á los impíos, á los parricidas y á los suicidas.

«Estaba yo presente, decía él, cuando un alma preguntó á otra dónde estaba el grande Arideo; este Arideo había sido tirano de una ciudad de Pamphilia, mil años antes; había muerto á su padre de edad ya avanzada, y á su hermano mayor, y cometido, según decía, otros muchos delitos enormes.—Ni viene, respondió el alma, ni vendrá jamás aquí; porque á propósito de éste fuimos todos testigos del espectáculo más horrendo. Pues cuando estábamos para salir de este abismo subterráneo, después de haber cumplido nuestras penas, de repente nos vimos á Arideo y con él otros muchos, los más de los cuales eran también tiranos; pero iban en su compañía algunos particulares, que, en su condición privada, habían sido grandísimos malvados. En el momento que esperaban ellos salir, la abertura les rehusó el paso, arrojando un espantoso bramido; lo que hace cuantas veces alguno de aquellos cuyas culpas son irremisibles, ó no fueron expiadas suficientemente, se presenta para salir.

Luego al punto ciertos hombres crueles, y que parecían todos de fuego, en oyendo el estruendo, se arrojaron sobre ellos é hicieron presa de Arideo y de los otros, les ataron los pies, manos y cuello, y después de haberles echado en tierra y despellejado, los arrastraban en carne viva sobre abrojos junto al camino, dando á todos los pasajeros razón por qué los trataban de aquel modo, y diciendo que los iban á precipitar en el Tártaro. Esta última añadía que entre los muchos y varios temores con que habían sido agitadas en el camino, ninguno igualaba al espanto que les causó este horrible bramido, y que para ellas fué de un placer inexplicable el salir luego que hubo cesado. Ved puntualmente lo que pasa en orden al juicio y los suplicios de los malos: y la liberalidad con que son recompensados los buenos, es igual al rigor que tienen con aquéllos.

»Mas después que las almas hubieron pasado siete días en este prado, debían partirse de allí el día octavo, y en cuatro días de marcha llegar á cierto lugar señalado, de donde se veía una luz extendida sobre todo el cielo y sobre toda la tierra, derecha como una columna, bastante semejante al arco iris, aunque más brillante y más pura. Llegaron ellas á esta luz en otra jornada de un día, y hacia el medio de la luz divisaron colgados del cielo los extremos de sus fajas. Esta faja del cielo no es otra cosa que la luz de que yo he hablado, que abraza toda su circunferencia por el término de aquellos maderos de cuenta que ciñen el cuerpo de las gale-
ras y sostienen su armazón. De las extremidades de las fajas está pendiente el huso de la Necesidad, que da movimiento á todas las revoluciones celestiales. La caña del huso el garabatillo son de dia-

mante, y el tortero en parte es de diamante, en parte de otras piedras preciosas. Este tortero se parece en la figura á las rodajas de los husos de acá bajo. Pero para tener una justa idea, es menester representarse una rodaja grande, agujereada en medio y con entalle por todas partes, en la cual se encajase otra más pequeña, tan ajustada como los vasos que se meten unos en otros; y del mismo modo en la segunda se encajase una tercera, en ésta una cuarta, y así en seguida otras cuatro hasta el número de ocho, dispuestas entre sí como círculos concéntricos. Se veía el borde superior de cada una, y todas juntas no presentaban al exterior sino la superficie continua de una sola rodaja al rededor del huso, cuya caña pasaba por el centro de la octava. Los bordes circulares de la rodaja primera y exterior eran los más anchos; tras éstos los de la sexta, después los de la cuarta, y en seguida los de la octava, de la séptima, de la quinta, de la tercera y de la segunda iban disminuyendo de anchura por este mismo orden. El círculo formado por el canto de la rodaja mayor era de diferentes colores. El de la séptima muy brillante, y el de la octava tomaba del séptimo su color con el reverbero. El color de los círculos de la segunda y de la quinta era casi el mismo, y tiraba más sobre amarillo. El tercero era de un color muy blanco, y el del cuarto era un poco rojo. En fin, el del segundo excedía en blancura al del sexto. Revuelto el huso, es preciso que todo entero haga su revolución con un movimiento uniforme; pero mientras que la hace, las siete rodajas interiores se mueven lentamente con una dirección contraria. El movimiento de la octava es el más rápido; los de la séptima, de la sexta y de la

quinta son menores, y casi iguales entre sí en velocidad. La tercera parece que hace su revolución al rededor de la cuarta; pero la velocidad de la tercera es menor que las de las precedentes; y la segunda se mueve con más lentitud que todas. El huso mismo da vueltas sobre las rodillas de la Necesidad. Mas sobre cada uno de estos círculos anda montada una sirena que da vueltas con él, cantando con toda su fuerza por un tono; de suerte que de los ocho tonos diferentes resulta una armonía perfecta (1). Alrededor del huso y á distancias iguales, están sentadas sobre tronos las tres Parcas, hijas de la Necesidad, Laquesis, Clotho y Atropos, vestidas de blanco y llevando en la cabeza una corona. Acompañan en su canto á las sirenas: Laquesis canta lo pasado, Clotho lo presente, Atropos lo de por venir. Clotho de tiempo en tiempo, llegando al huso,

(1) *Perfecta*. Fácil es de explicar este emblema. Las ocho rodajas encajadas unas en otras son los ocho cielos, á saber: el de las estrellas fijas, y los de los siete planetas: los círculos formados por los bordes de cada rodaja son las orbitas que describen los astros. La sirena montada sobre cada uno de estos círculos es el astro mismo. Se sabe lo que Pitágoras dijo de la armonía de los cuerpos celestiales, y se le haría una injusticia en entenderlo de otro modo, que en un sentido metafórico. En el mismo se deben tomar también estas palabras de la Escritura: «*Quis concentum cali dormire faciet*», quien hará cesar la armonía del cielo. Job, xxxviii. Lo demás del emblema mira á la velocidad respectiva de los planetas, su magnitud ó su diámetro medido por la anchura de los bordes de cada rodaja, y su color representado por el de los círculos. No se debe buscar aquí la puntualidad y exactitud astronómica. En esta especie de relaciones de que se vale Platón de cuando en cuando para hermohear sus coloquios, da mucho á la imaginación, y se ocupa más de agradar con imágenes poéticas que de decir la verdad.—*Grou.*

con su mano derecha hacia dar la vuelta á la rodaja exterior. Atropos con la mano izquierda da movimiento á las rodajas interiores, y Laquesis con una y otra mano tan pronto toca la una, tan pronto las otras.

»Luego que las almas son allí llegadas, deben presentarse ante Laquesis, donde inmediatamente un adivino las pone á todas en orden, y tomando en seguida de las rodillas de Laquesis las suertes y condiciones varias de la vida, asciende sobre una tribuna elevada, y dice en alta voz:— Esto dice la virgen Laquesis, hija de la Necesidad: « Almas efímeras, vosotras vais á empezar una nueva carrera, y á entrar en un cuerpo mortal. El genio no os escogerá á vosotras, sino cada una de vosotras escogerá el suyo. La primera á quien caiga la suerte, escogerá primero la condición de vida, y su elección será irrevocable. La virtud no tiene dueño; ella se acerca al que la honra y huye del que la desprecia; si erráis la elección, la culpa será vuestra: Dios está inocente.» En diciendo esto, arrojó el adivino las suertes sobre todas, y cada alma recogía la que cayó junto á ella, excepto la mía, á quien no se le permitió. Abierto el billete, conoció cada una por el orden que debía entrar á escoger. En seguida se pusieron en el suelo delante de ellas muestras de vidas de toda especie, cuyo número era mucho mayor que el de las almas que habían de elegir, á causa de encontrarse allí juntas todas las condiciones, así de hombres como de animales. Porque había allí tiranías de las cuales unas debían durar hasta la muerte, otras debían interrumpirse, y terminar en pobreza, en destierro y en mendicidad. Veíanse también allí condiciones de hombres

célebres, los unos por su presencia y hermosura, por su fuerza y por su fama en los combates; los otros por su nobleza y por las virtudes grandes de sus antepasados, cuya gloria resaltaba sobre ellos. Lo mismo era en orden á las mujeres. Pero no había nada ordenado tocante á las almas, porque era preciso que mudasen ellas de naturaleza, mudando de condición. Por lo demás, las riquezas, la pobreza, la salud y las enfermedades se encontraban en todas las condiciones; acá sin ninguna mezcla, allá en un justo temperamento de bienes y de males.»

Aquí es, mi amado Glaucón, donde en mi sentir el hombre lo arriesga todo; y por esta misma razón, cada cual de nosotros, descuidando las otras ciencias, debe ocuparse de adquirir, en cuanto pueda, la ciencia que le ponga en estado de discernir las condiciones felices y desgraciadas, y de escoger siempre la mejor de aquellas que hubiesen quedado á su elección; recapacitando en su ánimo cuanto hemos dicho arriba, y juzgando de lo que puede contribuir más á la felicidad de la vida, por el examen que hará de las diferentes condiciones, considerándolas ya juntas, ya separadas. Y debe saber también qué grado de hermosura, mezclado con cierta porción de riquezas ó de pobreza, y con una determinada disposición del alma, haga al hombre malo ó virtuoso; y qué efecto deben producir el nacimiento ilustre y el nacimiento oscuro, la vida privada y el mando, la fuerza del cuerpo y la debilidad, el mayor ó menor ingenio para las ciencias; en una palabra, las diferentes cualidades naturales ó adquiridas, mezcladas las unas con las otras: de suerte que después de haber combinado entre sí estos varios objetos, y puesto los ojos sobre la naturaleza del alma, pueda

distinguir la condición ventajosa de la que le sería funesta: llamando condición funesta aquella que vendría á parar en hacer al alma más injusta; y condición ventajosa la que hiciese al alma más virtuosa, sin respeto ninguno á todo lo demás. Porque vimos que éste es el mejor partido que puede tomarse, ya sea para esta vida, ya sea para la otra. Es necesario, pues, conservar hasta la muerte su alma firme é incontrastable en esta opinión; á fin de que no se deje atolondrar allá bajo, ni por las riquezas, ni por los otros males de esta especie; ni se exponga, arrojándose con ansia sobre la condición de tirano ó sobre otra cualquiera semejante, á cometer un gran número de males sin remedio, y á sufrirlos aún mucho mayores; antes bien, en cuanto esté de su parte, sepa fijarse para siempre en un estado mediano y evitar con cuidado los dos extremos, ora sea en la presente vida, ora en todas las otras por donde ella pasará; porque de aquí es de donde pende la felicidad mayor del hombre. Por tanto, según la relación del Armenio vuelto de los infiernos, había añadido el adivino: «Aquel que llegará el último, con tal que escoja con prudencia, y sea sabio y constante en su conducta, puede prometerse una vida feliz y exenta de males. Y así, ni el que debe elegir primero se descuide en la elección, ni el postrero se acobarde.»

«Después que el adivino hubo hablado de este modo, aquel, decía él, á quien había tocado la primer suerte se adelantó, y tomó sin ningún examen la mayor tiranía que encontró, llevado de su imprudencia y desmesurada codicia; pero cuando lo hubo considerado todo, y visto que su destino era de comerse á sus propios hijos, y cometer otros

muchos males enormes, se lamentó, y contra los sabios avisos del adivino, maldijo la elección que acababa de hacer, acusando de su infortunio á la suerte, á los demonios, á todo el mundo, menos á sí mismo. Esta alma era del número de aquellas que venían del cielo : ella había vivido anteriormente en un Estado bien gobernado, y había sido deudora de su virtud á su buen natural y á la fuerza de la costumbre, más bien que á la filosofía.» Añadía que, hablando en general, las almas venidas del cielo estaban tan expuestas como las otras á engañarse en su elección, por no tener cierta experiencia de los males de la vida. Que al contrario, la mayor parte de las que habían estado en la tierra, y que á la experiencia de sus propios males juntaban el conocimiento de los males de otro, no elegían con tanta ligereza. Que por esta precipitación, y además por la fortuna de la suerte que decidía del turno en la elección, acontecía á muchas de las almas encontrarse tan pronto bien, tan pronto mal halladas. Por tanto, si alguno siempre que viniese á esta presente vida se aplicase constantemente á la sana filosofía, y en muriendo no le cupiese la vez de elegir tras todos los demás, hay grande apariencia, por lo que se nos cuenta del otro mundo, no sólo que será feliz sobre la tierra, sino también que en su viaje de aquí allá, y en su vuelta, andará por el camino suave y celestial, y no por la senda subterránea y escabrosa.

Decía aún que era espectáculo digno de verse el modo como cada alma hacía su elección. Porque en realidad, era cosa muy extraña, digna á un tiempo de compasión y de risa, ver que la mayor parte se gobernaban en esta acción por los hábitos que

les quedaban de la vida pasada. Pues que había visto el alma que en otro tiempo había sido de Orfeo (1) escoger la condición de cisne, en odio de las mujeres; no queriendo nacer de ninguna de aquellas que le habían quitado antes la vida. Había visto el alma de Tamiro (2) escoger la condición de ruiseñor, y observado que algunos cisnes pasaban á la especie humana, y que como es regular, hacían lo mismo otras aves dadas igualmente á la música. No faltó alma que llegándole su vez eligió animar el cuerpo de un León: era ésta la de Ajax (3) hijo de Telamón, que acordándose de la afrenta recibida en el juicio dado sobre las armas de Aquiles, rehusó volver á tomar un cuerpo humano. Tras ésta vino el alma de Agamemnon (4), ene-

(1) *Orfeo*. Véase la nota primera, pág. 86 del coloquio segundo.

(2) *Tamiro*. Nieto de Apolo, pero tan vano, que tuvo la osadía de desafiar á las musas á que cantaría mejor. Convinieron en que si ganaba, le reconocerían ellas por su vencedor; y al contrario, si quedaba él vencido se entregaría á su discreción. Perdió la apuesta, y las musas le sacaron los ojos, haciendo que se le olvidase cuanto sabía.

(3) *Ajax*. Disputó a Ulises las armas de Aquiles, é irritado de que su rival las hubiese conseguido por el parecer de los principales capitanes griegos, hizo en los rebalios del ejército una horrible carnicería, imaginándose matar á sus compañeros, y sobre todo á Ulises. Mas después que volvió de su delirio, se mató con la espada que Héctor le había regalado, y según la fábula su sangre se convirtió en jacinto.

(4) *Agamemnon*. Llamado Atrida, como su hermano Menelao, por ser hijos de Atreo, fué rey de Argos, y elegido generalísimo del ejército de los Griegos contra los Troyanos. Habiéndose detenido en la Aulida por los vientos contrarios y la peste, sacrificó á Diana su hija Ifigenia. Fué obligado á restituir á Aquiles á Briseis, que se la había robado.

miga también del género humano á causa de sus padecidas desgracias, y se apropió á sí la condición de águila. Pero Atalanta (1), á quien cupo la suerte hacia el medio, reflexionando en los honores grandes que se hacen á los atletas, no pudo resolverse á pasar por cima este género de vida, sin abrazarle. En seguida vió el alma de Epeo (2), hijo de Panope, fijarse en la condición de una mujer hábil en obras de manos. Muy á los últimos se presentó el bufón Thersites (3), revistiéndose el

Amó apasionadamente á Casandra, hija de Príamo, prisionera suya después de la toma de Troya. Ella le pronosticó que perecería si volvía á su patria; pero no dió crédito á esta predicción, que se verificó bien pronto. De vuelta á sus Estados fué degollado por Egisto, amante de Clytemnestra su mujer, y Orestes, hijo suyo, quitó la vida al homicida de su padre y á su amante.

(1) *Atalanta*. Hija de Esqueneo, rey de la isla de Eecyros, de una belleza rara, que disparaba el arco con destreza y excedía á todos los hombres en la carrera y demás ejercicios del gimnasio. Viéndose perseguida de una multitud de apasionados, les declaró, con órden de su padre, que no daría su mano sino al que la pudiese vencer. Hippomenes, instruído por Venus, se presentó al combate de la carrera, y fué el solo que cumplió la condición prescrita. Le aconsejó la diosa que arrojase tres manzanas de oro en el estadio, que la imprudente Atalanta se detuvo en recoger. Con este ardid el dichoso Hippomenes ganó el premio, y obligó á la princesa á reconocerle por su vencedor y por su esposo. Poco tiempo después, habiendo profanado los dos consortes un templo de Cibele, fueron convertidos en leones.

(2) *Epeo*. Es el que construyó el caballo de madera de que se valieron los Griegos para tomar á Troya, según lo insinúa Virgilio en el libro II de la *Eneida* con decir: *Doli fabricator Epeus*.

(3) *Thersites*. El más disforme de todos los Griegos que fueron al sitio de Troya. Se atrevió á prorrumpir injurias contra Aquiles, y este héroe le mató de una puñalada.

cuerpo de una mona. El alma de Ulises (1), á quien había tocado la postrera suerte, vino también á escoger. Mas con la memoria de los trabajos pasados, y estando exenta de ambición, anduvo buscando mucho tiempo una condición de su gusto, cual era la de un particular libre de cuidados é inquietudes, y con dificultad pudo encontrarla metida allá en un rincón, donde todas las otras la habían dejado; y dijo en viéndola, que aun cuando hubiese sido la primera en escoger, desde luego se hubiera fijado en ésta; y de consiguiente, que estaba muy contenta de su elección. Del mismo modo pasaban las almas indiferentemente de los cuerpos de animales á los de hombres, y de éstos á aquéllos; las de los malos á los cuerpos de animales feroces, y las de buenos á los de animales mansos y caseros, lo que daba ocasión á toda especie de mezclas.

Luego que las almas todas hubieron escogido su género de vida, por el orden que les señaló la suerte, se acercaron por su turno á Laquesis, quien dió á cada una el genio que ella había escogido; á fin que le sirviera de custodio mientras durase su vida moral, y le ayudase á cumplir su destino. Este genio la conducía primeramente á Clotho, para con-

(1) *Ulises*. Rey de Itaca, isla del mar Egeo, hijo de Laertes y esposo de Penélope, hija de Ícaro, á quien amó extremadamente. Con su prudencia y su mañana hizo servicios grandes á los Griegos en el sitio de Troya, y después de tomada, volviéndose á Itaca corrió grandes peligros en el mar, luchando durante diez años contra su mala fortuna. Sus aventuras son el objeto de la *Odisea* de Homero, que le pinta como un héroe valiente en los combates prudente en las empresas, sabio y elocuente en los consejos. Virgilio, al contrario, le representa como un hombre astuto y malvado.

firmar la ventura que le había cabido en suerte, bajo la mano de esta Parca y por medio de una revolución del huso; pero después de tocado éste, la llevaba de allí hacia la hilaza de Atropos, para hacer irrevocable lo que estaba ya hilado de esta vida nueva. En seguida, sin que fuese posible volver atrás, se adelantaba hacia el trono de la Necesidad, por el cual el alma y su genio pasaban juntos. Inmediatamente que pasaron todas, se partieron á la llanura del olvido, donde experimentaron un calor y sofocación insoportables, por no haber en todo este campo, ni árboles, ni ninguna de las plantas que produce la tierra. Venida la noche, la pasaron junto al río Ameles, cuyas aguas tienen la propiedad de que ningún vaso las puede contener. Pero es como de necesidad indispensable que todas las almas hayan de beber cierta cantidad de esta agua; y las que no se conducen con prudencia beben mucho más de la medida prescrita, de donde resulta el perder ellas la memoria de todas las cosas. Después que se hubieron acostado, hacia la media noche resonó un espantoso trueno, acompañado de un temblor de tierra, y despertándose con sobresalto, se dispersaron las almas acá y allá, y se fueron con rapidez de estrellas tras los cuerpos que ellas debían animar. Por lo que hace á él, se le había impedido beber del agua del río, y no sabía por dónde ni cómo su alma se había vuelto á juntar con su cuerpo; sino que abiertos los ojos por la mañana, advirtió que estaba tendido sobre la pira. Esta historia, mi amado Glaucón, se ha conservado hasta nosotros, y si le damos fe, es muy propia para conservarnos también á nosotros mismos; pasaremos felizmente el río del olvido, y preservare-

mos nuestra alma de toda mancha. Por tanto, si nos atenemos á lo que llevo dicho, creyendo que nuestra alma es inmortal y capaz por su naturaleza de una dicha grande ó de una total infelicidad, andaremos siempre por el camino que guía al cielo, y nos dedicaremos por entero á la práctica de la justicia y de la sabiduría; á fin que tengamos paz y amistad con nosotros mismos y con los dioses: y después de haber conseguido en esta vida el premio destinado á la virtud, semejantes á los atletas victoriosos que son llevados en triunfo por todas las ciudades, seremos aún coronados en la tierra, y probaremos una alegría deliciosa en este viaje de mil años del cual hemos hablado.

DEFINICIONES.

La eternidad es lo que existe en todos los tiempos; lo que existió y subsistirá.

Dios es un ser inmortal que se basta á sí mismo para ser feliz, esencia eterna y causa de la naturaleza del bien.

El nacimiento es el movimiento hacia la existencia; el acto de adquirir la existencia; el paso al ser.

El sol es un fuego celeste, visible sólo desde que sale hasta que se pone; es el astro del día, ser inmortal y animado, el mayor de los cuerpos celestes.

El tiempo es el movimiento del sol y la medida de su curso.

El día es el curso del sol del oriente al ocaso; es la luz en oposición á la noche.

La aurora es el principio del día; la primera luz emanada del sol.

El mediodía es el momento en que las sombras de los cuerpos tienen menos extensión.

La tarde es el fin del día.

La noche es la obscuridad en oposición al día; la ausencia del sol.

La fortuna es la marcha de lo cierto á lo incierto y la causa fortuita de un suceso inesperado.

La vejez es la declinación de la vida motivada por el tiempo.

El viento es el movimiento del aire alrededor de la tierra.

El aire es un elemento cuya naturaleza consiste en difundirse por todas partes en el espacio.

El cielo es un cuerpo que envuelve cuanto existe, excepto el aire que le rebasa.

El alma es lo que se mueve por sí, y la causa del movimiento vital de los seres vivientes.

Una fuerza es lo que obra por sí mismo.

La vista es un sentido por medio del cual advertimos los cuerpos.

El hueso es la médula solidificada por el calor.

El elemento es lo que compone y descompone los seres compuestos.

La virtud es el mejor de los estados; una condición de un ser mortal digna de elogio por sí misma; una disposición que hace llamar bueno al que la posee; una justa é igual observación de las leyes, conjunto de cualidades que da á quien lo goza preciosa reputación; costumbre práctica de la equidad.

La prudencia es una fuerza capaz de dar por sí misma al hombre la felicidad, la ciencia del bien y del mal; el arte de discernir lo que se debe y lo que no se debe hacer.

La justicia es el acuerdo del alma consigo misma; la armonía de las diversas partes del alma unas con otras y todas entre sí; la costumbre de la justicia distributiva, de dirigirse siempre á lo que se cree ser justo, de someter la conducta á la ley; el hábito de la igualdad común y de la sumisión al régimen de buenas leyes.

La templanza es la moderación del alma en los deseos y placeres á que la naturaleza la sujeta; la armonía y la buena disposición del alma en los placeres y las penas que son propios de su naturaleza; el temperamento del alma entre la servidumbre y la dominación; la libre determinacion confor-

me á la naturaleza; el estado del alma bien regulado; el comercio ilustrado del alma con el bien y el mal; la costumbre de discernir y ejecutar sus deberes.

El valor es la cualidad de un alma que no la conmueve el miedo; la audacia en los combates; la ciencia de la guerra; la fuerza de ánimo ante objetos terribles y espantosos; la intrepidez sometida á la prudencia; la firmeza en la proximidad de la muerte; la costumbre de conservar la sangre fría ante el riesgo; una fuerza que resiste al peligro, que lucha por la virtud; la tranquilidad del alma ante las cosas que espantan, pero que á los ojos de la razón aparecen sin riesgo; la emancipación de las preocupaciones sin fundamento sobre lo que es peligroso; la experiencia de la guerra; la costumbre de someterse á la ley.

El imperio sobre sí mismo es la fortaleza para sufrir la pena; la constancia en conformarse á la recta razón; la firmeza invencible en seguir la recta razón.

Contentarse con poco es el medio más seguro de ser rico y dueño de sí mismo.

La delicadeza consiste en sacrificar un poco el propio interés y derecho; es la moderación en los negocios, el estado de un alma razonable y justa respecto al bien y al mal.

La firmeza es la paciencia en sufrir la pena en vista del bien; la fuerza para soportar la desgracia, mirando al bien.

La constancia es el desprecio del infortunio y la fuerza de sufrirlo cuando llega.

La serenidad del alma consiste en sobrellevar las penas sin dejarse abatir.

El amor al trabajo consiste en realizar lo que se emprende; la constancia de la voluntad; la asiduidad en el trabajo.

La moderación consiste en abstenerse voluntaria y oportunamente de la temeridad en vista del bien; es la persecución voluntaria del bien, el temor de justas censuras.

La libertad consiste en ser dueño de su vida; depender de sí mismo en todas circunstancias; no someter las acciones sino á la propia voluntad, ni dejarse dominar por el uso y adquisición de las riquezas.

La liberalidad del alma es la disposición á enriquecerse con mesura; consiste en adquirir y aumentar las riquezas con moderación.

La dulzura es el hábito de moderar los movimientos de la cólera; la igualdad de temperamento de un alma que se domina.

El sentimiento del orden es la sumisión voluntaria á lo que se reconoce ser bueno; la disciplina de los movimientos del cuerpo.

La felicidad es el bien que resulta del conjunto

de todos los demás bienes; lo que nos proporciona una vida dichosa; la perfección en la virtud; el bien de un ser que se basta á sí mismo.

La dignidad es una majestad que resulta de un entendimiento recto y serio.

La sagacidad es una dote feliz del alma que le permite distinguir en cada circunstancia lo que conviene hacer; es la penetración del espíritu.

La conveniencia es la mezcla de la franqueza y de la prudencia; es la regularidad de las costumbres.

La belleza del alma es el instinto que nos lleva hacia todo lo que es bueno.

La grandeza de alma es la manera noble y distinguida de portarse en todas circunstancias; es la dignidad guiada por la razón.

La filantropía es un rasgo de carácter que nos inclina á complacernos con el amor de nuestros semejantes; la costumbre de hacer el bien á los hombres; una disposición natural á favorecer; la memoria de los beneficios.

La piedad es la justicia respecto á los dioses; el homenaje voluntario que les tributamos; el sentimiento y la noción de los honores que les corresponden.

El bien es lo que no se relaciona sino consigo mismo.

La intrepidez es una fuerza que nos hace inaccesibles al miedo.

La insensibilidad es el don de no ser excitado por las pasiones.

La paz es el descanso del odio de los enemigos.

La pereza es la flojedad del alma, el entorpecimiento de su parte irascible.

La habilidad es el talento de ver con exactitud el fin de cada cosa.

La amistad es una comunidad de pensamiento acerca de lo bueno y de lo justo; el propósito de llevar igual vida; la unidad en los deseos y en la conducta; la resolución común de amarse durante la vida; la participación en la felicidad y en la desgracia.

La nobleza reside en la dignidad de las costumbres y en el hábito de conformar las palabras con las acciones.

La elección es el resultado de un buen examen.

El cariño es una elección; la simpatía que á un hombre inspira otro.

El parentesco es la comunidad de origen.

La concordia es la común participación en todas las cosas, la armonía de pensamientos y proyectos.

El amor es una prueba absoluta de afecto.

La política es la ciencia de lo bueno y de lo útil; el arte de establecer la justicia en el Estado.

La amistad es un lazo que establece la costumbre entre personas de la misma edad.

La sabiduría en los consejos es el don natural de razonar con exactitud.

La fe es la persuasión fundada de que las cosas son como nos lo parecen; es una gran-firmeza de carácter.

La verdad existe en la afirmación y en la negación; es el conocimiento de lo que es cierto.

La voluntad es una inclinación del alma hacia un fin razonable; un deseo razonable; un deseo conforme á la razón y á la naturaleza.

Un consejo es dictamen dado á otro antes de la acción, para indicarle la conducta que debe seguir.

La oportunidad es el instante preciso en que se debe recibir ó hacer alguna cosa.

La circunspección es lo que preserva del mal; el cuidado de nuestra seguridad.

El orden es la armonía de funciones entre cosas que se relacionan; la proporción en el conjunto; la

razón de las relaciones de los seres ; el método para aprender.

La atención es la aplicación del espíritu que quiere instruirse.

Una feliz disposición natural es la facilidad para enterarse de una cualidad que al nacer recibimos de la naturaleza ; un mérito natural.

La aptitud es una feliz disposición del alma para aprender rápidamente.

Una sentencia es una decisión definitiva sobre cosa controvertida.

La ley es la determinación de lo justo y de lo injusto.

La equidad es la obediencia á las buenas leyes.

La satisfacción de sí mismo es el placer que acompaña á todas las acciones del sabio.

La consideración es la recompensa del bien que hace la virtud ; es la estimación que la virtud lleva consigo ; el atavío y la defensa de los hombres de bien.

El celo es la expresión de una voluntad activa.

La beneficencia es voluntad de ser servicial ; una disposición á hacer el bien y á prestar servicios en ocasiones oportunas.

La concordia es la comunidad de sentimientos entre gobernantes y gobernados sobre los principios del mando y de la obediencia.

La ciudad es una reunión suficiente de hombres que se unen para procurarse la dicha; una comunidad de hombres sometidos á las mismas leyes.

La previsión es la virtud de estar preparado á los acontecimientos futuros.

La deliberación es el examen de las ventajas que los acontecimientos nos reservan.

La victoria es la fuerza que triunfa en el combate.

El éxito en un debate procede del seguro golpe de vista con que se domina una cuestión.

Los regalos son alivio del agradecimiento.

La ocasión es el momento preciso para el éxito; el instante de que depende alguna dicha para nosotros.

La memoria es una facultad del alma que le permite conservar las verdades aprendidas.

La reflexión es el ejercicio de la inteligencia.

El pensamiento es el principio de la ciencia.

La piedad consiste en evitar la ofensa á los dios.

res y en tributarles el culto y los honores que les son debidos.

La adivinación es una ciencia que prevé sin demostración lo que ha de suceder.

La ciencia de los adivinos es el conocimiento de lo presente y de lo porvenir para los seres mortales.

La sabiduría no es una ciencia hipotética; es la ciencia de lo eterno; la explicación de la causa de los seres.

La filosofía es la investigación de la ciencia de lo que es eterno; la ciencia de la naturaleza y de los caracteres de la verdad; la dirección del alma según las leyes de la razón.

La ciencia es una afirmación del espíritu conforme á la razón; el arte de juzgar sobre una ó muchas materias sin apartarse de las leyes de la razón; una doctrina verdadera y fundada en los principios de la razón.

La opinión es una hipótesis que puede ser destruída por la razón; un movimiento precipitado de la inteligencia; un pensamiento respecto del cual la razón demuestra lo verdadero y lo falso.

La sensación es un movimiento del alma, una acción del espíritu; un mensaje del alma humana al mundo exterior; lo que le da la facultad irracional de conocer por medio de los órganos corporales.

El carácter es la disposición del alma que permite decir de qué modo somos.

La voz es un sonido que sale de nuestra boca para expresar nuestro pensamiento.

La palabra es el empleo de las modificaciones de la voz para expresar todo lo que existe; un lenguaje compuesto de nombres y frases sin ritmo.

El nombre es una parte simple del discurso que designa todo aquello á que se puede atribuir existencia, excepto la existencia absoluta.

El lenguaje es la voz articulada; signo de que todo el mundo se vale para expresar sus ideas, sin cantar.

Una sílaba es una articulación distinta de la voz humana.

La definición es una explicación que contiene el género y la diferencia.

La prueba es la demostración razonada de una cosa que no es evidente.

La demostración es una manifestación de la verdad por el razonamiento; un razonamiento que procede con ayuda de verdades ya conocidas.

El elemento del sonido es el sonido simple; lo que permite que los otros sonidos sean sonidos.

Lo útil es la causa del bienestar; la causa del bien.

Lo ventajoso es lo que nos procura el bien.

Lo bello es el bien.

El bien es la causa de la conservación de las cosas; la causa de todo lo que conviene; la causa por la cual se deben preferir ciertas cosas.

La sabiduría consiste en arreglar la propia alma.

Lo justo es lo que ordena la ley cuando crea la justicia.

La cosa voluntaria es la que sólo de nosotros depende; lo que nosotros mismos escogemos y realizamos, según nuestra voluntad.

La libertad es lo que tiene en sí su principio.

La medida es el término medio entre lo mucho y lo muy poco; lo que exactamente basta.

Lo moderado es el término medio entre el exceso y el defecto.

El precio de la virtud es recompensa que se debe buscar en ella misma.

La inmortalidad es una existencia animada que subsiste eternamente.

La virtud es el culto más agradable á Dios.

La fiesta es un día santo que la ley designa.

El hombre es un animal sin alas, con dos pies y uñas planas; es el único animal que puede adquirir una ciencia fundada en la razón.

Un sacrificio es la ofrenda de una víctima á Dios.

La oración es una demanda que los hombres dirigen á los dioses para obtener bienes ó lo que creen que son bienes.

El rey es el que gobierna conforme á las leyes; que no tiene que dar cuenta alguna de su conducta; que preside la organización política.

El mando es la vigilancia sobre todo.

El magistrado es el que vela por el mantenimiento de la ley.

El legislador es quien hace las leyes que deben regir el Estado.

La ley es la voluntad del pueblo pronunciada por tiempo indefinido sobre los negocios del Estado.

La hipótesis es un principio no demostrado; lo que debe probar el razonamiento.

Un decreto es un juicio político cuya fuerza obligatoria está limitada á tiempo determinado.

El hombre político es el que conoce la organización del Estado.

El Estado es el territorio ocupado por gran número de hombres que profesan las mismas ideas; una reunión de hombres sometidos á las mismas leyes.

El mérito de un Estado consiste en el establecimiento de una buena organización política.

El arte militar es el conocimiento de la guerra.

Una alianza militar es una asociación para la guerra.

La salud consiste en mantenerse sano y salvo.

El tirano es quien manda en el Estado según su capricho.

El sofista es quien anda á caza de jóvenes ricos y distinguidos para obtener algún provecho.

La riqueza consiste en poseer bastante para ser feliz; es la abundancia de cuanto proporciona la felicidad.

El depósito es la cosa que confiadamente se nos entrega.

Purificar es separar lo bueno de lo malo.

Ser vencedor es triunfar en la lucha.

El hombre virtuoso es el que tiene energía para cumplir sus deberes.

Es hombre templado el que modera sus deseos.

Es hombre fuerte el que sabe vencer los movimientos de su alma contrarios á la razón.

El hombre de bien es el hombre perfecto ; el que está seguro de su virtud.

La meditación es la reflexión trabajosa y en silencio.

La torpeza del espíritu es lo que nos impide hacer rápidos progresos en las ciencias.

El poder absoluto es un poder justo, pero emancipado de toda investigación.

La antifilosofía es una disposición de ánimo que induce á odiar la recta razón.

El miedo es la consternación del alma que espera un mal.

La ira es un movimiento violento é irreflexivo del alma ; la manifestación de un alma desordenada

El terror es el miedo de un mal inminente.

La adulación es un lenguaje que se dirige á agradar sin cuidarse del bien ; es una inclinación excesiva á hablar á los demás para agradecerles.

La cólera es un movimiento desordenado del alma que aspira á vengarse.

El insulto es una injusticia cometida con el propósito de deshonrar á quien lo sufre.

La intemperancia es una costumbre que nos arrastra, con desprecio de la razón, hacia lo que estimamos placentero.

La holgazanería nos induce á evitar las fatigas del poder.

El temor es el principio opuesto al impulso del valor.

La calunnia es un dicho que divide los amigos

La ocasión es el momento favorable para hacer ó recibir alguna cosa.

La injusticia es el desprecio de las leyes.

La necesidad es la falta de bienes.

La vergüenza es el temor de la deshonra.

La presunción consiste en atribuirse falsamente una ó muchas cualidades ventajosas.

Una falta es una acción contra la sana razón.

La envidia es el pesar que sentimos por los bienes que poseen nuestros amigos, ó las ventajas que la fortuna les proporcione.

Es impudente el hombre que sufre el desprecio con tal de hacer su negocio.

La temeridad es la exageración del valor desafiando inútilmente los peligros.

La ostentación es el hábito de gastar sin juicio la propia fortuna.

El mal instinto es un mal de nacimiento, una falta de la naturaleza, una enfermedad natural.

La esperanza es la espera de un bien.

La locura es un estado que nos impide descubrir la verdad.

La charlatanería es un desbordamiento insensato de palabras.

La oposición es la mayor separación entre objetos del mismo género y sin embargo diferentes.

Es involuntario lo que uno hace á pesar suyo.

La educación es la cultura del alma.

El arte del maestro es el de dar educación.

La ciencia legislativa consiste en arreglar bien el Estado en todas sus partes.

La reprensión es una advertencia dictada por el

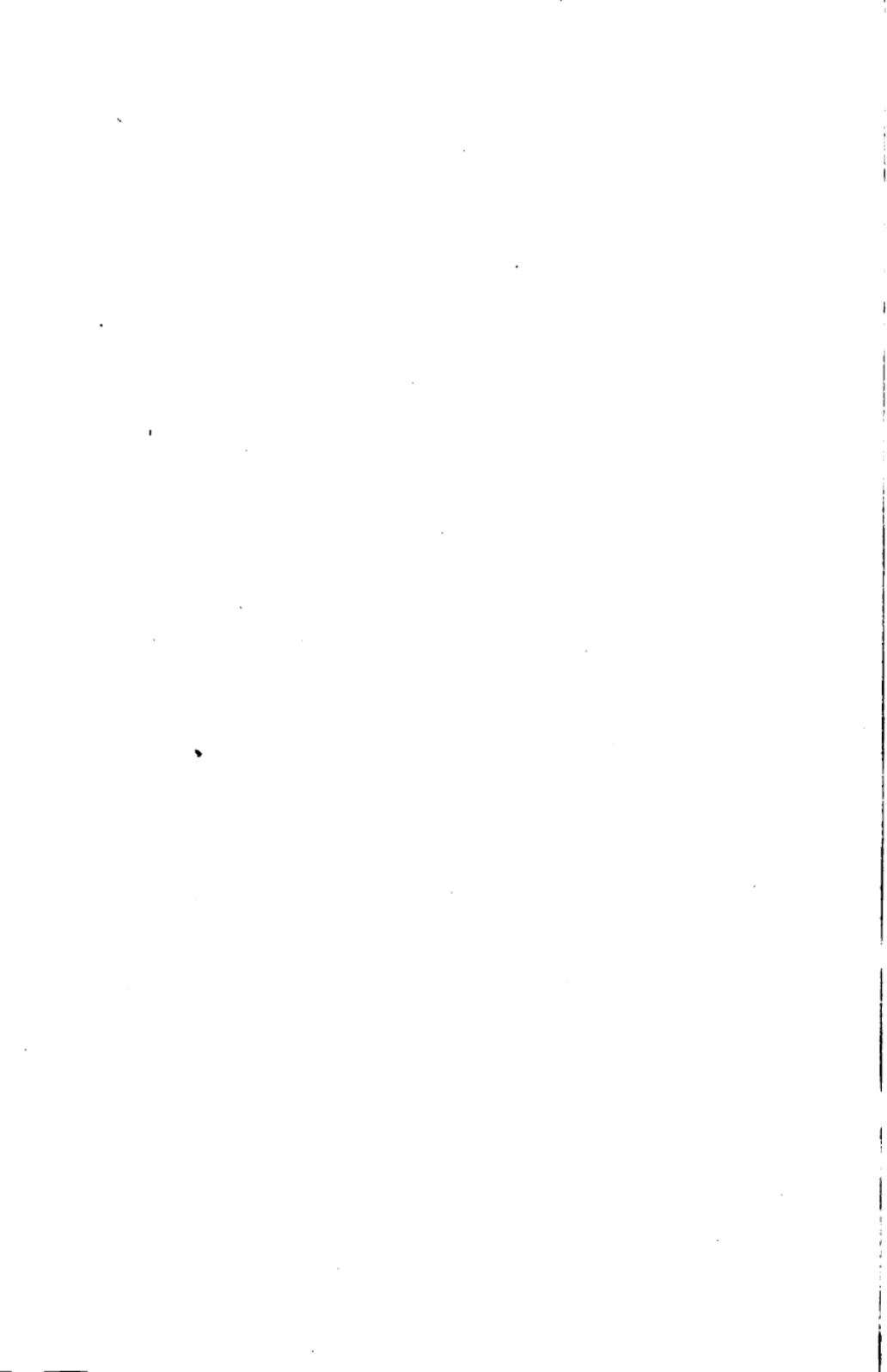
buen sentido; un discurso para impedir la ejecución de faltas.

El socorro es la acción de oponerse á un mal presente ó inminente.

El castigo es el remedio del alma cuando comete faltas.

La fuerza es la energía en los actos ó en los discursos; una cualidad que hace vencer las dificultades; un poder natural.

Salvar á alguno es librarle de su perdición.



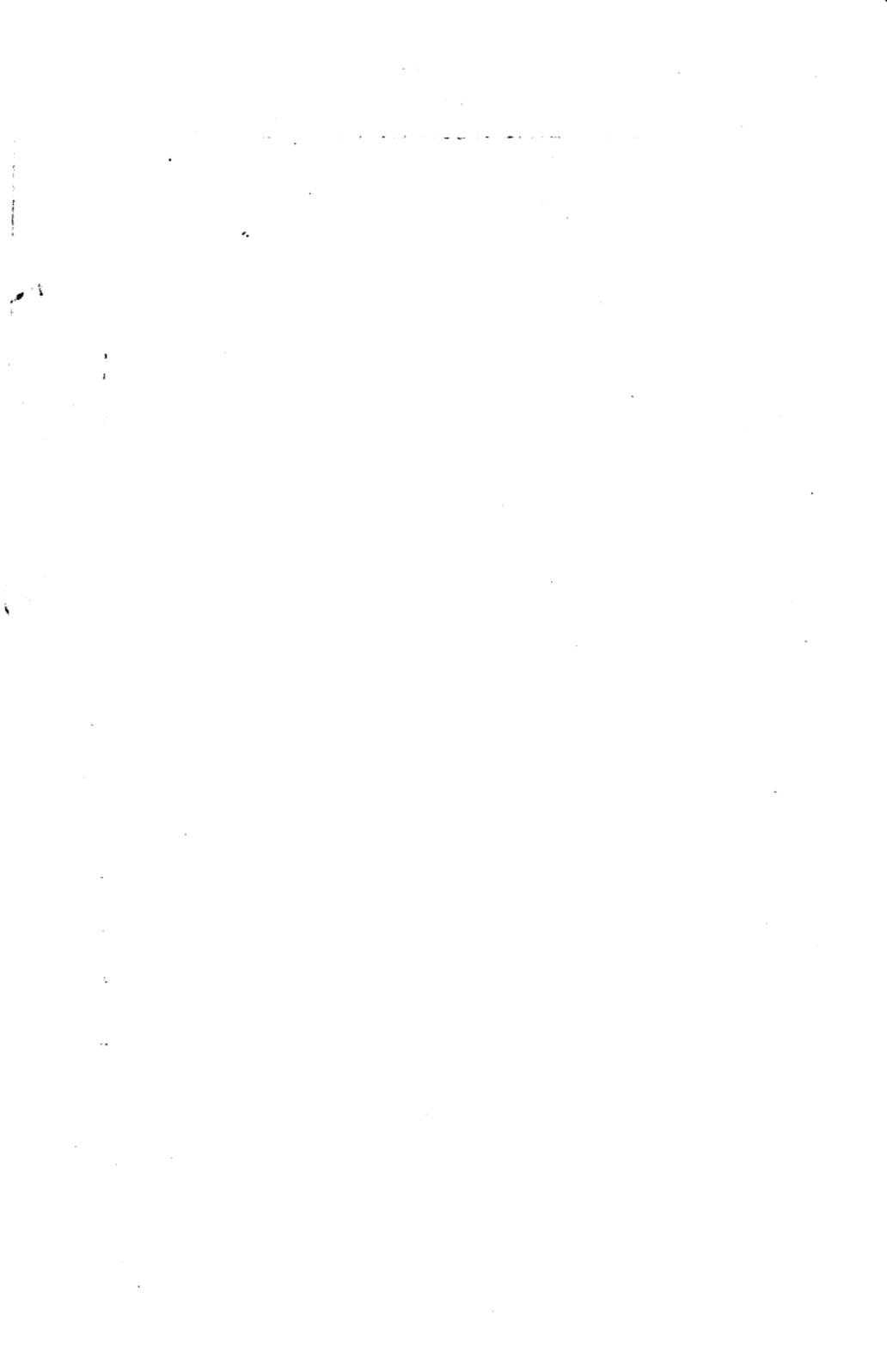
ÍNDICE.

TOMO I.

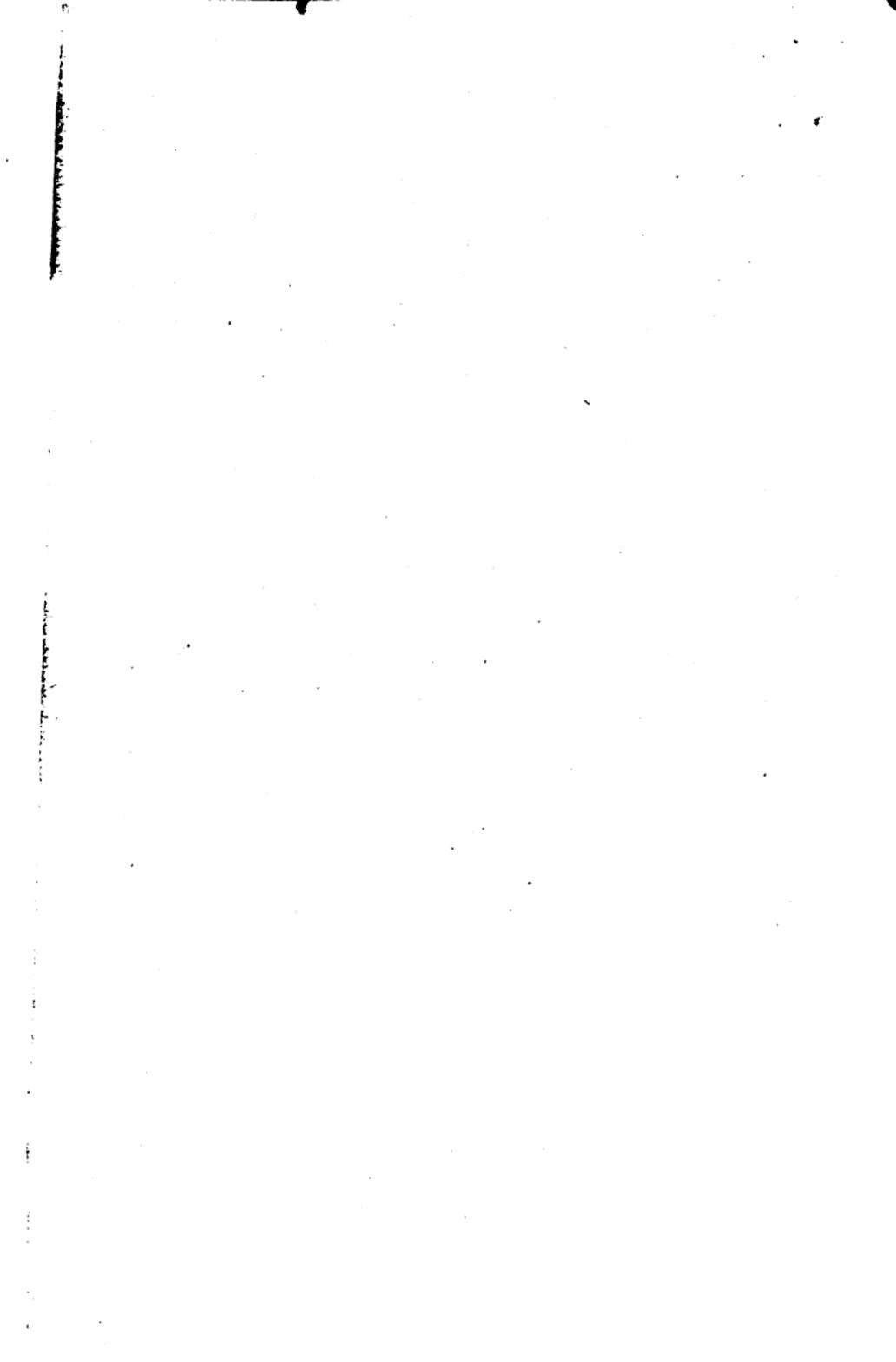
	<u>PÁGS.</u>
Al que leyere.....	III
Coloquio primero.....	3
Coloquio segundo... ..	71
Coloquio tercero.....	129
Coloquio cuarto.....	197
Coloquio quinto.....	253

TOMO II.

Coloquio quinto (continuación).....	1
Coloquio sexto.....	40
Coloquio séptimo.....	99
Coloquio octavo.....	155
Coloquio noveno.	209
Coloquio décimo.....	256
Definiciones.....	313







UNIVERSITY

14 DAY USE

RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.

This book is due on the last date stamped below, or
on the date to which renewed.

Renewed books are subject to immediate recall.

REC'D LD

MAY 12 1959

APR 1 1978
REC. CIR. MAR 21 '78

APR 10 1968 3 6

INTERLIBRARY LOAN

RECEIVED

SEP 17 1984

MAY 13 '68 - 3 PM

Received in Interlibrary Loan
UNIV. OF CALIF., BERK.

LOAN DEPT.

AUG 29 1977

INTERLIBRARY LOAN

REC. CIR. AUG 22 '77

JAN 18 1978

UNIV. OF CALIF., BERK.

LIBRARY USE ONLY

U. C. BERKELEY LIBRARIES



C046031040

285048

Plato B383
A876
v. 2

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

